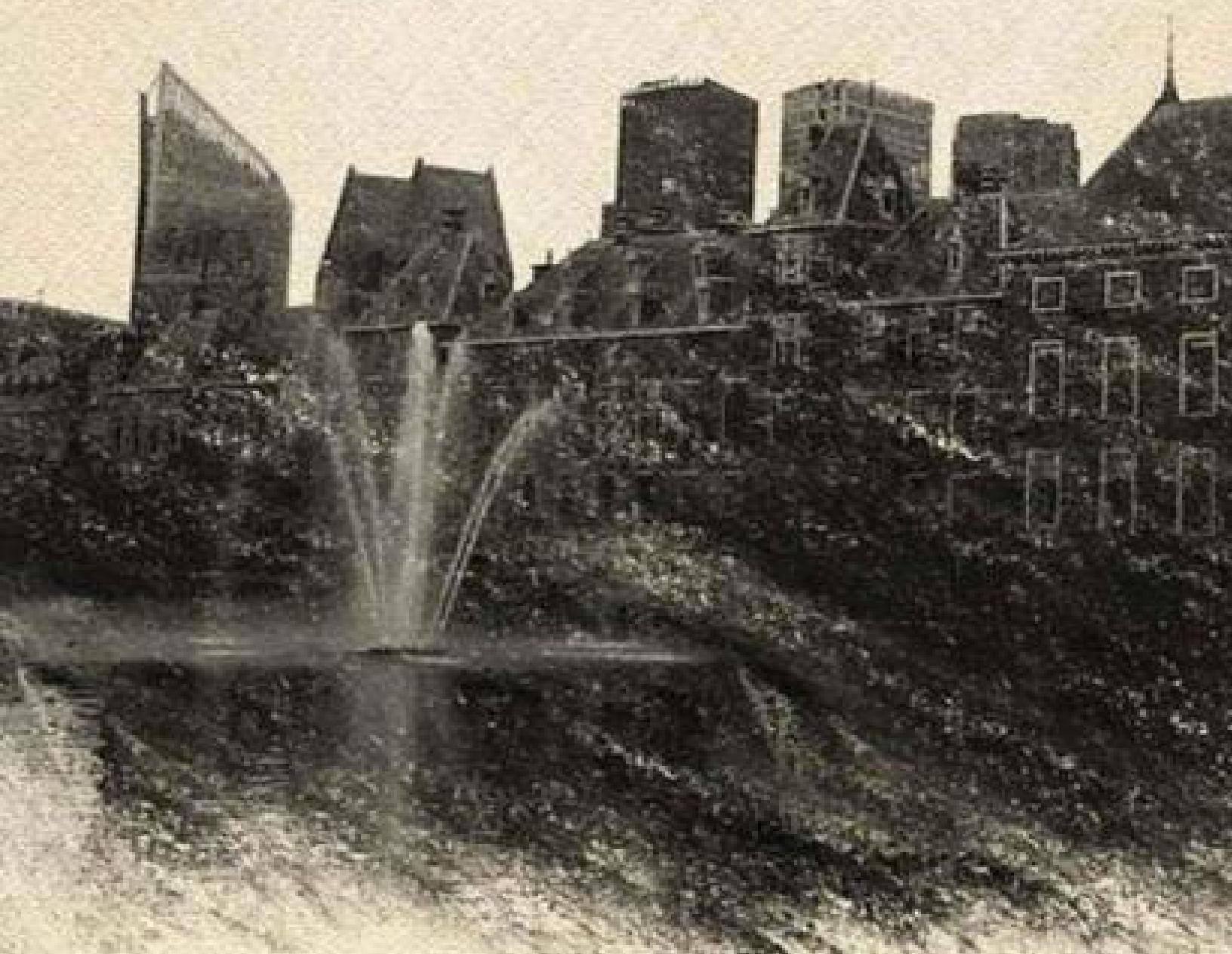


C.G. DE LA CRUZ

LO QUE QUISE CONTARTE



Contents

Título
Creditos
Descripcion
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Agradecimientos
Notes

Lo que quise contarte

Lo que quise contarte

©C.G. De La Cruz, 2016

Título: Lo que quise contarte

©Imagen de portada: C.G. De La Cruz

Todos los derechos reservados.

Fecha de edición: junio de 2016

ISBN: 978-1533336224

DESCRIPCIÓN

Él es un tipo afortunado, su éxito difiere mucho de la suerte. Ella tiene peor fortuna, pero adora su trabajo. A él no se le dan bien las relaciones sociales, ella vive de ellas. Su trabajo es lo único importante en sus vida hasta que ambos se encuentran en la ciudad de La Haya. Él es ruso. Ella española. Él siempre tiene todo controlado, ella cree tenerlo todo controlado. Ella es diferente de lo que la gente ve, él también. Él la necesita, ella a él también. ¿Resistirán a las mentiras y prejuicios?

El lector se adentrará en las costumbres holandesas de manos de sus protagonistas disfrutando de sus bonitos paisajes y sitios locales.

*Para Alex, por cruzarte en mi vida.
Sigo encontrándote cada vez que miro al cielo.*

Capítulo 1

Salgo del edificio y de golpe, siento que las temperaturas están bajando. Me sujeto el pelo en una cola alta. Aprieto bien los cordones de mis zapatillas de deporte. Busco en el móvil una música que me active y lo sujeto al brazo, ajustándolo con la cinta de velcro. Me pongo los auriculares y empiezo a ponerme en movimiento. Necesito pensar con claridad y correr es lo que más me ayuda. Cuando cruzo la gran avenida que lleva al bosque, miro el reloj y decido empezar a correr. Todavía hay tiempo.

La lluvia cae en el frío pavimento. Parece que este año el otoño ha entrado con fuerza. No estoy preparada para la época de lluvia, nieve y frío. Miro al cielo y de forma mental, empiezo a hacer una lista de todo lo que queda pendiente para el día de la inauguración. Me desespero, ¿cómo es posible que después de tener todas las obras cerradas para la exposición, haya cambios de última hora?. No, no y no. No son posibles dichos cambios, las obras encajaban perfectamente en el espacio donde se va a exponer la muestra. Llevo tres largos meses preparando esta exposición, hablando con artistas, carpinteros, transportistas, solicitando la impresión de los catálogos, notas de prensa, publicidad y catering. He temido volverme loca cotejando todos los posibles cambios o fallos que pudieran surgir. Las invitaciones enviadas, y los invitados confirmados, la prensa estará allí. Todo el mundo estará allí. Nada va a salir mal. Miro el reloj, me estoy distrayendo y repito en voz baja como un mantra sin parar, *“nada puede salir mal, nada saldrá mal, todo está controlado”*.

Todavía no ha amanecido del todo. El bosque está precioso. Los primeros rayos de sol se aúnan con los frondosos árboles que empiezan a cambiar de color, toda una gama de colores desde los verdes, pasando por los anaranjados, dorados y amarillos. El aire de la noche ha hecho que muchas de las hojas estén por el camino, impregnando el ambiente de un olor especial y característico de esta época del año.

Me voy cruzando con algunos vecinos que salen a pasear con sus perros. A base de coincidir con ellos por las mañanas ya nos vamos conociendo. Cruzo el pequeño puente de madera y me adentro más en el espeso bosque, cada vez voy más concentrada en mi música y mis pensamientos. Acelero el ritmo, debo ir más rápido. No puedo distraerme, ahora no.

Y, ¿acaso podría hacer otra cosa distinta de la que iba a hacer?

Me viene a la mente mi jefe, que últimamente está más alegre de lo habitual, Johan Van Doorn, el dueño de una pequeña galería situada en el centro de La Haya. Un hombre singular. Su vida se ha vuelto rutinaria tras la muerte de su esposa y también un poco descuidada. Quiere que las cosas sean fáciles y es impaciente, con lo cual, ya no le encuentra mucho sentido a los nuevos artistas y sus exposiciones. Pero su clientela es fiel y su galería está situada en un único y maravilloso edificio antiguo, a cinco minutos caminando del Binnenhof¹ y del centro de la ciudad. El señor Van Doorn posee una estupenda selección de arte, con diferentes piezas de varias épocas, pero este periodo de crisis no le está beneficiando en absoluto. Poco a poco van decreciendo las ventas y van debilitando su economía. Creo que solo por eso, ha accedido a preparar esta serie de exposiciones de jóvenes artistas que exponen su obra por primera vez.

Ha empezado de nuevo a llover. Unas finas gotas se van deslizando entre las escasas hojas que quedan en los árboles. La lluvia apenas se percibe mientras corro por los casi inaccesibles

caminos de tierra llenos de hojas, que caen por la tenue brisa de la mañana, depositándose en el suelo.

Vuelvo a mirar la hora. Mi respiración se acelera. Mis pisadas cada vez son más largas. Mi corazón late más rápido y siento un fuerte picazón en las piernas, pero no puedo detenerme ahora.

Me cuesta respirar cuando salgo por la salida noroeste sumida en un torrente de pensamientos. Estoy cruzando la calzada cuando oigo el fuerte chirrido de los neumáticos de un vehículo al frenar de golpe. Giro mi cabeza rápida, aunque noto mis movimientos a cámara lenta y me doy cuenta que la culpable de esta maniobra soy yo. Como en un sueño veo que el vehículo se acerca rápidamente, intentando frenar en el mojado asfalto. Mi cuerpo se queda paralizado ante la inminente colisión. Mis piernas se quedan fijas y en ese preciso instante, me desplomo en mitad del empapado asfalto llevándome las manos a la cabeza ante el posible impacto.

Imprevisiblemente, el coche se detiene y se oye cómo se abre y se cierra de golpe la puerta del conductor y a continuación unos pasos acelerados.

—¿Está usted bien? ¿Se ha hecho usted daño?

El capó del coche lo tengo casi encima de mis piernas. Me agarro el codo izquierdo y refunfuño incómoda. Me escuece. Justo en ese momento noto como el hombre, con acento extranjero, empieza a palparme las piernas, subiendo desde los tobillos a los muslos, para luego pasar a los hombros

—¿Pero se puede saber que está haciendo?—le increpo mientras intento incorporarme.

—¿Se encuentra usted bien? ¿Le duele algo? Compruebo que no tenga usted ninguna rotura. No la vi salir. Debería estar más atenta cuando va con la música puesta.

¿En serio?, después de la semana que llevo, también me va a echar la culpa de lo sucedido. Respiro profundamente y me repongo del inesperado susto. Mi pulso va a mil por hora.

—Sí, sí, no se preocupe. Me encuentro bien. ¿Podría dejar de tocarme? Le he dicho que me encuentro bien.

Lo miro directamente. Está arrodillado, a mi lado, con cara preocupada. En esos momentos no sé si es por mi o por el frenazo que ha tenido que dar. Me sujeta fuertemente por los brazos para que me pueda incorporar. Me doy cuenta que el teléfono se ha salido de la funda y la pantalla táctil se ha partido. Me sujeto de nuevo el brazo izquierdo y veo que me lo he arañado considerablemente, estoy sangrando.

—Venga conmigo, no se preocupe. La acercaré rápidamente al hospital más cercano—me dice con suma ternura, indicándome que me suba al asiento del acompañante.

Mi corazón cada vez late más rápido, realmente me pone de muy mal humor esta situación. Ya me estoy retrasando. Todo esto acaba con mi paciencia ya bastante mermada en estos días. Es ahora o nunca, necesito hacerlo ahora.

De repente, sin ni siquiera pensarlo, aprieto los puños y noto como las venas del cuello se van hinchando y levantando el tono de voz, espeto al conductor.

—Pero, ¿que se piensa? ¿que ahora todo se puede solucionar tan rápido? ¡Ha destrozado mi móvil, en el tengo media vida, mi agenda, los contactos, mi música,...incluso los cumpleaños! ¡Que usted se crea el rey de la carretera con su lata de cuatro ruedas con motor de autobús que seguro que es peor que un arma de destrucción masiva para el ecosistema, no ayuda en nada a la subsistencia de la población en La Haya!—suelto un leve gruñido para continuar—No, no necesito ir a ningún hospital, solo necesito “MI” teléfono—digo haciendo hincapié y alargando la “i” golpeando con fiereza el vehículo.

El conductor me mira incrédulo abriendo mucho los ojos y arqueando una ceja. Da un paso hacia atrás. Me observa pasándose una de sus manos por su alborotado cabello rubio.

—Puede...que se haya golpeado la cabeza—dice en un tono de voz tranquilo y suave, metiendo ambas manos en los bolsillos delanteros de su pantalón vaquero.

Lo miro furiosa. Él no se mueve, solo me mira detenidamente. Es cuando me doy cuenta que tras golpear el coche con mi mano, tiene una pequeña marca. ¡Tierra trágame! ¡Que bruta soy! Seguro que lo que cuesta reparar ese minúsculo desperfecto es más que lo que yo cobro en dos meses. Levanto mi barbilla, demasiado, para que no se dé cuenta de mi estupor y comedida, le digo dándome la vuelta sin mirarle a los ojos.

—Que pase un buen día—digo rápidamente, intentando desviar la atención de su coche.

—Espere, espere un momento. Le dejo mi tarjeta, por si usted necesitara algo—me interrumpe sacando una tarjeta de visita de la cartera de su pantalón vaquero.

Levanto la mirada tropezándome con los ojos del azul más intenso que he visto nunca. Veo que insiste alargando la mano con la tarjeta entre sus dedos. Allí estamos los dos de pie, en medio de la carretera. Menos mal que es domingo y no hay tráfico a esas horas. Estiro la mano y tras pensármelo dos veces, se la acepto y la introduzco en la funda, junto al móvil.

—Gracias—susurro un poco avergonzada, dándome cuenta de lo grosera que he sido—que tenga usted un buen día.

—¿Quiere que la acerque a algún sitio? ¿Qué la invite a desayunar? ¿Castigarme con unos cuantos gritos más?—me pregunta ladeando la cabeza con una mueca divertida en su rostro, observando mi reacción.

En el momento que termina esa pregunta toda la sangre se me sube a las mejillas. Me observa tranquilo ante su ocurrencia. Yo advierto cierta mordacidad en su tono de voz y cuando irritada voy a contestarle, veo que vuelve a aproximarse a mí sacando del bolsillo delantero del pantalón un suave pañuelo azul. Lo ajusta y anuda en mi herida y dice muy serio mientras termina la operación.

—Esto le ayudará hasta que limpie la herida—se aparta de nuevo y mira primero a su pañuelo atado a mi brazo y luego a mí.

Levanto la cabeza y miro hacia el cielo. Cada vez llueve con más fuerza. Paso mi mano por la frente apartando algunas gotas que caen hacia mis ojos.

—Gracias—digo girando sobre mis talones y comenzando a correr de nuevo entre los árboles, dejándolo allí junto a su coche.

Siento que me está observando, pero no, no puedo mirarlo. Calmo mi deseo de girarme de nuevo hacia él y, satisfecha de mí, sigo mi camino lo más rápido que puedo, hasta que sé que ya no puede entre verme por la maleza de la zona.

Paro mi acelerada carrera cuando creo que ya no puedo respirar. Me apoyo con ambas manos en un robusto tronco de uno de los exuberantes árboles que componen los preciosos bosques que tenemos en la ciudad. Siento que me falta el aire. Respiro con dificultad y noto que todas mis extremidades están temblando. Intento respirar más pausada y profundamente diciéndome a mí misma que solo es la adrenalina por lo sucedido. Todo está bien, me digo mientras poco a poco mi respiración se va normalizando. Ya está. Todo ha pasado muy rápido.

Un intenso pinchazo en el brazo me devuelve a la realidad. Noto como palpita la zona del rasguño y decido volver a ponerme en marcha de vuelta a casa. Esta vez lo hago de forma más relajada. Voy despacio y observando lo que me rodea. Atenta a cualquier ruido que se produce a mi alrededor.

Cuando llego a casa, cierro la puerta y empiezo a quitarme inmediatamente la ropa empapada por la lluvia. Me miro en el espejo. Me sujeto con ambas manos en el lavabo y vuelvo a intentar controlar mi respiración. ¿Qué estoy haciendo? Me pregunto a mí misma. Todo está bien, ya ha pasado, estoy bien y no va a pasar nada malo. Abro el grifo de la ducha y dejo que el agua corra con fuerza hasta llegar a una temperatura agradable. Me sumerjo en ella. Dejo que caiga, caliente sobre mi cabeza y mis hombros liberando la tensión acumulada.

No sé cuantos minutos paso bajo el agua, pero se convierte en una ducha mucho más larga de lo habitual. Necesito sentir el agua caliente correr por mi cabeza y mi espalda. Cierro el grifo y me envuelvo en una suave toalla blanca. Vuelvo a mirarme en el espejo pero esta vez, lo que miro detenidamente es el rasguño del brazo. Lo desinfecto con un algodón. ¡¡Aiss!! Escuece. Pero me lo cubro con una gasa para que no se ensucie la camisa que me voy a poner hoy. Termino de arreglarme con unos vaqueros y me pongo una parka de tendencia *army* verde, que me compré la temporada pasada, con unas bonitas bailarinas de *print* atigrado. Me sujeto el pelo en una coleta a la altura de la nuca y lo enrolló hasta formar un moño. Cojo el bolso y al ver que la lluvia ha cesado, bajo al garaje y cojo mi bicicleta para ir al centro.

Abro la puerta de madera acristalada de la cafetería y veo que Hans levanta su brazo para que pueda distinguirlo entre la multitud.

—¡Buenos días, dormilona!—me dice levantándose y dándome tres besos, para luego sujetar la silla esperando a que me siente.

—¡Buenos días, Hans! ¿Que tal ha ido tu semana?—le digo mientras una camarera se acerca a nosotros para que pueda hacer mi pedido del desayuno—¿Puede esperar, por favor, un minuto?—le digo cogiendo la carta.

—No sé para qué miras la carta cada día, siempre pides lo mismo los domingos. Por favor tráigale un Goodmorning Breakfast con *cappuccino* descafeinado con leche de soja, gracias.

—¿Y si hoy quería pedir otra cosa?—le digo sonriendo haciendo una mueca infantil. Mientras, él dobla y deposita sobre la mesa el periódico.

—Querida Tessa, te conozco desde hace más de cinco años y ni una sola vez has cambiado de parecer en el desayuno de los domingos—me indica tomando un pequeño sorbo de su café.

Le sonrió amablemente porque me conoce mejor que cualquier persona que esté a mi alrededor. Hans es un hombre alto y atractivo, que hace que gran parte de la población femenina de La Haya se gire a su paso. Con unos demenciales ojos verdes y pelo castaño siempre alborotado. Pertenece a una familia de la alta sociedad holandesa, pero tiene una parte rebelde que desquicia a sus parientes más tradicionales. Además, es un respetable abogado que dedica parte de su tiempo a los negocios y empresas familiares. Charlamos animadamente de lo acontecido durante la semana.

—¿A qué hora paso a por ti el jueves, entonces?—me pregunta mientras pide la cuenta.

—A las siete de la tarde debe hablar el artista para la prensa y se hará el acto de inauguración de la exposición. Supongo que sobre las seis y cuarto irá bien—le contesto buscando el monedero en el bolso. Saco el móvil seguido de la cartera.

—¿Qué le ha pasado a tu móvil?—pregunta haciéndome una señal, indicándome que hoy paga él el desayuno.

—Un error de cálculo—me levanto mientras él agarra mi parka y la sujeta para que me la ponga. Deslizo ambos brazos y me la ajusto. Me pongo de puntillas sujetándome en su hombro izquierdo y le doy un delicado beso en la mejilla—Gracias por acompañarme y ser mi pareja, no sé qué haría sin ti.

—Jajaja, no me lías con tus pamplinas que sé que no tendrías ningún problema para conseguir una pareja que estuviera dispuesta a acompañarte—me dice sonriendo.

—Lo sé. Pero es solo contigo con el que deseo ir—le contesto mientras voy saliendo del local despidiéndome con una sonrisa del amable personal que siempre nos atiende cada domingo en el desayuno.

—¿Quieres que te acerque a algún sitio?—me dice mientras saca las llaves de su coche de uno de los bolsillos.

—No, gracias. He venido en bici. Voy a pasar un momento por la galería e iré a hacer la compra para la semana. Y, no quiero que llegues tarde a tu comida familiar. Saluda a tus padres de mi parte—le digo desatando el candado de mi bici—Lláname esta semana y comemos un día juntos, si tienes algún hueco.

—Le diré a mi secretaria que te haga un hueco—me dice levantando la mano para despedirse de mí. Yo realizo el mismo gesto, sujetando el manillar de mi bicicleta con una sola mano.

—¡Nos vemos!—canturreo sin mirar atrás.

Capítulo 2

El principio de semana es frenético. El señor Van Doorn, no me lo está poniendo nada fácil y la que yo creo es la nueva promesa de la pintura rusa Andrei Milavánov tampoco, con los miedos e inseguridades del último momento. Voy calmando a ambos según van creándose sus dudas. Hablo e intento ir tranquilizándolos mientras pasan los días y se acerca la fecha pero, no nos vamos a engañar, también es mi primera vez y sobrellevo la presión haciendo respiraciones profundas por todos los rincones, cuando nadie me ve. El martes por la noche me llama Andrei y me pide una reunión de última hora antes de la exposición. Sus miedos ante su primera presentación en público lo están aterrorizando y lleva varios días sin dormir. Me despido de todos en la galería y acudo a su estudio que no se encuentra muy apartado del centro.

Ya empieza a oscurecer y las calles están mojadas después del intenso chaparrón que ha caído a media tarde. Se puede apreciar un atrayente olor a naturaleza fresca y tierra mojada. Voy pedaleando tranquilamente a paso constante, intentando no pisar ningún charco de la lluvia y pensando en cómo anticiparme, a las posibles cuestiones de última hora que puedan abrirse paso en la mente temerosa de Andrei por la atención suscitada hacia su persona. Coloco mi bicicleta al lado de otras y cuando voy a atarla junto a las demás con el candado, veo que Andrei sale de casa con un cigarro en la mano.

—Tessa, necesito una copa—me dice subiendo a su bicicleta negra destartalada.

—¿Dónde quieres ir?—le pregunto sabiendo donde me va a indicar para ir a tomar algo.

—¿Vamos al “Zhurkov”?—me pregunta parando a mi lado para iniciar ambos la marcha hacia el centro de la ciudad.

El Zhurkov, es un sitio único y particular para toda la comunidad internacional rusa que se encuentra en La Haya. Lo conozco desde hace años y allí mismo es donde conocí a Andrei tras una alocada noche de discoteca. El restaurante no es muy grande, pero está muy bien situado en el centro de la ciudad. Posee dos alturas muy bien decoradas con diferentes maderas y hermosos y delicados objetos originales rusos. La parte de arriba consta, según tengo entendido, de un amplio reservado donde suelen tratarse asuntos de negocios entre reconocidas personalidades rusas que vienen a apreciar la comida tradicional de su país y la gran variedad de vodka y bebidas de su tierra. El restaurante, en la parte lateral, tiene una espaciosa y hermosa terraza con un bonito mobiliario en ratán de color chocolate, unos confortables sofás con cojines color moca y unas amplias sombrillas rojas para poder proteger a los clientes del intenso sol los pocos días calurosos, o ante una posible llovizna. Realmente es difícil sentarse en ella en primavera y verano sin una reserva de varios días de antelación a la hora de cenar, ya que el jardín que la rodea es fascinante con abundantes plantas en flor y un cuidado césped. Pero vale la pena pasar un agradable momento sentado allí por el sosiego que transmiten los tan cuidados jardines y la buena comida de su cocina. En la parte trasera se encuentra el local de moda, desde hace varios años, de la ciudad. Un grandioso y soberbio espacio construido en una antigua y sencilla iglesia semi abandonada, ahora reconstruida. Posee grandes ladrillos grises con una fachada armónica. El elemento más significativo es la magnífica puerta de bronce a la entrada y los grandes ventanales que todavía se conservan en la parte trasera que da al jardín del restaurante. Con una

arquitectura con planta basilical de dos alturas y tres naves totalmente reformada, es el sitio perfecto donde bailar hasta altas horas de la noche, todo tipo de música en sus dos amplias pistas de baile.

—Pasa por aquí, Tessa—me indica Andrei apartándose para que pueda sentarme al fondo de la barra, en un pequeño banco junto a una mesa.

—Gracias, Andrei—le digo dedicándole una amplia sonrisa. Sé que está muy nervioso. Se lo noto en su rostro y su mirada huidiza. Charlamos animadamente mientras me consulta por decimoquinta vez los horarios y me aclara que ropa llevará—Andrei, antes de empezar a beber, yo necesito algo de comer. Recuerda que yo no soy rusa y no tengo vuestro estomago—le indico guiñándole un ojo.

—De acuerdo, decide qué es lo que quieres comer y yo voy un momento fuera a fumarme un cigarro—me comenta mientras deja en un lánguido movimiento de mano, la carta sobre la mesa.

Lo veo alejarse inquieto entre las mesas, sacando el paquete de tabaco del bolsillo de su vieja camisa, cabizbajo y pensativo. Cuando veo a Dmitry, uno de los camareros más antiguos del Zhurkov, que se acerca a nuestra mesa con una imitación de sonrisa en su rostro.

—Buenas tardes, Tessa ¿vais a cenar o a beber algo?—me pregunta sacando un pequeño puntero electrónico de su terminal de mano, en el que transmite a la cocina todas las comandas del restaurante.

—Buenas tardes, Dmitry. Tengo hambre. Por favor, tráenos algo de comer y para mí un vino. Un Souvignon blanco, por favor—le pido mientras espero a que regrese Andrei.

Dmitry se marcha hacia la barra y yo aprovecho el momento y saco de mi bolso la tablet para releer todo lo que he decidido verificar el último día antes de la exposición. Y ya que estoy en el Zhurkov, me decido a ir a la cocina y hablar con la señora Monzikova, la mejor cocinera de comida tradicional rusa de toda la ciudad de La Haya. Olga es una mujer de mediana edad. Afable, risueña y muy cortés con la gente que no conoce. Se diferencia bastante del resto de ciudadanos rusos que he conocido, hasta la fecha, mucho mas serios. Con una sonrisa eterna en su rostro marcado por pequeñas pecas en las mejillas y la nariz, acentuadas por la edad. De mediana estatura y algunos kilos de más. Siempre con el delantal blanco puesto y trabajando entre fogones, con succulentas y frescas verduras. Rodeada de un aroma especial a especias que le otorgan una apariencia más tierna y cariñosa.

Olga es la cocinera que finalmente va a realizar el catering de la exposición de Andrei. En un principio fue muy reticente a la hora de aceptar. Pero tras varias reuniones en su estimada y adorada cocina del Zhurkov, transigió, llegando a un consenso de la comida que se ofrecería esa noche en la galería. No le seducía la idea de que los platos tradicionales que su propia abuela le había enseñado a cocinar cuando todavía necesitaba de un gastado pequeño cajón de madera para poder alzarse y llegar a la mesa para cortar las verduras, no se apreciaran por las personas que acudieran a la presentación de la colección de pintura de un nuevo conciudadano en el mundo del arte.

—Buenas noche, bonita ¿qué haces tú por aquí a estas horas?—me dice cuando me ve entrar en su pertrecha cocina, con una amplia sonrisa en su rostro y limpiándose las manos en un blanco paño de cocina sujeto a la cinturilla de su delantal.

—Andrei necesitaba compañía y concretar unos últimos contenidos para la exposición— le informo mientras me acerca lentamente un tenedor a los labios, sujetándolo suavemente entre sus envejecidos y hábiles dedos.

—Evidentemente está nervioso. Habéis movilizado a mucha gente y finalmente va a ser todo

un acontecimiento social en la ciudad. Prueba, es uno de los postre para la exposición—me indica en el momento que abro mis labios para degustar el apetitoso bocado dulce que me ofrece, en un pequeño tenedor.

—Ummm, Olgaaa. He muerto y he subido al cielo—le digo suspirando, alargando su nombre y cerrando los ojos para intentar captar más intensamente la esencia de lo degustado, saboreando los pequeños rastros dejados en el tenedor—¿Qué delicioso postre es esté? No lo había probado antes. La masa es taaan exquisita, en su punto de dulzor. Y con el toque magistral del chocolate, lo hace un bocado delicado y soberbio a la vez. Realmente extraordinario.

Olga me mira detenidamente, escudriñándome con sus pequeños ojos tras sus grandes gafas de pasta negra. Resuelta, me informa dando unas palmadas al aire.

—Cielo, creo que hoy tienes mucha hambre. Os pondré a Andrei y a ti una pequeña selección de “zakuski”² y blinis, pero,... deja un hueco en tu estomago para el “Syrok v Shokolade”³ —susurra antes de darse la vuelta y volver a los fogones—No te preocupes, todo está coordinado y el jueves no se producirá ningún contratiempo con la comida. Dmitry ya tiene toda la bebida preparada. Crearemos una pequeña patria Rusa en la *Galerie Van Doorn*—me informa mientras me apremia a que salga de su bulliciosa cocina.

—Gracias, Olga. Estaremos en el salón si necesitas algo—me dirijo a ella mostrándole una gran sonrisa de agradecimiento por toda las molestias que se está tomando para que salga todo perfecto, dándole un pequeño abrazo por la espalda agarrándome a su oronda cintura.

—Tessa—me llama cuando me giro y me dirijo a la puerta—¿Habría la posibilidad de tener dos invitaciones más para la exposición?

—Olga, para ti, las que necesites—le digo guiñándole un ojo—Solo dime cuántas necesitas y los nombres para registrarlos en la lista de invitados y mañana te envío por mensajero las invitaciones.

Cuando salgo de la cocina, veo ya sentado a Andrei en la mesa del fondo de la barra jugueteando con el móvil.

—¿Todo a punto para el jueves?—me pregunta con ojos de súplica levantando la mirada cuando percibe que me voy acercando a la mesa.—¿Te has enterado de que Alexandr Zhurkov está aquí, cenando en el reservado de la primera planta?—me informa abriendo mucho los ojos por el asombro de estar cenando o que vaya a disfrutar en su primera exposición del catering del restaurante del gran magnate ruso.

—Si, aunque no lo he visto. Se comenta que va a fijar su residencia temporalmente aquí, en La Haya. ¿Le has conocido?—le interrogo

—No, solo lo he visto entrar con varias personas a su alrededor y se han dirigido al reservado de la primera planta.

Andrei y yo pasamos una agradable velada charlando animadamente. Pasamos de un tema a otro sin ningún tipo de orden, para terminar hablando de lo rápido que ha pasado el tiempo, desde la primera vez que coincidimos. Evocamos nuestra primera conversación sobre arte. Sucedió en una calurosa noche de abril, tras una copiosa cena con una abundante cantidad de vodka corriendo por nuestras venas, haciendo con ello que nos envalentonáramos en nuestro fin, en la terraza del Zhurkov. Cómo decidimos que tendríamos que arriesgarnos y luchar por nuestros sueños. Qué lejanas quedan en estos momentos esa exposición sencilla de nuestras ideas sin realmente pensar que llegaríamos a culminar. Dos jóvenes totalmente inexpertos y torpes en la materia. Saltando infinidad de impedimentos y vetos que en ningún momento llegamos a

calibrar en dichas reuniones. Pero aquí estamos ambos, degustando los variados *zakuski* que nos van sirviendo, recreándonos en los deliciosos sabores y exquisita decoración de los mismos que ha creado Olga para la ocasión.

Pletóricos de energía van pasando las horas con el suave murmullo de las conversaciones de las mesas próximas. Advertimos que se ha hecho tarde cuando reparamos que el Zhurkov va a cerrar y continuamos concretando y verificando todos los puntos para la exposición. El ánimo de Andrei domina en estos momentos la conversación. Ese joven con aspecto perdido y mirada evasiva, parece que va a adueñarse del mundo, envolviendo el momento en una explosión de júbilo que no le había visto hasta la fecha.

Andrei es un hombre joven de aspecto desaliñado y bastante delgado. Con una dejadez absoluta para su apariencia siempre con camisas y vaqueros raídos. Dueño de una bonita cara alargada, con unos hermosos ojos azul claro que, transmiten brillo y franqueza. Una fina nariz aguileña destaca en su rostro de piel blanca que le da al conjunto de su rostro una expresión abstraída. Resaltar su pequeña boca, de labios carnosos de color muy pálido. De cabello cobrizo corto y pobladas cejas que le dan un aspecto bohemio y pasota. Cada recuerdo que tengo de él, siempre es con un cigarro en la boca y un paquete de cigarrillos en la mano. Amigo de sus amigos y desconfiado de los extraños. Así de frente con la cara de felicidad y llena de seguridad, con la fijeza de sus ojos puesta en mí, escuchando sus palabras con pensamientos auténticos que parecen fluir entre ambos, con un bello lenguaje desde el corazón. Terminamos la última copa de la noche y salimos a la calle.

La luna ha desaparecido entre las sombras de las extensas nubes de tormenta. La noche empieza a ser gris y sombría. Pesa el aire que se respira. La oscura noche abruptamente se estremece, quebrándose el cielo por un estruendoso fogonazo de luz que se ahoga entre las calles de la ciudad que nos hace correr hacia nuestras bicicletas estacionadas en el lateral de la puerta principal. Nos despedimos velozmente e iniciamos cada uno la marcha hacia nuestro destino.

Levanto la mirada al sentir una delicada gota de agua descender hacia mi rostro y reparo en la luz que emerge del balcón del reservado de la primera planta para escabullirse en la encapotada noche. En ese instante veo una sombra que cierra la ventana y yo continuo pedaleando con un gran tesón hasta llegar a casa.

Capítulo 3

Suena mi teléfono, justo cuando llego a la cola para hacer mi pedido del café para llevar de la mañana, como casi cada día. No veo el número y descuelgo sin saber quién hay detrás de esa llamada con el cristal de la pantalla hecha trizas y cubierta por incómodas grietas. Hoy tengo que dejar el teléfono a reparar sin falta.

—Si, buenos días—digo descolgando con dificultad el teléfono móvil.

—¿Tessa, todavía no has llevado el móvil a reparar?

—Buenos días tenga usted, caballero—contesto con gran sorna—No, lo tengo que dejar en 15 minutos, pero necesitaba un café antes para poder sobrellevar la mañana.

—Voy a estar en una reunión y salgo a la una ¿te va bien comer a esa hora?—me pregunta muy directo.

—Me parece perfecto, Hans. Llámame a la oficina cuando salgas del despacho.

—Te veo más tarde, guapa.

—¡Te veo más tarde, guapo!—le digo imitando su tono de voz.

Paso por el servicio técnico y dejo el teléfono. Me comentan que en menos de seis horas me repondrán la pantalla y que mi teléfono quedara como nuevo. Son casi las nueve cuando estoy en la puerta de la galería asegurando mi bicicleta con el candado. Veo que los carpinteros están finalizando los últimos detalles en la planta baja.

La *Galerie Van Doorn* consta de tres plantas, con una bonita fachada de ladrillo color borgoña. Destaca por su belleza, con un estilo totalmente semejante a la arquitectura existente en el centro de la ciudad. Con grandes ventanales de madera blancos por los cuales la luz se adentra en las diferentes salas de exposiciones. La primera planta se pensó como un espacio único, con dos espacios modulares servidos con una zona central donde se encuentra la recepción, ascensor y escaleras. Ambos se concibieron en proporción y tamaño ante la posibilidad de exhibición de cuadros y esculturas de gran formato. Las salas de exposición tanto de la primera planta como de la segunda, se crean por medio de paneles que subdividen el espacio modularmente, obedeciendo a las características de cada exposición. La tercera planta está destinada a despachos, dirección y uno de los almacenes, disponiendo de otro mayor en el sótano del edificio. También en el sótano se encuentra un aula de enseñanza con diferente material para realizar diferentes cursos relacionados con el arte. En la planta principal, tras recorrer la zona de admisión y recepción, se encuentra una enorme puerta doble, totalmente acristalada que da acceso, a un bello jardín con un pequeño estanque en el centro, donde se realizan muchas de las recepciones de las diferentes exposiciones cuando el tiempo lo permite.

Entro con mi café todavía caliente en la mano y me dirijo a Petra, la joven recepcionista que me da los buenos días, amablemente. Hoy tiene que quedar todo preparado y los carpinteros se afanan en terminar de colocar módulos. Colocan un pequeño tabique falso, levantado del suelo con diferentes apoyos de madera, de modo que permite el paso de luz y flujo de aire a la vez que da un sentido amplio a la sala, con diferentes zonas para la exhibición de los diferentes tamaños de cuadros que tiene Andrei en esta colección.

Recuerdo la primera vez que entre en la galería para hacer mi entrevista de trabajo, hace ya casi dos años. Vi un cartel en el tablón de anuncios de la Universidad y necesitaba dinero. No había terminado los estudios y tenía casi nulas posibilidades que me dieran el trabajo. El cielo estaba completamente gris y llegue antes de tiempo. Unos cuantos folios doblados con apuntes temblaban, por el temblor de mis manos. Leía y miraba el reloj de mi móvil sin cesar. El tiempo pasaba despacio. Me senté en la parada del autobús y me levante más de diez veces. Y, solo cuando quedaban diez minutos para las cuatro de la tarde, me encamine hacia la galería. Que grande e imponente me pareció, la primera vez que estuve allí. Me temblaban las rodillas, “Sonríe, sonríe, tienes más posibilidades si sonríes, la gente alegre siempre lleva una sonrisa en la cara”.

—Buenos días—digo sonriendo y pareciendo todo lo tranquila y desenvuelta que mi faceta de actriz me permite—Tengo una cita para una entrevista con el señor Van Doorn—¡Oh, Dios mío! Creo que al decirlo casi me ha salido un gallito de la garganta.

—Buenos días, tome asiento. Enseguida aviso al señor Van Doorn—Me indica un sofá cercano al mostrador y marca un botón en su sofisticado teléfono.

Al cabo de unos minutos se abren las puertas del ascensor y sale una chica de mas o menos mi edad, morena y un pelo y tez espectacular. Si yo tuviera ese pelo, seguro que me saldría bien la entrevista, pienso astutamente. Me sonríe con una dulzura que hacía tiempo que no veía en los ojos de ninguna persona y me alarga su mano para estrecharla.

—Buenos días, soy la señorita Lessing. El señor Van Doorn, le atenderá en unos minutos. Venga conmigo—me dice con una leve sonrisa y haciéndome un gesto con la mano para que la siga.

Subimos por el ascensor al tercer piso. Creo que es de las pocas veces que he subido en ese ascensor. Estoy tan nerviosa que se me doblan las rodillas, aunque sigo sonriendo. Necesito empezar a trabajar y es una gran oportunidad. La señorita Lessing me dirige hacia una pequeña sala de reuniones en la que se encuentra el señor Van Doorn hablando por teléfono. Me indica que tome asiento frente a él y ella a su vez, toma asiento junto al que puede ser mi futuro jefe. Que digo futuro, seguro que ese señor será mi jefe. Estoy preparada, muy preparada. ¿A quién quiero convencer? Mi currículum no es extraordinario, pero sé que puedo hacer el trabajo que están solicitando. El señor Van Doorn cuelga el teléfono y revisa los folios que tiene delante, muy detenidamente. Tras un largo suspiro, me mira por encima de las gafas que están a medio camino de su ancha nariz y dice.

—Española, vaya, vaya—me digo a mi misma, ponte recta, intenta parecer profesional y empiezo a repasar mentalmente todas las posibles preguntas que Hans, mi mejor amigo aquí en La Haya, y yo hemos preparado con sus posibles respuestas. Tessa, respira,... no estás respirando y sonríe. Mujer, no tanto, que va a parecer que eres un payaso, me digo a mi misma haciendo que se me escape una leve sonrisita. De pronto, vuelve a dirigirse a mí—Española...—dice alargando la palabra. Vaya, ya sé que mi currículum no es muy extenso, pero parece que lo único destacable para este señor es que sea española.

—Es usted muy joven para este puesto de trabajo, ¿se cree usted capaz?

—Señor, si me permite...—le voy enumerando todo lo que creo que es importante para ese puesto de trabajo. Muy recta en mi asiento. Diciéndome a mí misma todo lo que Hans y yo hemos leído en internet...mírale a los ojos, pero no solo a él, también a ella. Que no parezca que te lo has estudiado y lo dices de carrerilla. ¡Para!, un momento, cuenta hasta tres, como si estuvieras pensando algo singular que pueda diferenciarte de los otros candidatos...de pronto

dice:

—¿Sabe?, yo sé hablar español—me dice con una leve mueca que me hace presagiar algo raro—¡*Uno cerveza, po favor!*—Vaya, me digo, esa sí que es una gran frase. Le sonrío y le hago un gesto con la mano como felicitándolo por sus grandes capacidades para el idioma de Cervantes, pero claro, tampoco soy yo quien para criticar, cuando me ha costado más de cuatro años tener una conversación que tuviera sentido en holandés.

Sonríe muy orgulloso de que le dé el visto bueno. La señorita Lessing me observa y sonríe. Creo que sabe que lo que acaba de decir no tiene mucho sentido y vuelve a revisar las hojas que tiene en su mesa.

—Española,... ¿duerme usted la siesta?—me pregunta con seriedad. ¿En serio? ¿En serio en una entrevista de trabajo me acaba de preguntar si duermo la siesta? Este tipo de preguntas no son las que pone en internet como el top 10 de preguntas a preparar para superar con éxito una entrevista de trabajo.

—No señor, no. Creo que no duermo la siesta desde los cuatro años.

—Bueno, bueno, ¿tiene alguna pregunta más, señorita Lessing?

—¿Habría algún problema para su incorporación inmediata?—me pregunta con un tono de voz que increíblemente me da tranquilidad.

Le indico que no habría problemas y pasa a explicarme como se calcularía el salario para el puesto, con sus beneficios del puesto. Cuando está explicando el sistema de bonificaciones, el señor Van Doorn la interrumpe toscamente.

—Bueno, bueno, eso ya se le explicara. Yo tengo muchas cosas que atender. Se le avisara en breve.

Se levanta de su silla y da por terminada la entrevista. La señorita Lessing me mira y a través de la mirada, veo en su expresión una disculpa por lo directo y rudo del comportamiento de su jefe durante la entrevista. Nos levantamos ambas de las sillas y nos dirigimos a la entrada, donde se gira hacia mí y me dice alargando su brazo.

—Muchas gracias por su tiempo, señorita García. Esta semana tendrá noticias nuestras. Ha sido un placer conocerla.

—El placer ha sido mío, señorita Lessing.

Cuando me alejo de la galería, saco mi móvil del bolso y marco un número.

—Hola preciosa, ¿qué tal tu entrevista? ¿Vamos a celebrarlo?

—Hans, no creo que podamos celebrarlo. No creo que ese puesto sea para mí.

—Cielo ¿qué ha pasado, no te ha gustado tu futuro jefe? ¿qué te ha preguntado?

—Hans, me han preguntado si dormía la siesta y me ha comentado lo profundo de su conocimiento del castellano con la frase: ¡*Uno cerveza, po favor!*—le digo imitando un tono de voz mucho más grave que el mío. No oigo contestación de Hans. Se ha quedado callado, cuando de repente oigo una gran carcajada en el teléfono y me dice sin dejar de reír.

—¡*Uno cerveza, po favor!!*

Me llamaron a la mañana siguiente y conseguí mi primer trabajo de becario. Con el tiempo me di cuenta que fue por influencia de la adorable Jane Lessing, encargada de la contabilidad de la galería. Por otra parte, el señor Van Doorn, creo que siempre se arrepentirá de esa frase, ya que desde que cogí confianza, al poco tiempo de estar allí y me di cuenta que era gruñón, pero muy divertido, se la he repetido hasta la saciedad.

Subo el último tramo de escaleras y me dirijo hacia la oficina de Jane.

—Buenos días, Jane—le digo con una sonrisa. Es increíble, pero siempre es ella, la primera

en llegar, aunque no siempre la primera en salir.

—Buenos días, Tessa. ¿Qué tal anoche, calmaste a Andrei?

—Sí, todo solucionado. Ayer hablé con la señora Monzikova y te llamará porque necesita unas invitaciones para mañana.

—De acuerdo—me dice, revisando su ordenador—. ¿Sabes que ha confirmado la embajada rusa y mandan una pequeña representación? Tessa, va a ser increíble. Todo el mundo va a estar aquí mañana. ¿Te lo puedes creer?

—Sinceramente, no—le digo con una sonrisa en la cara terminándome el café.

—El señor Van Doorn tampoco. Creo que jamás había tenido una exposición en su galería con gente tan importante e influyente—me dice sonriendo.

Bajo y me paso parte de la mañana con el ordenador y los planos indicando y controlando la disposición de todas las obras de Andrei. Hay suciedad por todas partes, restos de serrín y plásticos que voy almacenando en laterales, para luego poder retirarlos todos juntos. Petra entra en la sala, donde me encuentra arrodillada junto a uno de los carpinteros revisando su trabajo. Me indica que ha llegado un mensajero con un paquete para mí, y me apunta que es una entrega que el mensajero tiene que hacer personalmente. Me acerco a la zona de recepción frotando restos de serrín de la estrecha falda negra que, con muy poco criterio, me he puesto para trabajar hoy.

—Buenos días, ¿señorita García?—me pregunta muy ceremonial.

—Sí, soy yo.

—Este paquete es para usted. Firme aquí, por favor.

—¿Quién lo envía?—le pregunto intrigada, ya que no espero ningún envío en estos días.

—Yo ya he cumplido con mi trabajo. Que disfruten de un buen día—dice entregándome el recibo de entrega y girando sobre sus talones.

Subo a mi oficina con el paquete en las manos, intentando abrirlo y me paro en la mesa de Jane. Le indico que me pase un cúter para poder abrir el paquete.

—¿Quién te lo manda?—me pregunta Jane igual de intrigada que yo.

—Al menos, parece que no es una bomba—le digo riendo y moviendo el paquete para ver si suena. Lo voy abriendo y veo una nota. Justo en ese momento suena el correo de Jane que le indica que tiene un nuevo correo.

Leo concienzudamente y susurro lo escrito en la tarjeta escrita a mano. Miro el paquete con una gran sorpresa a la vez que veo a Jane mirándome con la boca y los ojos muy abiertos.

“Espero que por mi culpa no se pierda usted ningún cumpleaños. Permítame reemplazarle su teléfono móvil, para que ello, no pueda interferir en su calendario social, Atentamente:

Alexandr Zhurkov”

Alexandr Zhurkov, decimos las dos a la vez mirándonos.

—Tessa, Alexandr Zhurkov viene a la exposición ¿tú lo sabías? ¡Oh, Dios mío!—exclama en un pequeño grito juntando las manos—¿Qué has dicho? ¿De quién dices que es el envío?

—¡Madre mía! Jane, tengo que devolver este paquete. No puedo aceptarlo. Y, ¿cómo sabe mi nombre y dónde trabajo?—digo marcando el número de Petra de recepción desde el teléfono de Jane—Petra. No, disculpa. Soy Tessa ¿podrías por favor llamar a la misma compañía de mensajería que acaba de traerme un envío y comunicarles que necesitamos que lo retiren urgentemente?

—¿Por qué te envía un teléfono móvil a ti? ¿Desde cuándo conoces a ricachones rusos? ¿Desde cuándo conoces a Alexandr Zhurkov?— me repite Jane clavando sus ojos en mí— ¡Madre mía, es el último modelo! Está agotado en todas las tiendas. Es precioso, Tessa. Míralo qué lindo es—me dice quitándome la caja de las manos.

—El domingo salí a correr por la mañana e iba con los auriculares puestos cuando salí de Clingendael. No me di cuenta, al cruzar la carretera, de que tenía el semáforo en rojo para los peatones y faltó muy poco para que me atropellara. Caí al suelo en la confusión y me hice la herida del brazo. El teléfono salió despedido de la funda y por ese motivo esta mañana lo he dejado en el servicio técnico reparando la pantalla que se quebró.

—Y, ¿se paró a ayudarte?—me interroga maravillada por el relato.

—Sí, Jane. Claro que paro. Creo que en ningún momento se le ocurrió pasar por encima de mí con las ruedas de su coche—la veo que se lleva las manos a la cara emocionada y teclea su nombre en Google. Pincha en la pestaña de fotos desplegando numerosas fotos de Alexandr Zhurkov.

—Uf, creo que me acabo de poner nerviosa. Aquí pone que no sale actualmente con nadie. Necesito un vestido nuevo.

—Jane, estas felizmente casada—le recuerdo muerta de la risa, nunca la había visto así.

—Tessa, ¿crees que necesitaremos más seguridad? Vas a devolver el teléfono ¿Seguro que no te lo vas a quedar? Es muy bonito, está agotado, carísimo y él rompió el tuyo—me dice muy convencida.

—Sí, es precioso—le contesto maravillada por la pequeña caja, que hay en mis manos— Creo que no debo aceptarlo, muy a mi pesar, aunque, Jane...ya lo echo de menos. Va a ser muy duro separarme de él después de haberlo conocido. Es taaaan perfecto. Jane, míralo ahí tan solo, doradito...pero créeme que no quiero deberle nada, a una persona que no conozco—le digo mientras ambas miramos fijamente la caja que hay sobre la mesa, con una risita que se nos escapa.

Jane habla con Olga Monzikova para saber si los últimos invitados en la lista de la exposición de mañana tienen algún requerimiento especial en cuanto a seguridad. Le informan que no es necesario y que el señor Zhurkov lleva su propia seguridad. Ellos mismos se pondrán en contacto con la empresa que hemos contratado para el evento.

Ya es medio día y me encamino hacia el centro subiendo ágilmente en mi bicicleta para comer con Hans. Esta sentado en la terraza, atendiendo a una llamada. Me voy acercando a él y cuando me ve, se levanta y aun en su conversación telefónica, me saluda y mueve la silla de mimbre que hay a su derecha para que yo pueda acomodarme.

Empiezo a contarle todas las novedades de la última hora. Cuando le cuento lo del teléfono recibido en la galería, tengo que contarle también el incidente del domingo lo que le hace contener la risa hasta que ya no puede más y suelta una gran carcajada.

—Tessa, creo que tu pequeña exposición ha despegado y se ha convertido en un acontecimiento social a nivel nacional.

Cuando es la hora, regreso a la galería para seguir con el trabajo. No debemos olvidar que el trabajo en la galería sigue y la misma no sobrevive solo gracias a las exposiciones. Aunque a ésta, parece que van a venir bastante personalidades con suficiente poder adquisitivo para asegurar la compra de cualquiera de la obras que se van a exponer.

Las horas van transcurriendo sin darme cuenta. Muy orgullosa me doy cuenta que todo está encajando a la perfección, según lo planeado. Doy unos pasos hacia atrás para poder observar

una de las obras de Andrei y suspiro con alivio. Es extraordinaria la perfección del cuadro, lo hemos conseguido. Lo que todavía no he conseguido ha sido hacer la devolución del envío ya que la compañía comenta que no hay ningún equivoco en ella, así que colgando el teléfono por segunda vez durante esa tarde, miro a Jane la cual me dice mientras sonrío:

—Reconócelo, va a costarte desprenderte de ese teléfono, cómo no se lo lleven ya mismo.

—Lo sé, Jane. Pero no conozco de nada a ese hombre y la gente con tanto dinero suele ser bastante...no sé cómo explicártelo—le comento mirando de nuevo la caja—Necesito saber cómo me ha localizado.

—Tessa, no seas paranoica. Rompió tu móvil y se ha hecho cargo de hacerte llegar uno nuevo. El mejor móvil del mercado. Es lógico para ese tipo de personas. Seguro que ni lo ha enviado él, habrá sido su secretaria. Así que deja de dudar y no le des más vueltas—comenta tranquilamente antes de volver a mirar a la pantalla de su ordenador.

Jane siempre ha sido la persona sensata de la oficina. La responsable, mi conciencia en muchas ocasiones y la que ha sabido poner cordura en mucha de las situaciones a las que nos hemos tenido que ir enfrentando a lo largo de este tiempo trabajando juntas. Ya no solo la considero una compañera, es una gran amiga, noble y muy franca que siempre tiene el discurso apropiado para cada situación.

Capítulo 4

El día amanece muy nublado aunque se espera que despeje para medio día. Hoy es el gran día y creo que a partir de esta exposición, el señor Van Doorn va a contar más conmigo en el trabajo. Ya no seré la asistente que ayuda o a la que obliga a ser la voluntaria para los talleres infantiles y juveniles de los fines de semana. No cometo el mismo error que la mañana anterior y me visto con ropa cómoda. Vaqueros, una camisa no muy formal y zapato plano. Mis pies ya sufrirán bastante a lo largo de la tarde-noche de hoy, en la recepción y la exposición.

El señor Van Doorn está comprobando como está todo dispuesto, cuando me ve a través del cristal y muy gentil acude a la entrada a recibirme abriéndome la puerta principal.

—Teresa María, jamás pensé que esto saliera bien—dice utilizando mi nombre completo con una mueca. Es una manía que tiene, cada vez que quiere parecer ceremonial, recita mi nombre completo.

—Le agradezco su plena confianza, entonces—le digo guiñándole el ojo derecho—pero no descuide, todavía no hemos terminado. Le recomiendo que eso me lo diga pasadas las diez de la noche.

—No vas a conseguir asustarme. He estado reunido con la señorita Lessing y sé que todo está convenientemente registrado. Hoy no va a ser el día que me provoques una arritmia cardíaca.

—Señor Van Doorn, esa nunca ha sido mi intención, aunque en alguna ocasión lo haya creído—me mira con una pequeña sonrisa y subimos hasta la oficina.

Me dirijo hasta mi mesa, para dejar el bolso en el cajón del escritorio e ir encendiendo el ordenador mientras voy hacia la cafetera a por el café de la mañana. Allí me encuentro con Jane y con Petra que hablan de la extensa lista de invitados para la noche y me uno a ellas antes de comprobar los correos electrónicos de la mañana.

—¿Sabes quién es la acompañante de Alexandr Zhurkov?—le pregunto mirándole a los ojos porque no he visto ningún nombre en la lista.

—No, no nos han facilitado quién será esta vez. Han dicho que vendrá acompañado, pero no han facilitado quién es. Seguramente sea alguna nueva modelo rusa, rubia despampanante con piernas kilométricas.

Las dejo sumidas en un pequeño debate sobre peinados y vestidos cuando entreoigo un mensaje que ha entrado en mi teléfono. Me dejo caer en la silla y miro los diferentes mensajes en la pantalla del móvil.

La mañana pasa muy rápida concretando las últimas gestiones para la noche. Almorzamos en la galería, finalizando las últimas llamadas. Tras terminar de comer, me dirijo a la peluquería junto a Jane. Vamos pedaleando en nuestras bicicletas cuando pasamos por delante del Zhurkov. Sé que todo está en orden pero, la peluquería está muy cerca y quiero asegurarme que todo esté preparado. Creo que esta inquietud es debida a mi total falta de experiencia. Observo que no viene ningún tranvía y me cruzo la calzada indicándole a Jane que me siga girando la cabeza y sin poder percatarme que un vehículo acaba de salir del reservado junto al restaurante y estoy a punto de chocar con él. Giro el manillar rápidamente. Hago que la bicicleta se tambalee y casi

pierda el equilibrio, pero consigo corregir la trayectoria y frenando en la parte lateral del Zhurkov, miro al chofer del vehículo negro con cristales tintados. Levanto los hombros y esbozo una pequeña sonrisa pidiendo disculpas por mi imprudencia—Lo siento—le digo vocalizando cada sílaba sin ningún tipo de sonido. El chófer me mira, levanta su mano y este gesto lo tomo como que ha aceptado mis disculpas por el terrible frenazo que ha tenido que dar para que no chocara con su vehículo.

Nos cercioramos que todo está en orden y que en dos horas no tendremos ningún contratiempo con el catering. Es entonces cuando salimos hacia nuestra cita en el centro de belleza. Allí nos acicalan para el evento y reímos especulando acerca de la noche que nos espera. A las dos horas llego a casa. Me doy una ducha rápida. Termino de arreglarme y vestirme. Hans llegara en cualquier momento a recogerme.

A las seis y media en punto, Hans toca a la puerta que abro pausadamente soltando un pequeño silbido.

—¡Caray Hans!. Hoy voy a ser la mujer más envidiada de la noche—le digo repasando su atuendo. Va espectacular con su perfecto esmoquin negro y su pelo engominado.

—Tu sí que estas bella, más que de costumbre—me dice guiñándome un ojo a la vez que me da la mano, levantándola para que dé una vuelta sobre mi misma. Suelta también él un pequeño silbido cuando ve el escote de la espalda de mí vestido—Simplemente impresionante y mucho más alta con esos zapatos—dice soltando una sonora carcajada—¿Lista?—me pregunta apremiante.

—Lista—le contesto introduciendo la barra de labios en mi pequeño bolso de mano.

Llegamos a la galería y un uniformado aparcacoches me abre la puerta para seguidamente acudir a coger las llaves a Hans y retirar el coche de la entrada hacia el aparcamiento habilitado. Hans me ofrece su brazo, al cual me agarro muy firme mientras me sonríe y dice:

—¿Dispuesta a hacer historia en esta galería?

—¡Dispuesta!

La galería esta magnífica, toda iluminada con los diferentes maceteros que hemos colocado a la entrada y la luz que sale de las ventanas de los tres pisos. En la entrada de la galería ya está todo preparado para la pequeña declaración que hará el artista y tanto el señor Van Doorn como Jane están en la entrada hablando con varios invitados, perfectamente ataviados con su trajes de gala. Él con un esmoquin clásico negro de dos botones, con la pajarita un poco ladeada, una pulcra camisa blanca y con una gran sonrisa en los labios que le aporta un aspecto afable. Jane está a su lado con un increíble vestido azul turquesa palo de un solo tirante con la espalda semicubierta al unirse el tirante con la parte posterior del vestido en un original adorno en forma de nudo. El cuerpo del vestido es ajustado hasta llegar a la cintura, marcada por una cinturilla de raso de la que surge una liviana y vaporosa falda con un notable corte lateral en la parte delantera. Lleva suelta su bonita melena morena, que le llega a media espalda y con el suave maquillaje que lleva esta noche, parece más resuelta y elegante que nunca. En el momento que mi jefe nos ve entrar, ensancha más su sonrisa y viene hacia nosotros extendiendo sus brazos hacia mí.

—Querida, Teresa María. Estas espectacular esta noche con ese vestido y lo que has hecho en la galería es, es,...—dice pensando la palabra a utilizar—simplemente magnífico.

—Oh, estimado jefe. Esto es el resultado del trabajo de todos—digo dándole un pequeño y afectivo abrazo—Usted también esta espectacular con ese bonito esmoquin—le digo guiñándole un ojo. Pero, ¿podría hacerme un favor, solo por hoy? Por favor, hoy llámeme Tessa.

—Tessa, Andrei ya ha llegado. Está en la parte trasera y en un cuarto de hora todo estará preparado con la prensa para su pequeña presentación. ¿Te parece correcto?

—Me parece perfecto—le indico a Jane, que es la persona más competente y dispuesta que conozco. Dirigiéndome a Hans, le digo acercándome a su oído—Hora de que empiece el espectáculo ¿te importa que te abandone durante unos momentos para estar con el artista? Prometo que yo misma te guiaré por la exposición explicando cada una de las obras.

—Eso lo veo complicado—me contesta Hans riendo—Por lo que deduzco desde aquí, sus obras son muy, como podríamos definirlo, abstractas. No te preocupes estaré bien. Ve con el artista.

Voy saludando a los distintos invitados, hasta que llego a la gran puerta acristalada que da al jardín que hoy se encuentra con una iluminación especial. Junto a uno de los bancos más apartados lo veo a él, con un cigarro haciendo equilibrio en sus labios. Andrei intenta calmar sus nervios y su ansiedad, por lo que se le viene encima.

—Andrei—lo saludo acercándome hasta donde se encuentra, apoyado en un banco.

—Guau, Tessa, estas guapísima.

—Gracias, Andrei. Tú también estas muy guapo esta noche—le comento sonrojándome un poco. Si la gente sigue diciéndome lo guapísima que estoy esta noche, al final voy a creérmelo—¿Qué tal estas? ¿Nervioso?

—Tessa, no te lo crearás, pero mis nervios han ido desapareciendo.

—¿Me lo estás diciendo en serio?—le pregunto con los ojos como platos. No puedo entender como está tan tranquilo—Me alegro mucho, Andrei y...¿puedes decirme exactamente cómo has conseguido que suceda?

—¿Estas, nerviosa?—me pregunta observando mis manos, que las retuerzo una con otra, lentamente.

—Andrei,...muchísimo.

—Fumando, y ya me he bebido dos vodkas—me lo dice muy serio y concentrado. Ambos nos miramos y de repente estallamos en una fuerte carcajada.

—Anda, pásame uno de esos cigarros, que estoy que me da un infarto.

—¡Tessa, no me digas eso que me da a mí también!—exclama Andrei—Llevas mucho tiempo sin fumar ¿estás segura de que quieres fumártelo?—me pregunta levantando las cejas. Andrei sabe lo mucho que me costó dejar de fumar y duda si es buena idea.

—Dame ese maldito cigarro de una vez, Andrei. Tenemos solo cinco minutos antes de que empiece todo—le digo con mirada amenazante y una pequeña mueca – Hoy lo necesito o me caeré de estos tacones y haré el más espantoso de los ridículos en tu primera exposición.

—Oooh, no. Eso no. Nada de fastidiar la noche con lo mucho que nos ha costado hacer esto. Caray, es que estas imponente con esos zapatos. Eres casi tan alta como yo. Haz el favor de mantener el equilibrio ahí arriba—dice sonriéndome y alargando un cigarro que me enciende seguidamente. Te doy los que necesites.

Ambos nos fumamos en silencio el cigarro. Nos miramos de vez en cuando, pero sin decir palabra, completamente en silencio. Respiramos profundamente con cada calada.

—¡Madre mía! Este cigarro sabe a gloria—le digo con una sonrisa en los labios sin ver a Jane que se va acercando a nosotros.

—¿Se puede saber que estáis haciendo aquí los dos escondidos? Ya está aquí todo el mundo. Andrei, es el momento en el que tienes que estar con la prensa—nos dice con una mirada muy sentenciosa y dirigiéndose a mí, me espeta—¿Y tú, no deberías ser la sensata del momento?

¿Qué haces fumando? ¿No lo habías dejado? Haced el favor de cuadrar hombros los dos y salid ahora mismo.

—Ya vamos, ya vamos. Jane, desde que ves películas de guerra en la televisión, parece que salgas del ejercito—le digo sonriendo y aceleramos el paso los tres. No sin antes, pararme unos instantes cuando paso por una mesa con bebidas. Cojo un chupito de vodka. Me lo bebo de un trago y exclamo ante la sorpresa de Andrei y Jane—¡“Na zdoróvie⁴”!

—Muy metida en el papel de rusa te veo yo a ti esta noche, Tessa—dice Jane muy seria haciendo que a los tres nos dé un ataque de risa.

En la galería ya se encuentran muchos de los invitados y se han ido situando muy cerca de donde tengo que presentar al artista. Andrei me mira antes de pasar entre la gente y colocarnos delante de la cartelería para el evento, acondicionada con un micrófono. Le susurro al oído:

—Jane debería haberme dejado beber tres o cuatro vodkas más.

Realizo un pequeño discurso para introducir el acto y que los invitados a la exposición conozcan al artista. Así como un breve resumen de lo que van a poder disfrutar durante la velada. Estoy en una posición un poco más elevada que el resto, lo que me permite ir observando a los diferentes invitados. Voy mirando a unos y a otros. Allí esta Olga, elegantemente vestida y con una pequeña sonrisa bonachona mirándome fijamente. Mi jefe, Jane con su marido, Hans y demás compañeros y conocidos. Mi mirada se dirige hacia la puerta de entrada cuando veo a seis hombres que entran discretamente con trajes negros. Distingo a uno de ellos con un auricular en el oído derecho. Termino y le cedo la palabra a Andrei, que empieza a contestar alguna de las preguntas que le van haciendo un limitado grupo de medios de comunicación que han acudido a la exposición para cubrir el evento.

Al ceder el protagonismo al artista, bajo y me sitúo junto a Jane que alarga sus brazos hacia mí y apretándome las manos con las suyas me dice en un susurro.

—Ha sido perfecto y la gente está muy sorprendida. Creo que esta noche terminara siendo todo un éxito.

—Gracias, Jane. Nada de esto habría salido adelante sin tu ayuda.

—Y sin todos tus contactos—me indica con una amplia sonrisa.

Veo que Andrei está ya terminando y se le ve en el rostro que está cómodo hablando con la gente. Se le ve sonreír tímidamente. Las personas a su alrededor se van dispersando y me vuelvo a acercar a él. Es hora de que el artista vaya saludando a los invitados individualmente. Nos vamos acercando a diferentes grupos que nos vamos tropezándonos mientras vamos andando por las dos salas de la exposición de la planta baja. Vemos a la pequeña representación de la embajada rusa de la ciudad, que están hablando animadamente. Llegamos a donde se encuentra Hans, que está hablando con el señor Van Doorn y con Olga Monzikova. Hans me rodea la cintura con su brazo y me dice en un susurro acercándose a mi oído.

—Tranquila, estas preciosas y todo está saliendo bien.

—¿Tú crees?—le pregunto, no muy convencida.

—Tú relájate y disfruta de la fiesta. Ahora no puedes hacer nada y a la gente se la ve muy animada—me dice en un tono pausado.

—Olga, los invitados no dejan de elogiar los succulentos manjares que has preparado. Todo tiene que estar exquisito—de digo acercándome más y abrazándola cariñosamente.

—Gracias, Tessa. Deberías probarlos también. Seguro que te gustaran.

—Olga, me encantaría. Pero debemos continuar saludando a los invitados y que el artista, se

vaya dando a conocer entre todos ellos. Olga, muchísimas gracias por todo y mucho más por permitir que podamos disfrutar de tu compañía—apunto, mientras Andrei se acerca más a mí.

—Tessa, necesito salir un momento. Enseguida regreso.

—Espera, salgo contigo—le digo agarrándome a su brazo y caminando a su lado hasta el jardín.

Cuando entramos en el jardín vemos que hay diferentes grupos de invitados charlando y comiendo las diferentes clases de “zakuski” muy animadamente. Andrei se coloca casi al fondo del jardín, junto a la pared y saca su cajetilla de tabaco. Enciende un cigarro y me lo pasa amablemente.

—Tessa ¿estás segura de que quieres seguir fumando? Todo ha salido bien y no vas a volver al vicio por mi culpa.

—¡Andrei, de algo he de morir!—le digo cogiendo el cigarro de entre sus dedos y llevándolo a mis labios—¿Cómo estas? ¿Estás disfrutando de tu primera exposición?—le pregunto con una amplia sonrisa.

—Créeme que jamás pensé que mi primera exposición seria así. Con compatriotas como invitados, gente de mi embajada, empresarios tan importantes. No sé qué decir—dice tímidamente mientras un trajeado camarero se acerca a nosotros con una bandeja con diferentes tipos de vodka.

“Na zdoróvie” decimos al unísono levantando nuestros pequeños vasos y llevándonoslo a la boca bebiendo de un solo trago. El vodka parece que quema cuando pasa por mi garganta. Sigo sin acostumbrarme a esta costumbre de beber el vodka a “palo seco” de un trago. Volvemos a entrar y continuamos con la vorágine de ir saludando a las diferentes personalidades, empresarios y amigos que se han acercado a la exposición. De repente, veo que Jane me mira con los ojos muy abiertos, indicándome que mire hacia la entrada. Se acerca disimuladamente a mí y dice en un susurro.

—Guauuu—dice mirando hacia la entrada.

—Jane, tenías razón al decir que hoy se presentaría más guapo que nunca.

—¡Madre mía! Como está el ruso, Tessa. Creo que voy a babear un raro, pero por favor haz lo que sea para presentármelo.

—Jane, yo no lo conozco y mira toda la seguridad que lleva alrededor.

—No seas, aguafiestas. Te saco literalmente de debajo de su coche y te ha regalado el mejor móvil que hay en el mercado, preocupándose de enviártelo, aunque para ello tuviera que descubrir donde trabajabas. Seguro que puedes acercarte a él mucho más que yo.

—De acuerdo, Jane. No te separes de mí y vamos a ello. Pero haz el favor de dejar de mirar tan descaradamente y cerrar un poco la boca. Te recuerdo que tu marido anda por aquí—le digo con una contagiosa sonrisa.

Ambas nos quedamos mirando hacia la entrada donde justo en ese momento entra Alexandr Zhurkov. Nuestro invitado más importante y distinguido. Veo como cuatro hombres trajeados van situándose a su alrededor según va entrando. Realmente Alexandr Zhurkov impresiona. Es alto con un cuerpo atlético, rubio con el pelo bastante largo peinado hacia atrás y tiene unos indescriptibles ojos de un azul tan intenso, que recuerda a un hermoso cielo azul despejado de nubes. No va solo, a su lado va una llamativa rubia. Según Jane, de bote, con un increíble vestido color rojo y una enorme apertura en el lateral, que le llega casi a la cadera. Es una mujer muy guapa, aunque se le ve bastante artificial. No me doy cuenta de que estoy mirando fijamente, hasta que Alexandr Zhurkov levanta la mirada y sus ojos se cruzan con los míos. Me doy cuenta

de que nos ha pillado embobadas. Creo que las mejillas se me están poniendo coloradas. Aprecio que su mandíbula apretada y su ceño se destensan. Sin saber cómo quitarme su hermética mirada de encima, me giro y le digo a Jane:

—Ahora no. Ahora no puedo Jane. Queda mucha noche. Si no te lo presentan, lo haré yo, pero ahora tengo que irme—le digo saliendo hacia el jardín de nuevo. Miro de reojo y veo que Hans se ha percatado de lo sucedido y sale tras de mí disimuladamente.

—Tessa, ¿se puede saber qué haces fumando? ¿Me puedes explicar qué ha pasado?

—Hans, lo siento. Necesito relajarme. Me tiemblan las piernas y es de tanto estrés. No puedo contentar a todos a la vez. No pasa nada. Enseguida entro y continuare con mi trabajo, solo necesito un momento para respirar aire limpio.

—Me sorprende que digas eso cuando llevas un cigarrillo en la mano. Avísame si necesitas algo—me dice mirándome fijamente—Tessa, ¿me estás escuchando?

—Sí, sí. No es nada.

—Entonces no deberías volver a fumar. No es bueno y te costó mucho dejarlo. Tira ese cigarro y vuelve a hacer lo que se te ha ordenado—dice dándose la vuelta para volver a entrar.

Mientras, miro al cielo y respiro profundamente. Me doy cuenta de que ha empezado a refrescar bastante y no llevo chaqueta. Decido entrar de nuevo cuando veo que Sergei se acerca hasta el lugar donde estoy.

—Buenas noches, Tessa. ¿Dónde te habías metido? Todavía no he tenido la oportunidad de saludarte.

Sergei Borovik es una persona, llamémosla especial. Nos conocemos desde hace bastante tiempo y nos hemos relacionado abiertamente acudiendo a varias fiestas y cenas juntos. Él siempre quiso mucho más, pero es algo que yo siempre me obligué a no tener. No porque no fuera atractivo, Sergei es un hombre muy guapo a su manera. Tiene el pelo muy corto, moreno y anchas espaldas, pero su carácter fuerte y agresivo deja mucho que desear. Yo creo que en realidad nos utilizamos ambos en este tipo de relación. Él fue la primera persona que me introdujo en la pequeña comunidad rusa de la ciudad y me enseñó mucho de sus costumbres, pero su carácter difícil y a veces violento es algo bastante preocupante y aprendí a distanciarme.

—Buenas noches, Sergei. Qué guapo estás hoy—le informo con una tensa sonrisa.

—No tanto como tú, con ese vestido. Estás preciosa—definitivamente creo que el vestido que me he puesto para esta noche está causando sensación. Es un vestido rosa palo, sobrio y sencillo, pero a la vez muy elegante con corte imperial palabra de honor. Fruncido en la parte del pecho, con pequeñas perlas de un rosa más oscuro en la parte del escote y el bajo pecho de donde sale una ligera falda larga que cae hasta el suelo con un poco de vuelo. La espalda es lo más espectacular, solo cubierta con la cinta que rodea el pecho adornada de pequeñas perlas que sujeta el vestido en la parte de arriba—He visto que has venido con Van Doesburgh...

—Eres muy observador, Sergei y muy directo—le digo mirándolo muy fijamente.

—¿Estás saliendo con él ahora?

—Sergei, sabes que eso no es de tu incumbencia, pero, no. Solo somos amigos.

—La velada está siendo todo un éxito, he visto varias obras que me podrían interesar para las oficinas.

—Eso es fantástico, Sergei. Andrei es un artista con una sorprendente fuerza y en sus obras se ve transmitido el sentimiento de cada una de ellas.

—Le diré a mi secretaria que concierte una cita para comer esta semana contigo y hablamos de negocios.

—Me parece perfecto, Sergei. Será un verdadero placer ayudarte con la elección de alguna obra nueva para tu colección. Si me disculpas, debo volver a reunirme con el artista para saludar a los invitados—le digo dirigiéndome hacia la entrada.

—Te acompaño—dice andando a mi lado hasta llegar a la entrada donde galantemente me da un beso en la mejilla y se despide para reunirse con el grupo de personas con los que ha llegado.

Voy caminando, observando y saludando a los invitados hasta llegar a un extremo de una de las salas, donde veo que se encuentra Andrei con Jane hablando animadamente de una de las obras allí expuestas.

—He visto que estabas hablando con Sergei ¿todo bien, Tessa?

—Todo bien, Jane. No te preocupes, aquello está olvidado. Está interesado en alguna de tus obras, Andrei y comeremos esta semana juntos. ¿Qué tal todo por aquí?

—Perfecto. Ya tenemos varias obras reservadas. Creo que cerraremos la noche con un rotundo éxito—me indica Jane.

La velada se encuentra en pleno apogeo cuando veo que Olga, el señor Van Doorn, Alexandr Zhurkov y su acompañante se acercan hacia nosotros.

—Señor Zhurkov, me gustaría presentarle al artista y a parte de mi magistral equipo—dice el señor Van Doorn cuando llega hasta nosotros—Nuestro joven y muy prometedor nuevo artista, el señor Andrei Milavanov, la señorita Lessing encargada del departamento financiero de la galería y la señorita García, nuestra experta en nuevos artistas y eventos.

Caray, en cuestión de un par de horas, he pasado de ser la encargada de cursos y eventos sociales de los que nadie quiere encargarse, poco experta e incauta que se arriesga con artistas que nadie conoce, a experta. Estoy ensimismada en mis pensamientos, casi con la boca abierta decidiendo si, después de esta presentación, solicitar un aumento de sueldo a partir de la semana que viene, cuando oigo a Zhurkov que dice:

—Señor Milavanov, tiene usted una particular pincelada en su obra muy interesante. Me gustaría que alguien de mi empresa hablara con ustedes para poder comprender su técnica más detenidamente. Señorita Lessing, un placer conocerla—y dirigiendo la mirada hacia mí, aclara— a la señorita García ya tuve el honor de conocerla el pasado fin de semana. Les presento a la señora Monzikova y a la señorita Potapova.

—Señor Zhurkov, señorita Potapova—decimos al unísono Jane y yo.

—Entonces, perfecto. Las señoritas García y Lessing le ayudaran en todo lo que ustedes puedan necesitar—mi jefe le da un apretón de manos y desaparece entre la multitud.

—Tessa, no me dijiste que habías conocido al señor Zhurkov—comenta Olga extrañada.

—Sí, nos conocemos desde el pasado fin de semana, cuando no respeto un semáforo y me abalanzo sobre mi vehículo—dice muy serio para terminar con una mueca en sus labios cuando recuerda—A causa de esto, “SU” preciado teléfono móvil cayó al suelo. Y es allí donde tiene media vida, la agenda, los contactos, la música,...vamos que podríamos decir que tiene toda su vida en él, Olga—dice abriendo mucho los ojos—¡Incluso los cumpleaños!

Los cuatro nos miran a ambos con curiosidad. Vale, creo que ellos no se dan cuenta, pero yo sí, de que recuerda cada una de las palabras que le dije y me empieza a entrar un terrible mosqueo que nace del estómago y va subiendo poco a poco hasta instalarse en mi mirada, cuando prosigue diciendo:

—Lo cual podríamos calificar como un incidente de lo más trágico, que yo intente subsanar enviándole un nuevo teléfono móvil, tan pronto como pude descubrir cuál era su nombre. Cuál

fue mi sorpresa cuando lo intento rechazar y devolverlo con el mensajero. Olga, deberías explicar a la señorita García, que es de muy mala educación rechazar un regalo en la cultura rusa —dice muy serio a Olga. A continuación clava su mirada en mí y remata la humillación diciendo —Aunque eso depende de la gente con la que la señorita García tenga costumbre de ir o conocer. Me alegra ver que la herida de su brazo ha curado bien. Señoritas, señor Milavanov

Haciendo una inclinación de cabeza se aleja de nosotros y yo me quedo casi con la boca abierta. He sentido como una increíble descarga eléctrica con sus palabras y su dura mirada. Nunca imagine que por rechazar un regalo tan caro de alguien, con quien he cruzado diez palabras, se pudiera sentir tan ofendido como he visto a Alexandr Zhurkov. Se lo hago saber a Olga. Ella reitera las palabras de Zhurkov. No debes rechazar un regalo en la cultura rusa ya que para la persona puede ser un gran agravio.

—Bueno, no tiene por qué sentirse tan ofendido, Olga. Tienes un jefe bastante peculiar. Yo no soy rusa y no tengo porque conocer todas las costumbres rusas.

—Tessa, el señor Zhurkov es una muy buena persona.

—Pues quién lo diría. En estos momentos empiezo a creer todo lo que ponen de él en internet, especialmente que es frío y egocéntrico—me dice Jane en un susurro—Continuemos, no le demos mayor importancia. Solo espero que la próxima vez, también mande uno para mí—dice carcajeándose.

—Eso, que nos compre ropa como pasa en los libros, y coches, viajes, cenas...

—Como continuemos pidiendo vamos a arruinarlo y ambas sabemos que lo que sucede en los libros queda en los libros y nuestra imaginación. Esas cosas nunca pasan en la vida real.

Jane y yo nos separamos y seguimos hablando con todos los invitados mostrando las obras junto al pintor. Cuando me encuentro con Hans en la segunda planta, muchos de los invitados ya han empezado a marcharse. Me acerco a él, que está observando una de las piezas claves de la exposición y le propongo.

—Hans, ya casi van a cerrar esta planta. Espera aquí cinco minutos que regreso y admiramos las obras juntos—le indico con una gran sonrisa alejándome.

En el *hall* de esa planta me encuentro con uno de los camareros que ya está retirando la bebida y la comida de esa zona. Le pido que me dé una botella de vodka bien fría, junto a dos vasos de chupito. Vuelvo a la sala donde se encuentra Hans y le paso uno de los vasos.

—Hans ¿has tenido ocasión de probar este vodka?—le pregunto llenando ambos vasos—es un “Imperia” se supone que lo más, de lo más. ¡*Na zdoróvie!*—le digo alzando el vaso y bebiendo su contenido de un solo trago.

—¡Tessa, cualquiera diría que eres rusa, que manera de beber! ¿Qué es eso que dices?

—Es el brindis más común en Rusia—le informo mientras contemplamos una de las obras. Le voy comentando todo lo acontecido durante la velada, incluido el incidente con Zhurkov—Hans, te lo digo, tenía una mirada muy fría cuando hablaba ¿cómo alguien se puede sentir tan ofendido por algo así? Simplemente era un fabuloso teléfono móvil que cuesta un dineral y todavía no ha salido al mercado. Y sobre todo ¿cómo alguien se puede apellidar Po-ta-po-va?—le digo al borde de un ataque de risa.

—¿Tan serio estaba?

—Sí, Hans. Créeme. Con ese hombre no tengo nada que hacer para que sea cliente nuestro y lo peor, es que es tan asquerosamente atractivo, que me tiraría a sus pies sin pensarlo. Pero creo que mi trabajo con él ha terminado antes de empezar—le digo sin dejar de reír—Solo espero que los demás invitados valoren el talento de Andrei y vendamos mucho esta noche.

—Seguro. Creo que la gente ha disfrutado mucho de la exposición y ya que conoces tanto el talento de Andrei ¿podrías explicarme este manchurrón azul que tenemos delante? O ¿cuántos de estos se había bebido cuando pinto esto?—me dice mientras alarga el brazo y llena de nuevo los vasos con vodka—*¡Na zdoróvie!*

—*¡Na zdoróvie!* Hans, esta pieza es increíble. No digas eso. Mírala fijamente y veras como tu percepción cambia. Fíjate en la maestría con la cual la luz inunda el espacio. Los diferentes aspectos del color azul al crear una capa de gran grosura en los laterales del lienzo o como simplifica las formas espacialmente a través de las diferentes tonalidades de color ¿Notas como transmiten esa sensación de paz característica de esta pieza? Creo que es la pieza más significativa de todas las de Andrei. Es una obra de gran serenidad y también mi favorita.

—Vista de esa forma...—me mira atentamente y vuelve a llenar nuestros vasos—*¡Cualquiera diría que hasta aprendiste algo en la universidad! ¡Na zdoróvie!*

—*¡Na zdoróvie!* Hans, tienes que beberlo de un solo trago. Así es como lo hacen los rusos—le indico entre risas.

—¿Estás segura de ello? Yo pensaba que lo tomaban mezclado con arándanos o caramelo.

—Tu hazme caso. Que lo he investigado...

De repente, nos damos cuenta que no estamos solos en la sala. Nos giramos al unisonó.

—Señor Zhurkov, no le habíamos visto—digo atragantándome con mi bebida—Y... eso que ya es difícil con toda la gente que lleva usted a su alrededor—le digo con retintín recordando lo engreído que ha sido esa misma noche—Le presento al señor Van Doesburgh ¿Necesita usted que le asista en alguna de las piezas de la colección?

—Señor Van Doesburgh. Un placer conocerle. No es necesario por hoy, señorita García. Mejor otro día que no lleve tanta gente a mí alrededor, si tanto le desagradan.

—Eso no es de mi incumbencia, pero deberían intentar ser más discretos. Pueden asustar a los demás asistentes con sus trajes oscuros y sus armas camufladas en las chaquetas. Pero usted, como invitado que es, puede ir con quien lo desee, señor Zhurkov.

—¿Cómo sabe que son de seguridad?—me pregunta muy serio esperando mi respuesta con la mandíbula apretada—Debería sentirse más segura, no amenazada.

—Usted puede pensar que puedo llegar a ser simple y absurda porque posea mucha información en un terminal móvil, pero no soy tonta. Conozco a las personas invitadas a este evento y sus hombres no son nada discretos. Tiene usted a cuatro hombres en la entrada principal, dos en la zona del jardín y seis personas que se van desplazando constantemente con usted ¿me equivoco?—le informo con desdén. Todavía tengo el mal humor instalado en mi persona de nuestras últimas palabras. Veo que vuelvo a tener el vaso lleno y me lo bebo de un solo trago. Valerosa por la gran cantidad de vodka que ya llevo en sangre, digo levantando el vaso en su dirección—*¡Na zdoróvie!*

—Imagino que esa costumbre rusa de beber, la tiene usted mejor estudiada que otras y reconozco que es muy observadora—dice con una gran descortesía.

—Sí, soy muy observadora, es mi deber detectar cuando un invitado megalómano engreído aparece en una exposición que organizo—le contesto sarcásticamente provocando con mi comentario que Hans se atragante con su bebida. ¿Cómo he podido decir esas palabras tan descortesas con un cliente?

—¿Se pone usted siempre igual de nerviosa con todos los posibles clientes que acuden a sus exposiciones o solo conmigo?—pregunta con cierto grado de pedantería.

Me giro cuando me percató que se acerca uno de sus acompañantes y le susurra algo al oído

en el mismo momento que termina de formular la pregunta. Sin esperar una respuesta, que estoy intentando verbalizar, se gira y realizando una inclinación de cabeza antes de salir por la puerta, se despide.

—Señorita García, señor Van Doesburgh.

Hans me mira con una extraña mueca en su cara y dice:

—Tessa, si esa es la forma que tienes tú, de intentar solucionar y olvidar el incidente de antes para atraer un potencial cliente con el cual trabajar cordialmente, creo que no estas siguiendo muy buen método con tus observaciones. Has sido muy descortés.

—Lo sé, lo sé. No he podido evitarlo. Ese hombre me altera—le digo todavía mirando en la dirección por la que Zhurkov se ha marchado sabiendo que tengo que solucionar la situación.

—Soluciona esto cuanto antes. Recuerda que esto es trabajo y es tu deber.

Ya es tarde y nos reunimos en la planta baja de la galería. Las conversaciones son más distendidas y cercanas. Finalmente puedo acercarme un momento a la zona donde se encuentra la comida y voy degustando la comida. Mientras Olga me mira con satisfacción. Hans me pasa el brazo por la espalda con un movimiento protector cuando me acerco a su lado. Empiezo a estar cansada y, no lo voy a negar, las sandalias de altísimo tacón me están destrozando los pies. La noche ha sido un éxito y el señor Van Doorn nos lo hace saber discretamente. Da mucho gusto verlo tan satisfecho después del duro año que ha pasado. Nos informa que ya podemos marcharnos si lo deseamos. Animados, empezamos a despedirnos, cuando Hans se percata que mis brazos están fríos.

—Tessa estas, helada—me dice asombrado. Galantemente se quita su chaqueta del esmoquin y me la pasa por los hombros frotándomelos con sus manos—Es hora de ir a descansar. Voy a pedir el coche y te llevo a casa.

—Gracias, Hans. Voy al servicio. Regreso en un minuto.

—De acuerdo.

Lo que veo en el espejo es un rostro lleno de contradicciones. Feliz por el éxito de la noche y el duro esfuerzo en el trabajo y el terrible cansancio y exceso de chupitos de vodka de la noche. Decido soltar el recogido que me han hecho en la peluquería y mi cabello cae de forma ondulada sobre mi espalda de una manera muy sensual. Ha sido una gran velada. Me dirijo hacia la entrada donde esta Hans esperando el coche y acercándome a él me quito los tacones y los agarro con una sola mano. Mientras, veo que el vehículo que llega en ese momento es un precioso coche negro con los cristales tintados. A nuestro lado pasa toda la comitiva que lleva Zhurkov junto a su despampanante acompañante. Uno de sus hombres marca el ritmo de la comitiva.

—Señorita García, señor Van Doesburgh—se despide con una inclinación de cabeza cuando pasa a nuestro lado.

—Señor Zhurkov—contesto mirándolo fijamente a los ojos y sin darme cuenta, me muerdo el labio inferior.

Hans me abre la puerta y mientras subo al asiento del acompañante descalza, me giro y miro por última vez la galería. En este momento termina el duro trabajo de los últimos meses y hay que decir adiós antes de comenzar el próximo reto. Creo que algo en el alma se me parte. Un trocito de mi corazón ha estado empujando cada día para que todo saliera perfecto y así parece que ha sido. Mañana las cosas habrán cambiado.

Capítulo 5

Un zumbido a lo lejos me despierta y me doy la vuelta en la cama. No puede ser el despertador porque anoche lo desconecté al terminar tan tarde y sé que tengo la mañana libre. El ruido cesa e intento seguir durmiendo. Me dan pequeñas punzadas los pies debido al tacón tan alto del calzado que usé durante la presentación de la exposición de Andrei. Todavía no ha amanecido del todo, aunque últimamente ya no puedo seguir guiándome por el amanecer. Estamos en otoño y cada día los amaneceres son más tardíos y los atardeceres más tempranos.

Vuelve a sonar el molesto zumbido que me ha despertado. Me doy cuenta, que dicho zumbido proviene de mi teléfono móvil que no deja de vibrar. El nombre de la galería parpadea en la pantalla.

—Buenos días, Jane.

—Tessa ¿sigues durmiendo? Te hemos llamado 20 veces. Sé que hoy tienes la mañana libre pero necesito que vengas. Sabes que no te molestaría si no fuera importante.

—Jane ¿Qué pasa? ¿Suced algo?

—No, no te preocupes. Bueno, sí. Preocúpate. Tenemos una reunión con el señor Van Doorn en 45 minutos. Levántate y corre hacia la galería.

— ¿Algo salió mal ayer?—insisto.

—No, todo lo contrario. La inauguración fue muy bien en cuestión de ventas y la ayudante de Zhurkov se pasara en una hora para concretar una reunión y necesitamos que estés aquí.

—De acuerdo, de acuerdo. Me ducho y voy para allá.

Llego a la galería con mi destartada bicicleta. La encadenó en el aparcamiento. Agarro el bolso y entro decidida por la puerta principal. Todavía no son ni las nueve de la mañana. La quietud de la recepción contrasta con el bullicio de toda la semana pasada. Subo los escalones de dos en dos. Ya llego cinco minutos tarde. Abro decidida la puerta que da a las escaleras, lanzo al suelo los botines de tacón que llevo en la mano para poder subir más rápido y sujetándome al marco de la puerta, me pongo uno tras el otro. Agacho la cabeza, me peino con los dedos el pelo todavía húmedo en una coleta para terminar atusándome el sencillo vestido verde de lana que llevo puesto. Miro hacia la sala de reuniones. Zhurkov se encuentra junto a Jane y el señor Van Doorn. Fuera, apostados en la puerta, dos enormes hombres con trajes negros esperan. Uno de ellos me mira de arriba a abajo e intenta bloquearme el paso. No recuerdo que Jane me comentara que también estaría él. Nuestras miradas se cruzan cuando veo que Jane sale de la sala y se acerca a mí.

—¿Cuándo se supone que se concertó esta reunión, Jane?

—A mí me han llamado esta mañana, pero yo vivo aquí a dos minutos de la galería.

—¡Madre mía!—exclamo—Va impecable y despejado ¿Pero es que este hombre no duerme?—le susurro a Jane mientras empujamos la puerta acristalada para entrar.

—Buenos días, siento el retraso—digo acomodándome en una de las sillas libres junto a Jane y empezando a leer unos papeles que me pasa disimuladamente.

Levanto la mirada de los papeles y me percató que todos me miran esperando una respuesta a algo que no he debido escuchar.

—¿Teresa María?—dice mi jefe con un tono de voz apremiante—¿Podrás tener un borrador

con ideas esta tarde?

—Sí, sí. Claro que ustedes tendrán un borrador con ideas para esta tarde.

—Perfecto entonces. Me marcho que tengo una reunión importante. Mi ayudante la señorita Perminova podrá atenderles e informales de todos los pequeños detalles.

Zhurkov se levanta de su asiento y se abrocha la chaqueta del traje gris oscuro. Le ajusta a la perfección. Seguro que es un traje hecho a medida, con su impoluta camisa blanca y una elegante y clásica corbata. Descruzo las piernas y me levanto de manera atropellada.

—Señor Zhurkov, señorita Perminova.

—Señores—dice muy ceremonial y girándose hacia mí, concluye—Espero el informe esta misma tarde en mi despacho. Y, ¿señorita García?

—¿Sí, señor Zhurkov?

—Debería usted secar la humedad de su cabello. Así se resfriara con la mañana tan gélida que hace hoy y más cuando utiliza un medio de transporte tan inseguro como el que utiliza usted.

—Lo tendré en cuenta, señor Zhurkov.

Tenemos una reunión de urgencia Jane, el señor Van Doorn y yo en la cual, concretamos todo los datos y detalles que debe contener el informe que se presentara esa misma tarde, tras secarme el pelo con un secador de pelo de emergencias que tenemos guardado en la oficina. Nunca se sabe cuándo caerá un chaparrón sin avisar en esta ciudad.

Jane y yo nos enfrascamos en un proyecto contra reloj. No nos movemos ni para ir a comer. Queremos que todo este lo más completo y correcto. Para cuando ya tenemos la estructura hecha, Jane sigue con observaciones a lo que nos está sucediendo últimamente.

—Tessa, parece que este ruso ha entrado fuerte en nuestras vidas.

—Lo sé, Jane. Aprovechemos el momento y hagámoslo bien antes de que se arrepienta o yo meta la pata y se vaya con su dinero a otra galería.

—¿Tienes ya la página seis terminada?—me pregunta ordenando las páginas que tenemos ya completadas—Ayer parecía estar de buen humor. Incluso creo que le vi sonreír y de repente volvió a tener esa cara de persona fría y desconfiada que te observa en la distancia...Pero esta mañana parecía que se había levantado de buen humor y con ganas de gastar su dinero.

—Jane—le digo sonriendo—estas de lo más observadora.

—Eso me lo has enseñado tú. A observar el comportamiento de posibles compradores. No nos vamos a engañar, tengo curiosidad por cómo se comporta una persona con tanto dinero y que lo puede tener todo. Además, es muy interesante “de mirar”. Es un hombre muy atractivo—informa riendo.

—No sé qué decirte. Supongo que se comportara de una manera más prepotente. Eso dicen de los ricos y ya nos hemos podido percatar nosotras. Cuando quiere algo lo quiere sin esperar.

—Supongo que creará que todos tenemos un precio y él tiene dinero para gastar. ¿Te haces una idea de la increíble comisión que podríamos llegar a tener si logramos que este proyecto salga adelante?

—El señor Van Doorn va a tener que poner una placa en una de sus salas en agradecimiento por nuestro trabajo—le digo riendo.

—¿Que estás diciendo de una placa? Una sala entera con nuestro nombre--dicta Jane riendo.

La mesa de la sala de reuniones está llena con todos nuestros papeles y bocetos. Jane y yo movemos papeles sin cesar. Varios compañeros entran y nos ayudan con ideas que podríamos incluir. Cuando finalmente le damos al botón de imprimir y respiramos ante lo que intuimos un buen trabajo de ambas en tan poco tiempo, nos miramos respirando profundamente.

—¡Hecho! Ahora solo nos queda cruzar los dedos para que le guste alguna de las opciones que le proponemos.

—Tessa, si le gustó la presentación de la exposición de ayer, seguro que le gustan algunas de las ideas. Toma dinero para un taxi.

—Me arreglo un poco y voy en bici, llegaré antes. Te llamo cuando lo haya entregado en la recepción.

—¿Tienes todos los datos?

—Sí, el edificio acristalado del centro, al lado de Central⁵. No te preocupes, tengo todos los datos. Indicaré en recepción que se lo remitan a la señorita Perminova, ayudante del señor Zhurkov.

Chocamos las palmas de las manos en el aire en un gesto divertido. Preparo toda la documentación en uno de los sobres marrones con el membrete de la galería. Me pongo el abrigo y me dirijo en mi bicicleta hacia el centro sin perder un minuto.

Es viernes por la tarde y hay bastante afluencia de tráfico en el centro. Los trabajadores ya terminan su jornada laboral y unos empiezan a ocupar las concurridas terrazas del Plein⁶ mientras otros se dirigen hacia la estación, para coger sus respectivos trenes o autobuses que les llevarán a sus hogares tras la dura jornada. Voy sorteando a los peatones con la bicicleta y en menos de cinco minutos estoy casi a las puertas de uno de los edificios más altos de la ciudad. Sin apearme de la bicicleta, subo a la acera para acercarme al parking que se encuentra a la entrada de la puerta principal, justo en el momento en el que un gran vehículo negro intentaba doblar para entrar al parking del edificio. Frena de inmediato y me da el paso. Creo que esa cara ya la he visto antes. Sigo avanzando por la acera hasta donde bajo de la bicicleta de un pequeño salto muy cerca de la entrada del gran edificio. Me arreglo mi vestido y el abrigo. Cojo el bolso con toda la documentación y entro decidida por la enorme puerta giratoria de cristal.

La entrada del edificio es imponente. Es amplia y muy luminosa. Accedo tras pasar una segunda puerta con seguridad. El suelo de mármol oscuro resplandece bajo mis pies. En el centro del vestíbulo, se encuentra situada una enorme zona de recepción con cinco recepcionistas con auriculares en sus oídos, atendiendo llamadas y a visitantes. Al lado derecho de la recepción, observo una amplia zona de seguridad con grandes arcos, por la cual, diferentes empleados van pasando con sus tarjetas identificativas y acreditaciones. Tras la seguridad, se vislumbra una zona bien diferenciada con ascensores.

Voy acercándome lentamente al mostrador situado en el centro.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buena tardes. Vengo a dejar este sobre para la señorita Perminova—le informo abriendo mi bolso y sacando el abultado sobre.

—Veamos. Un segundo por favor—la veo que teclea unos números en su imponente centralita y habla a través del pequeño auricular que lleva en su oreja derecha. Dirigiéndose a mí, dice—Necesito ver su identificación.

—Sí, claro. Tenga—le digo sacando mi carné de identidad de la cartera.

—Un momento por favor.

La veo que introduce datos en su ordenador. Me distraigo mirando a las personas entrar y salir a través de la seguridad del edificio, cuando mi mirada tropieza con un grupo de hombres que se dirigen a uno de los ascensores. Respiro profundamente y pienso para mis adentros “este hombre realmente nunca va solo”. Siempre lleva un gran séquito a su alrededor.

Alexandr Zhurkov va andando y hablando con el teléfono móvil en la oreja izquierda. Me doy cuenta de quién es la mujer rubia que va a su lado. Se hace a un lado haciendo un gesto de acompañamiento con su mano derecha para que ésta pase delante de él hacia el ascensor. Todavía con el teléfono en la oreja se para en seco y se gira para mirar directamente al mostrador de recepción del vestíbulo donde yo estoy esperando. Baja sus gafas de sol con una mano y las deja a mitad del recorrido entre la nariz y los ojos, dejando su seductora mirada azul a la vista. Su mirada se encuentra con la mía por encima de todas las personas que en esos momentos se encuentran en la recepción. Me pongo en tensión. Veo que me observa y rápido cambia su mirada. Mira directamente hacia mí. Una media sonrisa aparece en su rostro. Hace un pequeño guiño con su ojo derecho, mira su reloj y sube al ascensor junto a sus acompañantes.

—¿Señorita García?—me dice la joven de recepción—Necesito que firme este contrato de confidencialidad de las instalaciones. Tenga, necesitara esta identificación para pasar en seguridad. La señorita Perminova le espera en la planta 37. Nada más pasar la seguridad, diríjase a los ascensores de la derecha. En la recepción de la planta 37 le indicaran como llegar al despacho de la señorita Perminova. Tiene que llevar en todo momento su identificación a la vista.

—Debe haber algún error. Yo solo he venido a entregar este paquete para que ella se lo entregue al señor Zhurkov—le digo un poco azorada todavía.

—Sí, efectivamente, en la planta 37.

—De acuerdo, planta 37¿verdad?—le digo firmando el papel que me entrega a la vez que cojo la identificación del mostrador y me la sujeto en el cuello del abrigo.

—Efectivamente. Allí ya la están esperando.

—Gracias. Que tenga un buen día.

Me dirijo como me ha mostrado a la zona indicada. Hay que pasar a través de un sistema de seguridad altamente sofisticado. Las cámaras de seguridad siguen el rastro de las visitas que van accediendo y paso de forma decidida. Cada vez estoy más cerca. Sujeto el asa del bolso como si me fuera la vida en ello e intento respirar profundamente. Me encamino hacia los ascensores de la zona de la derecha, donde advierto que la afluencia de gente es menor. Aprieto el botón de llamada y observo que hay otra cámara escudriñando quién accede al ascensor. Sigo respirando profundamente mientras espero que las puertas se abran. El suave sonido de una campana anuncia que ya ha llegado a la planta baja y se abren las puertas. Es un ascensor moderno y bastante amplio. Empiezan a subir personas, sobre todo hombres convenientemente vestidos con sus impecables trajes oscuros.

—¿Señorita, va a subir usted al ascensor?—me pregunta uno de ellos impidiendo que las puertas se cierren, situando una mano en el sensor de la puerta.

—Oh, no. No. Disculpe. No, por ahora no subo—oigo el sonido de mi teléfono móvil en el bolso y lo busco. Es Jane, qué oportuna—¿Jane?

—¿Has entregado ya el sobre, Tessa? Te espero y vamos a comer algo juntas.

—Jane, hay un pequeño problema...

—Tessa, ¿Qué sucede?

—He intentado a dejar el sobre en recepción, pero tengo que dejarlo en el despacho.

—¿Y qué problema hay en eso, Tessa?

—Jane, el despacho está en la planta 37—le informo llevándome una mano a la frente y suspirando.

—Ya entiendo, no te preocupes. ¿Cuánto tiempo llevas mirando las puertas de ascensor?

—Más de cinco minutos, creo. Puedo hacerlo, sé que puedo hacerlo—le digo, no sé si a ella o a mí misma.

—Esta, bien. Aprieta el botón del ascensor y cuando llegue, métete en él. Sin pensarlo, y ponte en el lateral de los botones. Muy cerca de la salida.

—De acuerdo, Jane. Allá voy—le digo y rauda entro y me coloco justo al lado de la puerta —¿Jane, sigues ahí?

—Sí, no te preocupes, que sigo aquí. ¿Tienes hambre? ¿Qué te apetece comer? ¿Quieres que reserve en algún restaurante? ¿Italiano, Japonés,...? ¿Qué te apetece hacer?

—Oh, Dios mío, Jane. Solo quiero que este ascensor del infierno cierre sus puertas, poder entregar el sobre y bajar lo antes posible.

—Lo sé. Todo a su debido tiempo. Respira, venga. Cuéntame. ¿Cómo es el ascensor?

—Creo que tengo ganas de italiano Jane, ¿te apetece?—me doy cuenta que estoy apretando fuertemente el teléfono y con la otra mano me agarro a la barra de la pared del ascensor. Noto que me sujeto con demasiada fuerza y ya tengo los nudillos de un intenso color blanquecino.

Reparo que cada vez respiro con más dificultad curvando la espalda. Estamos en el piso 18 y las puertas se abren tras desacelerar rápidamente dejando que varios pasajeros se desplacen fuera del ascensor.

—¿Tessa? Contéstame ¿estás bien?—oigo al otro lado de la línea.

—Jane, estoy bien. Subiré el resto de plantas por las escaleras. Cuando termine te llamo.

—Tessa, eso es una locura. Son 19 plantas...

Ya no oigo lo que me intenta explicar Jane. He salido del ascensor y con los altos niveles de adrenalina que llevo en el cuerpo, intento respirar profundamente. Observo que hay un mostrador mucho más pequeño en esa planta. Me giro y veo un pequeño cartel señalando una puerta a mi derecha que me informa que si la atravieso, llegaré a las escaleras. Abro rápidamente la puerta y el bullicioso ruido de la planta se queda tras ella. Miro hacia arriba, están desiertas. Todavía me quedan 19 pisos y he de llegar en el menos tiempo posible. Ya llego tarde.

Me agarro a la barandilla de la escalera y me quito el calzado sujetándolo con mi mano izquierda. Respiro hondo y empiezo a subir lo más rápido que mis piernas pueden. Los primeros once pisos los subo sin problemas, estoy en buena forma, pero cuando solo me quedan tres pisos, noto que mis piernas cada vez van más lentas. Los muslos empiezan a temblarme y no avanzo con la misma facilidad. Mi respiración es muy irregular cuando alcanzo el último tramo. Me agarro con fuerza a la barandilla e intento impulsarme con ella para llegar al final de ese piso. Me agacho sujetándome los muslos con ambas manos intentando recuperar el aliento y dejar de boquear. Me duele el costado pero no pierdo el tiempo y empiezo a ponerme los botines. Me ajusto la chaqueta y me recoloco el peinado mirando el reloj. Maldita sea, llego tarde. Agarro fuertemente la manivela de la puerta y abro decidida a entregar el informe e irme lo antes posible de este monstruoso edificio de enormes oficinas con grandes ventanales por todas partes.

Atravieso la puerta rápidamente. Esta planta no es como la anterior en la que estuve. Tiene una gran recepción, muy amplia y bien decorada. Se encuentra en una especie de cubículo de cristal desde donde la seguridad de la planta te inspecciona a través de una pared de cristal transparente. Precipitadamente advierto que Alexandr Zhurkov está en la recepción. Dándole la espalda a la recepcionista, apoyando su trasero sobre el lateral de la amplia mesa de madera oscura, con una actitud retadora y regia. Solamente después de que la primera puerta de cristal se ha cerrado, se abren las segundas.

—Buenas tardes, señor Zhurkov—le digo intentando respirar con regularidad, mirándolo a

los ojos tras acceder por la puerta de cristal.

—Buenas tardes, señorita García. Llega tarde. ¿Algún problema con los ascensores?—me dice cruzando las piernas a la altura del tobillo y los brazos en una actitud chulesca.

—Disculpe. Tengo aquí el informe que nos solicito esta mañana.

—No ha contestado a mi pregunta.

—No, ningún problema—Mantiene su postura con la mandíbula ligeramente apretada y mirándome insistente con actitud desafiante esperando a que yo entienda en ese momento que no va a cambiar de postura hasta obtener una repuesta que le satisfaga. Mientras, yo obtengo la respuesta que busco en mi cabeza—Discúlpeme, necesitaba hacer algo de ejercicio.

—Venga conmigo, necesitara un vaso de agua—me dice arqueando una ceja sin dar crédito a mi comentario y empezando a andar por el pasillo lateral.

Se produce un silencio denso entre ambos mientras el sonido de nuestras pisadas es amortiguado por la tupida moqueta que recorre la estancia. Pasamos por una gran sala de espera con grandes sofás muy bien decorada con colores neutros que le dan una sensación de gran equilibrio. Después, una amplia sala de reuniones con una mesa alargada hasta llegar a una recepción donde, está situada la señorita Perminova. Cuando nos ve llegar nos mira perpleja y confusa, pero nos recibe con una amplia sonrisa.

—Señorita Perminova, estaré reunido con la señorita García, no me pase llamadas.

Frente a nosotros, a mano derecha de la mesa que ocupa la señorita Perminova queda una pequeña estancia de espera que conecta a unas puertas dobles. Zhurkov agarra la manivela con fuerza y abre una de ellas, apartándose para dejarme paso. Su despacho es amplio y muy bien iluminado por la luz natural que entra por una de las paredes que lo componen, totalmente acristalada. Está decorado con sobriedad pero con una línea muy actual y fresca. El suelo de mármol oscuro se ve brillante y pulcro. El color de las paredes de un color gris claro, le da un toque moderno. Se compone de tres grande espacios. El primero junto a la pared acristalada con una gran mesa de cristal ovalada con sus correspondientes sillas sobre una mullida alfombra color gris claro. En el lado opuesto un amplio sofá con dos butacones en piel blanca y una mesa baja cuadrada. Frente al sofá dos grandes monitores de plasma integrados en la pared. El último espacio es el más amplio. En la parte opuesta en la que nos encontramos con una extensa mesa de cristal totalmente ordenada con un ordenador portátil y una pequeña pila de dossieres. Nada que ver con mi pequeño espacio en la galería en la que siempre reina algo de desorden ordenado como lo llamamos, ya que siempre, en cada momento, tenemos controlado donde encontrar tal o cual informe o papel que nos solicitan. Este despacho parece sacado de alguno de los más actuales blogs de decoración. Tras la mesa un sillón de cuero. Se le ve, en la distancia, más cómodo que mi propia cama. Bajo la mesa dos pequeños muebles modulares de líneas muy modernas y sencillas sobre una gruesa alfombra del mismo color que las paredes.

—¿Me permite su abrigo?—me pregunta a mi espalda. Empiezo a desabrocharme los grandes botones de mi abrigo.

—Gracias—le digo observándole depositarlo suavemente en un discreto perchero cerca de los sillones frente a su mesa.

—Por favor, siéntese—me indica un sillón que se encuentra frente a su mesa. Se acerca a la mesa auxiliar en la que se encuentra una jarra y unos delicados vasos tallados. Tras llenar uno de ellos con agua lo coloca frente a mí sobre la impoluta mesa—Tenga, beba un poco. Siempre es bueno tras hacer ejercicio.

Zhurkov se acomoda en su sillón y abre con gran destreza el sobre que le he dado hace unos

minutos, colocándolo sobre la mesa. Mientras lee y pasa distraído las páginas del informe, el silencio es absoluto. Creo que se podría oír mi agitado corazón como bombea apurado. Mi mente comienza a divagar mientras observa los sobrios muebles modulares tras él. Me acomodo con las piernas cruzadas y empiezo a jugar nerviosa y distraída con un bolígrafo. Aquí estoy yo, sentada en esta silla delante de uno de los hombres más ricos del planeta, queriendo que acepte nuestra propuesta de trabajo. Yo, que no tengo experiencia, que no estoy acostumbrada a hacer ese trabajo. Noto que he encogido la pierna. En aquel despacho y ante la presencia de Zhurkov me siento vulnerable y pequeña. Mis ojos observan detenidamente su rostro casi perfecto. Su pelo desordenado castaño claro, casi rubio, destaca con la suave luz que entra a través del ventanal. Respiro hondo, demasiado y sin percatarme de ello suelto el aire ruidosamente. Me estoy volviendo loca, el silencio me hace sentir incomoda. Ahí está otra vez, su inquietante e intensa mirada azul observándome.

—¿Se aburre?—me pregunta con una media sonrisa en sus labios.

—No—contesto confundida.

—¿Le gusta su trabajo?—me vuelve a preguntar sin esperarlo.

—Sí, por supuesto—le digo cohibida. ¿A qué viene esa pregunta?

—¿Sabe usted que, si este proyecto sale adelante, serán muchas horas de trabajo durante algunos meses, verdad?

—Sí, lo sé. Nunca me ha intimidado tener que trabajar muchas horas para que algo salga bien.

—¿Puede que tenga que trabajar fines de semana?

—Ya lo hago en ocasiones en la galería. De todas formas el contrato lo firma con la *Galerie Van Doorn*. Todo ese tipo de detalles tendrá que hablarlo con el señor Van Doorn y la administración. Yo solo hago lo que se me ordena.

—¿No tiene usted criterio para opinar sobre el proyecto?

—Por supuesto que lo tengo—le digo con un poco de rabia contenida. ¿Qué es esto, un interrogatorio?

—¿Le pongo nerviosa? ¿Tendrá que trabajar conmigo cada día? ¿Podría seguir el ritmo?—me dice con un tono de voz, algo arrogante.

—Créame, no habría ningún problema—le contesto sin amedrentarme.

Vuelve a depositar su atención en el dossier entregado. Me distraigo observando. ¡Oh, Dios mío! Inmediatamente atrae poderosamente mi atención un pequeño cuadro tras su mesa de trabajo. ¿Eso que hay a su espalda, colgado en la pared entre dos muebles, es un Monet? No recuerdo haber visto ninguno en ninguna galería o museo. Es la primera vez que tengo un original tan de cerca, sin gente empujando intentando obtener la mejor foto de la pintura con sus cámaras de fotos o teléfonos móviles. Es algo que siempre me ha llamado poderosamente la atención. ¿No es más lógico observar y disfrutar de la pintura expuesta en esos momentos frente a ti, que dedicarte a hacer fotos para luego recordarla? Seguro que si buscamos imágenes en Google, se pueden encontrar reproducciones de la obra mucho mejor realizadas de lo que jamás podamos llegar a obtener con la cámara de un teléfono.

Vuelvo a fijar la mirada en Zhurkov. Hay un magnetismo arrollador en su persona. Sus ojos azules concentrados e impenetrables, con su nariz recta y unos labios sensuales. Se oye un folio pasar y mi mirada llega a sus manos, con aspecto firme y fuertes, transmiten seguridad. Estoy tan distraída en mis propios pensamientos que no me doy cuenta que mi estómago, está haciendo “casi” inapreciables ruidos, los cuales sí parecen advertirse en el silencio casi absoluto.

en el que nos encontramos.

—¿Se encuentra usted bien?—sonríe encantado al percibir mi incomodidad, ante la situación.

—Sí, discúlpeme. Mi insolente estómago no entiende de protocolo laboral y cuando tiene hambre se deja notar. Parece que no le importa dejarme en ridículo delante de usted.

—¿No ha comido?

—No. Hemos preferido perfeccionar la propuesta ya que hemos tenido tan poco tiempo. Y no sabía que esta reunión se alargaría.

—Debería haber comido. No habría importado si me hubiera avisado que estaban ustedes comiendo. Soy impaciente, pero no un tirano—dice manteniendo firmemente la mandíbula apretada y descolgando el moderno teléfono que hay en su imponente mesa—Enseguida le traerán algo para comer.

—No, gracias. No es necesario. Usted ya tiene el informe preliminar del proyecto y seguro que tendrá la agenda llena de compromisos. Muchas gracias por su tiempo, señor Zhurkov—le digo levantándome apresuradamente del cómodo sillón en el cual, hasta creo que podría dormir.

—De acuerdo. Enviaré lo antes posible el dossier al departamento de adquisiciones, para estudiar la viabilidad. Pase, le acompaño—me informa apartándose y dejándome pasar delante de él, gentilmente con mi abrigo sobre su brazo.

Vamos caminado juntos hasta recepción en silencio, donde se quita la chaqueta, desabrocha el primer botón del cuello de su camisa y afloja su corbata. Quita los gemelos de las manga de su camisa con cuidado y se la da a una de las recepcionistas para a continuación, girarse y apoderarse mi bolso, que llevo al hombro.

—Lleven de inmediato mi chaqueta y las pertenencias de la señorita García a la recepción del vestíbulo—les solicita. No entiendo que está pasando, hasta que advierto que Zhurkov se dirige a la puerta de las escaleras de la planta—¿Bajaremos andando haciendo un poco de ejercicio, verdad? ¿En qué planta es donde cogeremos el ascensor?—me pregunta muy serio.

—No es necesario que me acompañe usted. Seguro que no me pierdo, es solo bajada y como le he dicho, seguro que usted, tiene cosas más útiles que hacer.

—Útiles, puede. Divertidas, no creo. Necesito estirar las piernas. Ya sabe, algo de ejercicio no me vendrá mal y, ¿no creerá que voy a permitir que se vaya usted y baje toda esta cantidad de escalones sola?—me informa descaradamente—¿Paramos en la planta 18, no es así?

Tanta ironía me está consumiendo. Empieza a doblar las mangas de su camisa, dejando los antebrazos al descubierto. Alarga uno de sus brazos hacia mí.

—Descálcese, no pensará bajar con esos zapatos. Se destrozaría los pies.

—Le aseguro que no es necesario.

—Dejémonos de cháchara. ¿Hay que calentar o empezamos a bajar?—me pregunta con malicia mirándome a los ojos fijamente.

—¿Se da usted cuenta de la incomodidad de la situación y que no puedo decirle en estos momentos lo que realmente me pasa por la cabeza?—le digo muy serio. Comienza a enfurecerme con su cabezonería y me están entrando unas ganas desmedidas de estrangularle.

—Lo sé. Y también intuyo que no dirá nada hasta que sepa algo del nuevo proyecto. Por eso es tan divertido—me informa guiñándome un ojo con una media sonrisita.

Vamos bajando los escalones en silencio con dos enormes hombres situados a cierta distancia de nosotros. Él con mis botines agarrados en una de sus manos y la otra, ofreciéndomela de vez en cuando con galantería para no perder el equilibrio en alguno de los

descansillos. Llegamos a la planta 18. Ha sido mucho más rápida la bajada que la subida y Zhurkov abre la puerta que da a la recepción de esa planta, cuando ya tengo mis zapatos ajustados. La persona situada en la pequeña recepción se sorprende. Creo que nunca hubiera imaginado que se encontraría al CEO de la empresa apareciendo por su recepción. Toca el botón de llamada del ascensor y ambos entramos en silencio junto a nuestros acompañantes. Las puertas finalmente se abren en el gran vestíbulo de la planta baja e inmediatamente somos abordados por un hombre alto y corpulento que nos espera.

—Señor, ¿algún problema con los ascensores?—le pregunta educadamente.

—No, Anderson. Ningún problema. Solo queríamos estirar un poco las piernas—dice mientras me indica con el brazo sutilmente a mi espalda, para que nos dirijamos hacia recepción.

Allí nos hacen entrega de nuestras pertenencias y sujeta calmoso mi abrigo para que me lo ponga. Una vez finalizada la operación se arregla su chaqueta abrochando los botones. Alarga la mano hacia mí y nos damos un apretón formal y serio, justo en el momento en el que mi estómago vuelve a sonar de manera más ruidosa.

—Señorita García. Se pondrán en contacto con ustedes.

—Señor, Zhurkov. Gracias por su tiempo y consideración.

El hombre corpulento todavía sigue en su espalda. Giro sobre mis talones y me dirijo hacia la puerta principal. Nada más salir al exterior mando dos mensajes de texto mientras me enciendo un cigarro dirigiéndome a mi bicicleta. “*Jane, entregado. En 5 minutos nos vemos*” y el otro “*Creo que todo va a salir bien*”. Miro al cielo, está cubriéndose de algunas nubes y decido pasarme por el puesto de las flores que hay cerca de la galería. Me ofrecen un delicado ramo de flores azules y en ese momento sé que todo saldrá bien.

Capítulo 6

Los días se suceden sin conocer la resolución del departamento de adquisiciones de Zhurkov. En la galería tenemos trabajo. La exposición de Andrei fue muy comentada en prensa, con una destacada crítica del artista, la galería y la exposición. Desde ese momento, la afluencia de personas que nos visitan ha aumentado notablemente. Todos en la galería estamos muy satisfechos del éxito conseguido, así como de las ventas.

—¿Qué haces aquí, Tessa?—oigo decir a Jane acercándose a mi espalda.

—Esta es mi obra favorita de Andrei, Jane. Pensé que la disfrutaríamos durante un poco más de tiempo. ¿Sabes? Por las mañanas desde que empezamos con el proyecto y colocaron la obra aquí, venía cada día a observarla. Pensaras que estoy loca, pero es como si ella me hablara, me guiara y sobre todo me centrara. Cada día pasaba por aquí y me quedaba observándola completamente fascinada e hipnotizada por la profundidad de su azules.

—Creo que durante la exposición alguien sintió lo mismo. Fue una venta de última hora de esa misma noche.

—¿Conocemos al comprador?

—No. Ha sido una venta totalmente anónima. Ya han avisado que la empresa encargada mandará a recogerla el mismo día que finalice la exposición.

—Voy a echarla mucho de menos—le informo quedamente observando la obra.

Nos dirigimos al piso de arriba y cada una se sienta en su mesa. Tenemos mucho papeleo por resolver. En estos momentos, Jane más que yo. Mi corazón se acelera cada vez que oigo el sonido de una llamada o la entrada de un correo electrónico deseosa de conocer si, finalmente, trabajaremos con Zhurkov en la adquisición de nuevas obras para su colección y la búsqueda de nuevos artistas. Es un trabajo que necesito. Posiblemente me aportaría una gran comisión y para mi currículum sería un aporte significativo. Cuando estábamos organizando la exposición de Andrei, tanto Jane como yo abrigábamos la idea de que esto pudiera suceder y así mejorar nuestra cartera de clientes. Pero jamás imaginamos que pudiera suceder de una forma tan trascendental.

Me centro en la organización de los nuevos cursos que solemos realizar los fines de semana con charlas y talleres prácticos para niños y jóvenes sin recursos. El señor Van Doorn está muy comprometido con este tipo de actividad que realiza junto a la iglesia a la que pertenece. Ninguno de mis compañeros disfruta de esta actividad y es a mí, a la que convencen para impartirlas desde el día que me incorpore al trabajo. Tras la exposición de Andrei y tras comentar el señor Van Doorn, que *“yo era parte de su magistral equipo y su experta en nuevos artistas y eventos”*, abarque la esperanza de no tener que dirigir todos los cursos de los fines de semana con niños ansiosos de diversión y libertad, encerrados en una sala con gran cantidad de material de pintura. Todavía recuerdo el primer taller de pintura al que asistí en la galería. Acabé con pintura violeta hasta en el pelo y ante la ignorancia de saber organizar y encauzar el taller con ocho pequeños artistas, se me hizo eterno el fin de semana.

Tras dos años, he profundizado en mis capacidades de control de las situaciones, para que sean felices, disfruten y aprendan en los diferentes talleres y no acaben con mi paciencia o

redecoren las instalaciones de la sala, con su arte abstracto infantil.

Mi teléfono suena sobresaltándome.

—¿Tessa? Buenos días.

—Buenos días, Sergei—miro mi reloj de muñeca, yo diría que es muy pronto para que Sergei este despierto—¿Qué tal estás?

—Bien, bien. ¿Cómo estas tú? ¿Cuándo vas a llamar a mi secretaria para quedar a comer conmigo y venderme algo?

—Vamos, Sergei. Sabes que nunca compras algo que no quieres...

—Necesito saber que sigues ahí, Tessa—dice bajando un poco el todo de su voz. Sé que estará solo en su despacho o en casa, pero hay cosas que sé que le cuesta decir.

—Sergei ¿Qué necesitas?

—Te mando a Meyer para que te recoja, cenamos y hablamos.

—De acuerdo. ¿Te veo a las siete?

Dicho esto, oigo un pequeño clic al otro lado de la línea y sé que ha colgado. Cuelgo y me doy cuenta que Jane me mira fijamente.

—Tessa, no conviene que vuelvas a quedar con él—me dice muy seria, mirando fijamente a través de la ventana viendo las gotas de lluvia caer.

—Jane, es solo trabajo. Solo eso. No volveré a caer en el error de mezclar sentimientos con trabajo. Creo que se siente mal por como discutimos la última vez y quiere solucionarlo. Está teniendo muchos problemas con su padre.

—Prométeme que solo será eso, trabajo.

—Te lo aseguro, es solo trabajo ¿Me ayudas el próximo fin de semana con el grupo de “Modela y Crea”?—le pregunto para cambiar rápidamente de tema.

—¿De cuántos años estamos hablando?—pregunta suspicaz.

—De seis a ocho años—le digo con un pequeño mohín conociendo ya su respuesta.

—¡Ni lo sueñes!—y levantándose y alzando un brazo dramáticamente declara—Y pongo a Dios por testigo, que nunca más volveré a dejarme embaucar por tus explicaciones de niños pobres, que lo único que necesitan es un guía para encauzar sus vidas y que estos talleres de locos les servirán para replantear como afrontar la vida.

—Jane, eres tan melodramática que me asustas. Vamos a comer—le digo agarrando el bolso.

Salimos a la calle con nuestros grandes paraguas y caminamos muy juntas hasta llegar al pequeño establecimiento donde comemos a menudo. Me gusta mucho. Es un local coqueto con mesas y sillas de madera rústica. Tienen un personal joven y muy amable. La comida es deliciosa, sencilla y orgánica. Hace años que intento cuidar mi alimentación. Si, ya sé que es muy extraño decir eso y luego caer otra vez en el vicio de fumar, pero así soy yo, una persona llena de contradicciones intentando encontrar su camino. Hemos llegado pronto, todavía no son las 12 del medio día y no ha comenzado a llegar la gente de las oficinas. Así podemos encontrar mesa cerca de la entrada. Depositamos nuestros paraguas que gotean en el cesto junto a la puerta. Mis manos están heladas. Nos sirven primorosamente y volvemos a sacar a colación el posible trabajo con Zhurkov, mientras empezamos a comer. La situación empieza a ponerme un poco nerviosa, necesitamos una respuesta ya, que no llega. Sé que podría convertirse en uno de los trabajos más difíciles, por no decir, el más complicado de los que he realizado, pero por otra parte, me atrae de una forma que me asusta.

El teléfono de Jane empieza a sonar y vemos en la pantalla que es de la galería.

—¿Sí?—pregunta simplemente mirando fijamente hacia el lado de la mesa donde yo me encuentro—Sí, claro. Por supuesto. En unos minutos estaremos allí. No, no hay problema. Si, Tessa está aquí conmigo. Vamos para la galería.

Corta la llamada y me informa que debemos volver a la galería. Era Petra. La señorita Perminova, con dos personas más del equipo de Zhurkov están allí para aclarar algunos puntos del informe. Es algo que no nos extraña, por el poco tiempo que se nos facilitó para poder realizarlo. Solicitamos que por favor nos pongan la comida para llevar, ya que acabábamos de empezar cuando hemos recibido la llamada y pagamos. Ha dejado de llover, lo cual es un alivio a la hora de andar por las abruptas calles del centro de la ciudad. No entiendo cómo, pero esa llamada me ha animado el día. Sé que podemos conseguir ese trabajo y que ninguna de las partes se arrepentiría de ello. Subimos a la tercera planta. Suzanne les está entreteniendo en la sala de reuniones con un té. Ella es muy buena para estos quehaceres. Lleva muchos años en la galería y en el negocio y sabe perfectamente cómo tratar a los clientes importantes. Nos deshacemos de nuestros abrigos y de las bolsas de nuestra comida, justo antes de entrar. No mentiré, un extraño sentimiento de desánimo me acompaña en ese momento que no veo a Zhurkov entre los asistentes a esa reunión.

—Buena tardes. Sentimos interrumpirles en su hora del almuerzo. Nos gustaría aclarar unos puntos necesarios para poder continuar con el proyecto.

—De acuerdo, ustedes dirán—les digo sentándome en una de las sillas frente a ellos y cruzando las piernas.

Me gusta esa forma de hacer negocios, rápida y directa que tienen los rusos. No daban vueltas, innecesariamente. Te dicen lo que quieren directos y claros, sin rodeos. Me di cuenta de ello cuando conocí a los Borovik, aunque siempre he pensado que ellos no son directos, también tienen cierto grado de arrogancia que les hace bastante groseros y maleducados en ocasiones. Trabajamos más de dos horas con todos los puntos que creen convenientes, fechas, horarios y contratos. El equipo de Zhurkov es muy bueno negociando y explicando lo que realmente quieren obtener con nuestro trabajo. Muy bien organizados y resueltos, nada que ver con los Borovik. A lo largo de la reunión sabemos que Zhurkov no se implicaría en el proyecto hasta que no estuviera todo concretado y firmado. Y que en estos momentos se encontraba en viaje de negocios. Terminamos acordando que tendremos un nuevo informe el viernes por la mañana y acordamos otra reunión.

—¿Te has fijado en el contrato de confidencialidad?—me comenta Jane, que está repasando con Suzanne el enorme dossier que nos han dejado.

—Sí. Me parece mucho más estricto que el que tuvimos que firmar con Borovik. Lee en el apartado de comunicaciones punto 4.8; se nos facilitaran teléfonos para las comunicaciones—le digo haciendo un mohín—Se nos controlara las horas de almuerzo, punto 6.4. ¡Madre mía! Nos van a controlar hasta cuándo vamos a respirar. Necesito un poco de aire, regreso enseguida.

—Tessa, dijiste que solo fue por el estrés de la exposición. No puedes volver a fumar—me sermonea Jane. Ella es la que realmente lo pasó mal cuando decidí dejar de fumar por problemas médicos. Me subía por las paredes, jugaba con bolígrafo, lanzaba bolas de papel, andaba histérica mascando chicle de un lado a otro de la oficina...pero ella fue la única. No entiendo como creyó en mí y que podría dejarlo.

—Jane, tranquila, es solo un cigarro—le digo agarrando el abrigo.

Durante la tarde, organizo diferentes reuniones para visitar a varios de los jóvenes artistas con los cuales ya he empezado a tener contacto para realizar alguna exposición. Mi mente va y

viene, saltando por varios pensamientos. He quedado con Sergei y no es una situación que me agrade en esos momentos. Necesitaba dejar algo más de tiempo desde la última vez que tuvimos una reunión. Teníamos muy poco en común. Éramos muy diferentes, pero lo que si me unía a él, era el trabajo. Si echaba la vista atrás, durante este último año, todo había sido trabajo, trabajo y más trabajo.

A las seis y media de la tarde, suena mi móvil, apareciendo el rostro de Sergei en la pantalla.

—Buenas tardes, princesa. Acabo de enviar a Meyer a la galería para que te recoja. Estate preparada en diez minutos. No dejo de pensar en ti y necesito verte pronto.

—Hola, Sergei. Estaré preparada. Recuerda que es una cena de negocios—le contesto en tono bastante directo.

—Lo sé, Tessa. La vida en sí, es un simple negocio—me contesta con socarronería y cuelga.

Empiezo a ordenar la mesa y a apagar el ordenador. Estoy nerviosa y no quiero que nadie en la galería lo note. Jane siempre apuntó que no era bueno realizar negocios con personas como los Borovik y no quería que volviera a darme la charla de no entender por qué continuaba tratando con ellos. Me dirijo al cuarto de baño y me retoco el maquillaje. Me despido de todos en la galería y salgo a la calle. Ya es noche cerrada,. Los días cada vez más cortos y fríos empiezan a ser más numerosos que los días despejados. Me abrazo al abrigo y veo llegar a Meyer.

—Buenas noches, señorita García—me dice con su dulce tono de voz abriendo la puerta trasera y sujetándola para que pueda entrar—El señor Borovik la está esperando.

—Gracias, Meyer—le digo con una pequeña sonrisa subiendo a la parte trasera. Meyer se coloca en el asiento del conductor y mirando hacia la parte trasera a través del espejo retrovisor se asegura que esté lista.

—He echado de menos venir a por usted, señorita García—me dice guiñándome un ojo a través del espejo.

—Yo también te he echado de menos Meyer. Y nunca tuve la oportunidad de darte las gracias por lo que hiciste. Gracias—le digo mirando a través de la oscura ventanilla.

—No se preocupe. Es mi trabajo—dice arrancando la marcha e incorporándose al tráfico esquivando el tranvía que pasa en esos momentos—No pensé que volvería a verla con el señor Borovik.

—Meyer, muchas veces en la vida y creo que usted me entenderá, solo hacemos lo que creemos que es lo correcto. Es trabajo y dependemos de él—le digo con la mirada perdida en las oscuras calles del centro, liberando un profundo suspiro—cada uno debemos continuar. Incluso arrastrando los errores que hemos cometido o las decisiones que hemos tomado y seguir con nuestras vidas por mucho que no nos guste. Tenemos que hacer lo que creamos más oportuno y correcto para poder continuar.

—La entiendo—me contesta muy serio—¿Le parece bien esta música o prefiere que la cambie?

—Esa música está bien, Meyer—le digo acurrucándome más en mi asiento trasero.

Tardamos poco más de un cuarto de hora en llegar al edificio que alberga la oficina de Sergei. Ya nos está esperando en la puerta. Meyer baja del vehículo y le abre la puerta trasera para que entre. Les oigo murmurar, pero la conversación no llega clara con las puertas cerradas del vehículo. Realmente no sé si estaré haciendo bien. Estoy nerviosa y no me gustaría que se volviera a repetir otra vez la misma situación con él. Se abre la puerta y Sergei entra al vehículo.

Su mirada se dirige rápidamente a mí con incertidumbre en sus ojos.

—Ya estás aquí de nuevo—me dice con una sonrisa tímida saludándome.

—Sergei es solo una cena de negocios, ya lo hemos hablado.

—Sí, sí, sí,...lo que tú digas—me dice muy soberbio de nuevo.

Llegamos al puerto, donde Meyer disminuye la velocidad hasta parar frente a uno de los restaurantes de la zona. Es una noche fría y se ven muy pocas personas pasear por la área. Bajamos del coche y nos dirigimos a la puerta del local. Enseguida nos atienden y nos dirigen a una pequeña mesa redonda de madera apartada en uno de los laterales del salón. Es un pequeño restaurante donde ya hemos estado alguna que otra vez. Es bonito y lujoso, pero con gran cantidad de detalles marineros que en algunas zonas hace que este demasiado recargado. Sé por Sergei que es un restaurante famoso por su pescado fresco y su manera cuidada de cocinarlo y creo que es uno de sus locales favoritos. No es uno de los míos, yo soy mucho más pejuguera con la comida, pero siempre que he venido con él he disfrutado de un delicioso sushi vegetal que tienen en la carta.

Desaprovechar la oportunidad de la deliciosa cocina que poseen, a Sergei le parece un disparate. Sergei está concentrado en la carta de vinos y lo miro detenidamente. Es un hombre bastante arrebatador, aunque algo extravagante, fanfarrón y en ocasiones soberbio. Con el tiempo me había dado cuenta que cuando bajaba la guardia se convertía en una persona más normal, algo bruto y presumido, pero apasionado. Su aspecto en conjunto es de ser una persona hosca con una desconfiada cara cuadrada. Es moreno, en estos momentos estaba bastante tostado por el sol, adquirido seguro en cualquier lujoso destino de playa, lo que provocaba que destacara más el blanco de sus dientes. Siempre llevaba su pelo moreno cortado a máquina, muy corto. Sus impenetrables ojos azules siguen concentrados en la carta de vinos. Finalmente se decide junto con el camarero por uno de ellos y vuelve a centrar de nuevo su atención en mí, tras hacer el pedido de nuestra comida.

—Estás muy guapa esta noche—me dice esperando evaluar mis reacciones.

—Gracias, Sergei.

—Sabes que siento lo que paso la última vez que nos vimos. Deberíamos pasar página.

—Dijimos que no volveríamos a sacar el tema. Si estoy aquí de nuevo sentada en una mesa contigo, es porque ya lo he hecho—le informo con un tono de voz más tranquilo del que pensaba que iba a tener.

—Eres una buena chica—me dice de forma algo descortés— Organizasteis una buena fiesta el otro día en la galería. Siento que no tuvieras tiempo para poder atenderme.

—No seas quisquilloso, Sergei. Había mucha gente a la que atender y tú conoces como funciona esto.

—Necesito que me consigas algo. Necesito colgar algo de las paredes de la biblioteca. Tú la conoces bien y me puedes indicar y aconsejar alguna obra.

—Por supuesto, Sergei. Ese es mi trabajo y estaré encantada de ayudarte. Tendrás que darme algún que otro dato más. Seguro que encontramos algo perfecto para ese espacio.

—Hablemos de otras cosas. ¿Cómo estás? ¿Estas contenta por cómo va el trabajo? Hay rumores que Zhurkov va a hacer negocios con la galería—me comunica muy perspicaz.

—Puede que sí, puede que no. No hay nada claro—le digo distraídamente recordando el contrato tan estricto que nos han hecho llegar y desviando mi mirada al plato que me acaban de servir.

—Tessa, lleva cuidado. Ese hombre no es trigo limpio y tiene el suficiente dinero para

comprar lo que él quiera—me informa mirándome fijamente a los ojos. Dicho esto levanta su copa—Me alegra volver a pasar tiempo contigo.

Finalmente pasamos una agradable velada hablando de cosas más mundanas y lo deliciosa que es la comida y poco a poco me voy relajando. Los Borovik no hablan nunca directamente de sus negocios y hay veces que Sergei parece una pequeña sombra de su progenitor, Vladimir Borovik. Hace tiempo que me di cuenta, en algunas de las reuniones a las que había asistido, que solían trabajar con gobiernos corruptos y generalmente violentos. Se comenta en los numerosos círculos sociales, que los Borovik, construyeron su enorme fortuna familiar haciendo todo tipo de negocios turbios, sin ningún tipo de escrúpulos. En ocasiones se les acusa de extorsión, narcotráfico o incluso evasión fiscal. Pero hasta la fecha no se ha podido demostrar nada contra ellos. Sergei con el tiempo, me habló de alguno de los negocios familiares en las regiones y países más problemáticos del mundo. Trabajan manteniendo relaciones comerciales principalmente con países actualmente inmersos en guerras. Sé que no siempre era sincero conmigo, ya que la contestación a alguna de las preguntas que le hacía, podrían acarrearles problemas.

Cuando Sergei me deja en casa baja caballerosamente del vehículo y me acompaña hasta la entrada del edificio. Ya no hay tensión entre nosotros. Estamos mucho más relajados, aunque sé que no debo volver a bajar la guardia.

Capítulo 7

Acabo de llegar a la galería cuando me sorprende ver que llega un extravagante ramo de flores que es para mí. Nada más verlo sé de quién es. Ya he recibido varios de la misma persona. Es como si fuera al puesto de las flores y dijera “Póngame todo de todo lo que usted tiene en su puesto” sin orden ni gusto.

—Tessa, ¿no te acostarías al final con Sergei?—me pregunta acusadoramente Jane—ese ramo es enorme.

—No, créeme que no. Solo hablamos de trabajo—le informo intentando sujetar el ramo y pensando cómo y dónde colocarlo.

—¡Dios Bendito! Es más grande que una corona de muertos—exclama Jane contundente, lo que me hace girarme con el enorme ramo en los brazos y reír.

—Anda, déjate de tonterías y ayúdame a solucionar esto que tenemos que continuar y terminar lo de Zhurkov.

Siempre me ha gustado trabajar con Jane. Es una chica terriblemente responsable y sé que no se escabulliría y me dejaría sola con toda la responsabilidad del proyecto. Somos no solo compañeras de trabajo, también buenas amigas. Ambas hablamos de lo que nos va sucediendo en nuestras vidas personales, lo cual asombra a conocidos y extraños. Somos como el día y la noche. Yo soy una persona abierta, sociable, bastante impulsiva e incluso parlanchina con la gente, al contrario que Jane, que es una persona muy reservada, observadora y muy reflexiva. Pero cuando nos juntamos algo cambia en nuestra forma de ser. Es como si nos conociéramos de toda la vida e incluso sin palabras que lo confirmaran. En una simple mirada podemos saber si la una o la otra esta bien en esos instantes. Jane es inglesa y su marido es francés, acabaron viviendo en Holanda por el trabajo de él. Jane echa mucho de menos a su familia que no la visita con mucha regularidad, ya que sigue viviendo en Inglaterra. Aunque no está sola, en multitud de ocasiones su familia política invade su casa o ellos iban a visitarlos a un bonito pueblecito costero de Francia, donde vive la familia de su marido. En el fondo, pocas personas conocemos realmente como es. Incluso a mí, me hace dudar constantemente si no estamos la una frente a la otra y puedo ver la expresión de su cara. Pero con diferencia, es una de las personas con las que más me río. Vivimos algo distantes, pero acude a clases de holandés que se imparten muy cerca de donde yo vivo, así que en muchas ocasiones aprovechamos el momento de regreso a casa para hacer la compra o descubrir alguna pequeña tienda con productos diferentes. Cuando llega el buen tiempo dejamos pasar alguno de los autobuses que nos llevan a mi casa, para poder disfrutar del sol y el cielo azul, cargadas y paseando con nuestras compras. Sintiendo la suave brisa que llegaba del mar cercano. Algunos fines de semana en los que ambas libramos hacemos planes para descubrir nuevos mercados, ciudades holandesas que todavía no conocemos e incluso acudimos a museos y exposiciones. Yo ya conozco muchos de estos sitios, pero es divertido volver a visitarlos acompañada por Jane.

—Jane, le falta algo. Necesitamos algo impactante, atrayente, interesante ¿entiendes lo que quiero decir? Que cautive y que queden hipnotizados.

—Sí, Tessa, sé lo que estás buscando. Pero como no contratemos una cobra o realices la presentación en ropa interior, no sé cómo vamos a poder hipnotizarlos—me contesta soltando una fuerte y continua carcajada.

—Jane, ponte seria, tú eres la seria. La idea de la ropa interior me parece un poco arriesgada y tú también tendrías que ponerte en ropa interior.

—Oh, no. De eso nada, a mí no es a la que no le quitan los ojos de encima. Se preocupa para que no te resfríes o te acompañe a bajar las escaleras, y recuerda, soy una respetable mujer casada y debo honrar a mi marido—me contesta impávidamente.

—Jane, tú pensarás lo que quieras, pero sigo pensando que no le caigo bien. Disfruta haciéndome sentir incomoda y amedrentándome con su forma de hablar o actuar. Es como si estuviera esperando a que metiera la pata para aparecer y hacérmelo saber. Somos muy diferentes con esa soberbia y ese mal humor que todos sabemos que tiene.

—No creo que sea así, como le estas describiendo. Pero como bien dices, no es una solución factible.

—¿Cuál, la de la cobra o la de la ropa interior?—le pregunto con una gran sonrisa en los labios.

—Ambas. No creo que a la señorita Perminova le interese como de bien nos quede nuestra ropa interior o le apetezca ver una cobra por encima de la mesa el próximo lunes en la presentación.

Finalmente haremos la presentación el lunes por la mañana. Eso nos da más margen para preparar el dossier. Nos ponemos a trabajar, intentando dar con la idea que buscamos. Me ha pasado innumerables veces. Pienso, pienso y pienso y no me viene la idea que me colma de satisfacción, para que aparezca cuando ya no hay más tiempo y no poder usarla. Hablamos, nos reunimos con otros compañeros de la galería para que nos puedan aportar ideas. Escribimos, dibujamos, paseamos por las oficinas, damos vueltas sobre nuestras sillas giratorias levantando los pies con la mirada al techo agarradas del brazo de cada silla para no marearnos mientras recito en voz alta...”ideas, ideas, ideas. Dame una buena idea, mente desgana. Mente, ilumínate y ven a mí. Mándame la inspiración ahora. No más tarde, remolona y holgazana”. Doy tantas vueltas y he hablado tanto con mi mente, que creo que me he mareado y a la vez estoy sedienta. Bajo a fumarme un cigarro ahora que ha dejado de llover y aprovecho para mandar un mensaje a Sergei para agradecerle el monstruoso ramo de flores. Creo que en su vida, se podría aplicar correctamente ese dicho español que dice “*Burro grande, ande o no ande*”. Su vida es una gran ostentación en todos los sentidos.

No conseguimos que ninguna idea llegue a nuestra mente y no podemos acceder a lo que posiblemente gustara. Llamo a Hans disfrutando de un segundo cigarrillo. Me da unas ideas horribles y sin sentido para el proyecto. Sin embargo, aprovechamos la llamada para quedar a comer el domingo.

El viernes decidimos, junto con el señor Van Doorn, realizar una presentación sencilla y sobria. Algo que sabemos que no es lo correcto. Pero la experiencia nos dice que es más plausible tener algo que presentar, a no tener nada. Ocupo el día con llamadas y recopilando información. Hablo con unos y con otros. Intento no distraerme, lo cual me sorprende, ya que llego a un alto nivel de concentración. Doy gracias de que no me suceda como cuando estaba en la universidad, que me distraía hasta con el vuelo de una mosca. Es tan elevado mi nivel de ensimismamiento que no me doy cuenta de que la hora del almuerzo ha pasado y yo sigo con la mirada en la pantalla del ordenador. Jane ha ido a por comida y ha dejado la mía sobre mi mesa.

En ese momento me estoy recogiendo el pelo en un moño alto, el cual sujeto con dos lápices.

—Gracias, Jane—de digo abriendo el bolso y sacando dinero para pagarle la comida.

—No hay de qué. Te he pedido la salsa aparte. No sabía si la querías en la ensalada—me dice cogiendo su dinero—Creo que es hora de que comamos. Ya son las tres y necesitamos un respiro.

Comemos juntas charlando animadamente. Le voy comentando lo recopilado hasta ahora a la vez que le voy señalando en la pantalla como lo voy plasmando en la presentación de la próxima semana. Es como volver a la universidad, pero de una forma más intensa. De este trabajo depende parte de nuestro reconocimiento como buenas trabajadoras. He de reconocer que nunca fui una estudiante modelo, creo que ni siquiera hubo una época que llegue a las del montón. El primer año fue singular, podríamos denominarlo así. Llegaba a un país extranjero, nueva forma de vida, nuevos amigos, nueva cultura y nuevas costumbres. Quise hacerlo bien y acudir a cada una de las clases. Hasta que llegué al segundo año. Ya conocía gente y las costumbres de fiestas y celebraciones en casas de los amigos, casi siempre rodeados de alcohol. Y no existía coffee shop que no conociera. Ese mismo año fue cuando conocí a Hans. Había semanas que no aparecíamos por la facultad, viviendo de noche, conociendo a gente y durmiendo durante el día. Con mucha desgana asistía a clases de holandés, las cuales eran obligatorias para poder disfrutar de la beca que me habían concedido. Hans aportó mucho en esta cuestión. Era el único holandés que me obligaba a escuchar y hablar el idioma con él. Llegaba un punto en el que era tan insistente que me irritaba. En Holanda el 99% de la población habla perfectamente inglés, y cuando te decidías a hablar con algún holandés en su idioma y veía como dudabas mientras estructurabas la frase, rápidamente te hablaban en inglés. Yo me inclinaba a pensar que pierden la paciencia, pero quien no haya estudiado u oído nunca hablar el idioma holandés no me podrá entender. Aunque agradecen el esfuerzo que haces, en alguna ocasión me sentí como que no tenían tiempo que perder, y pensando que te hacían un favor y terminarían antes, te hablaban en inglés. Todavía no me explico como llegue a superar ese curso. Empecé tercero y mi último curso en la facultad de arte de La Haya no sin llevar a rastras alguna que otra asignatura de segundo. Éramos más jóvenes, disfrutábamos de la vida y no nos importaba no dormir en toda la noche y acudir resacosos al día siguiente a clases. Hubo un momento, en el que mi tutor me llamó a su despacho. Él me hizo ver una realidad que yo no había visto desde que llegué. Con su ayuda y con la de Hans pude volver a reconducir mis estudios y acabar la carrera antes de que finalizara ese año. Y, aunque me costó considerablemente volver a adquirir el hábito de estudiar, conseguí terminar el año y ponerme a trabajar.

En estos momentos me encuentro casi como en ese instante, intento terminar y hacer lo correcto sin ninguna distracción cerca. Es viernes por la tarde y estoy encerrada en la oficina cotejando datos. He cancelado la cena que tenía con amigos para poder aumentar las posibilidades de éxito con el proyecto de Zhurkov. No está saliendo como realmente quiero. No estoy 100% contenta con los resultados, pero puede que sí que llegara al 80% por todos los esfuerzos que estamos haciendo. Este tipo de proyectos se suele plantear para un par de semanas o incluso meses. Nosotros lo estamos realizando con apenas un par de días. Me duele la espalda de la posición que tengo en la silla. Miro el reloj para darme cuenta de que son las once de la noche. Recojo un poco la oficina. Ya está casi todo estructurado y sé que en un par de horas junto con Jane el sábado, lo terminaremos.

Me aprieto el cinturón del abrigo y subo a mi bicicleta. Para cuando empiezo la marcha, me viene a la cabeza el pésimo estado de provisiones que hay en mi nevera. Durante estos días no he

hecho más que trabajar y no he podido ejercer de ama de casa. No es algo que disfrute haciendo, odio el tema del planchado y la limpieza del pequeño apartamento en el que vivo, pero siempre procuro tener algo para comer en la nevera.

La noche es fría y húmeda, estoy cansada y lo que menos me apetece en esos momentos es llegar a casa y ponerme a cocinar. Solo estoy dispuesta a disfrutar de un baño relajante que me aporte mi momento de sosiego y alivio del estresante día. Comer algo caliente, meterme en la cama y descansar plácidamente hasta la mañana siguiente. Decido acercarme a ver a Olga, a ver si, aunque ya sea tarde, puede servirme para llevar, algo de su sopa de verduras especiada, de la cual soy devota desde el día que la degusté por primera vez hace ya unos años.

Entro en el Zhurkov. Observo que todas sus mesas están ocupadas y también parte de la barra. Me acerco a la zona de camareros de la barra, donde distingo a Dmitry muy ocupado con todas las comandas. Le saludo con la mirada cuando éste se gira para entrar en la cocina. Una de las camareras me pregunta si tengo reserva. Le contesto que no, pero le pregunto si hay posibilidad de pedir una sopa para llevar. Al instante veo a Dmitry que sale de la cocina y se dirige hacia mí.

—Lena, me ocupo yo de este pedido. Buenas noches, Tessa. Olga quiere que entres un momento a verla—me dice rápidamente y desaparece tras un camarero.

Entro en la ruidosa cocina, donde me indican que Olga se encuentra al fondo, en la sala de los postres, hablando con el jefe de la sección de los postres. Según me voy internando en la imponente cocina, mi estómago va despertando. Llegan hacia mi nariz diferentes olores que intento no olfatear descaradamente para no parecer un cuadrúpedo. Definitivamente nunca podría trabajar en una cocina. Principalmente por tres razones. Soy un desastre cocinando y tendríamos que luchar contra numerosas reclamaciones o incluso juicios por envenenamientos. Segundo me volvería loca en momentos de hora punta de comidas o cenas con tanto estrés. Y tercero, y no por ello menos importante, me pasaría el día comiendo sin detenerme a respirar y me convertiría en “Tessa la Bola”. ¿Qué le voy a hacer?, me encanta comer. Olga me ve y me saluda con una amplia sonrisa.

—Cielo, es muy tarde ¿Todavía no has cenado?—me pregunta agarrándome de la mano—Has perdido peso, estas más delgada. Tienes que comer mejor.

—Olga, disculpa que venga tan tarde. Tenemos mucho trabajo estos días y no he podido hacer la compra. Mira qué hora es y me muero de hambre—le explico con un pequeño mohín como si fuera una niña pequeña a la que le han privado de su comida.

—Ven, cielo. Ven conmigo ¿Qué te apetece cenar? No me digas que tu falta de vitalidad y pérdida de peso es debido a los negocios del pequeño Alexandr.

No puedo evitarlo y suelto una gran carcajada, mirándola asombrada.

—Olga ¿acabas de decir “pequeño Alexandr”?—le pregunto atónita y ante su gesto de afirmación con la cabeza respondo—Sí, algo tiene que ver, pero también tenemos que terminar cosas de la exposición de Andrei, los talleres, etc. Ya sabes, trabajo.

—Para mí siempre será el pequeño Alexandr. Siempre venía correteando cada fin de semana con su padre a desayunar y se metía en la cocina para ayudarme a preparar el desayuno—me informa guiñándome un ojo —Andrei paso hace unas horas por aquí. Ha cogido peso, se le ve feliz. Dime, ¿Qué te apetece comer?

—¿No tendrías por casualidad un poco de esa deliciosa sopa de verduras que haces con especias? Solo eso.

—Vamos a ver...—me dice abriendo una enorme olla y moviendo con un cucharón—Si,

ven por aquí. ¿Qué más quieres? ¿Cena para uno?

—Nada, simplemente sopa. Sí, solo para mí. Quiero llegar pronto a casa, cenar, darme un baño y dormir como un bebe hasta mañana.

—De acuerdo, en seguida se la doy al camarero. Dame un abrazo y pasa más a menudo a saludarme—me dice en un tono de reprimenda dándome un pequeño abrazo.

Salgo de nuevo a la barra y me acomodo en uno de los taburetes que en esos momentos ha quedado libre en la barra. Saco el teléfono móvil y ojeo los correos electrónicos pendientes de contestar. La misma camarera que me ha atendido antes, se acerca a mí y me pregunta si quiero algo de beber mientras espero.

—No, gracias. Solo la cena.

La veo nerviosa atendiéndome y mirando atrás, pero no le doy mayor importancia. Supongo que es debido a cómo está en esos momentos el restaurante, a pesar de ser tan tarde. Miro y observo que de la cocina sale uno de los camareros con una bolsa llena de recipientes para llevar y vuelvo a centrarme en mi móvil. Esa no debe ser mi cena, yo solo he pedido sopa.

—Aquí tiene su cena, señorita—me dice nerviosa desde detrás de la barra.

Sin reparar en la bolsa, meto mi mano en el bolso y saco la cartera. Levanto la mirada en ese momento y veo la bolsa que antes he visto salir de cocina, delante de mí.

—Oh, no. Debe de haber un error. Yo solo he pedido sopa.

—No, no es ningún error. Esta es la cena que la señora Monzikova ha preparado para usted.

—De acuerdo, de acuerdo. Dígame cuánto es—le solicito entregándole mi tarjeta bancaria para que se cobre.

—No, no...—me informa rechazando mi tarjeta. La observo que mira hacia atrás de nuevo nerviosa—Su cena ya ha sido abonada.

—¿Por quién?—le pregunto asombrada. En ese momento me giro en mi taburete y veo al fondo a Alexandr Zhurkov con un grupo de personas que bajan de los reservados de la primera planta. Y deduzco quién ha sido—Esta bien. No se preocupe. Por favor, dele las gracias a la señora Monzikova y al señor Zhurkov de mi parte.

—De su parte. Disfrute de su cena—me dice a modo de despedida ya más tranquila.

Me dirijo a la salida por el pasillo con mi cena cuando soy interceptada por Alexandr Zhurkov. Ya estoy alargando mi mano para poder abrir la puerta de salida.

—Señorita García—me dice haciendo una pequeña y descarada mueca en su cara—es una lástima que no podamos disfrutar hoy de su compañía.

—Señor Zhurkov—le digo con una inclinación de cabeza—Es tarde y mañana el deber me obliga a madrugar para poder terminar un proyecto que tenemos entre manos. Además, me extrañaría que a estas horas pudiera conseguir una mesa y, sería muy triste cenar un viernes por la noche en una pequeña mesa para uno de un restaurante como este.

—Estoy seguro que se le podría conseguir una mesa y no tiene por qué cenar sola—me dice con una sonrisita insolente.

—Gracias, por su ofrecimiento y por la cena. Supongo que habrá sido usted. Ha sido una semana agotadora y tengo que descansar.

—No me gustaría que su estómago volviera a sufrir por mi culpa y no quiero volver a recibir la reprimenda que me ha dado Olga ¿Quiere que le acerquen a su casa?—me pregunta saliendo conmigo a la calle junto con dos hombres muy trajeados con un pequeño auricular en una de sus orejas.

—No, muchas gracias. Tengo aquí mismo aparcada mi bicicleta—le digo, señalando mi

destartalado medio de transporte con la mano.

—Señorita García, disfrute de su cena—dice ceremonialmente. Tras él, veo acercarse a la rubia de piernas interminables con un impresionante vestido azul de tirantes. Cuando está a mi altura comenta.

—Oh, te recuerdo. Tú eres la chica de la exposición. ¿No te caes en esa cosa de dos ruedas? —me dice mirando con cara de espanto mi bicicleta negra—Deberías pedir un aumento de sueldo para poder comprarte algo más, no sé cómo decir,... elegante—me dice con frialdad.

—Pensare en ello. Señorita Potapova, señor Zhurkov—me despido con un pequeño esbozo de sonrisa. Mientras coloco la bolsa en un lateral del manillar y el bolso en el otro lado y comienzo la marcha hacia casa.

—Señorita García—oigo despedirse a Zhurkov a mi espalda.

Llego a casa, todavía con el enfado instalado en mi mente, de la estúpida observación que ha hecho la señorita Po-ta-po-va. Dejo la bolsa en la encimera de la cocina. Voy sacando un botellín de agua de la nevera. Abro la bolsa y voy sacando envases de comida. El pequeño festín, por llamarlo de alguna manera, se compone de: ensalada "*Olivié*"⁷, sopa especiada de verduras, la cual permanece todavía caliente, patatas salteadas con arroz aromático, dos porciones de "*cheny jleb*"⁸ y un asombroso trozo de "*vatrushka*"⁹ con mermelada.

Cambio de planes y ceno antes de darme mi merecido baño. Todo está delicioso y como hasta saciarme completamente.

A la mañana siguiente me despierto inusualmente descansada y vuelvo a la galería. Hoy no tengo que encargarme de ningún taller, pero he quedado con Jane para afinar el proyecto y darle los últimos retoques. Antes de llegar a la galería paro en el puesto de las flores.

—Buenos días, Marcel. ¿Qué flores me has reservado hoy?—le pregunto sujetando el manillar de mi bicicleta con una mano.

—Buenos días, Tessa. Hoy te he preparado un precioso ramo de flores silvestres con el precioso color del cielo.

—Son preciosas. Gracias, Marcel, ¿Cuándo crees que tendrás más flores para mí?

—Vuelve a pasarte el martes, querida—me indica entregándome el cambio.

Vuelven a pasar las horas sin darnos cuenta. Estamos totalmente concentradas. Ambas creemos que vale la pena y el señor Van Doorn, nos ha prometido unos días de descanso cuando el proyecto este entregado. Asombrosamente hoy brilla el sol y el cielo está despejado. Comemos juntas en el pequeño balcón trasero situado en la tercera planta que da a las oficinas. Estamos solas en esa planta y nos tumbamos en el suelo con la cabeza apoyada en nuestras manos cruzadas en la nuca y las piernas cruzadas por los tobillos.

—Tessa, ¿crees que estamos haciendo lo correcto?

—¿A qué te refieres, Jane?—le pregunto extrañada.

—Tienes toda la razón,...el proyecto es conciso, correcto, sobrio, directo, pero también es soso, aburrido, tópico y ordinario—me recuerda con un hilo de voz insigne.

—Lo sé, Jane. Sigo pensando.

—¿Crees en el amor a primera vista?—me sorprende que cambie tan rápidamente de tema.

—Puede, no lo sé todavía.

—Yo sí que creo en él Tessa y sé, que aunque tú lo niegues, si este proyecto soso y aburrido sale adelante es porque ese hombre siente algo por ti y creo que tú por él.

—No creo que eso pudiera suceder—le informo suspirando.

—¿El qué, que el proyecto salga adelante o que te guste ese ricachón exigente y huraño?— me pregunta divertida.

—Es trabajo, Jane—le digo levantándome y dirigiendo mi mano hacia las suyas para ayudarla a levantarse.

—Si se te ocurriera alguna idea Tessa. Tú siempre tienes buenas ideas. Estaría dispuesta a trabajar y modificarlo todo. Este proyecto me está haciendo sentir corriente y vulgar. Tú siempre dices que cada cosa es especial y esto podría ser lo más grande y no lo está siendo.

—Seguiré pensando, Jane. Pero estoy bloqueada. No entiendo qué me pasa, pero te avisare si se me enciende la bombilla.

Seguimos trabajando hasta que sobre las siete de la tarde, imprimimos las seis copias que necesitamos para repartir en los dosieres. Apagamos todas las luces y ponemos la alarma al salir.

—¿Quieres que tomemos un té? Mi marido se marchó ayer a ver a su familia, así que este fin de semana soy libre.

—De acuerdo.

Decidimos ir a una famosa *Brasserie*, donde también sirven comidas y cenas, por su ambiente internacional y sus espectaculares tartas. Podemos percatarnos que será difícil conseguir una buena mesa por la hora que es. Nos indican que tenemos a tres personas delante esperando para tener una mesa, pero que creen que no será mucho tiempo. Al fondo de la sala, localizo un grupo de amigas de la universidad a quienes no he visto en mucho tiempo. Estas nos invitan a sentarnos con ellas y accedemos de buen gusto avisando al camarero. El simple té, se convierten en dos trozos de tarta. Una de zanahoria con una fina capa de frosting de queso y otro trozo de chocolate y trufa. Decidimos que todavía no hemos tenido el tiempo suficiente para ponernos al día y continuamos con nuestro particular festejo. Pedimos cervezas y unos aperitivos para cenar *kaassoufflé*¹⁰, *bitterbollen*¹¹ y una variada selección de panes para untar con mantequilla de ajo y *tapenade*¹². A este paso, recuperare pronto el peso perdido. La velada se alarga con risas, recuerdos e historias. Sentenciamos que hay que terminar la tertulia con unos *gin tonics* en uno de los locales de moda de la ciudad.

Jane no está acostumbrada a beber tanto e intento controlar lo que vamos pidiendo. Me giro me tropiezo con la mirada de Sergei que se dirige a los baños. Me saluda con la mano y yo hago lo mismo. A estas alturas de la noche, no creo que solo estemos celebrando la conclusión del proyecto. Al ritmo que vamos, estamos incluyendo en nuestra celebración nuestros cumpleaños, la Navidad, el Año Nuevo, nuestro trabajo, el final de carrera e incluso creo que hemos celebrado y brindado por nuestro nacimiento. Noto que una mano se apoya en mi cintura y alguien me dice al oído.

—Cuando bebes te pones irresistible—con la cantidad de alcohol que llevamos en sangre y la música tan alta no llego a reconocer la voz y me giro rápidamente al sentir el aliento cálido en mi nuca.

—¡Sergei!—exclamo abrazándole, lo que provoca que Jane se ponga en tensión—¿Qué haces por aquí?

—Estoy en un reservado tomando unas copas con unos amigos—me dice acercando sus labios a mi oreja—Venid con nosotros. Hay mucho espacio y así dejaremos de hablar solo de negocios.

—Sergei, somos ocho—le informo presentándole a todas las del grupo.

—Perfecto.

Los reservados del local son una maravilla para nuestras cansadas piernas. Y más en ese momento de la noche. Sergei nos presenta a sus amigos. A uno de ellos ya lo he visto varias veces con Sergei en su despacho o su casa. Su nombre es Carlos Almeida, quien, al verme y recordar que soy española, me saluda en mi idioma natal. Entabla una pequeña conversación conmigo, llegando a apabullarme con su cercanía, la cual soluciono levantándome para bailar en la pista. La noche es muy divertida y todos mantenemos conversaciones muy apacibles. Nosotras hemos pasado de beber cerveza a uno de los mejores champanes del mercado e intuía que hasta la sensata y prudente Jane se está divirtiendo.

Llega la hora de la despedida y nos damos cuenta de que hemos bebido demasiado y no mantenemos el equilibrio en nuestras bicicletas. Aún así nos negamos a que nos lleven a casa. He decidido que Jane dormirá esta noche en mi apartamento y mañana, cuando se levante, si tiene cosas que hacer y si la resaca se lo permite, podrá irse a su casa.

Tardamos en llegar a casa más de una hora cuando cualquier día, el mismo trayecto, podemos realizarlo en menos de veinte minutos. Entramos por el portal del edificio. Sujetándonos la una a la otra muertas de risa.

—¿Te has fijado cómo me miraba el colombiano?—me pregunta realizando unos gestos rarísimos con las manos que por poco nos hacen perder el equilibrio.

—Sí, me he fijado como te miraba y que tú no dejabas de aletear tus pestañas—le digo dejándola en el sofá y riendo al verla mover las pestañas.

—¿Qué haces?

—Voy a poner las flores en agua antes de dormir. No quiero que se marchiten y las he dejado toda la tarde en la bicicleta.

—No me extraña que te gastes tanto dinero en flores cada semana, no sabes cuidarlas y luego es alucinante esa extraña manía que tienes de guardar el celofán en las que te las envuelven es...de lo más “friki”. Cuidas mejor los envoltorios que las propias flores.

—Vamos a dormir—le digo tapándola con una manta.

—¿Mañana?—me pregunta Jane antes de cerrar la puerta—¿no recordaremos nada, verdad?

—Posiblemente.

—Es que a estos ricos les gusta hacer todo a lo grande. Nada de insulsas y anodinas cosas como nuestra presentación. Con clase. Ellos no tienen que controlar tanto el gasto y disfrutan con ello. Mundo cruel e injusto, no haberme puesto en una familia podrida de dinero.

—Buenas noches, Jane—le digo riendo.

—Buenas noches, Tessa. Que sueñes con ricos rusos, tú que no estás casada.

Abro los ojos y me doy cuenta de que todavía es de noche. No he debido de dormir mucho. Alargo la mano y descubro que son las siete de la mañana. Hay una idea que me ronda la cabeza toda la noche desde que Jane me deseo las buenas noches, antes de dormirse. Hemos estado enfocando mal nuestro proyecto. Jane tiene razón. Me incorporo de la cama para poder ir al cuarto de baño y el suelo se mueve a mis pies. La mente me va más rápido que el cuerpo y voy casi arrastrándome de la resaca que llevo. Entro en la cocina, me sirvo agua, me ducho y me siento en la mesa de mi habitación a remodelar todo el trabajo. Cuando ya han pasado más de cuatro horas hago café y veo que Jane empieza a moverse en el sofá.

—Tessa, la cabeza me va a estallar. ¿Qué estás haciendo? ¿Cómo es que estas tan despejada?—me pregunta con voz quejumbrosa.

—Tenías, razón, Jane. Hemos enfocado mal el proyecto. Toma, bébete esto—le digo tendiéndole un gran vaso de agua—Nos hemos centrado demasiado en no gastar. Hemos hecho

un proyecto para una empresa normal, controlando mucho el no invertir. Pero en ningún momento en el contrato pone ninguna cláusula de gastos. Nos hemos centrado en Holanda y hemos pasado por alto ciudades como París, Roma, Florencia, Milán, San Petersburgo. Zhurkov siendo ruso querrá ver qué se puede adquirir en su país.

—¿Estás segura de eso?

—Sí, me he leído las condiciones dos veces—le digo mostrándole unos folios—y mira esto.

—¿No has dormido? ¿No tienes resaca?—me pregunta asombrada leyendo donde le indico con mi dedo.

—Sí, pero me desperté pronto y me vino a la mente. Llevo trabajando en ello desde hace poco más de cuatro horas.

—Tenemos menos de 24 horas para volver a estructurarlo. Esa es la idea. Voy para casa a darme una ducha. Te veo en la galería en menos de dos horas.

Nuestro domingo pasa muy rápido, demasiado. Hemos puesto al señor Van Doorn al corriente de los cambios que estamos realizando y aunque en un principio se muestra bastante reticente, nos da el visto bueno, siempre que esté terminado para la presentación. Hans, con el que había quedado para comer, finalmente nos acerca la comida a la galería y se marcha, dejándonos seguir con el trabajo. No estamos avanzando como nos gustaría, pero estamos seguras que vamos por el camino correcto. Estamos entusiasmadas ante el cariz que está adquiriendo nuestro proyecto. Todo empieza a encajar en armonía, las ideas fluyen y las páginas se van completando. A las cuatro de la madrugada tenemos todo terminado y, muy satisfechas, decidimos irnos a casa a darnos una ducha, comer algo y prepararnos para el momento. Son las siete y media de la mañana cuando vuelvo a entrar por la puerta de la galería. Preparo la sala de conferencias. Ventilo la sala, ya que ayer Jane, Hans y yo comimos allí y permanece un ligero olor a comida Thai. Delante de cada silla coloco su dossier informativo, una jarra con agua, varios servicios de café y té. Son ya las ocho de la mañana y veo aparecer a Jane junto con el señor Van Doorn. Trae unas pequeñas flores que distribuye en la sala y deposita una bandeja rebosante de diferentes pequeñas piezas de repostería recién hecha en la mesa auxiliar donde yo he preparado el café y el agua.

—Deberíamos ir a terminar de arreglarnos—me indica Jane.

Sé que lo dice por las terribles ojeras que muestran nuestros rostros. No hemos dormido, pero creemos que ha valido la pena. Todo terminará dentro de un par de horas y podremos disfrutar de una tranquila tarde para dormir. Entramos en el baño y nos maquillamos y arreglamos nuestra ropa. Ambas vamos diciéndonos frases de ánimo. Para la ocasión, hemos seleccionado un vestuario sobrio pero acorde con nuestra profesión. Llevo un actual traje de chaqueta entallada con la falda tubo por encima de la rodilla. Me desprendo de las bailarinas que he llevado toda la mañana para en ese momento ponerme unos zapatos negros de tacón alto.

Nuestra sorpresa viene cuando vemos que, a parte de los asistentes a la anterior reunión, llega Zhurkov con su traje y corbata impecables. Parece salido de un anuncio, con el pelo todavía húmedo. Se encuentran junto con el señor Van Doorn y Suzanne. Me pregunto realmente, qué hace ella con todos ellos. Entramos en la sala saludando a todos los asistentes y empezamos con la presentación. Durante el tiempo que dura la exposición me voy fijando en las expresiones de sus caras. El señor Van Doorn parece muy orgulloso de nuestro trabajo pero Zhurkov y su equipo son imperturbables en su expresión. La presentación nos lleva algo más de dos horas, en las cuales el señor Zhurkov sale de la sala en dos ocasiones para atender varias llamadas urgentes. Mientras está fuera hablando con su teléfono móvil, me doy cuenta de que no pierde

detalle de todo lo que vamos exponiendo. Parece que hay algo que le gusta, aunque continua con su expresión malhumorada y su mandíbula tensa. Cuando doy por terminada la presentación, atisbo como la señorita Perminova y él se hacen un inapreciable gesto y ambos se levantan. Observo cómo interactúan entre ellos y por primera vez, empiezo a pensar que esta reunión ha sido un paripé y que el departamento de adquisiciones no es el que da el aprobado definitivo del proyecto, sino él. Se acercan al señor Van Doorn y estrechándole la mano, la señorita Perminova le informa que mañana tendrá los contratos para firmar.

Les acompañamos a la planta baja de la galería, todos muy satisfechos con el nuevo proyecto. Creo que ya me voy acostumbrando a que, donde lo vea, lleve siempre hombres trajeados que hacen las funciones de su sombra. Vamos acercándonos a la recepción y nos estamos despidiendo con un apretón de manos, cuando reconozco el coche de Sergei que está aparcando frente a la galería. El rostro de Zhurkov empieza a adquirir una seriedad realmente inquietante e intento actuar con naturalidad. Desde el día de la exposición de Andrei, vi claro que no se tienen ningún aprecio. Incluso creo que se evitan a toda costa. El coche de Zhurkov llega y empiezan a subir a él, no sin antes girarse y ver como Sergei llega hasta los escalones donde estoy situada y me saluda afectuoso, demasiado.

—Últimamente pasas demasiado tiempo con ese ruso—me dice irónico.

—Buenos días, Sergei. ¿Algún día tendrás que contarme de que os conocéis?

—Es algo del pasado. Cuidado con él.

Llevo a Sergei a la sala donde todavía se exponen las obras de Andrei y concretamos dos de ellas para su colección. Con Sergei es muy fácil tratar en ese sentido, le gusta gastar y aparentar.

Capítulo 8

El señor Van Doorn nos ha dado el día libre. Está cumpliendo con su palabra y solo nos llamará cuando se hayan revisado los contratos que envíen desde la oficina de Zhurkov.

Decido levantarme tarde y ocupar parte del día haciendo las tareas del hogar, pero antes salgo a correr y me paso a recoger las flores que tengo reservadas. Llego a media mañana y veo a Marcel ocupado con otros clientes, así que lo saludo con la mano y espero a que me atienda.

—Buenos días, señorita. ¿Le puedo ayudar? ¿Qué flores le gustaría hoy?—me dice el joven ayudante de Marcel.

—Oh, no. No, gracias. Marcel es el que siempre me recomienda que flores llevarme—le digo mirando a Marcel, intentando no ser descortés.

—Bueno, hoy podría ayudarle yo ¿Qué le parecen estas bonitas flores de este color blanco tan puro?

—La señorita ya tiene sus flores preparadas aquí—interviene Marcel y este es el papel en el que tienes que envolverlas.

—Vaya, vaya. Marcel hoy le ha escogido un precioso *bouquet* de florecillas rojas, de un color tan intenso como un rubí—dice de un modo amanerado—Se las preparo enseguida.

—Gracias—digo sacando la cartera mientras mi mirada se cruza con la de Marcel.

Decido volver a casa lo antes posible. No es que las flores que me ha preparado Marcel no sean bonitas, pero yo hoy esperaba unas de otro color.

Paso el resto de mañana limpiando y ordenando en casa. Después de estas semanas con la exposición de Andrei y el contrato con Zhurkov, no he pasado mucho tiempo en mi apartamento. Sé que debo esperar a que me digan algo pero cuando ya son las tres de la tarde, empiezo a impacientarme. Me tumbo en el sofá y empiezo a hacer zapping. El teléfono suena y me lanzo sobre él.

—Teresa María ¿puedes pasarte por la galería esta tarde?—oigo la voz del señor Van Doorn.

—¿Ya han llegado los contratos? Perfecto. Estaré allí en menos de treinta minutos—digo entusiasmada. Me despido de Van Doorn y cuelgo.

El cielo empieza a cubrirse con una especie de manto gris, pero eso nunca me detiene. En esta época de otoño en Holanda, llueve de media un 89% de los días. Nunca pensé que me acostumbraría a ello siendo española de la zona de levante, donde estamos acostumbrados a tener casi nueve meses de verano y uno de invierno.

Estoy entusiasmada y voy pedaleando lo más rápido que puedo. Hoy no me voy distraendo con los edificios o las personas que pasan a mi alrededor como hago generalmente. Hemos trabajado muy duro y hemos sacado ese proyecto adelante. Es un sueño hecho realidad. El proyecto es tan ambicioso que me enloquece. Tengo muchas ganas de ponerme con él. Incluye visitas a ciudades, capitales en el mundo del arte. Ésta fue una de las modificaciones de última hora que no teníamos contempladas en un principio, Londres, París, Nueva York, Florencia y San Petersburgo. Es un sueño, nunca he visitado ninguna de estas ciudades, solo sus museos de manera virtual a través de internet. ¿Cómo será trabajar con Zhurkov? Parece un hombre muy centrado en los negocios desde que su padre falleció y heredo todo el holding empresarial de su

progenitor. El conglomerado que posee Zhurkov es el propietario de diferentes empresas comerciales de las más importante materias primas. No solo de petróleo, también posee una extensa variedad de empresas de metales y minerales. En los últimos tiempos ha adquirido empresas de tipo más diverso como una línea aérea, una cadena de hoteles y restaurantes, incluso un equipo de fútbol.

Viendo la cantidad de posesiones que Zhurkov tenía, extraña su continua cara de huraño cabezón que nunca sonríe. Desde el primer día que casi acabo bajo las ruedas de su coche a la reunión de ayer, no le he visto reírse nunca. Incluso no he observado en ningún momento que sonriera abiertamente. No era un hombre de esos que dices que solo son guapos. Zhurkov combinaba eso, con una increíble aura de atracción. Me he fijado que no solo lo percibo yo. Ese aire cautivador y fascinante no sé si se lo confiere todo lo que le rodea, esa forma de hablar con ese acento tan propio y singular o ese halo de misterio peligroso e inalcanzable.

Cuando su padre falleció y él heredo todo el conglomerado de empresas y bienes, los expertos no creyeron en él. Le vaticinaron erróneamente un gran fracaso. Que pronto perdería gran parte de sus activos y posesiones por su gestión. Pero no fue así. Se rodeó de un cuidado y muy bien seleccionado grupo de asesores y desde que él estaba al mando, no solo no había fracasado, sino que había logrado con éxito adquirir nuevas empresas y seguir creciendo en nuevos mercados. Actualmente es uno de los hombres de negocios más respetables y sólidos, según la revista Forbes.

Llego a la galería con una amplia sonrisa. No lo puedo evitar. Encadeno mi bicicleta y entro con una gran agitación. Llevo tiempo deseando esto. Me encamino a la tercera planta después de saludar a Petra. Van Doorn, Suzanne y Jane están reunidos en la sala de conferencias con la puerta cerrada. Doy un pequeño toque con mis nudillos y pasó.

—Oh, estas aquí—dice Van Doorn girándose—pasa, siéntate. Tenemos que hablar contigo.

¿Dónde está el entusiasmo, la alegría por haber conseguido ese contrato? Miro a Jane que no parece realmente entusiasmada. Suzanne es la única que parece que está disfrutando de ese contrato y ella no ha sido en ningún caso participe de él hasta ahora.

—¿Sucede algo?—pregunto un tanto incomoda sin saber qué sucede.

—No, no, querida. Esta mañana ha llegado el contrato. Has conseguido lo que nadie había hecho para esta galería. Has realizado un trabajo excepcional. Créeme cuando te digo, que vas a ser recompensada por ello. Eres una excelente profesional...—creo que hace unos segundos que he dejado de escuchar, ¿Cuándo ha sido Van Doorn un adulator? Hay algo que se me está escapando.

—¿Pero? Porque llegados a este punto, sé que hay un pero—digo esperando una respuesta directa y concisa.

—Sabemos que el proyecto va a ser muy largo y que tú has trabajado muy duro. Tal vez, necesitarías tomarte unos días de vacaciones después del increíble trabajo realizado para la exposición de Milavanov y la preparación de este proyecto. Y se ha decidido que Suzanne empiece a preparar el proyecto por ahora.

Me quedo paralizada. Suzanne ¿he oído bien? Pero si ella no ha participado en nada. A Suzanne le parecían una locura los últimos cambios. Ella quería el proyecto soso y corriente. Siento un atroz desconsuelo que me invade, no se atisba ningún rastro de sonrisa en mi cara.

—Pero, señor Van Doorn. Con todos mis respetos. Ella no sabe nada del proyecto, no ha trabajado en él. Yo no necesito unas vacaciones. Créame, puedo dar el 110 % en el proyecto. Yo sé todo lo que hay que hacer. Lo creé yo. Son mis ideas junto con las de Jane.

—Lo sé, Teresa María. Me entristece mucho no poder darte a ti todo el trabajo. Pero somos un equipo y Suzanne estará al frente hasta nueva orden. Ella tiene más experiencia en estos casos y tú también podrás tener más tiempo para organizar los talleres de los fines de semana—dice muy serio levantándose de su silla—Me gustaría que le pasaras todas tus notas a la señorita Cousin esta misma tarde.

Miro directamente a Jane para que me explique algo.

—Lo siento Tessa, lo hemos intentado todo. Hemos estado hablando con Perminova esta mañana para hacerles ver que el proyecto es tuyo.

—Zhurkov, ha especificado claramente que quiere probar a otra persona en el proyecto y esa persona soy yo—interrumpe Suzanne a Jane de forma muy zafia—Me gustaría que dejaras tus notas para el proyecto esta misma tarde en mi mesa.

Respiro muy hondo. Sabía que algo no iba del todo bien, pero no pensaba que sucediera tan directo. Suzanne está esperando una respuesta en el quicio de la puerta. Su actitud es bastante despreciable y desconsiderada.

—Enseguida te las mando por correo electrónico—le informo para que salga por la puerta, antes de que se me ocurra mitigar la rabia que siento lanzándole un lápiz que se le engaste entre ceja y ceja.

—Lo siento, Tessa. No sé qué ha pasado. Sé que pronto se darán cuenta que Suzanne no es lo que buscan. Tú eres la que da vida a este proyecto. La que tiene los conocimientos y contactos para sacarlo adelante y Zhurkov no se lo pensara dos veces y volverás a estar al frente del proyecto. Las propuestas e ideas de Suzanne, pueden parecer buenas, lleva muchos años trabajando en esto, pero son obsoletas y aburridas y todos lo sabemos.

—No te preocupes, Jane. Es que no entiendo qué puede haber pasado. Ya se me pasara.

—La razón que han dado es que no pueden dejar un proyecto tan transcendente y de tanto dinero a una sola persona joven y sin experiencia.

—Nadie tiene experiencia en un proyecto de estas características, Jane. Nadie—exclamo levantándome. Mi desconsuelo se ha convertido en enfado.

—Seguro que antes de que te des cuenta vuelves a estar dentro.

—Déjalo, Jane.

Tengo que salir de la galería. Me estoy asfixiando. Voy a mi mesa y le mando un mensaje a Hans. Enciendo el ordenador y le paso toda la carpeta de información que he ido recopilando para el proyecto a Suzanne. Cojo mi bolso y salgo al exterior. Ha empezado a llover, pero no me importa. Me resguardo en la parada del autobús y me enciendo un cigarro. Oigo el suave sonido de un mensaje que entra en mi móvil. Es de Hans.

Llego a casa totalmente empapada. Está cayendo un fuerte chaparrón, pero no he parado y he seguido hasta casa. Guardo la bicicleta en el garaje. Me seco con una toalla y me cambio de ropa. Sigo dándole vueltas en la cabeza a lo que ha podido suceder. Ya han pasado dos horas y no encuentro explicación. Miro el reloj y decido salir a correr aunque no haya amainado la lluvia del todo. Recojo mi cabello en una cola alta, aprieto los cordones de mis zapatillas y sin haber calentado, salgo del edificio con una profusa desesperación. No aminoro la marcha cuando ya me he adentrado en el bosque. Voy forzando la marcha intentando descubrir que ha podido salir mal. Oigo a otra persona tras de mí. Sus pisadas se acompañan con las mías, pero no me adelanta en el camino. La oscuridad se cierne en esa zona del bosque donde los frondosos árboles no permiten que traspasen los escasos halos de luz del atardecer temprano. Disminuyo la marcha para dejar que pase. Empiezo a ponerme en tensión y preparada para actuar cuando reduce su ritmo

también.

—Tessa—oigo a mi espalda en el momento que me pongo en guardia.

—Hans, ¿te das cuenta que te podía haber atacado si llegas a esperar dos segundos más?—le digo totalmente irritada

—¿Crees que no me hubiera defendido? ¿Qué ha sucedido para tener que hablar con esta lluvia en mitad del bosque?

Lo que siempre me ha sorprendido de Hans es esa serenidad innata en él, cómo después de hablar con él los problemas ya no lo parecen tanto. Le explico las últimas noticias que he tenido de Zhurkov y, cómo después de creer que ya tenía el proyecto en el bolsillo me habían sustituido por Suzanne. Todos mis esfuerzos se habían evaporado.

—Tessa, es tu trabajo. Sé adulta. Deja de lado tu rabieta y solúcionalo.

—No sé cómo hacerlo, Hans. Parece muy decidido a dejarme fuera del proyecto—le digo cada vez más cabreada.

—Me da igual que no lo sepas ahora. Sé que sabrás hacer bien tu trabajo. Siempre lo has hecho. Date unos días para que se vaya esta pataleta y ponte a ello. Encontraras la manera.

—De acuerdo. Intentare seguir con los procedimientos. Dejare pasar unos días para que corra el aire. Los contratos ya los han firmado en la galería.

—¡Exacto!—exclama—¿Vas a permitir que otra se aproveche de tus esfuerzos? ¿Qué se beneficie de tu trabajo?

A la mañana siguiente llamo a la galería. Solicito a Van Doorn dos días libres como nos propuso y él ratifica su promesa. Decido quedarme hasta tarde en la cama. Doy vueltas y más vueltas. Debería ir a España unos días, calculo que ya hace más de año y medio desde mi última visita. Miraré vuelos y lo hablaré con Van Doorn. Fijo un máximo de dos semanas para poder estar dentro del proyecto de nuevo. No me voy a dar por vencida, pero tengo que actuar con cautela. No quiero enfadar a nadie. Opto por acercarme a comer y pasear por la playa. No hay muchas personas paseando por la orilla del mar debido al fuerte viento y a que hoy es un día laborable. El segundo día recibo varios mensajes de Jane. Tienen dudas en algunos puntos de mis anotaciones. Le contesto que mañana acudiré como cada día al trabajo y que por favor esperen a ello. Sigue mandándome mensajes de lo agobiada que esta Suzanne. No parece que le guste mucho el último cambio en el planteamiento que hicimos, pero Perminova le ha comentado que eso fue lo que inclino bastante la balanza a favor de la realización del proyecto. Centrándonos solo en Holanda hubiera evocado a algo corriente y simple. Consigue que me salgan varias sonrisas al ver cómo se lo está tomando la arpía de Suzanne.

Un día más tarde, cuando llego a la oficina temprano, me tropiezo con Jane en la entrada. Subimos y nos tomamos un café juntas. Mi sorpresa es mayúscula cuando veo la sala de reuniones. En una de sus paredes hay colgadas fotografías, gráficos y esquemas que yo había realizado para el proyecto. Entro en la sala con mi café en la mano y voy revisando los papeles que hay en la pared. Voy recapitulando todo lo expuesto, no se han borrado ni mis anotaciones marcadas en lápices de colores.

—Jane—digo absorta en los papeles—lo estáis enfocando mal. Tenéis que plantear el estudio antes. Si empezáis por los viajes, no solo perderéis dinero, también mucho tiempo. Fijate en las marcas de las hojas, tienen que ser correlativas.

Oigo un pequeño carraspeo a mi espalda que hace que retroceda y mire en esa dirección. Junto a Jane, se encuentra la señorita Perminova escudriñándome con ojos curiosos.

—Señorita García, no debería estar aquí—escupe arrogante Suzanne, entrando en la sala—

No ha firmado ningún contrato y toda la información es confidencial.

Me sorprende su arrogancia. Todo ese informe esta realizado por mí. Siempre supe que no le parecía bien la forma en la que trabajaba, tan diferente a su forma de hacerlo, pero jamás pensé que me guardara esa especial animadversión que me estaba evidenciando.

—De todas formas, ya que estas aquí y no tienes nada importante que hacer... Haz dos copias de estos folios—me dice extendiendo su brazo con un montón de papeles. No salgo de mi asombro ante tal grado de desfachatez. ¡Ni que yo fuera su secretaria!

—No creo que deba hacer eso—le contesto resuelta ya en la puerta—Yo todavía no he firmado ningún contrato y no debería conocer el contenido escrito en esos folios.

Salgo de la sala con una media sonrisa triunfal en mi cara y diviso una más amplia en la cara de la señorita Perminova.

Las horas van pasando aburridísimas. No hay mucho trabajo que yo pueda hacer en estos momentos y decido salir a visitar a Andrei. Los días se suceden y yo voy aclarando las dudas de Suzanne de una manera escueta y seca. Uno de esos días, escucho una conversación de la señorita Perminova al teléfono.

—No, señor Zhurkov. Lo está cambiando todo, está perdida. Deberíamos volver a lo establecido en la primera reunión. Sí, sí, señor. Yo creo que será lo correcto, señor. ¿Mañana?, Sí, señor. Yo, ya me marchaba para la oficina. No, por supuesto, señor. Sí, claro, señor,... enseguida. Lo que usted diga, señor.

—¿El señor Zhurkov?—le digo con una pequeña mueca infantil cuando cuelga y veo el rubor de su cara.

—Sí, el mismo—dice guardándose el móvil en el bolsillo.

—¡Jefes!—exclamo—Por mucho que hagamos nunca están conformes.

—No. El señor Zhurkov no es así. Pero de unos días a aquí...—dice girando sobre sus talones y cuando la veo que va a volver a entrar a la sala, retrocede y dice—Todos sabemos que el proyecto es suyo y que debería estar dirigiéndolo usted. No piense que no nos hemos percatado de lo pernicioso que ha sido el cambio.

—Gracias, señorita Perminova. No sé qué decir.

—Katia, por favor. Llámeme Katia. Solo espero que vuelva al equipo pronto—me dice despidiéndose.

Esa noche me voy más satisfecha del trabajo y decido ir a tomar unos “drinks” con Andrei y algunos de sus amigos al centro. Creo que mi vida, sin el estrés de las últimas semanas, se está volviendo demasiado ociosa. Pasamos una velada muy divertida, hablamos, comemos, bebemos y reímos. Me entusiasma ver a Andrei tan animado disfrutando de la vida. Terminamos tardísimo contando graciosas anécdotas en el local adjunto al Zhurkov, sentados en varios de sus blandos y cómodos sofás. Es un local que, desde que lo reformaron, gusta mucho. Siempre muy animado. Entre semana con grandes zonas donde hablar y tomar copas en un ambiente relajado y los fines de semana desaparece ese ambiente sosegado para convertirse en la discoteca de moda con amplios espacios y varias pistas de baile.

Son las siete de la mañana cuando suena mi despertador. Hoy me levanto animada y empiezo con mi rutina diaria. Salgo a correr para despejarme. Me doy una larga ducha y cuando voy camino de la galería en mi bicicleta, paso a ver a Marcel.

—Bueno días, Tessa—me dice saliendo del mostrador— Parece que las cosas están un poco mejor, hoy. Tengo unos preciosos tulipanes variedad West Point de un intenso color amarillo limón, preparados para ti.

—¡Oh! Marcel, son preciosos—le digo sujetando mi pequeño ramo de diez tulipanes.

—¿Te has fijado en sus pétalos? Se parecen a los de los lirios, arqueándose hacia arriba.

—Me gusta que me instruyas en el mundo de los tulipanes y las flores. Cada día aprendo una cosa nueva contigo.

—Un placer mostrarte sus características. Pasa buen día—me dice a modo de despedida.

Llego a la galería cuando ya ha amanecido, no sin antes pasar a por un gran vaso de *cappuccino* con chocolate y una enorme *muffin* de arándanos. Subo las escaleras de la entrada. Voy cargada con mi desayuno y mis bonitas flores. Una de las cosas privilegiadas de vivir en Holanda es poder comprar flores cada semana. A esa hora tan temprana ya veo movimiento. Jane y Van Doorn hablan de una reunión para hoy. La puerta de la entrada se abre y entra Zhurkov con todo su séquito. No tenía conocimiento de que la reunión fuera tan temprano. Pasan por delante de mí. La situación me hace sentir muy incómoda desde que se me excluyó del proyecto, así que intento evitar ponerme en su trayectoria. Me giro, cojo el correo y empiezo a subir las escaleras que me llevan a mi despacho.

He llegado antes de tiempo a la galería y desayuno tranquilamente mientras coloco mis tulipanes en un jarrón. Voy comiendo pedacitos de mi *muffin* y revisando el correo. Veo a Jane nerviosa en su mesa, buscando papeles. Me siento en el borde de la mesa con mi café en la mano y le pregunto:

—Jane, ¿necesitas ayuda?

—No, no. Tessa. Nada está saliendo bien. El equipo de Zhurkov no está contento con el trabajo que estamos haciendo y yo estoy descuidando mi departamento para ayudar a Suzanne. Pero no está funcionando.

—No te agobies. Dime en lo que puedo ayudar a tu departamento. En este momento tengo mucho tiempo y como os comenté ayer, tenéis que darle la vuelta al planteamiento.

—¡Oh! Tessa, ¿por qué no serás tú la que lleve el proyecto?—pregunta en una especie de bufido.

—Ya me he torturado muchas veces yo por esa pregunta—le digo cuando doy un salto de la mesa y bajo de ella al ver que las puertas del ascensor se abren y sale gran parte de la comitiva de Zhurkov.

Se encierran en la sala de conferencias y empiezan la reunión sin Zhurkov. ¿Dónde se habrá metido? Me siento incomoda estando tan cerca de la reunión del proyecto que debería haber sido mío. Decido llamar a Petra y salir cinco minutos a fumarnos un cigarro juntas. Todavía no me he tropezado con Zhurkov desde que se me apartó del proyecto. Tampoco se me dio ningún razonamiento lógico de por qué yo ya no estaba en esas reuniones. Hoy ha amanecido con un sol radiante en el cielo. Petra y yo nos sentamos en uno de los escalones del lateral y miramos al cielo holgazaneando. Inesperadamente ella lanza el cigarro al suelo y se levanta alisándose su falda.

—Buenos días, señor Zhurkov—dice muy seria.

—Señoritas—oigo decir a mi espalda.

Decido no girarme y disimular. Tengo que salir de allí. Pensé que mi frustración con el hecho de que me habían apartado había terminado, pero siento mi cabeza como una olla a presión e intento que se me pase terminándome el cigarro. Como dijo Hans, es trabajo. Si quiero seguir, debo controlarme e intentar seguir arrimando el hombro en la galería. Termino la mañana intentando esquivarlo a cada momento, pero no puedo evitar que mi mirada se cruce un par de veces con la suya. He decidido rehusar a realizar todo el trabajo de oficina durante ese día para

no tropezarme con él y hoy me marcharé pronto a almorzar. Así, cuando ellos hagan el descanso, yo no estaré por allí. Le dejo una nota a Jane en su ordenador. Me pongo el abrigo y mi mirada vuelve a toparse con la de Zhurkov. ¿Qué hace observando todo lo que hago? ¿No decía que no tenía la suficiente experiencia? O, eso era lo que le comunicó su departamento de adquisiciones. No estoy dispuesta a disimular más. Estoy desilusionada y triste por lo sucedido. Me pongo mis gafas de sol para evitar que sepa que miro y me marcho a almorzar. Estoy realmente cabreada por la situación.

Hoy es día de humus. Es mi novedoso método para llevar una dieta equilibrada. Dependiendo del día, pido de la carta un *bagel* con un sabor diferente en la cafetería. Me siento en la terraza, hace un día espléndido. Cojo uno de los periódicos gratuitos de una de las mesas contiguas y empiezo a disfrutar de un agradable almuerzo al sol. Suena mi teléfono. Es Jane.

—Tessa, ¿tardarás en regresar?

—Todavía estoy almorzando. ¿Quieres que te lleve algo para comer?

—No, no. Ya hablamos cuando regreses. Disfruta de tu almuerzo.

No pasan ni cinco minutos, cuando estoy absorta en las noticias de sociedad, que el sol desaparece de donde estoy sentada. Levanto la mirada con las gafas de sol puestas y un cigarro en la mano, sorprendiéndome.

—Señorita García.

—Señor Zhurkov—le contesto extrañada.

—Ha estado usted evitándome toda la mañana—me dice con el ceño fruncido quitándose las gafas de sol.

Creo que me he quedado sin respiración del sobresalto.

—Es usted muy agudo pensando eso. No entiendo como no le sorprende después de que me haya apartado de todo—le respondo con acritud.

—¿Puedo hablar con usted? ¿Está esta silla ocupada?

—Es un país libre. Usted puede hacer lo que desee—le digo llevándome el cigarro a la boca

—Nunca imagine que a un hombre como a usted le gustara este tipo de restaurantes para almorzar.

Esto lo debo pensar yo y la mitad de las personas que están almorzando en la terraza del local. Sería todo más discreto si en ese momento no se hubieran posicionado estratégicamente tres hombres a nuestro alrededor.

—No he venido a comer. He venido a hablar con usted—me responde adusto—Y no debería fumar, es malo para la salud.

—Lo sé. Pero usted debería considerar que estoy en mi hora de almuerzo y no es usted ni mi padre ni mi novio para tener la potestad de efectuar ese tipo de observaciones.

—Soy su jefe.

—No. Que yo sepa, usted no es mi jefe. No tengo ningún tipo de contrato firmado con usted.

—¿Se da cuenta que con ese tipo de comentarios podría perder su trabajo si hablara con el señor Van Doorn?—me dice arrogante.

—¿Me está usted amenazando?—le pregunto muy cabreada levantándome las gafas de sol hacia la frente para mirarle a los ojos. A esos increíbles ojos color azul del cielo—No le creí tan ruin para jugar así con la vida de las personas. ¿Se da cuenta de todo lo que trabajé para que su proyecto saliera adelante? ¿Para darle forma? ¿Para que fuera atractivo para ustedes? ¿Se da cuenta que casi pierdo mi puesto de trabajo porque mi jefe no entiende que se me rechazara de esa forma y que, en su entender, hay algo que no he hecho bien que se le escapa? ¿Y que yo

tampoco entiendo?

—No trabajaría tanto cuando se ha estado divirtiendo con Borovik cuando debía terminar el proyecto.

—¿Qué? ¿Así que se trata de Borovik? ¿Cómo sabe usted con quién me divierto o dejo de hacerlo? Usted quería un proyecto y se lo presentamos. Le pareció bien, hasta que apareció él. Da igual las horas que estuvimos recopilando información, planificando o escribiendo. Horas que eran de nuestro tiempo libre, nuestras horas de comida, para que ahora me diga que no es por mi profesionalidad, es por otro cliente.

—No me gusta ese tipo de clientes—sentencia.

—¡Oh! El problema es que no he firmado ningún contrato de exclusividad a la hora del trabajo y yo no soy como usted que seguramente tenga una habitación como el “Tío Gilito” que cuando se aburre cuenta sus monedas de oro. Yo trabajo para poder vivir.

—¿Quién es “Tío Gilito”?—pregunta extrañado levantando las cejas, cruzándose de brazos y mirando a uno de sus hombres—Y déjeme decirle que usted sí que tenía un contrato firmado.

—Tenía un contrato firmado con usted de confidencialidad y nunca ha salido ninguna información de mí a ese respecto. ¿Por quién me toma usted? Soy muy responsable en mi trabajo y créame que me esfuerzo mucho. Y seguramente gracias a usted, he perdido toda mi reputación. ¿Recuerda el día que me dijo que usted no era ningún tirano?—le digo levantándome de la silla

—Sí. Lo recuerdo.

—Si no quiere que piensen eso de usted, empiece a dejar de comportarse como tal. Si me disculpa, iré a retirar mis cosas de la oficina, ya que dudo que usted no cumpla con su amenaza.

—¡Uff! Es usted desesperante. No haga eso. No he venido a eso. Por favor, continúe con su comida y con su trabajo, señorita García—me dice a título de despedida levantándose.

Lo veo alejarse con sus hombres hacia el coche situado muy cerca de allí. Ahora hablan en ruso y me cuesta distinguir lo que dicen por el bullicio que empieza a haber en la terraza. Acudo pensativa al trabajo. Me doy cuenta de que cada vez que tengo a ese hombre delante de mí, actúo totalmente al revés de cómo debiera.

Vuelvo a la galería bastante alterada, a pesar de fumarme dos cigarrillos por el camino. Estoy volviendo a fumar demasiado, pienso en ese momento. Siento que la he fastidiado del todo, pero como he comentado, no sé qué me pasa cada vez que ese hombre se pone frente a mí. Hans no estaría nada contento con mi forma de llevar los asuntos de trabajo.

—Tessa ¿Dónde estabas? Ven, tengo que hablar contigo—me dice Jane interceptándome en la entrada.

—Almorzando en la plaza—le digo asombrada. Veo restos de comida del Zhurkov—¿Os han traído la comida del Zhurkov?

—Sí, ha sido alucinante. Han traído de todo. Ven, que debo entrar a la reunión en cinco minutos. Vas a quedarte petrificada. A los dos minutos de irte tú a desayunar, Zhurkov ha pedido que hiciéramos un descanso y que termináramos más tarde. Se ha acercado a mí y me ha solicitado muy amablemente si conocía donde estarías. Le he dicho que estarías almorzando en la plaza, pero parece ser que no te ha encontrado. Ha vuelto hace dos minutos y ha comentado que no había conseguido encontrarte. Que tenía una reunión importante y que paráramos hasta mañana—dice juntando las manos en el aire y dando una palmada emocionada—Ha sido fascinante, de novela romántica, tan Jane Austen. El apuesto Alexandr Zhurkov ha ido a buscarte con pinta de caballero. Yo creo para que volvieras al proyecto y porque le gustas.

—¿Cómo lleváis el proyecto?—le pregunto bastante intrigada.

—¡Fatal!—exclama muy sincera—Yo puedo percibir que al equipo de Zhurkov nos les gusta la forma de trabajar de Suzanne. Nos está volviendo locos a todos.

—¿Jane?

—Dime.

—¿Por qué hacéis las reuniones aquí y no en las oficinas de Zhurkov? Son mucho más amplias y sería lo normal.

—Te lo he dicho, pero tú no quieres creerme. Él observa cada paso que das en la oficina y la lógica me dice que es para verte cada día. Dudo que con la cantidad de negocios importantes que tiene, le interesen las tediosas reuniones que tenemos aquí cada día—sentencia—Es una lástima que no hablara contigo.

Al día siguiente se informa a la galería que se cancelan las reuniones hasta la próxima semana y yo respiro tranquila. Temo el momento que me vuelva a tropezar con Zhurkov. No ha dicho nada y sé que mi actitud no fue la correcta. Me centro en la organización del taller de cerámica de este fin de semana. Imprimiendo la información, preparando los pequeños bloques de arcilla y los materiales para el modelaje. Como tengo tiempo, incluso preparo los diplomas del curso. Se presenta un fin de semana movidito.

Capítulo 9

El sábado despierto temprano. Sigo la misma rutina que entre semana, pero las prendas de mi vestimenta son muy diferentes. Me visto con vaqueros, un jersey amplio, un pañuelo al cuello y una sencilla chaqueta. Finalmente me calzo mis zapatillas bajas *Converse*. Me recojo el pelo en un moño bajo y me pongo un ligero maquillaje. Los fines de semana tengo mucha más libertad en el trabajo. Y los talleres son en el sótano. Cojo mi bicicleta y me encamino a la galería. Paro a saludar a Marcel. Todavía tengo tiempo hasta las diez, cuando empieza el taller.

—Buenos días Marcel.

—Buenos días Tessa—me dice justo en el momento que termina con otro cliente. Los fines de semana son días de mucha venta para él—Hoy tengo para ti unos preciosos jacintos de la variedad Blue Giant, que perfumaran de una forma deliciosa la estancia donde los pongas.

—Son preciosos—le digo, inhalando el aroma de las flores que me ofrece.

—Son para que disfrutes del fin de semana y su aroma y su color, te trasmitan tranquilidad y sosiego.

—Agradezco siempre mucho tus palabras, Marcel. Disfruta tú también de un bonito fin de semana—le digo guardándome el cambio en la cartera y subiendo a mi bicicleta.

Paso por la cafetería y pido un *cappuccino* grande para llevar con una deliciosa *muffin* de manzana y canela. Ya es casi la hora de empezar, así que nada más acudir a la galería, saludo a Petra y bajo las escaleras hasta la sala de los talleres. Abro un poco las pequeñas ventanas que dan a la calle para que se ventile la estancia. Coloco las flores en un pequeño jarrón que deposito en mi mesa junto con el café y la *muffin*. Empiezo a repartir los pequeños bloques de arcilla por las mesas altas en las que vamos a trabajar. Es una estancia amplia, llena de materiales para los talleres. Tenemos mesas altas bastante usadas, taburetes, caballetes para los talleres de pintura y una pequeña tarima en un lateral donde situamos diversos bodegones para que los alumnos puedan guiarse a la hora de empezar con sus pinturas. Y, al fondo, una pequeña mesa con cuatro cajones, donde suelo dejar mis cosas, organizo los asistentes y preparo la documentación de los diferentes talleres. A la izquierda de mi mesa, en un perchero de pared están los delantales, ya no tan blancos, manchados de pintura y otros materiales, que nos protegen la ropa.

Levanto la mirada cuando oigo un griterío que baja por las escaleras con carreras de pequeños pasos hacia la sala donde yo me encuentro. De un momento a otro, sé que se abrirá la puerta y entraran todos en tromba para ocupar sus asientos y ponerse a trabajar. Se abre la puerta de golpe y la sala se inunda de carreras y pequeños gritos.

—Señorita Tessa, señorita ¿qué haremos hoy?—gritan acercándose a mi mesa—Deme un beso señorita.

—Y a mí otro. Le he traído una flor—me informa uno de ellos entusiasmado.

Voy atendiéndolos y repartiendo besos entre todos ellos. No es la primera vez que hacen un taller conmigo y ya nos vamos conociendo. Coloco la flor que me han traído en el jarrón junto a las otras y empiezo a ayudarles con los delantales, ajustándoselos a sus pequeños cuerpos en la parte de la espalda, para que vayan preparándose y situándose en sus asientos. Creo que ese es el mejor momento de todo el fin de semana, están entusiasmados y con una energía que los

desborda. Con el tiempo me he dado cuenta de que los problemas empiezan a surgir cuando se aburren, que se ponen gruñones e irritables. Con uno de ellos colgado de mi cuello, mientras me da besos en la mejilla, oigo un casi inaudible carraspeo que procede de la puerta. Es el señor Zhurkov. Me quedo mirándolo fijamente y sonrío ligeramente con las manos en los bolsillos delanteros de sus vaqueros. Hoy no lleva uno de esos maravillosos y deslumbrantes trajes que tan bien le quedan. Hoy va más atractivo si cabe. De *sport*, como la primera vez que nos vimos, aunque lleva una camisa azul claro, sin corbata y los dos primeros botones desabrochados, lo cual le dan un aspecto desenfadado, con una americana azul oscuro.

—Buenos días, señor Zhurkov—le digo acercándome a él, todavía con uno de los pequeños en brazos—Disculpeme. ¿Necesita usted algo? Enseguida llamo a recepción y rápidamente le atenderán.

—No, no se preocupe. Vengo por usted.

—¡Oh!—exclamo—Lo siento, pero tengo un taller justo en estos momentos y no puedo dejar a todas estas personitas solas. Espere un momento, seguro que Jane puede atenderle.

—Sí, ya lo ha hecho. No lo entiende,...estoy en su taller—me dice con una mueca infantil—Y ahora, si me dice dónde puedo sentarme.

—¿Qué? Eso no es posible.

—Sí. Sí que es posible. Mire, aquí tengo el pago de mi matrícula. Pagada y sellada—me informa sacando un recibo del bolsillo interior de la chaqueta y entregándomelo.

—¿Se da usted cuenta que esto se podría considerar como acoso?—le digo escudriñándole.

—Piense lo que quiera—me dice con una carcajada. Me quedo paralizada, está riendo y no cabreado.

Me acerco a mi mesa con el recibo. Parece todo en orden y llamo por la línea interna a Jane, que debe de estar en la oficina. Nada más descolgar y oírme decir su nombre se oyen unas tremendas carcajadas que temo que escuchen todos los participantes del taller.

—Lo quieras o no, es alumno del taller. Respira hondo porque vas a disfrutar de un precioso sábado juntos, haciendo manualidades. No de las que seguramente te gustarían, pero por algo se empieza—me dice muerta de risa—Lo siento, me ha obligado y el dinero que ha pagado lo necesitamos para materiales para otros talleres. ¡Disfruta y diviértete!

—Te voy a estrangular.

—Lo sé, pero prefiero morir en tus manos, que en las de uno de sus secuaces. Muá, muá. ¡Disfruta!—me dice simulando dos besos y cuelga.

Voy al final de la sala, donde está situado. Los niños ya lo han rodeado. Lo reconocen, le piden autógrafos y hablan con él. No por ser un hombre dueño de uno de los holdings empresariales más importantes del planeta, sino por ser el dueño de unos de los equipos de fútbol más famosos del país.

—Vamos chicos, cada uno con su delantal y a su sitio—ordeno dando unas palmadas al aire. Le devuelvo el recibo a Zhurkov—Luego le devolveré la diferencia si se obceca en asistir al taller. Son quince euros, no mil quinientos, como le ha cobrado Jane. Tenga, póngase esto o se manchará entero. Siéntese en uno de estos taburetes. Pero le aseguro que se va a aburrir, es un taller muy básico.

—Intentaré ser un buen alumno—me dice sacándose la chaqueta y colocándose el delantal.

—¿Sus acompañantes también van a realizar el taller?—le pregunto haciendo un gesto con la cabeza indicando a los dos hombres trajeados que hay en la puerta.

Zhurkov parece que se lo piensa. Se acerca a ellos y empiezan a hablar en ruso muy bajito.

—Si no le importa, se quedaran aquí, al fondo de la sala. Le aseguro que no molestarán.

—De acuerdo. Señor Zhurkov, déjeme que le sujete eso, gírese—le digo haciéndole un gesto con la mano, para que se gire y pueda ceñir su delantal.

—Por favor, soy su alumno. Llámeme Alexandr, señorita García—me dice con guasa.

—De acuerdo. Siempre que usted me llame a mi Tessa, por favor. Espero que no se aburran mucho.

Empiezo con el taller, explicando lo que vamos a realizar con los bloques de arcilla que tienen delante de sus asientos. Para la ocasión, y para poder ayudarlos a realizar su trabajo, les he preparado tres figuras en una mesa sobre la tarima. Hoy he preparado tres modelos muy sencillos. No se necesita gran destreza para poder reproducirlos. Son un gran elefante con la trompa hacia arriba, un bonito coche rojo descapotable y un gracioso mono sentado en un tronco con un brazo en jarras y el otro rascándose la cabeza. Todos bajan de sus taburetes y se acercan a los modelos para cerciorarse de los detalles. Vuelven a sus puestos para empezar emocionados. Les voy explicando paso a paso como humedecer su bloque de arcilla e ir modelándolo. Durante la mañana iremos dándole forma a nuestras obras, durante la comida las pondremos en el horno y por la tarde las terminaremos pintándolas. Me voy acercando a cada uno de los niños para ir dándoles pequeños consejos. Emocionados, ya están manos a la obra con las manos totalmente manchadas de arcilla. Llego a la mesa de Zhurkov y lo veo afanado en su trabajo.

—Debería usted humedecerse un poco más las manos—le indico señalando a su compañero de siete años que tiene a su lado. Ambos han decidido que realizarán un coche—Primero empiece por la estructura y luego, por los pequeños detalles que los realizaremos con esos utensilios, que son como punzones.

—Tal como lo dice parece muy sencillo, pero no lo es tanto.

En ese momento oigo unas risas disimuladas de sus dos hombres que están situados en una de las últimas mesas, en un lateral. Voy a mi mesa y agarro dos delantales y dos piezas de arcilla. Voy al fondo de la sala y se las coloco frente a ellos.

—Buenos días caballeros. Creo que ya que van a estar ustedes con nosotros todo el día, deberían aprovechar el momento y descubrir su lado más artístico. Sáquense sus chaquetas y pónganse esto—les digo alargándoles los delantales.

—Señorita, nosotros no podemos quitarnos las chaquetas—me informa uno de ellos en un susurro señalando disimuladamente su arma.

—Vamos a ver cómo podemos arreglarlo—les digo doblando uno de los delantales.

—Señorita, nosotros estamos trabajando. No podemos distraernos y no hemos pagado el curso.

—Tessa. Llámenme Tessa, por favor. Si ustedes se ponen en esta mesa de aquí al fondo, tienen cubierta la entrada y las ventanas. No pongan más excusas y seguro que el señor Zhurkov está de acuerdo conmigo—me giro hacia donde él está situado enfrascado en su pieza de arcilla.

—Vamos chicos. No va a pasar nada, avisad por radio a Anderson. Parece divertido—dice Zhurkov ayudando a su joven compañero de mesa con el agua.

—Así es—les digo llevando la arcilla y el material de trabajo a una mesa más apartada y girándome hacia ellos y alargando mi mano derecha les digo—No nos han presentado, mi nombre es Tessa ¿y ustedes?

—Mijaíl—me informa estrechándome la mano con un acento muy parecido al de Zhurkov pero más pronunciado—Mi nombre es Mijaíl.

—Encantada, Mijaíl ¿Y usted?

—Nikolái—me dice muy serio estrechándome la mano.

—Un placer, Nikolái. Ahora, hechas las presentaciones, no perdamos más tiempo. Manos a la obra. Llámenme si tienen alguna duda o necesitan algo.

El tiempo transcurre entre risas y charlas con los pequeños mientras se levantan y observan sus modelos para copiar. Se manchan sus manitas con el agua y arcilla para ir realizando un modelado que considero perfecto, para su edad. Al acercarme a mi mesa me doy cuenta que no me he tomado ni el café ni la *muffin*. Es muy tarde para la *muffin*, ya que en menos de una hora comeremos, pero cojo mi *cappuccino* y empiezo a ver la lista de la comida. Acabo de recordar que tengo tres alumnos más, inesperados. Me acerco a ellos para comentarles lo de la comida.

—Señor, Zhurkov—le digo a un hombre afanado con la arcilla.

—Alexandr, por favor—me dice levantando la mirada—¿Qué le parece el coche que estoy realizando?

—Bonito, muy bonito. Si quiere que el hueco de las ruedas le quede más despejado, utilice esto que parece un pequeño punzón. Lo hará más cómodo y el resultado se quedara mejor. Como hoy hace un día despejado y soleado, en una hora saldremos al jardín exterior a comer. Y el catering traerá la comida. ¿Comerán ustedes con nosotros?

—No había pensado en eso. Sí, claro. ¿Dónde tengo que pedirla? ¿Cuánto cuesta? Por favor, coja usted mismo dinero de mi cartera que está en el bolsillo, si no le importa—me dice levantando sus manos totalmente manchadas de arcilla.

—No, no. No se preocupe. La comida entra en el taller, aunque no sé si a ustedes les gustara, ya que es comida muy sencilla.

—No se preocupe por eso. Pues sí, comeremos los tres con ustedes.

—De acuerdo, entonces. Tienen que elegir de esta carta, que tipo de pan quieren y luego los complementos para el relleno. También una bebida y un postre.

—¿Qué nos recomienda?—pregunta y justo en ese momento, su compañero de mesa le dice.

—Yo comeré pescado con queso, está muy rico.

—Si le gusta el pescado, puede pedir uno como el de Maarten, que lleva salmón, con queso crema al eneldo y tápenas—le explico—También tienen de carne, hamburguesas de champiñón...

—Pregúnteles por favor a Mijaíl y Nikolái. Yo quiero uno como el de Maarten y otro el que usted me recomiende.

—¿Hamburguesa de champiñones con mahonesa de trufa y lecho de ensalada con pan de semillas? ¿De beber zumo de manzana, naranja, té o café? Y de postre ¿pastel de manzana, chocolate o zanahoria?

—Eso suena bien. Un té para beber y pastel de chocolate, siguiendo el consejo de mi compañero de mesa—me dice guiñándole un ojo a Maarten.

Anoto el pedido, también el de Mijaíl y de Nikolái. Llamo por la línea interna a Jane y le consulto si hoy comerá con nosotros o se marchará a casa. Se extraña por la pregunta y me comunica que en menos de dos minutos baja a ver cómo vamos en el taller y que ella se ocupa de añadir la comida que falta al pedido. Desde mi mesa observo la lucha que tiene Zhurkov con una de las mangas de su camisa que le resbala y está empezando a mancharse. Intenta subirla con su barbilla, no teniendo éxito.

—Espere, déjeme que le ayude—le digo acercándome a él y empezando a doblarle los puños desabrochados de su camisa.

—Gracias—dice observando como realizo la maniobra.

—Así estará más cómodo trabajando.

En ese momento entra Jane por la puerta y al verme subiéndole las mangas me mira atónita.

—Señor Zhurkov. Veo que no se le da nada mal esto del modelaje en arcilla—dice con una sonrisa.

—¿Me lo dice en serio o es para no dañar mi ego?—pregunta con una carcajada mirando su pieza—Aquí soy alumno, así que por favor, llámeme Alexandr, señorita Lessing.

—Ok, Alexandr. Entonces llámeme usted Jane. Y, siendo totalmente sincera, necesitara usted más de un taller para poder hacer algo decente, visto lo visto—suelta con una amplia sonrisa—Tessa, dame el pedido que lo pase.

Me acerco a mi mesa y le doy la hoja de pedido. Ella se sitúa de espaldas a la clase.

—Vaya, vaya, vaya. Os dejo solos en un taller lleno de niños y regreso y os estáis manoseando los dos—me dice con una sonrisita pícara y descarada.

—Jane, no digas barbaridades. Le estaba subiendo las mangas de la camisa para que no se le ensuciaran y después de que le cobraras la cantidad que le has cobrado por el taller, es lo menos que podría hacer.

—Yo solo le he indicado que los cursos son para niños con pocos recursos y que se paga lo que es el material. Que el resto de dinero que recogemos lo donamos y él ha sido el que me ha preguntado si me parecía bien la cantidad de 1500 euros y,... ¿que querías que dijera, que no? Le he dicho que perfecta. ¿Te ha dicho algo del proyecto?—me pregunta burlona.

—No, no hemos hablado de nada del trabajo.

—Que esté aquí perdiendo un precioso sábado soleado dice mucho. Me convenció que tenía que hablar contigo. Quiere que vuelvas al proyecto, me lo comento la señorita Perminova. Así que sé amable—me dice girándose y empezando a hablar con los pequeños para que le comentaran sus trabajos con la arcilla.

Voy recorriendo cada una de las mesas para observar cómo han ido quedando las diferentes piezas de cada uno de los alumnos. Zhurkov está ayudando a Maarten con la zona de las ruedas tal como le he indicado. Reparo que está sonriendo, lo que hace que sus ojos brillen más. Es de las pocas veces que lo he visto sin el ceño fruncido. Parece muy relajado ayudando a su joven compañero de trabajo, aunque tengo que decir que, incluso el “coche” que ha hecho Maarten, tiene mejores proporciones que el suyo. Me acerco a ellos. Y les pregunto si necesitan algún tipo de ayuda.

—¿Le gusta como ha quedado mi coche, señorita Tessa?—me dice entusiasmado Maarten—¡Va a ser el más rápido, el que más corra!

—Seguro que más que el mío, que esta deforme—comenta Zhurkov con una mueca triste, provocando una escandalosa risa en Maarten.

—Vamos a ver qué podemos hacer para enderezar ese coche torcido—le digo acercándome a Zhurkov—Su vehículo está desproporcionado. Si quitamos un poco de volumen de aquí y lo alisamos por esta parte, se parecerá más a un vehículo.

Voy quitando un pedazo sin forma que tiene en la parte delantera. Y poco a poco va adquiriendo el aspecto del coche. Con el trabajo de mis dedos cada vez tiene las líneas más proporcionadas. Alexandr observa con cierta admiración los cambios que experimenta su obra. Le animo a que continúe él con la parte trasera. A su lado siento que el aire se condensa, es difícil respirar. Es como si el campo magnético que se encuentra a su alrededor te atrapa y te impidiera que te separaras de su lado. No me estoy concentrando ¿que estoy haciendo? Siento una atracción irrefrenable, pero a la vez un rechazo absurdo e ilógico. Es como blanco y negro,

no sé en qué momento vamos a cambiar de uno a otro. Su mano tropieza con la mía cuando va a humedecerlas, esa es mi perdición. Una corriente eléctrica me sacude. Recorre toda mi espina dorsal y provoca que me sobresalte. Tengo que moverme y alejarme de él.

—Creo que a partir de aquí puede continuar usted—le digo intentando no mirarle a los ojos y respirando con dificultad.

—Gracias, señorita Tessa—me dice guiñándome un ojo—Ahora mi coche, aunque no gane, podrá competir con el de Maarten.

Algo confundida me acerco a sus dos hombres que finalmente han pasado la mañana sumidos en la tarea de construir algo con el bloque de arcilla. Según voy cerciorándome de lo que han querido plasmar, empiezo a sonreír sin poder evitarlo.

—Por lo que puedo observar ustedes dos van por libre. Estos no son modelos que podamos ofrecer en estas clases al haber niños de tan corta edad—Alexandr se gira y empieza a reír abiertamente, ¡Vaya! Como cambia su rostro cuando ríe.

—¿Cómo se os ocurre hacer eso en un taller con niños?—les comenta aparentando una regañina—¿No podíais hacer un elefante como todos?

—Esto era más fácil—comenta Mijaíl que observa su trozo de arcilla ahora convertido en una reproducción casi perfecta de una pistola.

—Es una reproducción de una nueve milímetros—comenta Mijaíl orgulloso.

—Está muy detallada su automática—le digo girándome hacia Nikolái y mirando su obra, más tosca—Y, ¿qué tenemos aquí?

—Es una granada de mano—informa muy satisfecho.

—Espero que no les importe, pero sus trabajos los meteremos en el horno una vez los niños hayan salido a comer. No es una temática que a sus padres pudiera agradar seguramente—les digo con una amplia sonrisa—Nikolái, vamos a mejorar un poco la textura de la base. Mire, si aplanamos aquí un poco y utilizamos esta especie de pinza, le da un toque más real, ¿verdad?

Vamos introduciendo todos los trabajos en el horno. Lo que más abundan son elefantes y monos, aunque algún coche también se ha hecho. Espero al momento en el que Jane baja para avisarnos que ya tenemos la comida preparada en el jardín de la planta de recepción, para incorporar los trabajos de Mijaíl y Nikolái. Todos los niños ya se han precipitado hacia las escaleras para ir a por el almuerzo. Me quedo rezagada arreglando los delantales, todos tirados sobre mi mesa. Un ruido a mi espalda me hace girarme.

—Señor Zhurkov—le digo terminando de ordenar mi mesa—¿Necesita algo?

—Alexandr ¿recuerda? Siento haberla sobresaltado.

—Pensé que ya estarían arriba disfrutando del sol y del almuerzo.

—La señorita Jane me envió para ver si le quedaba mucho para comer todos juntos.

—¡Oh!, por supuesto, enseguida subo. Solo quería que las piezas de Nikolái y Mijaíl, no quedaran fuera.

—¿Puedo ayudarla?

—No, no se preocupe. Cuelgo esto y ya subo—le digo sin mirarlo y colgando los delantales.

—Yo le ayudo—me dice, colocándose a mi lado y tendiéndome delantales.

—Gracias—le digo bastante cohibida y creo que por primera vez, en mi vida, sin saber que decir—Intuyo que se estará aburriendo en este tipo de taller.

—¿Eso cree?—me dice con una media sonrisa fijando su mirada en la mía.

—Bueno, es un taller para niños y usted tendrá muchas cosas que hacer, como para perder su valioso tiempo aquí.

—Se equivoca. No hay otro lugar en el que tenga que estar en estos momentos. Y,...señorita García—me dice cautelosamente—Después de comer me gustaría hablar con usted.

—Tessa, mi nombre es Tessa. Y creo que usted y yo, después de la conversación mantenida esta semana, ya no tenemos nada que hablar.

—Creo que en esa conversación, llamémosla así, se malinterpretaron palabras y acciones. ¿Usted nunca cede?—me pregunta tozudo.

—Creo que deberíamos subir a almorzar. No les hagamos esperar.

Abro la puerta y espero a que pase, pero no me lo permite y cierra la puerta tras él. Siempre tan caballero. Salimos al jardín y allí nos encontramos ya a todos dispuestos para comer con gran alboroto. Hace un agradable día soleado. Nos dirigimos a una mesa improvisada al fondo del jardín. Por el camino, los niños nos van saludando y mostrando su almuerzo. Ésta es la mejor parte de trabajar los fines de semana. Ver esas caritas felices que disfrutan de un fin de semana diferente.

—Nosotros estaremos aquí—nos informa tranquilo Nikolái, situándose junto a Mijaíl en un emplazamiento orientado hacia la entrada.

—Aquí tienen su almuerzo. Si tienen alguna cuestión indíquenosla—les comenta Jane mientras les extiende su almuerzo con una dulce sonrisa.

No tengo mucha hambre en estos momentos. Raro en mí, que me paso el día pensando en que llevarme a la boca. Jane me mira atentamente. Con un gesto de hombros me pregunta disimuladamente qué me está sucediendo. Y creo que no sé, lo que realmente me pasa. No podemos hablar abiertamente ya que tenemos que encargarnos de los niños del taller y no podemos ausentarnos ni un minuto. Tenemos a Zhurkov cerca y eso nos obligara a empezar a conversar de cosas triviales hasta la tarde.

—Y dígame, Alexandr. ¿Qué le está pareciendo el taller? ¿Está disfrutando?—le pregunta Jane con gran desparpajo.

—Bien, bien. No me hacía a la idea de cómo serían—contesta abstraído en su almuerzo.

—Puede usted anotarse a todos los que hagamos si le gustan—comenta Jane con una sonrisita mirándome—Siéntese aquí con nosotras si le apetece, no hay problema.

Se lleva la mano al bolsillo interno de su chaqueta y saca su teléfono móvil. Debe de tenerlo en silencio porque no lo hemos oído. Nos pide disculpas y se aleja de nosotras unos pasos. No me gusta tenerlo tan cerca. Es como si lo controlara todo. Pero cuando he pensado que se iba, he empezado a echarlo de menos.

—¿Podrías dejar de hacer la borde?—Jane me golpea el brazo que hace que el vaso de zumo casi me caiga sobre la chaqueta—Basta ya de orgullos y tonterías. Está aquí por ti ¿es que no lo ves? ¿Ha pagado un dineral por un curso de arcilla con niños para poder hablar contigo y tú te cierras en banda y no hablas? ¿No querías regresar al proyecto, TU proyecto? Espabila. Habla de lo que sea, de las flores, el tiempo, lo que quieras, pero relájate. Parece que te has tragado un palo de hierro, tan estirada.

—Jane...—no me deja terminar, sigue con su reprimenda.

—Ni, Jane ni leches en vinagre. ¿Tan poco deseas esto? Es lo que siempre hemos hablado. Nuestra oportunidad y ¿porque el tipo sea apuesto, guapo y te hayas enamorado perdidamente de él, vas a dejar que se te escape el trabajo? Vuelve a ese innato encanto tuyo y compórtate—me termina de reprobar justo cuando Alexandr cuelga la llamada y se vuelve a sentar junto a nosotras. En el rostro de Jane aparece de nuevo la dulzura y una discreta sonrisa, preguntándole —¿Le agrada su comida?

—Sí, deliciosa. Diferente, pero muy buena. ¿Llevan mucho tiempo dando estos cursos?

—Yo no los doy muy a menudo. Mi campo es más los costes y las finanzas. Aquí la artista es ella—explica señalándome.

—No la crea. Es algo que a nadie en la galería le apetece mucho hacer. Al ser en fin de semana y como fui la última en entrar a trabajar en la galería, me los asignan sin derecho a réplica—Alexandr me mira y hace un amago de mueca divertida—Por cierto, Jane seguro que estará encantada en realizarle el abono de la diferencia de lo que ha pagado usted con el valor del curso.

Jane, vuelve a explicar que lo cobrado es para ayudas para otros talleres, y Alexandr niega que le deban realizar devolución alguna. Pide que esa parte sobrante se utilice en nuevos cursos o aportaciones a esos niños. Se nota que no tiene necesidad de dinero. Habla muy formal, pero a la vez directo y educado. Nada tiene que ver con esa arrogancia de otros momentos. Su semblante está más relajado y ríe. Habla con los niños asistentes al curso, incluso se hace *selfies* con ellos. Los niños sobre todo, lo han reconocido, e intentan hablar con él sobre la liga de fútbol y sobre cómo ellos distribuirían la plantilla o le dan consejos sobre posibles fichajes. Se está comportando de una manera muy natural. Después de todo, parece que es una persona como cualquier otra. Aprovecho el momento que están ocupados y le pido a Jane cinco minutos para salir a fumarme un cigarro. Ella me vuelve a insistir que debo dejarlo de nuevo antes de que vuelva a engancharme. Le aseguro que lo haré. Tengo mucho estrés y solo será durante esta semana, aunque creo que esta es la típica frase que dice toda persona que tiene un vicio. Salgo por la puerta lateral y me siento en los escalones. Hace buen día, extraño para esa época del año, y los peatones se afanan en dar paseos hasta el centro y disfrutar del día. Puede que sea el último día que podamos disfrutar del cielo azul durante semanas. No dejo de pensar cómo será volver a llevar el proyecto, continuar con lo planeado. Alexandr quiere hablar conmigo y, según las indicaciones que me ha facilitado Jane, es para que regrese a encargarme de todo. No sé qué me sucede cuando me habla. Hay momentos en que me sale una vena impertinente que no me reconozco y en otras ocasiones me quedo hipnotizada por su cercanía o su forma de hablar. Oigo unos pasos a mi espalda.

—Hola.

—Hola—le contesto con un mohín infantil—Me ha vuelto a pillar fumando.

—Ya veo—me fijo que dos de sus hombres están delante de nosotros a una distancia prudencial y otro permanece a nuestra espalda—No quería inmiscuirme. Estaba atendiendo una llamada. ¿Puedo sentarme?

—Claro, por supuesto. ¿Le molesta que lo acabe?—le pregunto indicándole el cigarro que tengo en la mano.

—Eres muy joven para esos vicios, ¿nunca has pensado en dejarlo?—me dice sentándose a mi lado.

—Cada momento del día—le contesto solemne—¿Viene a decirme que se ha cansado del taller y que se toma la tarde libre?

—Que ganas tiene usted de librarse de mi—me dice con una pequeña sonrisa—No, vengo a hablar con usted. Quiero que vuelva a retomar el proyecto.

No giro la cabeza. Está diciendo exactamente lo que he estado esperando desde que empezamos con éste. Me quedo con la mirada fija en uno de los árboles que pavimentan el paseo frente a la galería y me vuelvo a llevar el cigarro a la boca dándole una profunda calada. Noto que junta las manos y entrelaza sus dedos, esperando una respuesta.

—¿No dice nada?—me pregunta al ver que no contesto.

—Discúlpeme, es que mi mente acaba de sufrir una hecatombe y no sé qué contestar.

—Es su proyecto. Simplemente diga que sí.

—¿Habrá mejoras en el contrato inicial?—la pregunta sale de mi boca, casi sin darme cuenta a lo que estoy diciendo

—¿A qué se refiere?—me pregunta extrañado—¿Hay algo que quiera modificar?

—Hay demasiadas cláusulas.

—Se lo comentaré al departamento de contratos y a la señorita Perminova.

—¿Por qué yo?—le pregunto pensativa. Otra vez mi boca se adelanta a mi mente. Estoy tensando la cuerda.

—¿Por qué no? Creo que usted es muy válida para el trabajo, atendió muy bien la exposición del señor Milavanov. Según mi departamento, analizó de forma precisa el nuevo proyecto de la compañía y tiene usted un expediente impecable.

—Creo que su departamento de investigaciones no es muy bueno—le informo riendo—Mi expediente académico es bastante mediocre. ¿Me subirá la comisión?

—Si es capaz de convencerme de ello...—me dice enigmático.

—¿Es que todavía no lo he hecho?—le pregunto con una amplia sonrisa.

—¡Le diré a mi equipo que se reúna con usted el lunes para aclarar las diferentes cláusulas! —exclama colocando sus masculinas manos en sus rodillas y levantándose—¡Perfecto!

—¿No irá a decirme usted que se marchan y que van a dejar el taller a medias, verdad?—le regaño.

—Sintiéndolo mucho, no podremos asistir a la sesión de la tarde. Tenemos que marcharnos —dice en el momento que aparece su vehículo con cristales ahumados—Ha sido una experiencia, llamémosla, diferente. La veré el lunes. Disfrute del fin de semana.

Lo veo dirigirse apresurado hacia su coche. Le sigue Nikolái, que me hace un gesto totalmente inexpresivo con la cabeza a modo de despedida.

Capítulo 10

Es lunes por la mañana y todo el esfuerzo de este tiempo atrás se está viendo recompensado. He pasado a saludar a Marcel, quien me ha recomendado un pequeño *bouquet* de tulipanes de un blanco marfileño impoluto, agrupados por unos pequeños *No me Olvide* azul pálido. Compró desde hace años las flores allí. Marcel tiene uno de los mejores puestos de La Haya y cada día intenta que aprenda más de la cultura de las flores del país. Cuando tiene tiempo, me explica las características de cada una de ellas, su oculto significado, mientras me va confeccionando mi ramo. Se obcecó en ello cuando le dije que nunca me gustó el olor a flores. Me recordaban a entierros y cosa tristes. Pero gracias a la perseverancia de Marcel, hoy en día, después de cinco años, adoro tener la alegría de las flores y su sutil perfume a mi alrededor, evocándome buenos recuerdos en el hogar que empecé a construir en este país.

—Hoy Marcel se ha superado—comenta Petra al verme pasar—Acaba de llegar este sobre para ti por mensajero.

—¡Gracias, Petra!—agradezco con una gran sonrisa—Lo estaba esperando.

Subo a mi despacho, abriendo impaciente el sobre. Empiezo a leer mientras me siento en mi mesa. Es el borrador del contrato con Zhurkov para que le eche un vistazo antes de mi reunión con ellos. Ahora está mi nombre y no el de Suzanne. No puedo decir que cuando se ha enterado se haya decepcionado, más bien ha entrado en cólera y me ha jurado odio eterno. Los demás en la galería se lo han tomado de forma más coherente. Sabían que era algo temporal y lógico, ya que el proyecto lo esboqué y materialicé desde su inicio.

—Vaya, vaya. Magistral la elección de vestuario esta mañana—me anota Jane con una sonrisa—Yo no lo hubiera elegido mejor.

—El punto clave a la hora de negociar un contrato es la sobriedad, la elegancia y el aspecto pulcro. Sin olvidarnos de un toque moderno, que me da el escote de la blusa. ¿Qué te parece?

—Ya te lo he dicho, simplemente magistral. ¿Te ayudo con el contrato mientras nos tomamos un café? Vamos a la sala.

Nos pasamos parte de la mañana revisando el contrato. Hay muchos puntos que se refieren al aspecto financiero que no entiendo y Jane va explicando y aclarando, punto por punto. Ambas coincidimos en que las horas de trabajo son bastante intensas, pero solo serán tres meses y este proyecto esperamos que nos cambie la vida a ambas. A las once de la mañana recibo una llamada de la señorita Perminova quien me solicita cambiar la ubicación de la reunión y será en el edificio de Zhurkov. Me envían un coche para que asista y me preparan la acreditación de seguridad. Jane y yo nos miramos, planta 37.

—Tessa, no te preocupes. Ya lo has hecho una vez y no hubo problemas—comenta restándole importancia al asunto.

—Jane, eso es porque subí 18 pisos andando y con esta falda ajustada, no los podre subir.

—Deja de ser tan pesimista—me agarra de los hombros y me da un pequeño zarandeo—¿Vas a permitir que 18 estúpidos pisos se interpongan entre tú y ese Dios del Olimpo?

—Janeee—le digo sonriendo—Te recuerdo que voy a una reunión con su equipo por trabajo

y que Zhurkov no acudirá.

—Sí, claro. Y ahora me dirás que no se te cae la baba cada vez que lo ves, como a todas y que esa falda y esos tacones te los has puesto hoy para parecer más alta. Anda, toma—me dice metiendo el contrato con todas las anotaciones que hemos realizado en el en el mismo sobre de Zhurkov y, con una amplia sonrisa me dice—Ánimo, deja el pabellón alto. Todo saldrá bien y si no, me llamas...¿Se puede saber, adónde vas ahora?

—Jane, ayúdame a meter las tres piezas del sábado en tres cajas de transporte, Es una pena que no se las llevaran.

—¿En serio crees que a ese tipo de personas les importa un bledo ese pegote de arcilla?

—Vamos, Jane. Ayúdame—pido agarrando mi chaqueta y mi bolso—Eso que lo decidan ellos, si no lo quieren que lo tiren a la basura.

Llevo un bolso bastante amplio lo que me permite introducir las tres cajas pequeñas y el sobre, justo en el momento que Petra nos avisa que el coche me está esperando. El conductor me saluda amablemente y me pregunta si estoy preparada. Como le comenté a Katia Perminova, no era necesario. Estoy acostumbrada a ir en bicicleta por toda la ciudad y es el medio más rápido, cómodo y barato que conozco, aunque tengo que reconocer que en días de lluvia como los de hoy, no me importa que me traten como a una princesa y me envíen un coche. También tiene los cristales ahumados aunque me he dado cuenta que no es el mismo coche en el que se desplaza Zhurkov. El que él utiliza es más robusto. Voy mirando por la ventanilla sumida en mis pensamientos y viendo pasar a los peatones esforzándose en resguardarse de la lluvia que cae en esos momentos. El conductor para en la entrada y se apea para servicialmente abrirme la puerta. Es un hombre bastante mayor, amable y atento de oscuros ojos marrones.

Entro por la enorme puerta giratoria y voy directamente al mostrador de seguridad. Esta vez es todo más rápido y no tengo que mostrar ninguna documentación para que me faciliten mi pase de seguridad. Lo prendo en una de las solapas de la chaqueta y me encamino a los arcos de seguridad para pasar a la zona de los ascensores. El guardia de seguridad para la cinta justo en el momento que está deslizándose mi bolso por ella. Me pide que pase y que me aparte un momento. Me pregunta si llevo algo peligroso en el bolso. Me pongo nerviosa y empiezo a pensar ¿peligroso? No, no suelo llevar cosas peligrosas en el bolso del trabajo. Amablemente me insta a que me aparte del bolso y me solicita permiso para abrirlo. Varias personas que pasan por el arco contiguo se me quedan mirando. No entiendo el pequeño alboroto que está montando. Me ofrezco a abrirlo y a mostrarle el interior, cuando oigo una voz grave e imperiosa a mi espalda que se dirige al guardia de seguridad.

—Señorita García, por favor, ¿puede informarnos de qué son esas tres piezas oscuras que hay en su bolso que aparecen en el monitor?—me pregunta duramente indicando tres objetos en el monitor que hay junto al arco. Necesito un par de segundos para darme cuenta que el hombre que me está hablando es Nikolái.

—Señor, no llevo nada peligroso en mi bolso—le informo llevando la mirada hacia donde me indica su firme dedo. Acabo de darme cuenta que es lo que les llama la atención—¡Oh! Disculpenme. Eso son las tres piezas del sábado que realizaron ustedes en el taller de la galería. Pensé que les gustaría tenerlas. Se marcharon rápidos el sábado y nos les dio tiempo a empaquetárselas.

—¿Podría abrir un momento su bolso?—me solicita de forma brusca. Y ante mi afirmación con la cabeza, abre mi bolso y saca las tres cajas con el trabajo de arcilla que realizaron el sábado. Las vuelve a introducir por separado en la cinta y cuando han vuelto a pasar, habla hacia

su puño mientras se lo acerca a la cara, dice algo casi inaudible y me las entrega—Disculpe la confusión. Sígame.

Es como si toda la poca amabilidad del sábado hubiera desaparecido. Vuelvo a introducir las figuras en el bolso. Empiezo a andar rápidamente tras sus grandes zancadas y, cuando levanto la mirada de nuevo, lo veo apoyado junto a uno de los ascensores. Su hombro izquierdo contra el mármol y las piernas cruzadas a la altura del tobillo. Esta junto a Mijaíl y el tal Anderson con el que habló en este mismo vestíbulo la primera vez que estuve aquí. Cuando se percatan de que estoy cerca se callan y Zhurkov se pone recto con ese traje negro de grandes solapas, que transmite un indudable carácter de poder al personal. Se asemeja a todo un *dandy* de este tiempo. Soltero, guapo, rico y asediado por las mujeres, a quienes vuelve locas con todos esos trajes.

—Vaya, vaya. Esto se está convirtiendo en toda una costumbre—me dice guiñándome un ojo y volviendo a mostrar una imperceptible media sonrisa en sus labios que me descoloca.

—No sé a qué se refiere, señor Zhurkov

—Alexandr, recuerde—me corrige—Es usted una mujer que cada día me sorprende mas ¿ha cargado con material de asalto, por si en la reunión no se modifica lo que usted quiere y lanzarnos a la cabeza esas piezas?

—No me tienta, que si eso pasara seria porque usted me ha inducido a ello—le digo muy seria y él estalla en una carcajada—Simplemente pensé que les gustaría tener sus primeras piezas de arcilla que se dejaron el sábado en la galería. Jamás pensé que se pudieran confundir con algo incorrecto con lo que acceder a sus instalaciones.

Suena la campanita que nos informa que el ascensor ha llegado y se abren las puertas. Sorprendentemente no baja nadie de él y todos acceden sin pensarlo. Me quedo algo retrasada en el vestíbulo.

—Vamos a la misma planta. ¿Sube?—pregunta apoyado en el sensor para que no se cierren las puertas. Sé que se ha dado cuenta de que mi respiración se hace arrítmica por momentos—Vamos, fíese de nosotros. No puede pasarle nada—termina alargando su mano derecha apremiándome.

—He olvidado que debo hacer urgentemente una llamada. Suban ustedes. Discúlpenme.

—Puede realizar la llamada cuando esté arriba. No nos impida el placer de su compañía—dice levantando ambas cejas.

—De acuerdo—le digo cediendo y entrando junto a él.

Mi respiración se va descompasando. Es algo que no puedo evitar desde hace años. Los ascensores pequeños y cerrados me ponen muy nerviosa. Este no es que, digamos, sea pequeño. Es bastante ancho, no como en el que subí días atrás, pero más amplio que los ascensores en general. Alexandr le comenta algo muy tranquilo a Nikolái en ruso, y yo intento seguir respirando para no perder la consciencia mientras vigilo atentamente el marcador digital de número de pisos que vamos superando. Creo que de un momento a otro voy a lanzarme sobre los botones para que pare en el piso más próximo. Mi respiración cada vez es más descontrolada, me cuesta respirar. Nikolái le hace casi un imperceptible gesto a Alexandr.

—Tessa ¿te encuentras bien?—me pregunta acercándose más a mí—Estas muy pálida.

—Sí, sí. Me encuentro bien. Es solo que en este ascensor hace mucho calor—le digo con voz entrecortada.

—Enseguida llegamos.

En ese preciso instante noto que su fuerte y cálida mano se acerca a la mía y entrelaza sus dedos a los míos. Me da un pequeño apretón y yo me agarro a ella como si fuera la única

posibilidad que tengo de salir de allí con vida. Me agarro con ambas manos y bajo la mirada a nuestra unión. Me percató que su pulgar acaricia el dorso de mi mano. ¿Qué está pasando? Suena la suave campana y se abren las puertas. No me he dado cuenta de cómo hemos subido los últimos 16 pisos. Ha sido como si nos transportaran directamente a la planta que íbamos. Ya han salido las personas que nos acompañaban.

—¿Tessa?—me indica con su otra mano, cediéndome el paso para que salga antes que él.

En ese momento reparo que estoy fuertemente agarrada a su mano. La mía casi húmeda por el sudor frío del espanto de subir hasta el piso 37 en el ascensor. Mis nudillos incluso han adquirido un tono blanquecino de la fuerza que estoy realizando. Suelto su mano al instante como si me quemara. Alexandr, abre y cierra su mano en dos ocasiones como intentando que le vuelva a circular la sangre por los dedos tras ser aprisionados por los míos. Salgo del ascensor acalorada.

—Gracias—le digo con una incómoda sonrisa.

—Un placer—me dice con una suave inclinación de cabeza y, levantando su mano y acariciándosela con la otra, me dice con un guiño—¡Esta usted fuerte!

—Señor Zhurkov. Señorita García—nos saluda la señorita Perminova, impecablemente vestida con una sonrisa—Buenos días. Acompañeme—me indica dirigiéndose a mí cuando descubro que Alexandr ha desaparecido por el pasillo.

—Tessa, por favor. Si vamos a trabajar juntas, llámeme Tessa—le recuerdo ya mucho más tranquila—¿El señor, Zhurkov no asistirá a la reunión?

—¡Ah!, no. Zhurkov no suele acudir a este tipo de reuniones nunca. Me alegra ver que finalmente él la convenció para que se pusiera de nuevo al frente del proyecto—me dice entrando a una sala de reuniones que se encuentra a uno de los laterales del pasillo—¿Quiere un café o té?

—Té, por favor—le digo colocando mis cosas en la silla donde me ha indicado que me sitúe.

—Excelente—me dice sirviéndome el té y colocándose en la silla opuesta a la que yo ocupo—Empecemos con esas observaciones que tiene que indicarme del contrato.

Katia Perminova es una negociadora meticulosa y precisa. No deja nada al azar. La precisión con la que aborda cada cláusula contrasta su aspecto casi angelical. Lista, inteligente y leal a su trabajo. Transmite amabilidad a la vez que seguridad. De complexión delgada y cara fina. Con una amplia frente oculta tras un flequillo perfectamente cortado. Ojos azulados, nariz redonda y labios voluptuosos y sensuales. Lleva unas cejas perfectamente depiladas y un maquillaje muy sutil y ligero en el rostro. Sus manos son blancas y delicadas, adornadas por dos bonitos anillos de oro amarillo. Posee unas delgadas y esbeltas piernas que deja ver siempre con sus discretos y elegantes trajes de falda y chaqueta. Me resulta sencillo hablar con ella del contrato, es directa y clara.

—¿Algún problema a la hora de viajar? Si tienes el pasaporte en regla, nuestra oficina se encargará de los visados, si fueran necesarios. Siempre se intentará que los fines de semana y festivos sean de su disfrute. Viajes, chofer, comidas y gastos correrán a cargo de la empresa. Se le asignará un nuevo correo electrónico que utilizara exclusivamente para el proyecto. Utilizará un teléfono de la compañía, el cual vendrá dotado de todos los controles para que la información contenida o enviada no sea susceptible de hurto—levanta la mirada de sus folios—Siempre que tenga alguna duda podrá dirigirse a mí o mi departamento a través de un número directo. Y, para finalizar, un aspecto muy importante para la empresa. Todo está sujeto a un contrato de confidencialidad, tanto el proyecto, como las instalaciones o conversaciones escuchadas en las instalaciones, durante comidas u horario de trabajo.

—De acuerdo. ¿Alguna cosa más?—le digo con una pequeña mueca.

—Tessa, sé que en un principio puede parecer extenso, pero la privacidad es algo con lo que somos intransigentes. A la vez, podrá disfrutar de todos los beneficios de los ejecutivos de la compañía. Tarjeta de crédito, gastos de ropa, seguro médico completo y acceso a instalaciones deportivas.

—¿Dónde he de firmar?—le digo descruzando las piernas y acomodándome en una posición más erguida. Llevamos cerca de dos horas y ya empiezo a sentir la necesidad de estirar las piernas.

—Tienes que firmar al final de cada contrato y en el lateral de cada hoja. Una recomendación, Zhurkov es especialmente intransigente con la falta de puntualidad, de todo lo demás ya te iré aconsejando o iras reparando en ello—me informa con una amplia sonrisa.

Estira su mano derecha para estrechármela justo en el momento que veo a través del cristal aparecer a Zhurkov con su séquito.

—¿Todo firmado?—consulta Zhurkov a Perminova entrando por la puerta sin llamar dirigiéndose a su ayudante—¡Bienvenida!

—Todo firmado, enseguida lo traslado al departamento—contesta Katia Perminova complacida.

—Perfecto. Señorita García, esta tarde tenemos una reunión para revisar los planos del proyecto. Acudirá usted conmigo. Pasará un coche a por usted—sentencia decidido antes de volver a dirigirse a Katia—¿Han terminado?

—Sí, señor Zhurkov. Todo el material de trabajo le será enviado hoy mismo a la galería.

—Señorita Perminova, necesitamos recuperar el tiempo perdido—informa severo y haciendo un gesto con su mano me dice—Señorita García, ¿me acompaña?

Me despido de Katia con un pequeño gesto y salgo junto a Zhurkov de la sala de reuniones. No se hacia dónde se dirige e intento seguir el ritmo de sus pasos, aunque para mí sea una tarea complicada por los tacones. Voy oteando a mi alrededor. Creo que vamos en dirección opuesta a la recepción de la planta, estamos cerca de su despacho.

—¿Ha quedado conforme con el contrato?—me consulta muy formal.

—Sí, señor.

—Si tiene alguna duda, hágaselo saber a la señorita Perminova. Ella podrá ayudarla en todo lo que necesite.

—Gracias.

—Está usted muy poco habladora. No recuerdo ninguna cláusula que no le permita hablar con libertad—me dice socarrón apretando un pequeño botón en un saliente cerca de la recepción de su despacho. Se abren unas puertas que dan al ascensor por el cual hemos subido—Acompáñeme.

Esta mañana he subido tan nerviosa que no he percibido que el ascensor en el que hemos subido da a un espacio apartado de la recepción y no hace falta pasar por ella o por la mesa de Perminova para alcanzar su despacho. Me agarra resuelto de la mano y me sitúa junto a él dentro del ascensor. Con su otra mano selecciona el botón del vestíbulo. Vuelvo a sentir la calidez de su mano a la que me vuelvo a aferrar. Mientras, observo el panel que nos va indicando los pisos que dejamos atrás.

—Con el tiempo se acostumbrara—me indica con una sonrisa tranquilizadora—Piense en algo bonito.

Contemplo su rostro. Dentro de su carácter insolente y exigente, se atisba un grado de

empatía en sus ojos en estos momentos que me atrapa y hace que me tranquilice. Me pregunto cómo puede dar esa sensación de hombre invulnerable e inabordable y al instante ser tan accesible y afable. Respiro hondo e inhalo una sorprendente mezcla de perfume, jabón y creo que, loción para después del afeitado. Es algo en lo que me he fijado. Siempre va perfectamente afeitado, exceptuando el sábado pasado. Su pulgar vuelve a acariciar el dorso de mi mano.

—¿Mejor?—me pregunta solícito.

—Sí, gracias—le contesto exhausta e intentando soltar mi mano de la suya, bastante abochornada pero sin conseguirlo—Siento haberle estrujado de nuevo la mano.

—Un placer—me indica con una encantadora sonrisa en su rostro—Ya hemos llegado—anuncia cuando las puertas se abren en el vestíbulo—Tengo una reunión. La veré esta tarde.

—Gracias—me siento algo simple. Llevo más de cinco minutos en los que no consigo juntar más de dos palabras y que una de ellas no sea un simple gracias.

Finalmente suelta mi mano y salgo del ascensor. Con un gesto me despido de él y de Nikolái que ha bajado con nosotros y empiezo a andar hacia la salida. Exactamente cuándo voy a pasar por la seguridad, recibo un atento saludo del mismo guarda de seguridad que antes me ha parado. Me giro cuando he pasado y compruebo que es por la presencia de Zhurkov, todavía a las puertas del ascensor.

Regreso a la galería, y, no voy a faltar a la verdad, voy en un gran estado de ensoñación. Cuando me ven entrar, Jane y el señor Van Doorn se acercan aliviados.

—Tessa, acaban de volver a mandar el contrato. Es asombroso. Has conseguido que las condiciones financieras ahora sean mucho mejores. Es fantástico—me dice con una gran sonrisa.

—Jane, no te entiendo. Yo no he hablado de ninguna condición económica del contrato—le informo extrañada.

—Pues las han modificado—al ver mi cara de desconcierto, añade—No te preocupes, ahora son mucho mejores. Vamos a comer y las hojeamos.

—Enhorabuena—me indica el señor Van Doorn con una amplia sonrisa—. Siempre supe que usted era un diamante en bruto, por eso la contraté.

—Gracias, Johan—le contesto aceptando su cariñoso comentario y dándole un pequeño abrazo le apunto—Y yo que pensé que era por sus innegables conocimientos del castellano y mi increíble seguridad durante la entrevista.

—Eso también—me dice con una sonrisa—Ahora tendrás muchos quehaceres. Si necesitas ayuda, pídelas. Os dejo que sigáis con vuestro trabajo.

Nos encerramos en la sala de conferencias y pedimos comida. Estamos hambrientas y mientras esperamos que llegue, vamos analizando el nuevo contrato que ya está firmado por el señor Van Doorn y por Jane. Solo faltó yo y lo hago para que Jane lo pueda enviar de inmediato. Han cambiado y quitado cláusulas y han incluido la de trabajo en exclusividad, lo que ligeramente me hace pensar que lo ha hecho intencionadamente por sus tropiezos con Borovik en la galería. Hago una gran inhalación, últimamente lo hago mucho inconscientemente. Hace un par de semanas estaba frenética ante la preparación de mi primera exposición y ahora acababa de firmar un contrato de trabajo en exclusividad para uno de los hombres más ricos del planeta, con un sueldo y beneficios que nunca podría haber imaginado.

Petra nos avisa que hay un técnico en la entrada y nos aclara que viene buscándome. Sube a la planta en la que nos encontramos.

—¿Señorita García?—pregunta muy respetuoso.

—Sí, soy yo—le informo haciéndole pasar. Creo que se sorprende al verme. Deduzco que

intuía encontrarse con una persona mayor que yo.

—Me envían para que le informe de como proceder.

—De acuerdo, pase usted. ¿Desea beber algo?

—No, no. Estoy bien así—concentrado y callado va sacando cosas de una caja—Tienen ustedes aquí dos teléfonos que son los que usaran para la comunicación en todo momento con las oficinas. Ya están configurados con sus nuevas direcciones de correo electrónico y grabados los números de teléfono que correspondan. Toda comunicación de este proyecto tiene que ser a través de estos teléfonos. También se les adjunta *tablets* y para usted un ordenador portátil.

—¡Vaya, cuánta tecnología!—exclamo ante tal despliegue de medios.

—¿No les habían avisado?—me pregunta turbado.

—Sí, disculpe. Continúe, por favor—le aliento para que termine con su exposición.

—Todo es tecnología de última generación. Recién sacada al mercado—informa con orgullo—con los últimos programas de seguridad y con conexión móvil. Si ustedes necesitan ayuda técnica, que se les instale algún programa extra o consultar su funcionamiento, nuestro acceso directo desde sus teléfonos móviles es el número 9. Las 24 horas del día hay personal de guardia y les ayudaran en lo que puedan precisar en ese momento.

Jane y yo miramos hacia la mesa donde ha ido dejando todo. Su ancha sonrisa en la cara me indica que está deseosa de empezar a trastear con todo. Nos despedimos de él tras firmar el albarán de entrega y cada una coge el móvil indicado.

—Categorícamente, tengo que informarte de que cuando terminemos este proyecto, echaré de menos los medios de este hombre—me informa sin pestañear con el móvil en la mano. Del mismo nacen varios pitidos y empiezan a entrar mensajes y correos electrónicos—¡Ooh! ¿te ha entrado el mensaje de bienvenida? Qué atención tan personalizada—me dice curiosa—Te tengo grabada en la marcación rápida la primera, ¿a quién tienes tú?

—Vamos a ver...—le digo comprobando los accesos directos de mi teclado—Tu eres mi tecla número 3.

—No me digas quién es tu contacto el que está en el 1—me dice riendo.

—En el 1 tengo a Zhurkov y en el 2 a Katia—le informo para su regodeo. Mi móvil empieza a sonar y en la pantalla sale el nombre de Pyort Mravinsky. Ambas nos miramos y decido contestar—Hola, buenas tardes.

—Buenas tardes, señorita García. Soy la persona que se encargara hoy de su traslado a la reunión que tendrá junto al señor Zhurkov. ¿Estará usted preparada en treinta minutos?

—Sí, claro. ¿Dónde tengo que acudir?—le respondo perpleja.

—No se preocupe. Yo iré a recogerla donde me indique.

Le propongo que pase por la galería y reviso un correo electrónico que me acaba de entrar de Katia con algunas pautas para la reunión y avisándome de la persona que han designado para mis traslados. Me siento extraña, nunca he tenido coche y ni mucho menos chofer. Creo que nunca me acostumbraría. Me retoco un poco el maquillaje. Nunca he sido una persona que se maquille en exceso pero no tengo ni idea de cómo será una reunión directamente con Zhurkov y el arquitecto del proyecto. No sé si es en el estudio del arquitecto y si será una reunión formal o más bien informal. De un plumazo se me ha ido toda la confianza y seguridad en lo que hago. Es mi primera reunión trabajando para Zhurkov y los nervios, no solo por estar a su lado, se me han instalado en el estómago. Es lo que siempre he querido, una gran cuenta, beneficios, visitar galerías, museos y con este contrato lo tendré todo. Me voy acelerando y revisando con Jane todo lo que pueda necesitar, no obstante la galería no ha firmado ni tiene nada que ver con la

construcción del edificio.

A las cuatro y media en punto miro por la ventana y encuentro a Pyort Mravinsky junto a la puerta trasera del vehículo esperando para recibirme en la puerta de la galería. Cojo mi bolso y salgo a su encuentro.

—Buenas tardes señorita—me dice muy serio haciendo una leve inclinación de cabeza.

—Buenas tardes. Señor Mravinsky, encantada de conocerle—le digo alargando mi mano derecha, que él mira extrañado.

—El placer es mío—me contesta finalmente alargando la suya—Por favor, llámeme Pyort.

—Entonces llámeme usted, Tessa. Por favor—le digo con una pequeña sonrisa.

—Lo siento señorita García, pero eso no me está permitido—me informa esquivo abriéndome la puerta trasera.

Subo y me acomodo en el confortable asiento trasero y observo como Mravinsky lo hace en el asiento del conductor. Es un joven bastante alto y corpulento. Con el cabello muy rubio y rapado. Lleva un traje oscuro como todo el séquito que suele llevar Zhurkov en sus desplazamientos. Percibo algo de torpeza en sus movimientos, no se comporta como el resto con ese exceso de seguridad que posee Nikolái, Mijaíl o Anderson. Mira en repetidas ocasiones por el espejo retrovisor y cuando finalmente su mirada se cruza con la mía le pregunto:

—¿Pasaremos a recoger al señor Zhurkov?

—No. El señor Zhurkov, acudirá en su coche. ¿Quiere que ponga música o suba la calefacción?

—La calefacción así está bien y no me importaría algo de música—le digo amablemente. Reparo que él parece mucho más nervioso que yo.

—¿Qué tipo de música le gusta o prefiere en estos momentos?

—Da igual, algo que no sea muy estridente—le pido.

El vehículo se dirige a una de las salidas de La Haya y aunque cogemos algo de atasco, pronto vuelve a circular a una velocidad estable.

Son sorprendentes los cambios del paisaje que se producen en este país. Estás en la ciudad y a menos de dos minutos en coche, ya puedes disfrutar de grandes extensiones verdes de campo donde en muchas ocasiones puedes ver vacas, ovejas o caballos pastando libremente por ellas. Voy embelesada mirando por la ventanilla. Absorta en mis pensamientos cuando Pyort habla por un pequeño auricular que lleva en su oreja derecha. Me informa que han llamado para indicarle que están en un pequeño atasco y que se reunirán con nosotros unos minutos más tarde. Yo asiento y sigo concentrada en mis pensamientos. Mi teléfono nuevo suena. Lo busco en el bolsillo lateral de mi bolso y miro el mensaje casi con desgana, hasta que me doy cuenta de quien lo envía.

“¿Algún miedo a volar?”

Me pregunta. Me decido a contestarle rápidamente.

“No, siempre que sea con motor y no sea volar por los aires”

Doy a la tecla de envío y enseguida veo que lo ha leído. Me quedo fijamente esperando una respuesta ya que el móvil me informa que Alexandr está escribiendo...No llega el mensaje y decido bloquearlo y volver a guardarlo en el bolso. Vuelve a sonar el ligero tono para indicarme que tengo un nuevo mensaje. Lo leo precipitadamente.

“¿Eso quiere decir que nunca te vas a decidir a hacer parapente conmigo?”

Pregunta junto a un icono con una carita de ojos cerrados y lengua fuera. No puedo evitar una amplia sonrisa y decido contestarle de nuevo en el mismo tono burlón que él está utilizando.

“Discúlpeme, señor Zhurkov, pero mi contrato no contempla ninguna cláusula en la que se me obligue a lanzarme en parapente con usted. No la olvide para el próximo”

Le escribo junto a un icono sonriente. No pasa ni medio minuto cuando recibo respuesta

“Penoso error del departamento de contratos. Me veré en la obligación de informarles de su nulo criterio en la omisión de dicha cláusula”

El coche gira y vislumbro la torre de control del aeropuerto de Róterdam-La Haya. He estado tan entretenida con el móvil que no me he dado cuenta de hacia dónde nos dirigíamos. El coche enfila por una pequeña carretera lateral diferente a la que alguna vez he utilizado para coger un avión desde este aeropuerto. Me incorporo y pregunto a Pyort.

—¿Vamos al aeropuerto?—le pregunto confundida.

—Sí, señorita—me informa escueto.

Capítulo 11

El vehículo se detiene junto a una entrada de seguridad, le abren la valla y pasamos sin problemas. Nos dirigimos a una especie de moderno edificio con grandes garajes. Pyort pasa por un lateral y accede a uno de ellos. Nos encontramos directamente en un amplio hangar. Finalmente detiene el coche junto a un pequeño jet en el que se puede leer el nombre de Zhurkov. Ante mi estupefacción, Pyort baja del coche y abre mi puerta donde está esperándome una mujer rubia con un bonito uniforme oscuro.

—Buenas tardes, señorita García. El señor Zhurkov, llegara en unos minutos. Permítame acompañarla—me informa indicándome las pequeñas escaleras que dan acceso al interior.

Me giro y me despido de Pyort con un gesto de agradecimiento y una pequeña sonrisa. Empiezo a subir por los escalones junto a la mujer menuda vestida con un uniforme gris. Me quedo maravillada nada más acceder a él. Creo que hasta me he quedado con la boca abierta tras mi exclamación ante el lujo que se presenta ante mis ojos. No es que no haya viajado nunca en avión, lo he hecho varias veces. Pero siempre en vuelos comerciales y, no lo negaré, en clase económica. Definitivamente, esto es diferente. La equipación es totalmente diferente y visto por dentro, parece mucho más amplio que desde fuera. Eloyse, que así se llama la mujer menuda, me comenta que es uno de los jets más rápidos y seguros del mercado. Con capacidad para diecinueve personas, dispongo de todas las comodidades que pueda necesitar. Me solicita amablemente el abrigo y me indica donde sentarme.

—¿Desea que le traiga algo de beber mientras llega el señor Zhurkov?—me pregunta amablemente.

—No, gracias. Esperare a que llegue—le contesto todavía cautivada por los detalles.

La cabina es bastante alta y amplia. A cada lado, junto a las ventanas, se encuentran situados dos anchos butacones de piel blanca, los cuales se pueden reclinar a través de una pequeña *tablet* situada a uno de los laterales del sillón. En el lado derecho se encuentra una amplia mesa de madera lacada en color wengue. La mesa del lado opuesto está recogida y solo están los dos butacones contrapuestos. Tras esta zona más individual, se encuentran dos pares de butacas muy parecidas a las que me encuentro, con una mesa central. En la parte posterior una zona espaciosa donde se distingue un amplio sofá de tres plazas del mismo tipo de piel beige, con bonitos cojines en diferentes tonos marrones. Todo el mobiliario brilla. Gobierna el orden y es admirable el buen gusto en la disposición de los muebles. Oigo un leve ruido en la entrada y veo que el coche de Zhurkov frena junto a la escalerilla. La puerta de la cabina del comandante se abre y aparece para recibirlo a su llegada. Se saludan con un apretón de manos. Le informa que saldremos en menos de cinco minutos y que no se prevén turbulencias. El tiempo está despejado y, a pesar del retraso, llegaremos a la hora prevista. Se da la vuelta y su mirada se dirige a mí.

—Buenas tardes señorita García—me dice con una pequeña sonrisa situándose en el asiento frente al que ocupo—Le agradezco que me acompañe avisándola con tan poco tiempo.

—Discúlpeme, pero ¿dónde es la reunión? Nadie me ha informado de ella.

—En Londres. No se preocupe, llegaremos en menos de una hora.

—Pero, lamento notificarle que mis conocimientos en la construcción de edificios es nula.

—No se preocupe, es una reunión informal. Quiero que esté al corriente del espacio y de cómo se distribuirán las obras—busca en el bolsillo interno de su chaqueta, saca su móvil, uno igual al que nos han hecho llegar a nosotras, y lo deja sobre la mesa, frente a nosotros.

En ese momento veo acercarse a Eloyse con una amplia sonrisa instándonos a que nos abrochemos los cinturones de seguridad para el despegue.

—¿Quiere algo para beber antes del despegue?—me pregunta muy cordial. Mi mirada rápidamente busca la de Zhurkov.

—Pide lo que te apetezca, suelen estar bien surtidos—me dice con un pequeño guiño—Eloyse, para mí, lo de siempre.

—Agua por favor—le indico ante su insistencia.

Nikolái y Mijaíl vuelan con nosotros. Se encuentran sentados cómodamente en la parte trasera.

—¿Quiere estrujarme la mano durante el despegue?—me pregunta en un susurro gracioso inclinándose en su asiento y acercándose a mí.

—No, no es necesario, señor Zhurkov. ¿Se está riendo de mí?—le pregunto algo abochornada, aunque al ver su leve sonrisa, me contagia.

—Nada más lejos de la realidad—responde simpático llevando su mano derecha al pecho para imitar una pequeña reverencia.

—Es un avión muy bonito—le digo cambiando de tema.

—Es una de nuestras últimas adquisiciones. El más rápido y seguro del mercado—me informa—Muy útil para los pequeños desplazamientos.

Me asombra esta última indicación. Para pequeños desplazamientos en Holanda las personas estamos acostumbradas a ir en bicicleta, pero para él, un pequeño desplazamiento puede significar cambiar de país. Me sorprende ver que le traen para beber agua con gas. Siempre imaginé que este tipo de hombres de negocios ricos y megalómanos solo tomaban whisky cuando les ofrecían una bebida. Al menos eso sale siempre en las películas. Pero le traen agua como a mí, junto a unas deliciosas galletitas de chocolate. El trayecto se hace muy corto. Zhurkov atiende varias llamadas que le llegan a su móvil mientras yo disfruto observando por la espaciosa y ovalada ventana junto a mi asiento. De vez en cuando no puedo evitarlo y miro hacia donde él se encuentra sentado. Hablando por teléfono, siempre en ruso, su idioma natal. Habla de forma muy directa pero correcta y durante gran parte de la conversación mantiene el ceño fruncido. Parece que no le gusta lo que le están diciendo. Eloyse anuncia que vamos a empezar la maniobra de aterrizaje y Zhurkov se despide. Cuelga el teléfono y vuelve a abrocharse el cinturón de seguridad.

—¿Conoces Londres?—me pregunta.

—No, solo a través de libros, revistas o fotos—le contesto absorta mirando por la ventanilla. Ya se ve la ciudad a lo lejos y es más grande de lo que me imaginaba.

—Cuando terminemos la reunión, si no es muy tarde, daremos una vuelta en el coche para que puedas verla.

—¿En serio, podemos hacer eso?—le pregunto mirándole directamente, más emocionada que una niña pequeña el día de Navidad.

Él sonríe abiertamente y me da su palabra. Me impongo a mí misma no ser tan efusiva en mis reacciones, empezar a controlarme como una verdadera profesional y no dejarme cegar por las nuevas experiencias y la magnificencia que hoy me rodea. El piloto hace un aterrizaje esmerado y suave. En todo momento Zhurkov me observa y no se pierde ninguna de mis

reacciones. Cuando el piloto finalmente detiene el aparato, veo una limusina acercarse a la puerta del avión. Nikolái y Mijaíl salen los primeros y cuando ellos creen que todo está correcto, nos indican que ya podemos abandonar el avión para subirnos a la limusina de cristales tintados. Eloyse nos acerca nuestros abrigos y nos desea una feliz estancia. Zhurkov lo sujeta galantemente para que me sea más fácil ponerlo.

—Abrígate, que no queremos que el primer día de trabajo te resfríes—me dice amable.

—Qué triste y que poco rentable sería para usted eso—le digo con una amplia sonrisa.

Nada más salir del avión, noto el cambio de temperatura que me ha comentado. El aire es bastante gélido y hace que me estremezca ligeramente. Subo el cuello del abrigo y recorro el corto trayecto hasta el vehículo donde nos espera Mijaíl sujetando la puerta trasera del vehículo, Zhurkov me sigue. Por el camino hacia la reunión en el coche, va hablándome de cómo será la velada y aunque intento ser profesional, de vez en cuando miro admirada por la ventanilla la ciudad que va pasando lentamente, por primera vez ante mis ojos.

—¿Dónde será la reunión?—le pregunto algo más sosegada.

—¡Vaya!—exclama divertido—Has vuelto al trabajo.

—Sí, por favor, le pido disculpas por mi arrebato de entusiasmo. ¿Cómo será?—le pregunto intentando parecer lo más profesional posible.

—No se preocupe. Es algo informal que hablaremos durante la cena.

—¿Una cena?—le pregunto algo confundida.

—Sí, ¿el departamento no le ha enviado la información esta tarde?—me pregunta algo desconcertado.

Miro mi nuevo teléfono y ahí está el correo electrónico de la señorita Perminova, avisándome de que la reunión finalmente se desarrollaría con una cena informal. Tengo que reconocer que a los pocos minutos de que se nos facilitaran los móviles y nuevas cuentas de correo, mi teléfono empezó a recibir numerosos correos electrónicos con diversas informaciones y me saturó.

—Ya ira poniéndose al día—me indica Zhurkov.

Circulamos lentamente a través de las calles del centro de Londres, hasta llegar a una majestuosa fachada donde se lee el perfilado nombre de un hotel. Hay un pequeño balcón en la primera planta que hace de sobre techo con una barandilla cubierta de pequeñas flores amarillas. Está perfectamente iluminado por unos aristocráticos focos. A la entrada del refinado hotel se encuentran unos jardines inmejorablemente cuidados. El coche finalmente se detiene junto a la puerta principal. Mijaíl y Nikolái como ya es costumbre, se sitúan rápidamente a nuestro lado. Descendemos del vehículo, primero Alexandr y luego yo. Voy intentando no desentonar en el ambiente. Camino junto a Zhurkov y su séquito observando todo lo que acontece a mi alrededor. El hotel es excepcional, hay bonitos arreglos florales que destacan y todo lujo de detalles en la recepción. Pero no es hacia allí hacia adonde nos dirigimos. Zhurkov ya va atendiendo una nueva llamada. Pasamos junto a unas enormes escaleras realizadas en mármol italiano. Todo el grupo parece que se mueva con una excepcional sincronización. Se mueven a través de los pasillos como si conocieran cada milímetro del hotel. Me cuesta en ocasiones adaptarme a sus pasos, pero no me quedo atrás. Miro por los grandes ventanales a mi derecha. Y ha oscurecido y no se puede distinguir mucho lo que hay fuera, solo una gran abundancia de vegetación.

Entramos a un pequeño salón privado con una mesa central y seis sillas. Las paredes son de color verde oscuro con incrustaciones de miles de pequeños botones de luz que caen dramáticamente desde el techo y se extienden por toda la pared izquierda. Esto realza la estancia

y la convierte en una sala muy acogedora. Sobre el impoluto mantel, la mesa se adorna con una fina vajilla firmada por Hermès, cubertería de plata y una exquisita cristalería. De fondo llega el suave sonido del hilo musical, en esos momentos con música clásica. No sé muy bien donde situarme hasta que veo que Alexandr me hace una ligera señal para que me sitúe en uno de los laterales. En un abrir y cerrar de ojos tengo a mi lado un experimentado camarero que nos coge solícitamente nuestros abrigos y acomoda mi silla. Inmediatamente después colocan una bebida frente a Alexandr, quien ya se ha sentado. No puede negar que es un sitio que conoce, y que lo conocen. Me acomodo en mi silla cuando oigo un sonido que me indica que he recibido un mensaje. Saco el móvil del bolso, así tendré algo con lo que entretenerme mientras Alexandr termina su llamada y coge otra casi de inmediato, disculpándose por la intromisión de las llamadas. Es Jane, que disimuladamente me pregunta si todo va bien. También me pone al corriente de que Sergei ha pasado por la galería y Hans ha llamado para confirmar la comida de mañana. Le indico que estoy en Londres, en un hotel increíble y esbozo una pequeña sonrisa al sospechar su cara. En un pequeño intervalo de tres segundos recibo un mensaje indicándome que no me dejara volver a poner el pie en la oficina si no es con un tributo a base de “scones ¹³ y clotted cream¹⁴”.

No creo que pueda comprarlo. Todavía no sé cuántas horas pasaremos en la reunión, ni tengo idea de dónde puedo adquirirlos. Aprovecho y mando también dos escuetos mensajes a Hans y a Sergei. Reviso los correos electrónicos que tengo sin leer. Rápidamente tengo que ponerme al día en la forma que tienen de trabajar. Observo que Jane y Katia se han dedicado a bloquearme días en la agenda para reuniones para los próximos dos meses. El camarero se acerca con el agua con gas que he pedido y la deposita frente a mí. Alexandr cuelga su teléfono y lo deja junto a él en la mesa. Lo he sorprendido en varias ocasiones observando lo que yo hacía, pero no le ha preocupado que yo me diera cuenta de ello.

—¿Algún mensaje interesante?—me pregunta con descaro.

—No, solo trabajo—le contesto rápidamente.

—Si cada vez que reciba un mensaje de trabajo sonrío de esa manera, tendré que contratar una persona expresamente para que le esté mandando mensajes durante todo el día—me dice desenvuelto—Thomas llegara en unos minutos. Está en un atasco. ¿Qué le está pareciendo Londres por ahora?

—Desbordado de opulencia—le digo con una sonrisa señalando la estancia donde nos encontramos.

—¿No le gusta el hotel?—me pregunta sereno.

—El hotel es precioso, los jardines de la entrada, la recepción, los increíbles arreglos florales...pero dudo mucho, que sea un indicio de cómo es la ciudad—le comunico y, no sé por qué, siento la necesidad de informarle del contenido del mensaje y de quién lo ha enviado.

Empieza a comentarme la distinguida y apreciada cocina del restaurante. Tocaban a la puerta y junto a Nikolái entra un delgado hombre con unas pequeñas gafas de pasta negras, cargado con unos largos cilindros. Parece bastante perturbado e inquieto. Un pequeño mechón cae por el centro de su rostro y en dos ocasiones veo que intenta apartarlo con un rápido movimiento de manos. Posee manos muy finas con unos largos y blanquecinos dedos. Tras él aparece una mujer con una corta aunque abundante cabellera morena, mucho más confiada. Con la espalda totalmente recta, subida a unos increíbles y altísimos tacones de aguja. Va con un simple traje de chaqueta con atrevido escote y falda, bastante corta, que dejan ver sus torneadas piernas. Entra

tras el que parece que es su jefe, alegre y entusiasmada, aunque diría que esa alegría esta magnetizada por Alexandr. Su exagerada sonrisa de dientes, perfectamente blancos y alineados, desaparece en el momento en el que repara mi presencia. Alexandr, situado en la cabecera de la mesa se encarga de las presentaciones y los nuevos comensales se sitúan en el lado opuesto a donde yo estoy. Otra vez hacen acto de presencia los camareros y me quedo absorta en sus silenciosos movimientos. Alexandr, Thomas y Lucy, que así es como se llama esa estridente mujer, establecen una distendida conversación relacionada con su última reunión. Lucy está entusiasmada con el hotel y su cocina, aunque percibo que no es solo por ello. En el transcurso de la conversación me llega el conocimiento de que el dueño del establecimiento es el propio Zhurkov, que pertenece a una cadena de hoteles de lujo que tiene y que el restaurante situado en los bajos del hotel en el que nos encontramos, posee tres famosas estrellas Michelin. Que realizar una reserva para degustar sus famosos platos, conlleva una anticipación de más de un mes, en el mejor de los casos. Junto con las nuevas bebidas traen la carta, donde se detallan sus deleitables y succulentos platos. Es extensa y me empiezo a sentir algo incómoda al ser la única que no sabe qué pedir. Ahora entiendo lo bien que se desenvuelve Zhurkov por el establecimiento y como nada más llegar a nuestra mesa, ya conocían que tomaría para beber. Me enfrasco en la ardua tarea de elegir para cenar ante tanto manjar. Oigo que piden un burdeos, reserva del 2010. Zhurkov está muy seguro de su elección y el maître empieza a enumerar, muy distinguido, las recomendaciones del día. Los tres piden un menú degustación que se compone de varios platos. Medallones de langostino a la brasa, pato al foie con salsa de espárragos y cuando están describiendo el plato de langosta, sé que tengo que ser rápida y encontrar algo en la carta que pueda comer. Los tres parecen encantados de todo lo enumerado y fijan su mirada en la carta que todavía sostengo en mis manos. Agradezco que el camarero se acerque a mí y me atienda personalmente, lo que hace que ellos tres vuelvan a su animada charla sobre planos y disposiciones de espacio. Tras hablar con el camarero selecciono, con su ayuda, diferentes platos que puedan ser de mi gusto. Debo reconocer que el trato y la atención es exquisita.

Alexandr va introduciéndome en la conversación. Es muy exigente con sus propuestas y se niega a ceder en muchos de los aspectos del proyecto. Tras la sucesión de platos, me complace ver que puedo seguir sin ningún problema la reunión y comprendo los inconvenientes que se pueden encontrar. No expreso en voz alta mi juicio, pero sí que voy anotando mentalmente todo lo que va surgiendo a lo largo de la velada. Cuando nos entregan la carta de postres ya está casi terminada la reunión. Me quedo fascinada por los numerosos postres que hay en la carta. Estoy descartando comer postre después de oír a Lucy y a Thomas que no pedirán nada.

—Pide lo que te apetezca—me incentiva Alexandr con una bonita sonrisa, susurrando e inclinándose hacia mí. Me siento algo incómoda en pedirlo y hacerles esperar si nadie más va a pedir postre y parece que Alexandr adivina mis pensamientos e informa resuelto al camarero—Yo tomaré de postre un soufflé de avellanas con sorbete de pomelo.

—Para mí, tarta de queso con frambuesas y sorbete de limón—decido al instante.

—Buena elección—me dice Alexandr cerrando su carta y devolviéndosela al camarero.

Mientras esperamos los postres, Thomas y Alexandr hablan de la próxima reunión que ocurrirá en un par de semanas. Lucy tantea la posibilidad de pasar al *lounge* donde, parece ser que hacen los mejores y más sofisticados cócteles de todo Londres. Alexandr me mira esperando una contestación que no obtiene. Si él quiere, yo iré, pero preferiría como comentamos con anterioridad, ver un poco de Londres. Aunque sea desde el coche, antes de marcharnos.

—Creo que esta vez no va a poder ser—dice amablemente—Se ha hecho bastante tarde.

—Es una lástima desaprovechar esta bonita noche en Londres—dice algo contrariada Lucy, intentando no parecer abochornada ante la negativa, moviendo sensualmente sus largas pestañas mirando a Alexandr.

Deciden terminar la reunión justo antes de llegar el postre, no sin antes, Lucy darme una clase magistral de calorías y de dónde se depositarán en mi cuerpo al tomar postre para cenar. Thomas se levanta y estrecha la mano de Alexandr y la mía. Ha sido un verdadero placer conocerlo. Ha sido en todo momento, una persona correctísima y hay que elogiar su trabajo y paciencia con las exigencias del proyecto. Contemplo como finalmente Lucy también se levanta y se despidе de nosotros. Mientras nos empiezan a servir los postres, sigue intentando engatusar a Alexandr para que en la próxima reunión disfruten de una velada algo más larga. Coquetea con él, sin mucho disimulo. A mí, parece que se me ha tragado la tierra porque no me hace mucho caso. Alexandr alarga su brazo para estrecharle la mano y da por concluida la reunión. Yo estoy prendada con mi elección para el postre. El camarero sirve una apetitosa porción de tarta de queso con frambuesas en un enorme plato ovalado con sorbete de limón a uno de sus laterales. El plato llega adornado con una salsa, también de frambuesa realizando un bonito detalle lineal en el plato.

—Este postre esta delicioso—le indico cuando veo que me está observando, y le pregunto algo cohibida—¿Qué tal el suyo?

—Bueno, muy bueno. ¿Quiere probarlo?

—¡Oh! No, gracias. La tarta me tiene fascinada.

—¿Entonces, deduzco que ha disfrutado de la cena?—me pregunta mientras introduce una pequeña porción de soufflé con la cucharilla en su boca.

—Sí, todo estaba delicioso. Y la reunión ha sido muy interesante y relevante.

—Sí, el señor Fattler es un prodigio en su área.

—¿El señor Fattler?—le pregunto casi atragantándome y tosiendo, repitiendo incrédula—¿Thomas, es Thomas Fattler?

—El mismo. Aunque tu trabajo se desarrollará más con Lucy durante este mes.

—Va a ser fenomenal trabajar con el equipo del señor Fattler—le indico sosegada—Aunque temo que Lucy no disfrutara tanto trabajando conmigo como directamente con usted.

—¿Y eso cómo ha llegado a deducirlo?—me pregunta mordaz.

—Lo capté en la segunda palabra que me dirigió—le indico con una amplia sonrisa. Se ha pasado la reunión ligando con Alexandr.

Alexandr explota en una carcajada y me indica que me estará enormemente agradecido si yo me encargo a partir de ahora de atender sus llamadas. Terminamos los postres algo pensativos. ¿Será siempre así? Me pregunto. Conozco muy poco tiempo a Zhurkov, pero me he podido dar cuenta que ejerce una atracción casi perversa con las mujeres que se cruzan en su camino. Me pregunta amablemente si quiero tomar algo más o damos por terminada la cena. La verdad, es que ha sido bastante opulenta y hemos pasado más de dos horas reunidos. Lo veo que vuelve a sacar su teléfono y solicita el coche en la puerta.

Cuando salimos al exterior, el coche ya está situado en la puerta principal. Mijaíl y Nikolái siguen con nosotros. Espero que hayan podido cenar. No sé cómo funcionan, pero parece que siempre están a la sombra de Alexandr.

—¡Lo prometido es deuda!—exclama cuando ya estamos acomodados en el coche—¿Qué es lo que más te apetece ver de Londres?

—No sé por dónde empezar—le contesto ilusionada e incorporándome en mi asiento

empiezo a enumerar—¿El Big Ben? ¿Podemos ir a ver el Parlamento? ¿El Palacio de Buckingham? ¿La plaza de Trafalgar? ¿Piccadilly Circus? ¿Qué me recomiendan?

—De acuerdo, seguro que el señor Russel no tendrá problema en acercarnos a esos sitios—dice haciendo una señal al conductor el cual me devuelve una amplia sonrisa a través del espejo—¿Preparada?

—No, pero lléveme, señor Russel—digo casi en un susurro.

El vehículo sale del cuidado jardín que da a la entrada del hotel y se incorpora lentamente al tráfico que en esos momentos circula por la zona. Me comenta que lo que se encuentra frente al hotel es Hyde Park, el cual vamos bordeando hasta llegar al Arco de Wellington. Baja un poco la velocidad para que pueda apreciarlo mejor. Le consulto casi con la mirada a Alexandr si puedo bajar mi ventanilla para mirar de forma más detallada por donde vamos pasando. Éste al instante cruza una mirada con Nikolái, el cual se lo piensa un par de segundos y hace un gesto afirmativo con la cabeza a Alexandr. Me indica que puedo bajar la ventanilla, pero que sea prudente. Me incorporo hacia la ventanilla abierta y siento la suave y helada brisa en mi rostro. Mi pelo va alborotándose y yo, a cada momento, lo sujeto y aparto de mi cara con una de mis manos. Veo que Russel duda un momento pero finalmente indica que hemos entrado a Piccadilly. Pasamos por delante de la Real Academia de Arte con su imponente fachada. Pronto vislumbramos los brillos de los neones gigantes y los anuncios luminosos que ofrece por la noche la plaza más célebre de Londres. A esas horas ha disminuido considerablemente el número de turistas. Russel nos informa que la estatua que se erige en el centro de la plaza es “El Cupido del amor o Ángel de la Caridad”. Marca la leyenda que debes sentarte en los escalones que hay a sus pies para que vuelvas a visitar la ciudad.

—¿Hay alguna posibilidad de parar?—pregunto encandilada.

—Señorita García, en estos momentos no es posible—contesta tosco Nikolái. Seguidamente intercambia unas breves palabras en ruso con Alexandr.

—¡Oh!, de acuerdo—le contesto algo desilusionada sin poder ocultar una señal innegable de desánimo.

—Tessa, para el proyecto tenemos que volver más de una vez. Ya vendrás otro día—me dice Alexandr benévolo.

—Sí, de acuerdo—digo intentando ocultar la decepción. No puedo quejarme de nada. Ha tenido el detalle de sacar tiempo para que yo pueda disfrutar de las vistas de Londres y no puedo exigir más. Ni esta misma mañana imaginé lo que podría estar disfrutando en estos momentos.

Continuamos nuestra expedición y pasamos por la Plaza de Trafalgar con su enorme columna de Nelson. Nos desviamos y vamos circulando por las calles mientras Russel va enumerando lo más destacable o los diferentes monumentos. En los últimos metros antes de llegar a la Plaza del Parlamento mi desilusión ha desaparecido. El famoso Big Ben y el edificio del Parlamento me dejan sin palabras, pegada a mi asiento sin tiempo de parpadear, muy atenta a las explicaciones del chofer. En ese momento decido que tengo que volver pronto a Londres. Circulamos lentamente frente a la Abadía de Westminster. Alexandr me indica con una de sus manos la Galería Tate, la visita a la cual está incluida en el proyecto que le presentamos. Veo que Alexandr mete la mano en el bolsillo interno de su chaqueta y saca el móvil. No me he dado cuenta que ha sonado y empieza a hablar. Me resulta curioso que todas las llamadas que recibe en su teléfono móvil las conteste en su idioma natal. Nosotros estamos ya frente al Palacio de Buckingham y yo no dudo en sacar mi móvil y hacer unas cuantas fotos. Miro el reloj del móvil y descubro que llevamos más de una hora paseando en el coche por las calles de Londres. Se ha

hecho muy tarde.

—¿Tienes alguna reunión mañana por la mañana?—me pregunta sorprendiéndome Alexandr.

—No, que yo sepa—me informo mirando mi agenda en el móvil.

—De acuerdo. Esta noche nos quedaremos en Londres y mañana volveremos a La Haya—me informa muy directo dejándome confusa y seguidamente, vuelve a cambiar de idioma y habla con Nikolái.

—Pero... ¿y dónde vamos a dormir?—le digo—No he traído nada de ropa.

—¡Cierto!—exclama Alexandr—Déjeme solucionar eso.

Observo como marca un número en su teléfono móvil y tras hablar unos segundos, me mira fijamente y no precisamente a la cara. Sé que me acabo de poner totalmente colorada ¿Llevaré algún botón de la camisa desabrochado? ¿Algún descuido con la cena y no me he percatado? Tras examinarme y oír su conversación me quedo más tranquila, aunque algo incómoda por sus entrometidas miradas.

—Todo solucionado, ¿le apetece una copa?—me pregunta volviendo a guardar su móvil.

—Lo,...lo que usted quiera—le digo titubeando un poco y le apunto—No suelo beber cuando estoy en una reunión de trabajo.

—Vamos Tessa, la reunión acabo hace tiempo y recuerde que la vi en la segunda planta de la exposición del señor Milavanov—me dice petulante y con una media sonrisa, apunta—También, puede tomarse un té o un cóctel sin alcohol.

—Veo que es usted muy observador, señor Zhurkov—le digo desafiante.

—¿Ahora vuelvo a ser Zhurkov? Vamos, no se enfurruñe, seguro que le gustara el sitio—sentencia con una medio sonrisa dando indicaciones a Russel. Al instante veo que Nikolái saca su teléfono y hace una llamada.

Llegamos a un edificio donde Russel estaciona delante de la puerta principal. Bajo del vehículo tras Alexandr. Me sorprende ver que allí nos espera Mijaíl y nos unimos a él, que nos dirige hasta el ascensor. Una vez dentro, selecciona el último botón. Alexandr me asegura que me gustara el local. No puedo negarlo, pienso, cuando suena la campanilla que nos informa que hemos llegado a la planta y se abren las puertas frente a nosotros. El local está situado en una azotea y tiene unas espectaculares vistas, según me va indicado Alexandr, a la Catedral de St. Paul y al London Eye. Muy espacioso y elegantemente decorado con sofás de cuero oscuros y enormes ventanales, desde donde admirar la belleza de la ciudad. Nos dirigimos al fondo donde se encuentra un reservado. Mientras voy quitándome el abrigo, me quedo, junto al cristal, maravillada con el espectáculo de luces de la ciudad.

—Tenas razón, es un sitio precioso—le digo sin mirar hacia donde ya está situado mirando la carta.

—Es una hora perfecta para disfrutar de las vistas—me dice ojeando la carta—¿Qué te apetece tomar?

—¿Alguna recomendación?—le pregunto alcanzando una carta— ¡Madre mía! Si hay hasta palomitas con sabores y una carta de puros. ¿Aquí se puede fumar?

—Sí. Es algo que no deberías hacer, pero sí. En el reservado y la terraza se puede fumar. ¿Quieres palomitas?—me pregunta y ante mi titubeo sentencia—Una de palomitas entonces.

En la carta hay todo tipo de cócteles apetecibles. Finalmente decido pedirme uno con alcohol, no puede hacerme daño y hará que se apacigüen mis nervios. Miro a mi alrededor, es tarde para ser un día entre semana, pero todavía quedan personas elegantemente vestidas con sus

trajes de trabajo. Cruzo las piernas en mi sillón y me llevo la mano al tobillo de forma natural.

—¿Cansada?—me pregunta Alexandr.

—No, solo que no pensaba llevar estos tacones durante todo el día—le confieso.

—Descálzate—me dice muy natural y sacando el móvil de nuevo de su bolsillo de la chaqueta me dice levantándose—Discúlpame, tengo que atender esta llamada.

Mientras llegan nuestras bebidas y a pesar de que puedo fumar donde me encuentro, le comento a Mijaíl que voy a fumarme un cigarro a la terraza hasta que sirvan nuestras bebidas.

—No pasa nada si fuma aquí. En la terraza hace bastante frío, señorita García—me informa Mijaíl.

—No pasa nada Mijaíl, estoy acostumbrada al frío de Holanda. Enseguida entro.

Salgo a la terraza con el paquete de tabaco y el móvil. Es un lujo poder disfrutar de esas vistas y decido mandarle una foto a Jane. Mando un mensaje a Hans y lo pongo al día de la situación. Me sobresalto al oír un pequeño ruido a mi espalda.

—No deberías salir sin calzado. Hace frío aquí fuera—sentencia Alexandr a mi espalda—Ya están las bebidas.

Nos sentamos y ante nosotros están nuestras bebidas. La mía perfectamente decorada y, en el centro de la mesa, un pequeño bol de palomitas con caramelo salado al mismo tiempo. Cojo una y me la meto a la boca, están riquísimas con ese toque dulce y salado. Bebo un trago de mi bebida. Está algo fuerte, pero deliciosa también.

—¿Sueles venir aquí?—le pregunto cogiendo otra palomita.

—Siempre que estoy unos días en Londres suelo venir—me dice tomando un sorbo de su vodka—¿Te gusta tu coctel?

—Sí. Lleva vodka con vainilla y fruta de la pasión. ¿Quieres probarlo?

—No. Nunca entenderé la manía de la gente de mezclar las bebidas para obtener esos brebajes.

—¿No me digas que no te gustan los cócteles?—le pregunto con una sonrisa.

—No, no me gustan—me informa algo serio.

Va transcurriendo la noche y tomamos otra bebida hablando principalmente de trabajo. Alexandr mañana por la mañana tiene una reunión por vídeo conferencia. Mientras, yo puedo ir junto a uno de sus hombres a visitar la ciudad. Él se reunirá otra vez con nosotros a la hora del almuerzo, para luego regresar a La Haya. Me parece un plan fantástico, pero le informo que no es necesario que me acompañe ninguno de sus hombres. Puedo ir en transporte público, le informo. Observo su estupor por mis intenciones de subirme a un autobús. Finalmente y tras mucho dudarlo sentencia que soy su responsabilidad y que prefiere que haga lo que han concretado ellos. Mi seguridad es responsabilidad suya al estar en una reunión de trabajo. Si exceptuamos esos brotes de autoridad que le vienen de vez en cuando, es bastante agradable conversar con él. Es un hombre culto y muy implicado en que sus negocios salgan bien.

Llegamos al hotel bastante tarde. Las personas de recepción nos miran y nos hacen un casi invisible gesto con la cabeza. No nos detenemos y vamos directos al ascensor. Alexandr, ante mi curiosidad por observar la decoración, me informa que es un palacio renovado. No lo dudo, y menos, cuando entro a mi suite, contigua a la suya. Me desea buenas noches y desaparece en la suya junto a su comitiva. A mí me acompaña un botones. Me va enumerando todo lo que puedo disfrutar durante mi estancia. Los galardonados restaurantes, el salón de Té, donde disfrutar de los mejores pasteles. El Spa, en el cual se ofrece un oasis de confort para poder relajarme con sus novedosos tratamientos. Un centro de *fitness* y una de las *boutiques* más exclusivas, junto a la

recepción. La suite es amplia, lujosa, sin ser extravagante y muy elegante. Con la combinación de los tejidos, muebles antiguos y una cama con aspecto extremadamente cómoda. Los baños son de mármol blanco italiano con una profunda bañera. Me comenta el botones que cuenta la leyenda que son las bañeras más profundas de todo Londres. Decido que antes de marcharme a dormir, disfrutaré de la experiencia de un baño para después envolverme en un suave albornoz. Terminamos el recorrido indicándome que la terraza tiene vistas panorámicas a Hyde Park. Volvemos a entrar y me informa que la ropa solicitada ya se encuentra depositada en los armarios. Me desea buenas noches y se marcha.

Corro descalza por la mullida moqueta hacia el armario. Yo no he solicitado nada. Abro y veo colgado un bonito vestido, un pantalón vaquero, una camisa, una chaqueta y unas bonitas bailarinas de una célebre marca. Sobre la cama encuentro depositado un bonito camisón de satén rosa palo junto a dos conjuntos de ropa interior.

No puedo evitarlo y salgo de la suite. Llego a su puerta acelerada. Toco decidida con los nudillos y espero a que me abra.

—¿Algún problema?—me pregunta Mijaíl cuando me ve descalza en la puerta y se asoma para mirar a un lado y a otro del pasillo.

—¿Podría hablar un segundo con el señor Zhurkov?—le pregunto cohibida. Esperaba que me abriera Alexandr, en ningún momento pensé que lo haría alguien de su equipo. Lo veo que se acerca a la puerta y le indica a Mijaíl que él se encarga.

—Pasa, ¿sucede algo?—me pregunta observando mis pies descalzos.

—Hay ropa muy cara en mi habitación—le digo decidida.

—¿No te gusta lo que te han subido?—me pregunta confuso—¿Puedo pedir que te la cambien?

—No, no es que no me guste. La ropa es perfecta y muy bonita, pero... —le digo sin poder continuar.

—¿Qué sucede Tessa? No hemos traído ropa, necesitaras algo para dormir y cambiarte—me dice resuelto.

—¿Por eso antes me estabas mirando?—le digo abochornada encogiéndome un poco de hombros y cruzando mis brazos sobre el pecho.

—¿Pensabas que estaba ligando contigo, echándote miraditas?—me pregunta arrogante—Me han preguntado tu talla y yo no tenía ni idea.

—¿Y por qué no me lo has preguntado?—le pregunto algo indignada por su perniciosa pregunta.

—En serio que a las mujeres no hay quien os entienda—me dice soltando un suspiro.

—Es ropa muy cara que no me puedo permitir—le informo algo violenta.

—Tessa, eso es algo relativo. Y ¿quién te ha dicho que tú tengas que pagarla? Hay una boutique en recepción y es la ropa de la que disponen o ¿pretendes que nos vayamos de rebajas a las dos de la madrugada?—ante mi indecisión, sentencia—Anda, ve a dormir y descansa. Mañana hablamos.

—Trabajo en este proyecto para usted—le digo algo ofendida y sin darme tiempo a reflexionar digo—Por muchos aviones, hoteles y dinero que tenga usted, no puede comprarme y no pienso acostarme con usted.

Alexandr me mira detenidamente con la mandíbula muy apretada y el ceño fruncido. Yo ya me he arrepentido de las palabras que ha escupido mi boca. Su gesto cambia, aparece una sonrisa en su rostro y empieza a reír.

—Tessa, no es esa mi intención. Tienes tu propia suite, no te he alojado en la mía. Y créeme, si yo quisiera acostarme contigo, ya te habrías arrancado la ropa interior para correr desnuda hacia mi cama. Buenas noches—me dice arrogante.

—Buenas noches—le digo avergonzada, girándome y dirigiéndome a mi suite.

Alexandr espera a que cierre mi puerta y, cuando comprueba que estoy dentro, cierra la puerta de su suite.

Entro en la suite muy arrepentida de lo que le he dicho y algo nerviosa. Este hombre me hace perder la cordura. Decido ponerme manos a la obra y ordeno mentalmente lo hablado en la reunión. Se supone que debo realizar un informe de cada una de las reuniones a las que acudo, así que me pongo a ello. En mi bolso llevo la *tablet* y ya que no puedo dormir, redacto el informe. Tardo más de una hora y lo envío a Katia para que lo pueda tener a primera hora de la mañana. Miro el reloj, son las tres de la madrugada y no consigo que venga Morfeo a hacerme compañía. Todas las ovejas que he contado, mientras intentaba dormir, ya se han dormido y decidido no saltar más verjas. Así que aprovecho la ocasión y me sumerjo en un delicioso y relajante baño de burbujas. En el tocador iluminado del baño hay todo tipo de miniaturas cosméticas y productos. Juego con la espuma y me estiro en la profunda bañera. No sé cuánto valdrá pasar la noche en una suite como ésta, pero solo por disfrutar de la bañera creo que merece la pena. Cuando compruebo que el agua ha dejado de estar caliente y los dedos de las manos están arrugados, decido salir y envolverme en un cálido albornoz. Me acerco a la cama y decido ponerme el precioso camisón rosa palo que hay sobre la cama. Definitivamente es mi talla. Aparto los enormes almohadones y me introduzco pesadamente entre las delicadas sabanas. Es como estar durmiendo en una enorme nube de algodón y el aroma que desprenden hacen que se me cierren los ojos y caiga en un profundo y reconfortante sueño.

Capítulo 12

Un pequeño sonido me anuncia la llegada de un nuevo correo electrónico a mi teléfono móvil ¿Qué hora es? Todavía está oscuro en el exterior y olvidé preguntar a Alexandr a qué hora tendría que despertarme. Cojo el móvil, veo que son las siete y media y compruebo el correo que me acaba de entrar. Es de Alexandr. Me solicita que revise una hoja de un contrato. Ya está despierto y parece que trabajando. Realmente creo que debe tomar unas súper vitaminas para poder dormir tan poco. Me descargo el archivo, me estiro y acabo sentándome entre las cálidas sabanas. Ante mi sorpresa, en la pantalla se muestra una página de mi contrato donde una de las cláusulas está marcada con un grueso trazo de rotulador rojo y una enorme flecha señalando el párrafo: *“Viajes, chofer, comidas y gastos varios, correrán a cargo de la empresa mientras se esté asistiendo a reuniones o visitas relacionadas con el proyecto”*. Dejo el móvil a un lado y me vuelvo a tumbar en la cama, tiene que pensar que soy bastante majadera. Que lerda fui anoche creyendo lo que no era. Me vuelve a sonar un mensaje. Es de él.

“Mijaíl y Russel le acompañarán a conocer Londres, yo debo atender una reunión. Espero que disfrute de su mañana libre”.

Rápidamente contesto *“Señor Zhurkov, siento lo dicho anoche. Créame que realmente me arrepiento de mis inapropiadas palabras”*

“No va a resultarle tan sencillo. Tendrá que pagar una justa penitencia a partir de ahora. Se acelera usted sola cuando está nerviosa. Espero que una mañana de visitas turísticas y compras puedan calmarla”

“Créame, señor Zhurkov que tendré muy en cuenta su comentario, a pesar de lo realmente machista que ha sonado. Disfrute de su reunión, supongo que ya será debidamente informada a través de un oportuno correo, de la penitencia que deberé pagar”

“No se preocupe por ello. Como bien dice, será debidamente informada de ello. Ya que está despierta, he osado solicitar al servicio de habitaciones que le suban el desayuno, para que disponga de energía durante la mañana. Recuerde que el desayuno va incluido en la cláusula”

Dejo el móvil a un lado justo en el momento en el que llaman a la puerta. Me enfundo en el albornoz y abro la puerta, cuando me informan que es el servicio de habitaciones. Entra un camarero totalmente uniformado y coloca el desayuno en la mesa junto al ventanal que da a la terraza. Cuando torpemente voy a darle una propina, se niega y me informa que no aceptan propinas. Me asombra escuchar sus explicaciones. Siempre lo he visto en las películas y no quería que pensara que era una tacaña. Por sus palabras, finalmente deduzco que esto solo sucede porque soy invitada de Zhurkov.

—¿Dígame, en serio, todo esto es para mí?—le pregunto asombrada.

—Así es, señorita. Si me disculpa y no necesita nada más, la dejo que disfrute de su desayuno.

Sobre la mesa se encuentran diferentes platos; hay café, una tetera preparada con agua hirviendo, diferentes tipos de té, huevos, beicon, tostadas, bollería recién hecha, sándwiches variados, fruta fresca y zumos. Hay más comida en esta mesa que en mi compra semanal. Cojo el teléfono y mando un mensaje:

“Realmente, ¿cree usted que soy capaz de comerme todo esto?”

Espero y veo que lee el mensaje y escribe:

“No tengo conocimiento de sus gustos a la hora del desayuno, así que le pedí un poco de cada. Disfrute de él. Russel le estará esperando en cuarenta minutos en la entrada”

“Hubiera bastado con una taza de café” le contesto.

“A usted, ¿nadie le ha informado que el desayuno es la comida principal del día, señorita García?. Coma y no se distraiga mandando mensajitos con su teléfono móvil”

El tiempo pasa rápido y tocan a la puerta. Es Mijaíl que me informa que me acompañará en mi aventura de visitar Londres. Cuando se percata de lo incomoda que me siento al no saber qué hacer con mi nuevo equipaje, me dice que no me preocupe, él se encarga y que lo llevarán al avión.

Doy gracias a que Mijaíl me acompaña para salir del hotel o puede que me hubiera perdido. Me he vestido con mi ropa nueva y finalmente me he decidido a ponerme los vaqueros, una camisa, chaqueta y las bonitas bailarinas. Todavía sigo sin entender como han sido tan exactos con las tallas. Salimos de la recepción por la puerta giratoria y Russel nos está esperando abriendo la puerta trasera del vehículo.

—Buenos días, señorita García. Está usted radiante esta mañana—me dice con una sonrisa acomodándose en su asiento—¿Tiene usted algún sitio específico que desee visitar?

—Llámeme Tessa, por favor. Pues, definitivamente, me gustaría volver a ver Piccadilly Circus, pasar por el Puente de Londres, la Torre de Londres y categóricamente, me encantaría visitar Harrods—le informo risueña.

Hoy las vistas a través de la ventanilla son diferentes y más agradables. Puedo apreciar Hyde Park en todo su esplendor, aunque esta mañana ya me haya asomado a la terraza de mi habitación para verlo. Visitamos todos los sitios que le he pedido a Russel y alguno más, mientras me va explicando orgulloso cosas de su país. He casi obligado a Mijaíl que me hiciera alguna foto en los monumentos más conocidos. Ha claudicado a su negativa cuando ha pensado que un turista podría robar mi teléfono cuando se lo he entregado para que me hiciera una foto, en el Puente de Londres. Es un hombre muy serio, aunque sonríe disimulando cuando hago alguna cara rara posando para las fotos que me hago. Sube y baja del coche, supongo que esperando que se me pase la neura de ir de un lado a otro haciéndome fotos y creo que ninguna con cara de persona formal. Lo compadezco, supongo que su vida es más tranquila junto a Zhurkov, con todo planeado a cada momento. Pero él no sabe que todavía no ha llegado lo peor. Cuando el coche para en la puerta de Harrods para que bajemos, me despido rápidamente del chofer, que nos indica que le avisemos cuando hayamos finalizado nuestra visita a las galerías comerciales. Desde la puerta, creo que me he enamorado de los escaparates y sin recordar que llevo a mi lado a Mijaíl, empiezo a andar de un lado a otro.

—Mijaíl, no creo que sea divertido ir de compras conmigo a todas partes. Creo que será mejor que nos separemos y nos volvamos a reunir a una hora determinada en algún sitio concreto—le expongo.

—No—contesta tajante.

—¿No?—le pregunto sorprendida ante su negativa.

—Mi trabajo es velar por su seguridad—me dice muy serio—Es usted mi responsabilidad.

—Mijaíl, créame que no me va a pasar nada y esté tranquilo. Yo no diré nada—le digo, intentando convencerlo.

—No, iré con usted—me indica rotundo.

—Es usted todo un cabezota—le digo claudicando.

Nos paseamos por todas las plantas, deteniéndonos y mirando todos los artículos que encuentro a mi paso. La sección de perfumería y cosmética es como el paraíso para una mujer. Huelo perfumes, me ofrecen muestras de nuevos y carísimos productos. Voy de un stand a otro sin descansar y Mijaíl me sigue como si fuera mi sombra. En ese momento, se aparta un poco de donde me encuentro y me pide que no me mueva. Saca su móvil del bolsillo y contesta a una llamada muy serio. Termina la llamada y se reencuentra conmigo. Decido irme a la zona de *souvenirs*. Compró pequeños detalles para el señor Van Doorn, para Jane y otro para Hans. Me compro una taza con el plano del metro de la ciudad. Aunque dudo que pueda dar una vuelta por ellos en mis vistas a la ciudad con Zhurkov, que parece ser que solo se mueve en limusina. Pasamos a la zona gourmet y encuentro lo que me ha pedido Jane. Lo sujeto en mis manos y le pido a Mijaíl que me haga una foto donde se me vea con los “*scones y la clotted cream*”. Me pide que sonría, arrugo la nariz y saco la lengua para su disgusto.

—¿Usted nunca se hace una foto como las personas normales?—me pregunta contrariado.

—¿Me está llamando anormal?—le pregunto riendo y le digo—Vamos, Mijaíl, que le invito a tomar un té, que se lo has ganado.

Tras analizar cuál es el sitio más indicado según Mijaíl, nos sentamos en una mesa en un rincón, en una cafetería que vemos situada en la zona gourmet. Ambos pedimos un té y empiezo a darle conversación. Mientras, voy revisando las bolsas con todo lo que he ido comprando a lo largo de la mañana. Definitivamente he sufrido un ataque consumista. Me centro en nuestra conversación, cuando suena mi móvil. Tengo varios mensajes, entre ellos de Hans y Jane, quejándose de que esté de compras mientras ella está encerrada en la oficina. También hay un nuevo mensaje de Alexandr.

“Creo que voy a tener que dar una semana de vacaciones a Mijaíl, después de tener que perseguirte por Harrods parte de la mañana”

No puedo evitar reír ante su mensaje y contesto.

“Creo que está disfrutando. ¿Qué tal su reunión?”

Mijaíl recibe otra llamada y cuando cuelga me comenta que en diez minutos llegará Zhurkov. He intentado darle conversación o averiguar algo sobre él o de Alexandr, pero es un hombre serio y que suele responder con monosílabos a todas mis preguntas. He averiguado que lleva más de 7 años trabajando con Alexandr y que si exceptuamos la mañana de hoy, disfruta con su trabajo.

—No me parece a mí que Mijaíl tenga cara de estar disfrutando la mañana de compras—oigo que alguien susurra a mi espalda.

—Creo que Mijaíl solo disfrutaría comprando en las rebajas de una armería—le digo sonriendo.

—Posiblemente—me dice sonriendo y cambiando su expresión me pregunta serio—¿Te quedan muchas compras? Tengo hambre y deberíamos hablar.

—Pago la cuenta y ya estoy lista—le digo rápidamente.

Mientras estoy intentando pagar, me percató de que las dependientas que antes no se acercaban a mí, ahora lo hacen, solícitas a todas mis preguntas. Me explican que cierto caballero con bastante fama de acaudalado ya lo ha hecho por mí. Le comento a Alexandr que hemos probado el té de perlas de jazmín, mientras Mijaíl y yo hacíamos un descanso y quiero comprar para la oficina. Mijaíl pasa más del noventa por ciento del tiempo que paso con él con cara de enfadado, pero me doy cuenta que es una persona muy amable y educada. Siempre esta

pendiente de las necesidades que pueda tener. Es mucho más sencillo ir de compras con Alexandr. Desde que voy a su lado, no tardan en atendernos rápidamente. No tenemos que hacer colas para pagar y obtenemos detalles gratuitos de diferentes productos. Yo lo voy guardando todo en bolsas que estoicamente va sujetando Mijaíl, con la intención de verlo todo detenidamente con Jane más tarde. Alexandr también compra algunos productos aconsejado por dos asesores perfectamente uniformados y expertos en el área. Sus compras las hace con mayor rapidez. Claro que él no va comparando productos y precios, y parece que sabe lo que quiere.

—Comamos algo antes de volver a La Haya. Russel nos está esperando—me indica tocándome levemente en la zona baja de la espalda para que pase delante de él.

—¿Dónde iremos? ¿Debo cambiarme?—le pregunto algo atemorizada por no desentonar en ningún sitio donde haya decidido ir a comer y recordándole—Voy en vaqueros.

—No, no tienes por qué cambiarte, si tú no quieres. Vas muy guapa—me dice con una leve sonrisita.

—De acuerdo—le digo siguiendo a Mijaíl que va abriendo la comitiva—Tu también.

—¿Yo también, qué?—me pregunta confuso.

—Que también vas muy guapo esta mañana—le digo descaradamente.

El ríe abiertamente. Es raro verlo riendo y relajado. Russel nos está esperando con el coche en la entrada y conduce seguro a través del tráfico.

Alexandr ha reservado en un restaurante japonés muy de moda donde, según él, se pueden disfrutar a la vez de una exquisita comida japonesa y unas increíbles vistas de la ciudad. Entramos y al momento se nos acerca un camarero que nos lleva a una zona reservada. El restaurante es muy elegante y con un ambiente cosmopolita. Pedimos varios platos sueltos. Hay varias opciones que me gustan. Sopa de miso, verdura en tempura, ensalada de tomate, berenjenas y algún plato más abundante que pide Alexandr. Mientras nos traen la bebida, atiende una llamada en su teléfono y yo me distraigo observándolo todo.

—¿Entonces, que me dices, te ha gustado Londres?—me pregunta cogiendo su copa de vino y acercándosela a los labios.

—He quedado fascinada. Russel nos ha llevado por la ciudad para ver algunos monumentos y Mijaíl me ha hecho cientos de fotos—le comento emocionada.

—Mijaíl temía que acabaras con la memoria de tu teléfono y utilizaras el suyo para hacerte más fotos—me comenta burlón.

—Qué exagerado—le digo con una sonrisa—Tampoco han sido tantas.

Mientras nos traen la comida y vamos degustando los primeros platillos, saca el tema que más temo. Pero lo hace con naturalidad. Aclaramos el bochornoso comentario de anoche por mi parte. Hablo de manera espontánea de todas las cosas que he visto o he comprado durante la mañana y hay momentos, en los que no me doy cuenta de que estoy hablando con mi jefe y no con un amigo, como parece que hago. En un momento dado insiste en visionar alguna de las fotos que me he hecho en mi visita turística y, tras deslizar por cuarta vez el dedo sobre la pantalla del teléfono para pasar a la fotografía siguiente, mientras le voy explicando, exclama riendo.

—¿Es que no puedes hacerte ninguna foto como una persona normal?!

—¿En serio que no te parecen bonitas estas fotos?—le pregunto riendo—¿Sabes? Eres el segundo ruso que me hace hoy esa pregunta.

Ambos disfrutamos de una animada charla bastante distendida. Hablamos de Londres, del trabajo, lo que incluye hablar de obras y artistas, y de la vida en La Haya.

Nikolái quien creo que tiene un radar especial para aparecer inesperadamente justo en el momento que hemos terminado el almuerzo, nos acompaña junto a otro hombre a la entrada, donde nos está esperando Russel para llevarnos al aeropuerto. Nos deja delante de las pequeñas escaleras que dan acceso a la cabina del avión. Observo como uno de los hombres baja todas nuestras bolsas del maletero del vehículo. Resuelta me acerco a Russel y le doy las gracias por hacer de guía turística por la ciudad y las atenciones que ha tenido conmigo. No creo que nadie le haya agradecido tanto su trabajo, por cómo reacciona. Me pongo de puntillas y le deposito un suave beso en su pálida mejilla reiterando mi agradecimiento por su paciencia, lo que provoca que se ruborice. Me giro, y cuando voy a dirigirme hacia la escalera del avión, veo a Alexandr esperándome a los pies de ésta, observando la escena.

—¿Preparada para volver a casa?—me dice dejándome pasar.

—¡Uff! Por supuesto. Ha sido solo una noche, pero parece que haya estado fuera una eternidad—le contesto entrando y saludando a la tripulación.

Nos acomodamos cada uno en uno de los sillones y en el intervalo de pocos minutos empezamos a rodar por la pista. Despegamos con destino La Haya.

Me despierto algo confundida cuando escucho que el capitán nos solicita que nos abrochemos los cinturones porque vamos a empezar a realizar las maniobras de aterrizaje. Alguien me ha tapado con una manta. Miro a mi alrededor y el sillón de Alexandr está vacío. Cuando me giro, lo veo hablando con sus hombres.

—Hola dormilona—me dice guasón—¿Has dormido bien?

—¡Madre mía! Qué vergüenza, siento haberme dormido—le digo tapándome la cara con mi mano derecha.

—No te preocupes, anoche nos acostamos tarde. Pero he tenido que irme detrás por el violento sonido de tus ronquidos que no me dejaban revisar un informe—dice y se queda tan ancho abrochándose el cinturón de seguridad de su asiento.

—No seas necio—le digo enderezando mi asiento—Yo no ronco.

Instantes después tomamos tierra en el aeropuerto de Róterdam-La Haya y allí nos espera un coche que nos lleva a la ciudad.

—¿Te dejamos en la galería?—me pregunta entrando a la ciudad.

—Sí, por favor—le respondo deseando ver la cara de Jane y darle sus regalitos.

Al ser un día entre semana nos encontramos con bastantes atascos. Alexandr va atendiendo llamadas, yo mirando por la ventana y pensando en lo que he de hacer a partir de ahora. Debo informar de todo.

El coche se acerca a la entrada de la galería y se detiene. Alexandr sale conmigo y espera a que saquen mis bolsas del maletero. Una de las bolsas no la recuerdo.

—Esa última bolsa es para usted y la señorita Lessing. La mandó el hotel en el último momento, así podrán disfrutar de un verdadero “té ingles” juntas—se gira y apoyado ya en la puerta me dice en tono de despedida—Bueno, señorita García, descanse. Nos vemos pronto.

—Gracias por todo, señor, Zhurkov—le digo cargada con todas las bolsas. Y noto que ambos volvemos a comportarnos de manera estrictamente profesional.

Entro en la galería, parece que ha pasado una eternidad y solo han sido veinticuatro horas. Siento que han cambiado muchas cosas, pero ¿realmente han cambiado o la que ha cambiado he sido yo?

Jane me ve subir por las escaleras y corre a recibirme. Dejo las bolsas en mi mesa y le entrego la última bolsa que me dio Alexandr ya en la puerta de la galería. Se vuelve loca, hay de

todo y según ella ese “té ingles”, proviene de uno de los hoteles más distinguidos de Londres. Mira su reloj de muñeca y exclama.

—¡Has llegado justo a la hora del té! Reunámonos y pongamos en común los pasos a seguir mientras disfrutamos de este delicioso té.

Entramos en una pequeña sala que tenemos para comer y empieza a sacar de la bolsa pequeños sándwiches de pepino con queso crema, con huevo y mayonesa, con pollo y salmón ahumado, todos perfectamente empaquetados. *Scones* con pasas, dos tarros de mermelada de fresa casera, un recipiente con *Cornish clotted cream*, una pequeña variedad de pastas francesas y un termo con té que todavía está caliente. No puede contenerse y me pide que le mande un mensaje dándole las gracias por su completísimo “té ingles” y de forma casi inmediata obtenemos una respuesta muy cortés solicitándonos que lo disfrutemos.

Hablamos del encuentro al que asistí con Thomas Fattler y su ayudante. Mientras, ella me pone al día de las reuniones programadas y de la última solicitud de Sergei. Decido no preocuparme de ello en estos momentos. Al final conseguí que en el contrato firmado con Zhurkov pudiera terminar mi encargo con Sergei. Estoy cansada y decido terminar la jornada para irme a la cama pronto, no sin antes mandar un mensaje y salir a correr por el bosque.

Capítulo 13

Los días se suceden y yo me sumerjo en el trabajo. No entiendo cómo, pero los primeros días después de mi reunión con Alexandr en Londres, echo de menos estar cerca de él. Creo que está de viaje pero me niego a preguntar. Sabía que no trabajaría siempre con él. Lo de Londres ha sido una excepción.

Tenemos más trabajo del que inicialmente pensamos que conllevaría el proyecto. Tengo diferentes reuniones y envío de documentación a todas horas. Parece que al departamento de adquisiciones no les parece bien nada de lo que decidimos, y tenemos que estar modificando y presentando nuevos informes. Los días y reuniones se hacen eternos y cuando llega el fin de semana decido aprovecharlo como nunca lo he hecho. Dos, dos días enteros, sin tener que hablar con cada departamento y escuchar sus cambios y comentarios.

Determino salir viernes y sábado, este último día en Ámsterdam. Decido quedar con un conocido esa noche. He tratado con él desde hace un tiempo. Diríamos que es un amigo “raro” y puede llegar a suministrarte todo tipo de drogas, tanto legales como ilegales, en el país. La noche se alarga en la ciudad de los canales y a las tres decido ir a la estación central para coger un tren que me lleve de vuelta a casa. Son cerca de las cuatro cuando llego a la estación de La Haya. Bajo donde he estacionado mi bicicleta esa misma tarde. Me dirijo a casa en mitad de la noche, con las calles totalmente desiertas y decido ir a descansar un rato antes de ir a desayunar con Hans.

—Cualquiera diría que no has dormido en toda la noche—me dice Hans cuando me ve acercarme a la mesa donde ya se encuentra situado frente a un café con su periódico y las gafas de sol puestas.

—Podríamos decirlo así—le informo sacándome la chaqueta y sentándome ante su atenta mirada ayudándome con la silla—Pero en el fondo, siempre es trabajo.

—Deberías poder desconectar un poco del trabajo—me dice—No enredarte siempre.

—Hans esto no será para siempre—le digo con una pequeña mueca—Pero ahora estoy en una posición que jamás pensé que podría llegar. Ahora toca tener los ojos y los oídos bien abiertos.

—Prométeme que llevarás cuidado—me dice muy serio—Sobre todo con Borovik.

—No te preocupes Hans. Sé cómo manejarlo.

—¿Has visto la prensa de hoy?—me pregunta.

—No, todavía no he podido revisar nada.

—Pues no te pierdas la sección de sociedad—me dice alargándome el periódico abierto por la página donde se ve una foto junto a un artículo de una gala benéfica de la noche anterior en la que sale Alexandr Zhurkov y Elena Potapova—Parece que no todo está controlado.

—Nadie dijo que yo pudiera controlarlo todo—le digo algo exasperada—Me encargaré de ello.

—No lo dudo, siempre lo has hecho.

Nuestro desayuno concluye una hora más tarde. Opto por hacer la compra, pasar a por tabaco e irme a casa a descansar. No me vendrá mal dormir y decidir cómo actuar.

Me he llevado la prensa a casa y cuando vacío las bolsas decido encenderme un cigarro y sentarme en el sofá a leer detenidamente el artículo de Zhurkov. Hablan de la cena a la que acudieron juntos y de la estupenda pareja que hacen. Que se les relaciona desde hace un tiempo y que en cualquier momento podría saltar la noticia de su futuro compromiso juntos. Esto hace que me replantee toda la situación. No conocía que su relación estuviera tan consolidada y no comprendo el estado de abatimiento, ahogo y desconsuelo que tengo en el corazón.

El lunes me levanto decidida a cambiar el contexto de todo lo que sucede a mi alrededor. Paso por el puesto de Marcel y me ofrece un hermoso ramo de tulipanes rosa chicle, parecidos a los lirios en los extremos y con unos tallos largos y espigados.

—No hemos recibido flores blancas hoy—me informa al devolverme el cambio del pago de las flores

—Entiendo—le digo con una sonrisa—El detalle del celofán es muy bonito, Marcel.

—El celofán revela la información que no aportan en muchas ocasiones las flores—resuelve despidiéndose.

La mañana pasa muy rápido entre informes, búsquedas de obras y nuevos artistas. Tengo varias reuniones concertadas para esta semana. Decido mandarle un mensaje a Sergei para cenar al día siguiente y contesta encantado ante mi solicitud. Sigo sin coincidir con Alexandr, pero sé que en algún momento volverá a aparecer. Al día siguiente me reúno con Katia en las oficinas de Zhurkov. Me gusta trabajar con ella. Es amable, inteligente y sabe cómo realizar su trabajo.

—Mañana tengo una reunión con uno de los artistas—le comunico guardando todas mis cosas en el portafolio—A última hora de la mañana o por la tarde tendrás el informe de la reunión.

—Ok. Esperaremos a esa reunión antes de empezar con lo de Berlín. ¿Necesitas algo más? —me pregunta concluyendo la reunión.

—No, me marcho ya. Tengo una cena—le digo con una amplia sonrisa saliendo por la puerta.

A las seis y media de la tarde Meyer me está esperando en la puerta principal del edificio donde está mi apartamento. Salgo despidiéndome de uno de los porteros y subo al coche.

—Buenas noches señorita. Esta noche está usted preciosa—me dice sujetándome la puerta.

—Gracias Meyer. ¿Qué tal el día?—le pregunto acomodándome en el asiento.

—Bien, todo bien—me informa.

Llegamos a casa de Sergei veinte minutos más tarde. Meyer entra conmigo y me hace pasar al salón. Sergei todavía está reunido con Carlos Almeida, su amigo colombiano con el que parece que últimamente tiene muchas reuniones. Pasan muy pocos minutos cuando ambos salen del estudio de Sergei. Se acerca a mí y pasando un brazo por mi cintura me acerca y me da un posesivo beso en la mejilla. Decidimos tomar una copa de vino juntos los tres. Carlos comenta que permanecerá en los Países Bajos un par de semanas más por negocios. Hablan delante de mí de sus distintas reuniones y del trabajo que tendrán en las próximas semanas. La charla con Carlos Almeida dura unos veinte minutos. A continuación Sergei y yo nos vamos al restaurante, donde ha reservado. Es un restaurante bastante apartado y muy lujoso. Cenamos y charlamos durante más de tres horas. Sergei esta de muy buen humor y no deja de hablar de proyectos. En varias ocasiones acerca cautelosamente su mano a la mía y yo dejo que la acaricie con una especie de intimidad que hacía tiempo que no sentía hacia mí pero que yo no deseo. La noche transcurre y cuando volvemos a subir al coche y nos abrochamos los cinturones, me dice.

—Vente esta noche a casa, Tessa. Tengo que hacer una llamada, pero enseguida estaré

contigo—me dice con ojos suplicantes—Las cosas van a cambiar y podemos divertirnos juntos.

Accedo a su petición, espero no arrepentirme. Durante el trayecto de regreso me roza la pierna sobre la tela de mis medias. Instintivamente alargo mi mano y sujeto la suya para que no siga subiendo, encogiéndome en el asiento. Ya cerca de su casa, en un semáforo, se inclina hacia mí acercando sus labios a los míos.

—Tessa, no volverá a pasar, confía en mí—me susurra tan cerca de la oreja que hace que me estremezca al sentir el olor a alcohol en su aliento.

Acerco mi boca a la suya y entreabro mis labios cuando noto los suyos. No puedo evitar que profundice el beso y un fuerte escalofrío recorre mi espalda cuando su lengua se introduce más en mi boca y una de sus manos se enreda en mi nuca junto a un pequeño gemido de placer por su parte.

—Sergei—le digo apartándolo—El semáforo.

—Sí, sí. Maldito semáforo. En casa serás mía—me dice ajustándose el cinturón de seguridad.

Al poco tiempo llegamos a su casa. Dejamos el coche en el garaje y cuando bajamos de él, se acerca a mi espalda agarrándome de la cintura, atrayéndome y apretándose contra mi cuerpo. Lucho un poco por liberarme de ese repentino y hosco abrazo, mientras busca las llaves para abrir la puerta.

—Ve a realizar la llamada y yo preparare unas copas de vino. Si seguimos así, no podremos parar y no podrás realizar tu llamada—le digo dándole un leve empujón hacia atrás—Yo mientras podré refrescarme.

—Está bien, está bien. Termino enseguida—sentencia algo malhumorado marchándose hacia el despacho.

Precipitadamente paso al baño. Ya he estado allí en varias ocasiones y se dónde se encuentra. Una vez en el interior cierro la puerta tras de mí, me apoyo en el lavabo y mirando al espejo me convenzo de que lo que hago no está mal. Me echo agua por la nuca y me la seco con una suave toalla. Con la mejor de mis sonrisas salgo del baño y me acerco a la cocina, donde busco el vino y dos copas. Revuelvo en el interior de mi bolso hasta encontrar lo que busco. Sirvo el vino y me dirijo al despacho donde está Sergei. Tiene la puerta entreabierta y lo oigo mantener una conversación atropellada en ruso. Decido empujar con mi cadera la puerta cuando su conversación baja de intensidad. Sonrío de manera artificial acercándome a su mesa. Está sentado tras ella y le acerco su copa, alentándole con la mirada para que beba como yo hago con la mía. Miro a mi alrededor, su despacho es un caos. Tras descartar apartar los papeles que se encuentran en una silla frente a la mesa donde él está situado, me saco la chaqueta y la dejo en el respaldo. Mirándole con una leve sonrisa en los labios me acerco a donde está él sentado hablando por teléfono. Le empujo la silla con un movimiento suave y me siento frente a él sobre la mesa, cruzando mis piernas con los altos tacones. Continuo bebiendo de mi copa y Sergei me mira con los ojos muy abiertos, la respiración sofocada y con la boca seca. Ve que aprovecho el momento para desabrocharme los dos primeros botones de mi camisa, dejando sutilmente parte de mi ropa interior al descubierto. Me giro y observo todos los papeles sobre la mesa. Agarro la botella de vino que había dejado a un lado y vuelvo a llenar nuestras copas.

—¿Podrás soportarlo?—le pregunto acercando mis labios sin prisa a su cuello. No sin antes vaciar ambos nuestra segunda copa.

Encantado por mi entrega, Sergei posa sus manos sobre mis piernas. Sonrío y empiezo a desabrochar los botones de su camisa negra, botón a botón. Con determinación recorro

lentamente su torso firme y le deslizo la camisa por los hombros. Su respiración cada vez es más entrecortada e intenta terminar con la llamada que está atendiendo. Acerco el dedo índice de la mano derecha a mi boca y le recomiendo que no haga ruido. Mientras, bajo de la mesa y vuelvo a llenar nuestras copas. Sergei es corpulento pero en estos momentos está hipnotizado por lo que está sucediendo y se deja hacer. Le quito la camisa, apasionada y me remango la falda hasta los muslos. Asombrado por el alto grado de excitación que está sufriendo, se contiene cerrando los ojos y mordiendo su labio inferior. Aprovecho ese momento en el que él dobla su cuello hacia atrás apretando sus dientes, para sentarme a horcajadas sobre él. Le doy a beber de mi copa, ya está totalmente excitado por lo que le estoy haciendo sentir con mis caricias y mis besos en sus hombros. Incapaz de parar, cuelga el teléfono y sin importarle donde estamos atrapa mis labios mientras levanta sus caderas.

—Sergei, espera. Despacio—le digo intentando parar el ataque—Tenemos toda la noche. Y esta silla es algo incómoda.

—Vamos a mi habitación—sentencia, deseoso de volver a sentir mis caricias.

—Espera, llevémonos el vino—le digo volviendo a llenar nuestras copas.

Sergei intenta levantarse de la silla pero conmigo encima se tambalea. Lo agarro de la mano y nos dirigimos hacia su habitación, donde entramos atropelladamente. Me acerco de nuevo mi copa de vino a los labios y él, para terminar con ese extraño ritual, bebe de un trago el contenido de su copa y con movimientos torpes me acerca a su cama. Con un suave empujón lo tiro sobre ella y se queda expectante mirándome como poco a poco voy deslizándome mi camisa sobre mis hombros. Sergei saca un preservativo de su cartera y lo deja sobre la mesita junto a su cama. Poco a poco su respiración se hace más lenta y sus párpados se van cerrando.

Mi alarma del despertador suena y tanteo en la oscuridad de la habitación. Sergei se gira y totalmente adormilado me agarra con su fuerte brazo.

—Sergei para. Tengo una reunión a la que no puedo faltar—le digo apartándolo y saliendo de la cama—Sigue durmiendo, es muy temprano. Yo recojo mi ropa y me marcho.

—Mmm—profiere Sergei totalmente tirado en la cama semidormido.

—¿Sergei? Lo de anoche fue increíble—le digo depositando un ligero beso en su frente y atrapando sin ser vista de su mesa el preservativo.

—Creo que bebí demasiado—dice intentando que vuelva a meterme en la cama sin conseguirlo.

Paso por su despacho para coger mi chaqueta. Puedo apreciar el carácter de los papeles que tiene sobre su mesa. Oigo un casi imperceptible ruido a mi espalda. Me giro apresurada ante la interrupción, agarrando mi chaqueta e intentando terminar de abrochar los botones de mi camisa. Es Vladimir, el padre de Sergei, que me mira con inquisición. Le informo que me había dejado allí mi chaqueta olvidada y salgo al vestíbulo marcando en el teléfono para que un taxi pase a recogerme y me lleve a casa.

Llego a casa y conecto mi móvil al ordenador, me estoy quedando sin memoria con todas las fotos que he hecho. Paso todos los archivos y los meto en un USB. Me ducho y salgo a la calle todavía con el pelo húmedo. Ya llego tarde a la galería pero debo pasar a ver a Marcel. Una vez allí, intento relajarme y me enciendo un cigarro. Marcel me observa mientras prepara mis flores.

—Tessa, es muy temprano para estar fumando—me comenta algo sorprendido.

—Puede ¿quieres uno?—le digo tentándole.

—Ahora, no. Gracias—me contesta amable observándome y concluye—Quizás, más tarde.

—Te dejo el paquete, solo queda uno—le digo colocando el paquete de tabaco en la mesa

donde está trabajando.

Marcel coge el paquete de tabaco y se lo mete en el bolsillo de la bata azul que siempre lleva puesta para el trabajo. Después me entrega el pequeño, pero frondoso ramo de hojas verdes y pequeñas florecillas blancas.

Llego a la galería en un suspiro. Pedaleando lo más rápido que puedo. Subo a mi mesa y dejo caer el bolso sobre la silla, con tan mala fortuna que varias cosas salen despedidas fuera de él al no estar totalmente cerrado. Me arrodillo en el suelo e intento recoger todo rápidamente de debajo de la mesa. Jane, al verme en el suelo, viene hacia mí.

—Zhurkov está aquí desde hace un rato—me dice pasándome un lápiz de labios que ha encontrado sobre la moqueta.

—¿Zhurkov? No tengo ninguna reunión programada con él—le digo con una medio sonrisita.

—Pues ahora sí. Va a acompañarte a tu reunión—me informa pasándome el resto de cosas que ha encontrado, entre ellas una papelina vacía, que mira con curiosidad—Y hoy, tiene cara de enfadado.

—Tranquila, sabes que yo no tomo este tipo de mierdas—le digo quitándoselo de las manos y metiéndola precipitadamente en el bolsillo de mi chaqueta.

Ambas seguimos de rodillas en el suelo cuando vemos unos zapatos negros y relucientes de hombre frente a mi mesa.

—Buenos días, señoritas—oímos sobre nuestras cabezas—¿Han terminado ya?

—Señor Zhurkov—contesto levantándome del suelo y alisándome la falda—Buenos días. Veo que ya está usted de regreso.

—¿Regreso?—pregunta extrañado.

—La prensa. El domingo decía que estaba usted de viaje—le digo guardando el bolso en el cajón de mi mesa de trabajo.

—No crea usted todo lo que publican. El noventa por cien de lo que escribe ese periódico son rumores—me dice.

—¿Viene usted conmigo a la reunión?—le pregunto.

—No, hoy no. Tengo asuntos que atender—me contesta girando sobre sus talones y cuando ya está caminando hacia las escaleras dice—No debería ir con el pelo húmedo. Las temperaturas han bajado y se resfriara.

—Y eso es algo que no queremos que suceda—digo en un susurro haciendo que se gire hacia mí, mirándome con ojos furiosos y la mandíbula apretada.

Jane, que ha permanecido en todo momento a mi lado, pregunta cuando ya ha desaparecido de nuestra visión.

—¿Se puede saber a qué ha venido hasta aquí entonces?

—Ayer salí con Sergei—le informo mirando todavía en la dirección que se ha marchado.

—¿Has vuelto con él?—me pregunta con un deje indignado.

—¡Nooo!—le contesto casi ofendida—Es solo trabajo. Pero ahora sé que él lo sabe.

Recojo todo lo necesario y cuando salgo de la galería para ir a mi primera reunión me tropiezo en la entrada a Pyort Mravinsky que me espera, apoyado en un frondoso árbol del paseo frente a la galería leyéndose la prensa.

—Buenos días, señor Mravinsky. ¿Quién lo ha avisado? Hoy no necesito salir de la ciudad y puedo ir por mis propios medios—le digo amablemente.

—Buenos días, señorita García. La señorita Perminova me pidió que le acompañara a donde

usted necesitara.

—Perfecto, pero hoy no necesito que me acompañe a ningún sitio—le digo colgando mi bolso en el manillar de mi bicicleta—No se preocupe, lo avisaré cuando lo necesite.

Empiezo a pedalear y a mi espalda veo que Pyort sube al coche y arranca. Tomo nota mental para enviar un mensaje a Katia para que no me envíen el coche si no es necesario. Paso la mañana de un lado a otro de la ciudad realizando las visitas que tengo programadas y el tiempo pasa volando hablando con artistas de la ciudad. El clima está bastante inestable y desde mi última reunión decido ir directamente a casa. Veo en la lejanía que el cielo se ilumina por un llameante relámpago. Cuento como cuando era pequeña y antes de llegar a tres, un ensordecedor trueno hace que tiemble la tierra y empiece a caer estrepitosamente un torrencial de agua del cielo, que provoca que todos los viandantes busquen refugio en las marquesinas de las paradas de autobús. Estoy muy cerca de casa, así que decido continuar lo más velozmente posible para resguardarme de la lluvia en casa. Los papeles del trabajo los llevo en las alforjas, así que no se mojaran. Pero yo ya estoy empapada. Cuando llegue a casa me daré un baño caliente para entrar en calor.

A la mañana siguiente llego pronto a la galería y cuál es mi sorpresa cuando veo allí a Pyort.

—Buenos días, Pyort. Discúlpame, ayer se me olvidó avisar a Katia que hoy tampoco tendríamos que salir a ninguna parte.

—No se preocupe por mí, la acompañare a donde usted necesite—me contesta solicito—Es mi trabajo.

Llamo a Katia a quien le sorprende que prefiera ir en bicicleta a todas partes en vez de en un cómodo coche. Pero me informa que Zhurkov lo ha dispuesto así y me recomienda que siga con mi vida como si Pyort no estuviese. Hay días que lo veo detrás de mí más que otros, mientras la semana va pasando. No he vuelto a saber nada de Alexandr Zhurkov. Es raro no tenerlo alrededor controlando todo lo que vamos haciendo a cada momento. Jane todavía no se cree lo amable que estuvo cuando fuimos a Londres. Cuando estuvimos allí todo fue amabilidad y no recuerdo que frunciera tanto el entrecejo con esa mirada de enfado que distinguí la última vez que nos vimos.

Con los días, me voy dando cuenta de que Pyort y Petra parece que se han hecho amigos. Aunque respeta una distancia prudente conmigo, pero me sigue a todas partes. Al principio se negaba a aceptar el café que le compraba cada mañana cuando iba a por uno para mí, pero ya se ha dado por vencido y se ha convertido en una rutina que compartimos. Yo me acerco a su ventanilla, le deseo los buenos días, le informo más o menos del día que tengo programado y mientras, le entrego su *cappuccino*, largo de café y sin azúcar. Yo continúo hacia la galería subida en mi bicicleta con el mío en una de mis manos y él me sigue con el coche hasta allí, donde espera pacientemente hasta la hora de comer o alguna reunión a la que tenga que acudir.

Uno de esos días, antes de que llegue el fin de semana, decido pasar por el supermercado antes de regresar a casa. Como últimamente, Pyort me sigue a pocos metros. Yo voy mirando la lista de todo lo que necesito y voy andando por los pasillos llenando mi cesta. Al doblar uno de ellos, me doy de bruces con Sergei.

—Sergei ¿Qué haces tú por aquí? ¿Desde cuándo entras tú en un supermercado?—le digo incrédula por encontrármelo allí.

—No has contestado a mis mensajes ni a mis llamadas, Tessa—me dice algo enfadado.

—Lo sé, lo sé. Es que con el nuevo proyecto no puedo ni respirar.

—¿Cuándo vamos a hablar?

—¿De qué necesitas hablar?—le pregunto inocentemente.

—Déjate de jueguecitos, Tessa. Necesito hablar contigo—me dice sujetándome fuerte de la muñeca y tirando de ella.

—Pero, Sergei, ahora no puedo. Tengo que terminar de hacer la compra. No es ningún jueguecito. Sabías que estos meses estaría muy liada—le digo intentando soltar mi muñeca de sus dedos que parecen garras que me aprietan.

—¿Y qué hay del otro día? ¿No significa nada?—me pregunta amargado—¿O sólo querías emborracharme?

—Lo del otro día, nos apeteció a los dos. Ambos sabíamos lo que había. Suéltame la muñeca Sergei, me estás haciendo daño—le digo dándole un pequeño empujón en el pecho con mi mano libre.

—La señorita le ha dicho que la suelte—oímos rugir una voz a mi espalda que hace que me sobresalte. Es Pyort, que al ver la escena se ha acercado a nosotros—Suéltela ahora mismo.

—¿Y éste, quién demonios es?—me pregunta extrañado—Métase en su asuntos.

—La señorita es mi asunto, así que suéltela—dice hosco Pyort y ante nuestra sorpresa, exclama levantando la voz—¡YA!

En ese momento Sergei suelta mi muñeca y mi móvil cae al suelo.

—Tessa, esto no acaba aquí y lo sabes—me amenaza gritando Sergei antes de darse la vuelta y desaparecer.

Lo veo alejarse lentamente de nosotros. Ha sido como si el tiempo se paralizara y en el supermercado solo estuviéramos los tres. Pyort se ha agachado y ha recogido trozos del móvil del suelo.

—¿Señorita?—me pregunta paternal—¿Se encuentra bien? Tenga, creo que solo se ha salido la batería.

—¡Oh! Sí, sí. Gracias, Pyort. Gracias. Sera mejor que lo compruebe—le digo dejando de frotarme la muñeca dolorida y alargando mi mano para comprobar que el móvil está bien—No pasa nada, será mejor que pague y me marche a casa.

Pyort carga con mi compra y aunque insiste en meter la bicicleta en el maletero y llevarme a casa, le indico que prefiero volver a casa en bicicleta dando un paseo, a pesar de la amenaza de lluvia que vuelve a asomar en el cielo. Cargamos la compra en las alforjas y salgo en dirección a casa. Pyort me escolta con el coche a una distancia prudencial hasta que entro por la puerta lateral del edificio que me da acceso al parking. Me despido de Pyort con la mano al verlo pasar frente al edificio. Entro en casa, ordeno la compra y decido salir a correr. Está lloviendo y cuando salgo del bosque estoy totalmente calada por el chaparrón que cae en ese momento y el calzado totalmente embarrado. Miro hacia la entrada del garaje del edificio donde vivo y veo que Pyort está frente a la entrada estacionado.

—¿Pyort, que haces todavía aquí? ¿Suced algo?—le pregunto sorprendida a través de la ventanilla.

—No, señorita. Solo quería cerciorarme que regresaba bien a casa—me dice sentado en su asiento—La veo mañana. Avíseme si me necesita.

—No se preocupe, Pyort. Márchese a casa, nos vemos mañana—le digo y cuando voy a girarme le comento—Pyort, lo que ha sucedido hoy ha sido bastante desagradable y es algo personal, confió en su discreción.

Me meto en la ducha nada más entrar en casa y quitarme la ropa. Ha sido un día de lo más atareado y estoy bastante cansada.

Me despierto temprano. Desde hace algo más de cinco minutos el teléfono de la empresa no ha dejado de pitar y tengo un horrible dolor de cabeza. Me giro, pero no deja de sonar. Decido mirar que es lo que es tan urgente y veo toda la agenda cambiada. Me levanto, hoy no puedo retrasarme. Alexandr me acompañará a las entrevistas que tengo en la agenda, incluida una nueva a última hora en sus oficinas. Estoy metida en mis pensamientos, maquillándome, cuando me llega un mensaje al móvil.

“Mi coche te espera fuera”

Un mensaje de Alexandr. Decido contestarle enseguida.

“No es necesario. Nos reunimos en la galería”

Termino de arreglarme y cuando ya voy a salir por la puerta, suena otro mensaje.

“La agenda de hoy ha cambiado. Mi coche te espera fuera”

Salgo decidida por la puerta lateral, supongo que le deben haber cambiado alguna reunión y ha decidido trastocar a su conveniencia las agendas de todas las personas que trabajan para él. Solo espero que este de buen humor. Frente al edificio veo su limusina negra y a Mijaíl esperando junto a la puerta trasera.

—Buenos días Mijaíl—le digo acercándome al coche.

—Señorita—me contesta muy serio abriéndome la puerta trasera para que entre.

Veo a Alexandr cuando voy a entrar. Está en el asiento de la parte izquierda. Espera paciente leyendo el periódico a que tome asiento a su lado.

—Señor Zhurkov—le digo acomodándome.

—Tessa, si no estamos en el trabajo, preferiría que me llamaras Alexandr—me dice doblando el periódico y apoyándolo en sus piernas—¿Qué tenemos hoy en la agenda?

—¿Vendrá conmigo a las reuniones de hoy?—le digo extrañada. Katia me informo que él no se involucraría en el proyecto hasta más adelante, cuando tuviéramos todo más concretado.

—Sí, ¿algún problema?—me dice altivo volviendo a abrir el periódico.

—No, ninguno. Antes debemos pasar por la galería—le digo girándome hacia la ventanilla.

—Mijaíl, a la galería—dice en tono serio.

Se mete de lleno de nuevo en la lectura del periódico mientras vamos circulando hacia el centro de la ciudad en un sombrío silencio. Nikolái se gira en su asiento y me solicita que por favor le envíe las direcciones a las que tenemos que acudir en el día de hoy. Viendo que Alexandr no está muy por la labor de mantener ninguna conversación me dedico a pasarle a Nikolái lo solicitado. Le pregunto por Pyort. Ya me he acostumbrado a su presencia y me dice que hoy tiene el día libre. Llegamos a la galería justo cuando Jane está asegurando su bicicleta. El vehículo se detiene en la puerta. Informo a Alexandr que no acudiremos a la primera reunión hasta dentro de un par de horas y que ahora hay papeleo que tengo que terminar. Él se empeña en subir conmigo y que le vaya explicando el desarrollo de mi trabajo.

—Buenos días—nos saluda Jane alegremente—Hoy habéis madrugado. ¿Tessa, dónde está tu café? Te veo extraña sin un café por la mañana.

—Buenos días—contestamos al unísono.

—He visto que nuestra reunión se ha cambiado a mañana—me comenta interrogándome con los ojos.

—Sí, yo también me he enterado esta mañana—le comento entrando y empezando a subir a la oficina por las escaleras.

Una vez arriba busco la silla que creo que es la más cómoda y la pongo frente a mi mesa. Le indico a Alexandr que por favor, espere un momento, que enseguida estoy con él y dejo

enciendiéndose el ordenador. Jane y yo nos dirigimos al baño.

—¡Oh! Hoy está insuperable con ese traje—me dice con una sonrisita—¿Sabes por qué nos han cambiado toda la agenda de hoy?

—Supongo que Alexandr se ha levantado esta mañana y ha decidido modificar todo para que pudiera asistir.

—¿Pero ha pasado algo?—me pregunta repasándose el carmín rosado de sus labios.

—No, nada que yo sepa. Y hoy es el día menos indicado. Tengo un cansancio que no me explico y la cabeza me va a estallar.

—Desayuna y tómate algo. Verás como pronto se te irá.

Cuando salimos, Alexandr está sumido en una conversación con su móvil. Me he dado cuenta que es directo y muy serio cuando habla por teléfono. No le molesto y empiezo a revisar mi correo electrónico. Imprimo varios de ellos y los comento con Jane. Cuando regreso, Alexandr ya ha terminado con su llamada y me ofrezco a servirle un té o agua, lo cual rechaza y me informa que siempre desayuna antes de salir de casa. Todo lo contrario que yo, que siempre lo hago por el camino. Exceptuando el día de hoy que no he podido pasar por la cafetería a por mí *cappuccino* y mi *muffin* de arándanos. Así que, sumaremos a mi malestar general, el hambre que se está apoderando de mi estómago.

Saco los diferentes archivadores con material del proyecto y empiezo a explicarle todo lo que hemos estado haciendo hasta la fecha. Se sorprende de la cantidad de información que ya hemos recopilado y el orden de la misma. Somos interrumpidos en varias ocasiones por su teléfono que no deja de sonar y yo espero pacientemente a que termine, realizando otras tareas. En uno de esos momentos oigo un pequeño rugido de mi estómago. Parece que no va a parar y empiezo a sentirme a cada momento más azorada. Alexandr sonríe frunciendo el ceño y cuelga su llamada.

—¿Su estómago solo se queja cuando estoy yo delante?—me pregunta burlón.

—Discúlpeme, no es por usted. Bueno, sí—me mira abriendo mucho los ojos. Se sorprende que le comente que es el culpable del ruido de mi estómago—Yo siempre compro el desayuno de camino al trabajo.

—Cierto, lo leí en uno de los informes de Mravinsky. Pero hoy no ha ido—me dice resuelto.

—Eso ha sido porque no quería importunarlo.

—Ya veo. Y son las diez y media y usted todavía no ha desayunado, por mi culpa. Déjeme solucionar esto—me dice levantándose de su silla y saliendo de la oficina.

En menos de quince minutos vuelve a aparecer con un enorme vaso de café de la cafetería donde cada mañana acudo y en la otra mano una pequeña bolsita de papel diciendo.

—Un *cappuccino* enorme—dice gesticulando mucho al decir la palabra “enorme”—descafeinado con leche de soja y dos sobres de azúcar moreno con una *muffin* de arándanos.

—¿Tengo que asustarme porque sabes exactamente qué es lo que desayuno cada mañana?—le digo con una enorme sonrisa, casi tan grande como el vaso de café.

—No. Los informes de Mravinsky son de lo más detallados y he sabido dónde paras cada mañana y el camarero ha hecho el resto—me dice satisfecho.

—Gracias—le digo llevándome el vaso a los labios y sacando el monedero del bolso.

—Tessa, no ofendas. Invito yo—me dice atento.

—De acuerdo, solo si mañana invito yo—le digo alegremente—Recuerda no desayunar.

—Trato hecho. Anda desayuna, que ahora mismo será hora de comer.

Pasamos el día con papeles y reuniones. Vuelve a comportarse como en Londres, amable,

atento y cercano. Durante la comida me da diferentes puntos de vista del proyecto que anoto en mi agenda para llevarlos a cabo. Sabe lo que quiere y entiende cada cosa que le voy explicando. El día ha sido perfecto cuando me deja en casa, si no hubiera sido por el terrible dolor de cabeza que he tenido durante gran parte del día.

Paso una mala noche. Mi nariz ha empezado a moquear y me cuesta respirar, lo que me impide que duerma mucho a lo largo de la noche. Cuando suena el despertador ya estoy duchada y buscando por toda la casa algún tipo de medicamento que me pare los horribles síntomas del terrible resfriado que he cogido. No encuentro nada y durante la noche he acabado con todas mis reservas de pañuelos de papel que tenía por todos los bolsos. He empezado a sonarme la nariz con papel de cocina, lo que ha provocado que mis fosas nasales empiecen a pelarse. Me maquillo con esmero las terribles ojeras que se han formado bajo mis ojos y decido animarme. Las reuniones que tenemos programadas a lo largo de la mañana van a ser muy interesantes y prometí que hoy invitaría a Alexandr a desayunar.

Suena mi móvil y veo que acaba de entrar un mensaje.

“Te espero fuera, no tardes que estoy famélico”

Al salir por la puerta saludo al portero del edificio que últimamente me observa con curiosidad. Soy la persona más joven que reside en el edificio y siempre han sido muy atentos conmigo.

Veo el coche de Alexandr estacionado delante del edificio y a él apoyado en la puerta trasera, hablando con Nikolái. Impecables como siempre en su atuendo, Alexandr parece cada día sacado de una revista de moda.

—Buenos días señorita.

—Caballeros—les contesto con una leve inclinación de cabeza, entrando en el coche—Vayamos a desayunar.

Tengo la esperanza que el dolor de cabeza disminuya cuando haya desayunado. Miro a Alexandr con curiosidad. Hoy parece que ya se ha leído la prensa e inicia una conversación. Advierto que, poco a poco, cada vez, me cuesta más contestar con frases largas. Tengo que parar a respirar entre palabra y palabra. Tengo totalmente taponada la nariz.

Llegamos a la cafetería y decidimos desayunar allí mismo. A esas horas de la mañana está desierta ya que acaban de abrir. Nikolái nos indica la mejor mesa para sentarnos y eso hacemos. Enseguida se acerca una de las camareras para tomar nota de nuestro pedido.

—Buenos días, yo tomaré el *cappuccino* de cada día con *muffin* de manzana. Caliente, por favor—le solicito cerrando la carta, depositándola en la mesa y esperando que Alexandr termine de decidirse.

—Yogur con cereales, té y un *bagel* con queso fresco y mermelada de fresa, por favor. Todo tamaño grande—dice resuelto con una amplia sonrisa.

—¡Vaya! Pues va a ser cierto que estabas famélico—le digo sorprendida por la abundancia de su desayuno.

—¿Pagabas tú, verdad?—me pregunta burlón.

—Sí, pero tranquilo, lo pasare como gastos a la empresa—le digo sonriendo—Veo que haces tuyo el dicho de que el desayuno es la comida más importante del día.

Empezamos hablando del trabajo en una conversación fácil y cómoda, hasta que nos traen el desayuno. Puedo observar como a la experimentada camarera le tiembla la mano cuando sirve el tazón de té a Alexandr. Empiezo a darme cuenta que el noventa y cinco por cien de la población se siente insegura ante su presencia. Alexandr da cuenta de todo lo que le han servido. No creí

que pudiera con todo pero aquí esta, sentado enfrente, tomándose el último sorbo de té. Yo por mi parte me he tomado el café, pero no he podido terminarme la *muffin* por el terrible resfriado que llevo. Cuando es hora de pagar, intenta pagar él, pero me pongo seria y le digo que ese no era nuestro trato. Finalmente accede cuando pago con la tarjeta de gastos que me dieron cuando firmé el contrato con ellos.

La mañana es bastante animada y visitamos a dos artistas. No son lo que esperábamos. Tras ver la obra de uno de ellos, salimos muy serios del taller y subimos al coche que nos espera en la puerta. Una vez cerradas las puertas ambos nos miramos con cara de circunstancia y estallamos en risas.

—¿Se puede saber quién te ha recomendado ese pintor?—me pregunta riendo.

—Estudiamos juntos. Era el alumno más aventajado de la promoción—le explico entre risas—Pero esa explicación de su obra no me ha parecido muy cabal.

—Hasta yo podría mejorar su obra—dice orgulloso.

—No lo creas—le digo riendo.

—Anda, hagamos un descanso y comamos—me dice decidido—Creo que ya he tenido bastante por hoy.

—Sí, será lo mejor—le contesto acomodándome en el asiento trasero.

Alexandr ha reservado en el Zhurkov, así que nos dirigimos a él. Con el resfriado que llevo, no tengo hambre. Pero tengo que comer algo para tomarme alguna pastilla que me alivie de estos síntomas tan incómodos. Cuando bajamos del coche, le comunico a Alexandr que yo tengo que acercarme cinco minutos a comprar unas cosas que necesito. Me pregunta si quiere que me acompañe, pero me opongo a pasear por el centro de La Haya con la cantidad de gente que hay a esas horas, con él y toda su comitiva. Iré mucho más rápida si voy en una carrera yo sola. Él se queda realizando unas llamadas, pero insiste en que Mijaíl me acompañe. En un principio me opongo, pero cuando veo que va a ser imposible que ceda, le digo que sin problema y me encamino andando junto a Mijaíl por una de las calles principales. No recuerdo en estos momentos dónde se encuentra la farmacia más cercana y decido ir al supermercado. Allí me aprovisiono de paracetamol, un gran paquete de pañuelos de papel y una especie de inhalador con mentol para facilitar la respiración. Mijaíl me sigue en silencio, observando mis movimientos sin hacer ningún tipo de comentario, es como una sombra. Una vez pasamos por la caja y pago, lo meto todo al bolso y emprendemos camino de regreso al Zhurkov, caminando junto a la muchedumbre por el centro de la ciudad. Entramos al Zhurkov cinco minutos más tarde. Mijaíl me indica que la mesa reservada está en la primera planta. Subo con curiosidad. Nunca he estado en ese reservado y no me decepciona en la decoración. Al fondo se encuentra Alexandr junto a Olga. Están sentados en una amplia y robusta mesa, cerca de la terraza con unas armoniosas sillas de cuero rojo y marrón oscuro. Cerca hay una mesita junto a dos magnánimos sillones de cuero rojo con unos mullidos cojines. Mientras yo saludo a Olga con un cálido abrazo, veo que Mijaíl se acerca a Alexandr y le dice algo al oído. Éste le hace un casi imperceptible gesto y Mijaíl se marcha dejándonos solos. Olga y Alexandr empiezan a hablar de lo que comeremos hoy y es cuando Olga, lo mira extrañada y le dice.

—¿Todavía no te has dado cuenta que Tessa es vegana?—le pregunta muy bajito en ruso. Alexandr me mira fijamente y creo que intenta recordar cada momento que hemos comido algo juntos.

—¿Eres vegana?—me pregunta sorprendido.

—Sí—le contesto con una pequeña mueca.

—¿Y por qué no habías dicho nada?—me pregunta y dice contrariado—Nadie me había dicho nada.

—No creo que sea algo, qué pueda envilecer mi trabajo. Es algo personal—le digo casi con voz de pato. A cada minuto que pasa mi nariz se va taponando más con el resfriado.

—Te traeré una sopa caliente para ese resfriado que llevas—decide Olga por mí, con actitud maternal.

—Trae lo que quieras, Olga—sentencia Alexandr descolocado.

—Puedes comer lo que te apetezca—le digo con una pequeña sonrisa.

Olga se marcha hacia la cocina y nos deja allí, con un silencio bastante incomodo que contrasta con el agradable día que hemos tenido hoy. Ya he pasado por esto desde hace un tiempo. Ese momento en el que la gente no sabe cómo tratarte, como si fueras diferente y tiene infinidad de consejos nutricionales como si hubieran hecho un máster en alimentación en menos de cinco minutos. Impaciente estoy por escuchar la pregunta estrella de... ¿Y pescado tampoco? Finalmente, decido romper el hielo.

—Alexandr, puedes preguntar o comentar lo que quieras. Que no coma nada que tenga ojos o derivado de ellos no implica que haya cambiado de esta mañana a ahora—le digo algo preocupada por su silencio.

—Nunca había conocido una persona vegana. Me sorprende no haberme dado cuenta—dice finalmente.

—Pues ya conoces a una. Así que si en algún momento te surge alguna duda, ya sabes a quien preguntar.

Hablamos del tiempo que llevo siendo vegana, de cómo fue la transición, de lo complicado que es encontrar muchas veces platos vegetarianos en los restaurantes y de un sinfín de cosas. Para mi sorpresa es una charla agradable y sin sermones como me suele suceder a menudo. Terminamos pronto la comida. Alexandr tiene una reunión urgente y yo decido volver a casa a meterme en la cama a ver si se me alivia la pesadez de la cabeza después de tomar la medicación. Como es viernes, aprovecharé el fin de semana para recuperarme. Me dejan en la puerta de casa y Alexandr insiste en que me llamará cuando termine la reunión por si necesito algo. Creo que mi aspecto no es nada bueno, por el semblante que lleva en su cara cuando se marcha y me deja en la puerta de mi apartamento. Estoy dispuesta a utilizar el inhalador de mentol, meterme en la cama y dormir veinte horas seguidas. Cierro la puerta y corro todas las cortinas de la casa, aunque sé que pronto oscurecerá. Dejo el móvil y varios pañuelos preparados en la mesita junto a la cama y me tapo hasta la cabeza. Los violentos escalofríos no me dejan conciliar el sueño, así que decido ponerme otra manta más sobre el edredón. El cansancio y el efecto de la medicación hacen que caiga en un sopor, exhausta.

Capítulo 14

Siento una gran pesadez en los ojos, todo está muy oscuro. Me cuesta respirar, me duelen todos los músculos del cuerpo y no dejo de temblar. Intento afinar el oído a la vez que entreabro los ojos. Es a lo más que consigo en esos momentos. Alargo mi mano y alcanzo uno de los pañuelos que he dejado en la mesita. En mi embotamiento, decido inventar algo cuando me encuentre mejor, que te sostenga el pañuelo en la nariz cuando estas resfriada y no dejas de moquear. Me doy la vuelta y me decido a volver a dormir cuando oigo unos fuertes golpes en la puerta. Afino un poco más el oído, si bien es complicado por el fuerte zumbido que tengo en uno de ellos. Miro mi móvil, son las nueve de la noche, para mi sorpresa llevo más de siete horas dormitando en la cama. Salgo de la cama con dificultad, busco bajo la cama mis zapatillas de estar por casa y me paso una manta por la cabeza. ¿Soy yo o la casa está helada? Me pregunto camino a la puerta. Los golpes suenan de nuevo. No es que mi casa tenga trescientos metros de pasillo, pero voy andando pesadamente arrastrando los pies envuelta en mi manta. En ese momento, reconozco la voz masculina de Alexandr y me miro rápida en el espejo de la entrada. Alarmada ante lo que refleja el espejo, me quedo en silencio. Tal vez se marche y no tenga que abrirle con estas pintas. Mi nariz esta hinchada y roja, mis ojos tienen unos profundos y oscuros surcos alrededor, totalmente vidriosos. Mi tez es blanquecina si exceptuamos la nariz. Mis labios están secos, totalmente deshidratados de respirar con la boca y, qué decir de mi pelo. A pesar de llevarlo recogido en un moño bajo, muchas mechas se han soltado y ahora están pegadas a mi frente por el sudor ocasionado por el calor que desprende mi cabeza.

—¿Tessa?—oigo la voz de Alexandr.

—Sí—respondo escuetamente detrás de la puerta.

—¡Tessa! ¿Estás bien?—me pregunta preocupado y me ordena—Abre la puerta.

—Sí, estoy bien. ¿Se puede saber qué pasa? Alexandr, no es un buen momento—le digo volviendo a mirar mi cara en el espejo. ¡Dios mío! Parezco un personaje de *Tim Burton*.

—¿Estás con alguien?—me pregunta sorprendido.

—No—le respondo—¿A qué viene esa pregunta? No me encuentro bien, sabes que estoy resfriada.

—Tessa, abre la puerta entonces—repite.

—No. No voy a abrir la puerta. Voy en pijama y mi nariz parece un pimiento—le digo sonándome con un pañuelo de papel que llevo en la mano—Te aseguro Alexandr, que en estos momentos no puedo ayudarte con nada del proyecto. Llama a la galería, ellos te ayudarán.

—Tessa, no seas infantil. Abre la puerta, no estoy aquí para nada del trabajo. Te he dejado con un aspecto horrible. Nos tienes preocupados y no has contestado a nadie—dice muy serio—Abre de una vez la puta puerta.

—¡Madre mía! Que mala leche. Espera un momento, pero que sepas que voy en pijama y no quiero ningún comentario jocosos de mi aspecto—sentencio respirando con muchísima dificultad y girando la llave que tengo en la puerta para que pueda abrir.

—De acuerdo, de acuerdo—oigo al otro lado de la puerta.

Giro la última vuelta, entreabro la puerta unos milímetros y me aparto un poco de la puerta. Alexandr la empuja levemente y lo veo con un codo apoyado en el quicio de la puerta y su mano muy cerca de la frente. A su lado veo a Nikolái y Mijaíl.

—¡Perfecto, ha llegado toda la comitiva!—digo con una voz que parece que sale de ultratumba—En serio, Alexandr, no me encuentro bien, estoy mareada y ...

—Siéntate, vamos a ver—me interrumpe y entrando en la estancia pregunta—¿Qué te estás tomando? ¿Has cenado algo?

—Me he quedado dormida. Ahora me tomaré un paracetamol y me volveré a meter en la cama. ¿Qué hacéis aquí?—le pregunto en el momento en el que alarga su brazo y con el dorso de su mano toca mi frente para comprobar mi temperatura.

—Traeré un analgésico—oigo a lo lejos—¿Dónde los tienes?

Mi cabeza da vueltas y de vez en cuando se me va la imagen de ellos en mi salón, la imagen viene y va. Estoy a punto de perder el equilibrio en dos ocasiones. En una de ellas, veo que Nikolái observa detenidamente mi apartamento. De sopetón, siento que el vértigo me invade y toda la estancia se convierte en una nube negra que me alcanza desde los pies.

Alguien me sostiene la cabeza y me da pequeños golpecitos en la cara. Los ojos me pesan demasiado y no los puedo abrir. Solo quiero seguir durmiendo y que los escalofríos se vayan. Oigo pasos rápidos y gente hablando, me siento transportada como si no pesara nada y fuera flotando. Un portazo, mis brazos pesan, la cabeza me retumba y de nuevo se hace la paz.

Despierto sobresaltada cuando un foco de luz me da en los ojos directamente. Gruño e intento mover uno de mis brazos pero pesan demasiado en esos momentos. Finalmente la cegadora luz se aparta de mis ojos y entreveo una mujer con bata blanca que habla y sonríe ampliamente. Dirijo la mirada a donde ella sonríe y veo a Alexandr. Vuelve a tener el ceño fruncido escuchando las palabras que le dicen. Se pasa una mano por el pelo. Me he dado cuenta que eso lo hace cada vez que no se siente cómodo.

—¿Hola?—logro decir finalmente. Ambos se acercan rápidamente a la cama—¿Dónde estoy?

—Señorita García, no se preocupe, está en buenas manos. ¿Qué tal se encuentra?—me pregunta con una sonrisa exagerada.

—Me escuece el brazo—digo con un hilo de voz demasiado nasal para mi gusto, provocando un ataque de tos.

—Es un gotero, estaba usted deshidratada. El señor Zhurkov la ha traído hasta el hospital cuando se ha desmayado. Le hemos puesto antibióticos, pero hasta dentro de unos días no se encontrara usted mucho mejor. Enseguida pasará una enfermera.

Alexandr se acerca a la cama y hace una pequeña mueca.

—¿Te encuentras mejor?—me pregunta amablemente ya sin su ceño fruncido.

Debo de tener un aspecto horrible para que me mire con esos preciosos ojos de forma tan afable. Se lo digo y me vuelve a dar un ataque de tos. La verdad es que no suena nada bien y me duele mucho el pecho y la cabeza. Me cuenta que durante toda la tarde intentó hablar conmigo para saber si me encontraba mejor y al no contestar aviso a Jane, quien estaba en la carretera de escapada romántica con su marido. Y Hans, que era el otro contacto que le dio Jane estaba, según su secretaria, camino de Zúrich. Preguntaron a Pyort si sabía de alguien más y les comentó lo que había sucedido en el supermercado. Por eso decidió asegurarse de que nada hubiera pasado.

La enfermera me comenta que cuando acabe el gotero puedo ir a casa, pero necesito descansar y tomar puntualmente la medicación durante los días marcados. Le indico a Alexandr

que pueden marcharse. Llamaré un taxi y ya me las arreglaré sola. Me siento bastante incómoda en pijama de nubes frente a su impecable traje oscuro. Mientras termina el gotero no puedo evitarlo y vuelvo a dormirme. Siento todas mis extremidades irracionalmente pesadas. Vuelvo a abrir los ojos cuando siento que alguien me toca el brazo, es la enfermera quitándome el gotero. Estoy terriblemente cansada. A través del cristal de mi habitación veo a Alexandr hablando con su teléfono móvil, pero cuando me ve despierta, cuelga y vuelve a entrar.

—¿Preparada?—me pregunta amablemente—El médico me ha dado las instrucciones de tu medicación.

—Sí, gracias, por todo—le digo quedamente.

—El médico ha dicho que te sentirás muy débil al principio por la infección. Pero en un par de días, con la medicación y comiendo, recuperarás las fuerzas.

Intento levantarme costosamente de la cama y es entonces cuando me doy cuenta de lo débil que estoy. Alexandr me ayuda a incorporarme y viendo que me tapo el pijama con infantiles nubes blancas, se apiada de mí y me ofrece su chaqueta. Me la pongo rápidamente y me la cruzo con los brazos sobre el pecho. Me acompaña junto a Nikolái a firmar los papeles del alta y nos dirigimos a una puerta lateral, donde nos espera el coche. Por el camino, me doy cuenta que Nikolái me observa detenidamente y se desespera por mi lentitud, mientras que Alexandr va a mi lado sujetándome pasando uno de sus brazos por mis hombros. Llego al coche y es como si hubiera corrido la media maratón. Cuando estoy oportunamente sentada en el asiento trasero, noto un incesante cosquilleo en la zona de las costillas. Me toco la zona y me doy cuenta que es el teléfono de Alexandr. Lo lleva en modo vibración y va en el bolsillo de su chaqueta. Lo saco y se lo entrego, no sin antes ver el nombre de Anderson parpadear en la pantalla. Mis ojos, sin poder evitarlo, van cerrándose y de fondo cada vez más lejos oigo a Alexandr hablar en ruso por teléfono y más tarde con Nikolái. La cabeza y las extremidades me pesan, intento mantenerme despierta sin lograrlo.

Creo que el coche ha parado, balbuceo algo que creo que no tiene sentido ni para mí. Es como si fuera totalmente drogada y no controlo nada de lo que hay a mi alrededor. Noto que alguien me alza y floto, floto, vuelvo a flotar. Vuelvo a oír pasos y a Alexandr hablar. Cuando vuelvo a intentar abrir los ojos, todo está en silencio y me acurruco en la cama con unos confortables cojines.

Oigo una puerta que se abre y se cierra. Intento incorporarme pero no puedo. Es Alexandr, ¿qué hace él en mi habitación? Me ayuda a incorporarme y me da una cucharada de algo pegajoso que sabe a rayos. Le pido más pañuelos y me los deja al lado de la cama junto a una jarra y un vaso de agua. Me vuelvo a hundir entre las suaves sabanas y él me tapa con ellas. Descansa, oigo a lo lejos antes de volver a dormirme.

Me duele la garganta y tengo los labios secos. Ya no tengo tanto frío y me giro en la cama intentando quitarme mantas de encima. Tengo todos los músculos entumecidos. Abro los ojos y lo veo allí, sentado en un butacón durmiendo con las piernas cruzadas, un portátil sobre ellas y la cabeza totalmente echada hacia atrás. Le oigo respirar, parece cansado. Miro a mi alrededor, no conozco esta habitación. Es espaciosa y con muebles de diseño oscuros, transmiten bienestar y tranquilidad o por lo menos a mí me lo parece. Afino el oído. No se escucha nada, solo su cansada respiración y a lo lejos el suave sonido del canto de algunos pájaros.

La fascinación me invade por completo observando sus perfectas facciones, vestido de manera informal, con vaqueros y una camiseta. La sombra de la barba empieza a aparecer en su rostro. Me resulta extraño poder observarlo tan fijamente con total libertad. Parece que esto

confirma que él también duerme. Está tan tranquilo que me sorprende. Me muevo un poco en la cama para incorporarme, y cuando vuelvo a mirar en su dirección, me mira.

—Buenos días. Parece que finalmente has vuelto a la vida—me dice mirando el reloj de muñeca para a continuación peinarse con los dedos de la mano el pelo.

—Buenos días ¿Dónde estoy?—le pregunto recomponiéndome en la cama.

—En mi casa. No estabas en condiciones de irte a la tuya sola—me dice cerrando el portátil y dejándolo en el suelo—Es hora de la medicación.

Lo veo que se acerca a la mesita y coge un frasco, lo abre y echa en un pequeño dosificador.

—Abre la boca—me indica acercándose el dosificador.

—Espera. Yo puedo—le digo cogiendo el dosificador y llevándomelo a los labios. Trago y exclamo—¡Agrr, esto está espantoso, qué asco!

—Lo sé, me lo has dicho cada vez que te lo has tomado. Toma un poco de agua—dice vertiendo agua de la jarra que hay en la mesita en un pequeño vaso. Acerca de nuevo el dorso de su mano a mi frente y resuelve—Ya te ha bajado la fiebre. Pediré que preparen algo para que comas.

—No es necesario, me marchare a casa. No quiero ser una molestia—le digo— Disculpa, necesito ir a un baño.

—No es ninguna molestia. Esa puerta de la derecha. Avísame si necesitas algo.

Me levanto con dificultad, estoy débil, pero me encuentro mejor que antes. Los escalofríos ya han cesado. Voy en pijama, lo que me hace sentir algo incomoda. Me encamino hacia la puerta del cuarto de baño y cuando abro me asombra ver el lujo con el que ha sido decorado. Me encanta la disposición y el mármol amarillo que resalta por su pulcritud y sencillez. Cierro la puerta y me veo reflejada en el espejo del baño. Pego un pequeño grito. ¡Qué espanto! ¿Cómo puedo tener semejante aspecto? Parezco un zombi recién sacado de The Walking Dead. En ese momento oigo una casi imperceptible risa al otro lado de la puerta.

—Alexandr—digo casi en un susurro entreabriendo la puerta.

—¿Sí?—me pregunta amable y muy tranquilo desde el sillón. Parece que está disfrutando con la situación.

—Necesito mi ropa—le digo algo molesta.

—Pues solo trajiste el pijama que llevas puesto. Espera, voy a traerte algo de ropa y mientras comemos y hablamos de cómo solucionarlo—sentencia, y oigo que sale por la puerta.

Sobre el mármol del lavabo encuentro todo tipo de productos cosméticos. Hay pequeñas muestras de cremas, serums, jabones, aceites, etc., todos con unos refinados aromas. También encuentro un cepillo para el pelo y otro para los dientes. Este es el cuarto de baño ideal. Esta mejor abastecido que los hoteles. Mientras estoy intentando cepillar y recomponer mi cabello en un apretado moño, oigo unos leves golpecitos en la puerta. Me avisa que ha dejado ropa sobre la cama y que me espera en el piso de abajo. Me acicalo lo más rápido posible y salgo a ver qué ha dejado sobre la cama. Hay una camiseta gris claro, unos pantalones de pijama a cuadros grises y beige y, finalmente unos gruesos calcetines junto a un suave cárdigan de hombre de gruesa lana blanca con bordados y grandes botones de madera. Definitivamente tiene buen gusto. Empiezo a vestirme. La ropa emana una ligera fragancia que creo que es una mezcla de su perfume y el jabón utilizado. Me ajusto con un fuerte lazo la cintura del pantalón y me hago un dobladillo manual en los bajos de cada pierna. Me envuelvo en la suavidad de su enorme cárdigan y meto mi móvil en uno de sus bolsillos.

Salgo al pasillo. Todo está en silencio, no recuerdo haber subido a esa planta. Miro a ambos

lados y finalmente decido ir hacia la izquierda pasando por un amplio pasillo con elegantes objetos. Llego al final de ese pasillo y vuelvo a girar a la derecha. Desde allí ya puedo divisar unas espaciosas escaleras que llevan a la planta baja. Al final de las escaleras encuentro una pequeña sala oval donde aparece un hombre perfectamente vestido con uniforme y me saluda atentamente.

—Señorita García. Sígame por favor—me dice en un todo refinado.

Nos dirigimos a un pasillo situado en la parte trasera de las grandes escaleras de mármol. Pasamos por unas amplias puertas dobles de cristal con unos detallados adornos hasta llegar a una completa cocina con una gran isla en el centro.

—Ya estás aquí—dice al vernos entrar—Ya has conocido al señor Cherkessov y ella es su esposa, la señora Cherkessov.

—Señora, señor Cherkessov—les saludo con una leve inclinación de cabeza intentando pronunciar correctamente el apellido.

—¿Te apetece comer aquí o en el salón?—me pregunta alegremente.

—Me da igual, donde prefieras—le digo admirando la increíble cocina que se extiende ante mis ojos.

—Eres mi invitada, tú decides. Ya le he explicado a la señora Cherkessov que eres vegana.

—¡Ah! Perfecto. Me parece bien aquí—le digo sin saber sus costumbres—Gracias por la ropa.

—De nada. La comida estará en breve—resuelve pidiendo que me acerque y me sienta junto a él—¿Quieres algo para beber?

Mientras esperamos me sirve un vaso de agua y él se sirve una copa de vino tinto. Me pide que escriba a Jane y a Hans. Que les comunique que me encuentro mejor. Miro mi teléfono y encuentro distintas llamadas perdidas y mensajes de texto. He estado dormitando con fiebre bastante alta durante horas. Alexandr me recuerda cómo se preocuparon al no tener noticias mías y tras leer el detallado informe de Pyort acudieron a mi casa. Cómo me desmaye y casi me caigo al suelo si no hubiera sido por los reflejos de Nikolái. Me habían llevado al hospital. Cuando me dieron el alta e iba medio inconsciente por la medicación y sin poder encontrar a ningún contacto cercano, decidió traerme a su casa. Explica que me he pasado tosiendo, estornudando, quejándome y balbuceando cosas en castellano. Cuando se da cuenta, por mi expresión, de que me encuentro mejor, añade.

—Y gracias al cielo estás mejor. Ahora finalmente podré descansar, porque menuda manera de roncar, toser tirando microbios como un difusor de jardín y acabar con toda las provisiones posibles de pañuelos. Voy a tener que contratar a un equipo especializado en la desintoxicación de espacios para poder volver a utilizar esa habitación—me espeta burlón con una mueca divertida

—Pues que yo sepa, cuando me he despertado el que dormías eras tú. Realmente estas obsesionado con mis ronquidos—le digo cautivada por su buen humor.

—Después de comer mandaré a alguien a por ropa a tu apartamento—me dice resuelto—Ahora, come algo.

Una vez servida la comida me doy cuenta del hambre que tengo. Tomamos sopa especiada, un delicioso estofado de patata con setas y diferentes tipos de pan. Decidimos no hablar por un momento del proyecto, hablamos de la succulenta comida y de la maravillosa cocina con bellas vistas al bosque, donde se aprecia como mudan de dorado a rojo las hojas de los abruptos árboles. Decide que tomaremos el té en el salón y que hoy será el primer día que encienda la

chimenea. Por el camino, me muestra alguna de las estancias por las que vamos pasando. Por un suntuoso comedor, por las puertas dobles que hace un rato me habían llamado la atención, que resulta ser una elegante biblioteca y finalmente llegamos a un majestuoso salón. Todo en él irradia calor de hogar transmitido por la profusión de maderas y piedra natural. Elegante, sin caer en la ostentación, si bien con todo lujo de detalles tanto en sus cortinas, muebles, alfombras y sofás. A un lateral del salón, junto a un gran ventanal que da a una cuidada terraza trasera, hay un resplandeciente piano de cola. Acercándome al piano le pregunto.

—¿Sabes tocar?—le digo maravillada.

—No, ¿y tú?—me responde natural.

—Nooo, eres tú el que tiene un increíble piano de cola en su salón. No yo—le digo riendo ante su cara de sorpresa.

—Fue cosa de la decoradora. Le dije que no, pero insistió tanto, que finalmente lo dejó—dice agachándose frente a la chimenea y guiñándome un ojo resuelve—Pero sí que sé encender una chimenea.

Nos sentamos en uno de los sofás con un delicioso té en las manos frente a la chimenea. No mentía cuando decía que sabía encenderla. Indiscutiblemente, este hombre es un cumulo de sorpresas. Por la puerta aparece Nikolái que le comunica que tiene una llamada. Le digo que no se preocupe, que vaya y que no quiero ser un estorbo. Sale junto a él.

El chisporroteo de las llamas me hechiza mientras me termino el té. Algo en uno de los laterales de la chimenea llama mi atención. Son diferentes fotografías. Miro una de ellas. Es evidente que el niño pequeño de increíbles ojos azules y cabello rubio, es Alexandr. Está junto a una mujer joven, con ropa muy elegante y una amplia sonrisa mirando con gran cariño al niño que lleva en sus brazos.

Me vuelvo a sentar en el blanco sofá rodeada de cojines. Saco mi móvil, contesto los mensajes y con el calor del fuego vuelvo a caer de nuevo en un dulce sueño reparador.

Oigo un suave ruido de alguien escribiendo con un teclado, es casi inaudible. Estoy totalmente tumbada en el sofá con una cálida y suave manta sobre mí. La estancia solo está iluminada por el fuego de la chimenea y una pequeña lámpara que se encuentra sobre una mesa auxiliar al lado del sillón donde se encuentra Alexandr, con su ordenador portátil y una taza de té.

—Lo siento, me he vuelto a dormir—le digo incorporándome y bostezando—No he podido evitarlo.

—Ya veo—me dice con una mueca.

—¿No me lo digas? No te he dejado trabajar por mis terroríficos ronquidos—le digo con ironía.

—No, esta vez no has roncado—me informa con la vista clavada en la pantalla de su ordenador.

—Vaya—le digo sorprendida por su falta de ingenio humorístico hacia mi forma de dormir.

—Pero te puedo asegurar que los agudos pitidos que salían de tu nariz cuando respirabas, eran ciertamente siniestros y espeluznantes—dice muy serio para terminar con una amplia sonrisa en su cara—Dame unos minutos, término este informe y hacemos algo.

No puedo evitar sonreír. Es una persona completamente distinta en el trabajo y en casa. Pasa bastante más que unos minutos, pero finalmente cierra el ordenador, lo deja en la mesa y se levanta de su sillón. Vuelve a poner el dorso de su mano en mi frente y comprueba que no me ha subido la fiebre. Me pregunta qué me apetece hacer. Es sábado por la noche y me sorprende que

no tenga planes. Me enseña otra parte de la casa, hasta que llegamos a la parte opuesta de donde nos encontrábamos. Esa parte está distribuida con una enorme sala de estar con billar y una diana electrónica colgada cerca de otra chimenea. También hay un gimnasio, piscina cubierta y una sala de televisión con una pantalla gigante. Decidimos correr hacia la cocina, hacer palomitas y volver para ver una película en tres dimensiones de la amplia colección de películas que tiene en una estantería tras los butacones. Me siento cruzando las piernas encima del sillón, me pongo las gafas 3D, coloco a mi lado el bol de palomitas que hemos hecho para compartir y exclamo ¡Preparada! Solo interrumpimos nuestra increíble tarde de cine por un terrible ataque de tos que hace que tengamos que parar la película para beber agua, y a la hora de la cena. La señora Cherkosov decide prepararnos una socorrida pizza y continuamos con nuestra sesión maratónica de películas.

Noto que alguien me toca un hombro zarandeándome suavemente, lo que provoca que me acurruque más en mi sitio.

—Tessa, despierta. Vámonos a dormir—oigo que dice Alexandr pacientemente—La película ha terminado.

—Yo ya estoy durmiendo—le contesto entre sueños.

—¡Vaya! Eres como “*Ricitos de Oro*”—dice bromeando y, agachándose, pasa uno de sus fuertes brazos por debajo de mis piernas, el otro por la espalda y me levanta del sillón. Apoyo mi cabeza en su hombro y cuando vamos a empezar a subir por las escaleras, añade—Que sepas que esto no viene contemplado en ninguna de las cláusulas del contrato.

—Lo sé, pero no estamos en el trabajo y simplemente lo haces por lo encantador, amable, caballeroso y gentil que eres conmigo cuando quieres—le balbuceo en sueños.

Cuando llegamos a la habitación abre todavía conmigo en brazo, me deja en el suelo, me ayuda a quitarme su chaqueta y aparta las sabanas para que pueda meterme en la cama. Una vez tumbada en la cama me arroja delicadamente. Antes de cerrar la puerta oigo que susurra, “*dulces sueños*”.

Capítulo 15

Me despierto bastante más aliviada por haber podido tener un sueño reparador. Miro el móvil, las nueve y media de la mañana y yo todavía en una cama extraña. Veo un mensaje que me llama la atención.

“Bella durmiente, cuando despiertes mándame un mensaje y decidimos qué hacemos hoy”

Me levanto de la cama y voy a darme una reconfortante y rápida ducha cuando veo una bonita bolsa sobre una silla de la habitación. Miro dentro y encuentro ropa. La saco de la bolsa y me quedo maravillada. Él no puede ser el que la haya elegido, así que en silencio doy las gracias al buen gusto de la dependienta que le ha mandado la ropa. Decido no discutir sobre la ropa con Alexandr y disfrutar de ella. Se preocupó por mí y ha cuidado para que me recuperara en estos dos días. Tras la ducha, compruebo que la ropa es perfecta. Tengo camisa, pantalones, chaqueta y unos confortables zapatos planos.

“Ya despierta. Mándame tu localización para no perderme por tu enorme casa”

Envío el mensaje. Antes de esperar a su contestación, decido aventurarme y husmear un poco para localizarlo. Cuando he pasado las escaleras que dan a la planta baja, decido continuar por el pasillo. Me he fijado que hay sensores de movimiento y cámaras a la entrada del mismo. Se abre una puerta y aparece Nikolái ante mí. Observo que en la habitación hay dos personas más mirando unas pantallas y hablan entre sí, señalando algo de una pantalla en ruso.

—Señorita García, usted no tiene permiso para estar en aquí—me dice grosero.

—Buenos días, Nikolái. Yo, yo estaba buscando a Alexandr, discúlpeme—le digo intentando parecer arrepentida por mi osadía de investigar la casa sola.

—El señor Zhurkov está en su despacho. La acompaño, venga conmigo—me informa y comienza a andar a grandes zancadas bajando las escaleras.

Nikolái me lleva a una puerta junto a la biblioteca a la que se accede por un pasillo tras una gran escalera que ayer no vi. La puerta esta entreabierta, pero a pesar de esto, Nikolái llama a la puerta respetuoso. Alexandr desde dentro contesta.

—Adelante—Nikolái abre la puerta y le informa que estoy allí. Alexandr dice con una sonrisa cuando me ve—Buenos días ¿Cómo te encuentras?

—Buenos días, bien. Mucho mejor—le digo y veo a Nikolái que se marcha y cierra la puerta.

—¿Tienes hambre?—me dice bajando la pantalla de su portátil hasta cerrarlo y levantándose de su sillón—He pensado que después de desayunar, si no tienes nada que hacer y te encuentras mejor, podrías darme tu opinión sobre unas ideas que tengo.

—Me parece perfecto—digo más animada por la ausencia de síntomas del resfriado.

Nos encaminamos a la cocina, donde le doy las gracias por la ropa y el desayuno. Alexandr ya desayunó hace tiempo, pero se sirve un té y me acompaña. Comentamos las películas que vimos ayer y le pido que me cuente el final de la última. Se niega, me dice que así tendremos excusa para preparar otro maratón de cine con palomitas y pizza vegetal. A media mañana le acompaño a su despacho y me enseña diferentes informes y fotografías de obras que está interesado en adquirir desde hace un tiempo. Su despacho es amplio y luminoso, con un estilo

mucho más sobrio que la oficina de la Torre Zhurkov. Pone una silla junto a su sillón y empezamos a trabajar. Todo en ese despacho es orden, totalmente opuesto al de Sergei que tiene toda la mesa llena de papeles, siempre. Pasamos las horas hablando de tecnicismos, viendo pros y contras de cada obra que me muestra. De vez en cuando le miro cautivada por esa forma de hablar. Sin duda es una persona inteligente, culta y disfruta con lo que hace. En una de las ocasiones nuestras manos tropiezan al ir a coger uno de los folios que hemos impreso, me quedo paralizada por la sensación de descarga que siento en ese momento. Hay más de una ocasión que lo sorprende mirándome con esos intensos ojos azules que hipnotizan. Hace que el pulso se me acelere constantemente.

—Creo que es hora de irme, ya casi es la hora de comer—le digo echándome hacia atrás en la silla.

—Hace un día despejado. Vayamos a comer a la playa—me dice con una media sonrisa que me tienta—Conozco un sitio que te gustara.

—¿Estás seguro?—le pregunto—¿No hay nadie esperándote o algo más interesante que hacer?

—Claro que sí, en estos momentos no tengo nada más interesante que hacer que comer y mantener una agradable conversación contigo—saca su teléfono y avisa a Nikolái que saldremos a comer.

Ordenamos todo lo que tenemos sobre la mesa y volvemos a dejar el despacho impecable. Nikolái aparece de nuevo y dice que está todo preparado y sin ningún contratiempo. Según tengo entendido vamos a Noordwijk, una bonita ciudad en la costa hacia el norte. Nos dirigimos a la entrada principal donde se encuentra un zaguán presidido por un elegante armario con cubículos para calzado y otro empotrado, con ropa de abrigo.

—Ponte esto, no quiero que por mi culpa vuelvas a resfriarte—me dice cogiendo una suave bufanda azul y un gorro a juego que huele a él.

Alexandr me ayuda a ponerme la bufanda y me la ajusta, con el gorro de lana hace lo mismo bajándolo hasta tapar mis orejas. Saca otro juego de bufanda y gorro para él y salimos por la señorial puerta principal. Andamos por un camino empedrado que rodea la edificación donde emerge un majestuoso jardín. Contigua a lo que creo que es una piscina, hay una edificación de piedra con una pequeña torre con un antiguo reloj en el centro. Es un garaje para varios vehículos y tras éste, encontramos un helicóptero. Me freno en seco y Alexandr se gira y me mira detenidamente.

—¿No me digas que te da miedo?—me pregunta levantando la voz por el ruido que hacen las aspas al girar.

—No. Bueno, no lo sé. Nunca he subido en uno de estos—le digo sujetándome el pelo y le pregunto casi gritando—¿Pilotarás tú?

—No, a no ser que quieras que nos estrellamos. Nunca pase de la tercera pantalla en el simulador de vuelo de la Play Station—me dice irónico con una amplia sonrisa—Vamos, no temas, nos llevara un piloto experto.

Agarro la mano que me tiende y subimos. Alexandr me indica dónde colocarme y me ayuda con el cinturón de seguridad. Mijaíl cierra la puerta y el ruido desaparece. El helicóptero posee grandes ventanales desde donde, según explica Alexandr, podremos disfrutar de unas maravillosas vistas de los bosques hasta llegar a nuestro destino. El cuerpo del aparato está totalmente aislado y hace un despegue muy silencioso. La zona para sentarse esta tapizada en piel suave con un diseño ergonómico. Yo diría que tiene capacidad para unos nueve pasajeros.

Los colores cálidos de su decoración hacen que su interior sea muy acogedor. También tiene todo un sistema de entretenimiento para los pasajeros con dos pantallas planas, DVD y sistema de sonido con altavoces, todo controlado a través de controles en una pantalla táctil.

Según nos elevamos puedo observar la vasta propiedad que dejamos atrás. Está protegida por una puerta de seguridad doble, cancelas y una gruesa valla perimetral con cámaras. Sobre la fachada dos imponentes torres indican la grandeza de la propiedad con más de tres kilómetros de árboles centenarios formando un pequeño bosque junto a un canal. Vamos viendo pasar el majestuoso paisaje frente a nuestros ojos, los bosques, las dunas y los pequeños enclaves turísticos. Observamos a lo lejos el terrible atasco en la carretera general que lleva a las zonas costeras. El mar está algo embravecido y hace que se formen pequeñas y continuas crestas blancas en su superficie. Tras unos veinte minutos que me saben a poco, el piloto avisa que vamos a aterrizar. Veo que lo hacemos junto a un lujoso hotel de Noordwijk situado en primera línea de playa. Cuando aterrizamos, Alexandr me indica que almorzaremos en el BeachClub del mismo. Nos dirigimos a través de un pequeño camino hecho con tablones de madera hasta la playa. Es una pequeña edificación de madera, pintada de blanco y azul claro, con grandes ventanales, situada sobre la arena.

Nada más entrar, se encargan de nuestras chaquetas y ropa de abrigo. Por dentro es una construcción amplia y diáfana con bonitas mesas perfectamente decoradas y en el centro de la estancia, una zona ancha y con una lujosa chimenea encendida rodeada de sofás de piel marrón junto a mesas auxiliares. Nuestra mesa, elegantemente vestida, está junto a unos ventanales desde donde se aprecia el mar al fondo. Un camarero al momento está atendiendo nuestras comandas y justo cuando empiezo a preguntarme cómo es posible que le hayan dado tan rápidamente la mejor mesa del local, se acerca a nosotros un hombre elegantemente vestido que nos saluda de forma encantadora y cordial. Es el gerente del hotel. Ha venido expresamente a saludar a Alexandr. Se conocen desde hace algún tiempo y me entero que tienen una partida de golf pendiente.

Degustamos una exquisita comida en un ambiente acogedor y tranquilo Alexandr me aclara que es un buen jugador de golf, pero lo que realmente le apasiona es jugar al fútbol. Por ello, nada más pensar que se trasladaría a Los Países Bajos, adquirió un equipo de fútbol que en estos momentos está en unas de las primeras posiciones de la liga. Se entusiasma y disfruta hablando del fútbol y reconoce que de pequeño quiso ser jugador profesional. Recuerdo que vi, sobre uno de los laterales de la chimenea de su casa, la foto de un pequeño Alexandr, vestido con una encantadora equipación de fútbol y un balón enorme para sus pequeñas manitas. El tiempo pasa volando hablando durante la comida y tras terminar con el postre, propone dar un pequeño paseo por la orilla del mar.

Decidimos desprendernos del calzado para poder andar más cómodamente por la arena. Siempre me ha gustado el mar, el olor a sal que desprende cuando te acercas a la orilla. La vista de las gaviotas sobrevolando el cielo, el vaivén de las olas rompiendo en la orilla. Le comento a Alexandr que este horizonte me trae a la mente uno de los cuadros de Andrei. Fue uno de los primeros que se vendieron el mismo día de la exposición y nunca pude llegar a saber quién lo compro. Fue una obra que me hipnotizó por los azules que me recordaban al mar de mi ciudad. Hablamos animadamente de donde me crié, en una ciudad de la costa española, con mi añorado Mediterráneo. Alexandr escucha atento lo que le cuento de mi infancia y yo hago lo propio cuando él hace lo mismo. Caminamos, reímos y nos atrevemos con alguna que otra confidencia durante el paseo, hasta que decidimos que nos estamos alejando demasiado y es hora de regresar.

En todo momento hemos sido vigilados por cuatro hombres de su escolta que ahora nos acompañan de vuelta al helicóptero que nos lleva a su casa. Su equipo juega hoy, pero decido no acompañarlo y él se marcha hacia el estadio mientras otro de sus vehículos me deja en casa. Necesito descansar y adelantar algo de trabajo que tengo en mente. Pero antes de despedirnos me pregunta de manera gentil.

—¿Estarás bien?—me pregunta tapándome las orejas con el gorro de lana y una sonrisa.

—Estaré bien—le confirmo.

—Si me necesitas, recuerda, me tienes en tu marcación rápida—dice acercando sus labios a mi mejilla casi rozando la comisura de los labios. Se gira guiñándome un ojo acercándose a su coche—Descansa y no trabajes mucho.

Nada más entrar por la puerta, después de que Pyort me deje en mi pequeño apartamento, me dirijo al salón y enciendo el portátil donde paso más de una hora escribiendo un informe. Me doy un baño relajante. Aprovecho y llamo a Jane para asegurarle que estoy bien. La oigo enloquecer cuando le cuento lo sucedido el fin de semana.

Capítulo 16

Suena el despertador y me levanto acelerada. Esta semana puede ser determinante. Estoy metiendo todo lo necesario en el bolso, cuando recibo un mensaje de Pyort. Está en la puerta, esperándome para llevarme al trabajo. Decido no discutir con él, sé que cumple órdenes y todavía me cuesta respirar para ir en bicicleta al trabajo.

Le indico que tengo que parar dos minutos a por unas flores y a por el desayuno. Duda unos instantes de las flores, pero le informo que las tengo reservadas y que tengo que pasar a por ellas. Para en doble fila mientras yo me acerco al puesto de flores de Marcel.

—Buenos días, Tessa. Tengo tus flores preparadas, aunque ya es tarde y dudé que pasaras—me dice con una sonrisa entrando en el puesto—Este es tu *bouquet*. Espero que recuerdes el simbolismo de las flores. Toda la información está en ellas.

—Gracias Marcel, lo recuerdo—le indico y le informo pasándole un paquete de tabaco—El médico me ha prohibido fumar hasta que no se me vaya el resfriado. Tal vez tú quieras aprovechar el último cigarro que me queda.

—Es un detalle por tu parte—me dice metiéndose el paquete de tabaco en su bata azul—Te llamaré si llega alguna flor especial.

Se despide y empieza a atender a otros clientes que esperan su turno. Una vez en el coche, Pyort, quien ha estado atento a mi parada, repara en lo inusitado de la belleza del *bouquet*. Está realizado con flores muy oscuras. Paramos a por nuestro café de la mañana y nos encaminamos a la galería. Me concentro en todo el papeleo pendiente, llamadas y pedidos. A las dos nos anuncian que tendremos una reunión importante a la que debemos acudir en las oficinas de Zhurkov.

A la hora convenida Jane y yo nos presentamos en el edificio. Entrar por la seguridad ya es toda una rutina, pero justo cuando nos dirigimos al ascensor, aparece Nikolái a nuestra espalda y nos indica que subamos por otro ascensor. Es el que utilicé la última vez que estuve aquí.

—El señor Zhurkov está reunido, pero me ha solicitado que les acompañe—dice serio.

Nikolái aprieta el botón y me doy cuenta que es un detector de huellas dactilares. Por eso el ascensor suele estar vacío, no puede entrar todo el mundo. Jane se maravilla con el despliegue de seguridad para poder acceder a la reunión. Entramos a una sala donde ya se encuentran Katia con otros de sus colegas que nos presenta amablemente. La exposición empieza sin que el asiento de la cabecera haya sido ocupado. No he vuelto a saber nada de Alexandr y aunque parezca extraño añoro su presencia. El tiempo va transcurriendo y más de una vez Katia repara que miro hacia el pasillo. ¿Cómo ha podido cambiar tanto mi percepción de una persona? ¿Cuál es el motivo por el cual me siento sola si no sé nada de él? Sé que no debo seguir con esta obsesión, es mi jefe y es simplemente trabajo y en algún momento terminara y dejare de verlo. Nunca había sentido nada similar con cualquier otro hombre, que me hubiera atraído. Esa atracción inexorable, ese querer saber más, que me cuente cosas y que cuando menos lo espere suelte alguna de sus impertinencias con una amplia sonrisa en su rostro. Observar como toma delicadamente el té o lee la prensa, como lee los informes en silencio, como se abrocha la chaqueta del traje cuando se levanta de su silla tras finalizar una reunión. Se oye un leve murmullo en el pasillo y aparece tras

Anderson, uno de sus hombres de confianza, hablando con su teléfono móvil. Inexplicablemente me pongo nerviosa y me enderezo en mi silla. Katia, que está en todo, presta atención hacia donde yo miro y sonrío.

—Señoritas, señores. Siento el retraso. Continúen por favor—dice ocupando la silla que preside la mesa y observando la pantalla donde se está desarrollando la reunión.

Coge su móvil y empieza a escribir algo. Intento disimular y no mirar, pero veo que Jane escribe en unos de los folios donde está escribiendo anotaciones sobre la reunión. “Creo que me acabo de enamorar con ese traje y ese sutil perfume que lleva” Aparta su mano para que yo pueda leerlo y le doy un empujón con la pierna, que le hace sonreír. A continuación escribe “No disimules, sé que tú sientes lo mismo desde el primer día que lo viste”. Mi móvil está sobre la mesa en silencio pero veo que llega un mensaje de Alexandr.

“Es una lástima que hoy no nos deleite con esos pantalones de pijama con nubes increíblemente sexies. Me alegra comprobar que ya se encuentra totalmente recuperada”

Levanto la mirada con una sonrisa que no puedo impedir que se forme en mis labios y me tropiezo con su mirada. Vuelvo a apartarla rápidamente y escribo disimuladamente.

“Es grato saber que aprecia mi buen gusto a la hora de elegir con qué dormir, pero no creí que fuera la vestimenta apropiada para la reunión”

Lee el mensaje y destensa su mandíbula. Todos nos volvemos a centrar en la reunión que se está alargando, cuando recibe una llamada, sale de la sala y desaparece. Ya no lo volvemos a ver y la reunión termina. Jane y yo salimos camino de la galería cargadas con todos los nuevos dosieres que nos han dado.

Las horas y los días se suceden y nos vemos cada vez más inmersos en el proyecto. El contacto con Zhurkov solo es a través de mensajes de trabajo o a través de sus empleados, lo cual me consterna y disgusta a partes iguales. En la última reunión del viernes, decidimos que saldremos esta noche. Nada más salir del edificio, Jane, Katia y yo quedamos para vernos en dos horas, ya hemos reservado para cenar.

Pyort me lleva hasta casa con el coche. Ya es una pequeña rutina que tenemos. Una vez allí le deseo un estupendo fin de semana y entro divertida al edificio saludando al portero que esta de turno en esos momentos. Salir tal vez haga que me olvide un poco de la sensación que tengo cuando no estoy en la misma sala de reuniones que Alexandr. Nada más entrar a casa pongo música que me anime. Me doy una larga ducha para quitarme toda la tensión de la semana y me visto con un minivestido que compré en las últimas rebajas. Me calzo mis zapatos de tacón y salgo en mi bicicleta para el centro.

La cena con las chicas es alocada y divertida, no dejamos de reír. Estamos dispuestas a divertirnos como si no hubiera un mañana. Nada más salir de allí nos dirigimos a una cervecería de moda donde nos encontramos con varios conocidos. Antes de que nos demos cuenta, la mitad del local nos ha invitado a bailar y la otra mitad nos ha invitado a alguna copa. Las horas van pasando y Katia se empeña en que acudamos a la discoteca de Zhurkov. Intento evitarlo, pero me asegura al noventa por cien que él no estará allí, así que decidimos ir. Entramos, Katia paga la primera ronda de Cosmopolitan y nos enfilamos a la pista a bailar. El local está de moda, hay un ambiente increíble y la música suena fuerte a nuestro alrededor. Bailamos durante un buen rato, en el cual tenemos que separar de nosotras a varios moscones que rondan por nuestro lado. Volvemos a la barra y hacemos varias rondas más de chupitos. Mi móvil vibra en el bolsillo y lo saco para mirar quien es la persona que me envía un mensaje a las dos de la madrugada.

“Ese vestido es mil veces más sexy que tu pijama de nubes de abuela”

Sujeto el móvil y doy una vuelta sobre mi misma, buscándolo con la mirada. No lo encuentro e insisto hasta que Katia me pregunta a quien estoy buscando. Le informo que Alexandr está allí, me ha mandado un mensaje. Ella alegremente se gira a la barra y pide otra ronda de chupitos de vodka y lo carga a la cuenta de Alexandr, cuando le pregunta el camarero quién lo carga, le dice: “de Tessa, Tessa García”. El camarero antes de servirnos, se gira y marca un número en el teléfono y tras colgar nos indica que estamos invitadas a lo que queramos. Por mucho que lo busco no lo encuentro, así que decido contestarle con un mensaje.

“¿En qué quedamos, mi pijama es sexy o es de abuela? ¿Dónde estás? Te das cuenta que esto podría considerarse acoso laboral”

Le doy a la tecla de enviar y, tras beberme la bebida que nos han servido, vuelvo a buscarlo con la mirada. Vuelve a vibrarme el móvil.

“Efectivamente, voy a tener que hablar con Nikolái sobre el acoso que estoy sufriendo por tu parte. Lo del vestido es una realidad”

Lo leo y no puedo evitar sonreír: Katia me observa y finalmente me dice mientras estoy contestando.

—¡Madre mía, te gusta Alexandr!—exclama más alto de lo que a mí me gustaría.

—Shisss—le insto a Katia—Nooo, eso no sería posible. Calla loca.

—¿Por qué no sería posible?—me pregunta extrañada—He visto como os observáis en las reuniones, las miradas, las sonrisas...

—Venimos de sitios muy diferentes, Katia. Eso puede funcionar en películas, pero no en la vida real. Él está con Elena y Nikolái creo que me odia—le digo resignada.

—¿Elena?—me pregunta y empieza a reírse—¿Tú estás loca? Alexandr no tiene nada con ella, aunque a ella le gustaría y lo de Nikolái es algo más complicado, su trabajo es desconfiar de todos. No te gires ahora, disimula—me dice de repente.

—Señoritas—oigo a mi espalda. Lo que hace que me gire al oír su voz.

—Señor Zhurkov—contesta muy ceremoniosa Katia—Creí que estaba de viaje.

—Cambio de planes—dice cortante. Y girándose hacia mi comenta—Bonito vestido, señorita García.

—Bonita camisa, señor Zhurkov—le digo fanfarrona por culpa del desmadre alcohólico de Katia—¿Le apetece tomar una copa con nosotras?

—Tomare lo mismo que ustedes—dice con una amplia sonrisa mirándome—Alguien me ha comentado que tienen cuenta abierta en esta barra.

—Sí. Intentamos olvidar la estresante semana que nos ha hecho pasar nuestro nuevo jefe—le digo.

Mientras, Katia pide cuatro chupitos de vodka que el camarero coloca en la barra. Me doy cuenta que éste ha cambiado la botella de la que nos ha servido anteriormente. “*Na zdoróvie*” decimos al unísono y nos bebemos nuestros vasos de un trago. Agrr, este vodka es mucho más fuerte y veo la sonrisa de Alexandr cuando nos quejamos. Bajo la tenue luz de los focos, la oscuridad del local o la cantidad de alcohol que llevo en mis venas, hace que tenga ganas de abalanzarme sobre él y besarlo. Nos invita al reservado con él y las personas que lo acompañan, pero finalmente decidimos declinar la invitación y marcharnos. No sin antes volver a pasar por la pista de baile.

La semana empieza agitada por la cantidad de papeleo y reuniones que tenemos con varios departamentos de planificación. Acudo a las oficinas de Zhurkov a primera hora de la mañana con mi bicicleta. Hoy he podido esquivar a Pyort. Empujo la enorme puerta giratoria de la

entrada principal, cuando oigo que alguien me llama. Es Katia, que viene corriendo subida en sus altísimos tacones con su bolso en una mano y la otra cargada de papeles. Cuando me dice que no me dejen pasar el café por seguridad, lo apuro en el bullicioso vestíbulo mientras comentamos el fin de semana. Las personas avivan su paso una vez dentro del edificio y van desapareciendo según se van llenando los ascensores. Me sorprende el poco acento que tiene al hablar en comparación con Nikolái y Olga. Caminamos juntas, cuando vemos que Mijaíl, nos está esperando nada más pasar el arco de seguridad. Lo saludamos y nos pide que le acompañemos. Alzo la vista un poco más allá y veo a Alexandr esperando en la puerta del ascensor a que lleguemos.

—Buenos días, señoritas—dice con una sonrisa con ese gesto característico suyo de bajarse las gafas de sol para poder mirarnos directamente a los ojos.

—Señor Zhurkov—contestamos al unísono.

—¿Van a alguna reunión?—nos pregunta intrigado.

—Sí, señor Zhurkov—le contesta Katia—Pero no se preocupe que estaré con usted antes de que note mi ausencia.

—Tengo cosas que hacer, no la necesitare hasta más tarde—dice con una leve sonrisa forzada cuando se cierran las puertas del ascensor.

Definitivamente ese ascensor funciona por huella dactilar y empiezo a pensar que es de uso exclusivo para él y su comitiva. La animada conversación que tenía con Katia se corta de raíz y todos subimos en silencio. Yo levanto la cabeza, cierro los ojos e intento respirar, cuando noto que alguien me roza la espalda y deja por unos instantes la mano en esa posición. Puedo sentir su calor, sé que es él. Katia no lo ve porque esta algo más adelantada, sé que lo está haciendo para tranquilizarme. Nosotras nos bajamos en la planta 34 que es donde tenemos la reunión programada y Alexandr se despide con un gesto de cabeza y continúa hacia su despacho.

—Definitivamente le gustas, atraes o como lo quieras llamar—exclama Katia sonriendo—Ha sido increíble, saltaban chispas.

—Tú has visto muchas películas, Katia. Olvídalo, cuando se termine el proyecto no volveré a verlo—le digo.

—Eso será si tú quieres. Llevo seis años trabajando con él y créeme que es la primera vez que me ofrece subir en su mismo ascensor o me espera para ello.

Le pido a Katia que lo olvide y que nos centremos en el trabajo, así que entramos en la sala y nos metemos de lleno en la reunión. La reunión es interesante hasta la corta interrupción que se hace para tomar un café. Tras el parón se vuelve tediosa y pierde total interés para mí. Se discute aspectos financieros de los que no estoy al corriente puesto que no son de mi responsabilidad y, aunque intento permanecer atenta, bostezo dos o tres veces.

“¿No has dormido lo suficiente este fin de semana, que no dejas de bostezar?”

Me llega un mensaje a mi móvil que hace que me incorpore de mi silla inmediatamente y contesto rápidamente.

“Vaya, señor Zhurkov, se entera de todo. Es usted como Dios”

Espero a que lea el mensaje, pero no lo hace. Pienso que estará en una reunión, pero a los veinte minutos, recibo su contestación.

“Van der Velve debería agilizar la reunión. Si sigue así, no terminareis nunca. No soy Dios, pero si el CEO y he pasado por delante de vuestra sala de reuniones y te he pillado dibujando en un folio. Sepa usted que esa hora será descontada en su nómina”

Sonrío, me da igual que me descuente esa hora Van der Velve no deja de darle vueltas a

unas cifras. Ya estamos agotados todos y hace más de treinta minutos que pasó la hora del almuerzo.

“Es usted cruel. No solo quitándome dinero de mi nómina, sino también obligándome a permanecer en esta soporífera reunión”

Le doy a la tecla de enviar, aunque tras cinco minutos dudo que haya sido buena idea. Uno, llamarlo cruel y dos, quejarme de las reuniones de su empresa. Empiezo a ponerme nerviosa, cuando veo que entra un mensaje.

“Puedo rescatarte de esa reunión, si así lo deseas. Pero tendrás que pagar un castigo”

A lo que contesto.

“No crea que no me encantaría renunciar a esta reunión, pero es mi trabajo y obraré como pide mi contrato”

Pasan menos de dos minutos y mi móvil vibra señalando un cambio en mi agenda a la vez que suena el teléfono del centro de la mesa. Al ver la extensión, todos se quedan muy callados, hasta que Katia atiende la llamada. La llamada dura menos de veinte segundos. Es la secretaria de Zhurkov y avisa que la agenda ha sufrido algunos cambios y que me necesitan en la planta 37. Katia me comenta que es urgente. Recojo mis cosas y salgo decidida de la sala. Allí me está esperando Mijaíl, que me solicita que le acompañe. Espero que Alexandr no esté enfadado por haberle llamado cruel. Nos dirigimos al ascensor y me acompaña hasta la planta 37. Al ir en su ascensor privado, no tenemos que pasar por la seguridad de recepción de la planta. Ya voy conociendo el pasillo que lleva al despacho de Alexandr y cuando estamos frente a las puertas, Mijaíl toca con los nudillos y se oye la voz de Alexandr diciendo que entremos. Le da las gracias a Mijaíl, que desaparece de nuevo tras la puerta. Estoy como pegada al suelo junto a las puertas de su enorme despacho. Su rostro no aparenta amabilidad. Está al teléfono y con la mano me indica que me acerque y que me siente en uno de los cómodos sillones frente a su mesa. Observo de nuevo su despacho. Definitivamente es un Monet lo que hay colgado a su espalda y me distraigo admirándolo. Mi vista va recorriendo una de las estanterías y sorprendida se detiene en su coche de arcilla. Lo ha guardado y lo tiene expuesto en su despacho, pienso boquiabierta. Alexandr continua hablando por teléfono, levanta la vista y se tropieza con mi mirada. Es entonces cuando cambia sin reservas su expresión y me sonríe. Espero pacientemente escuchando su conversación y admirando las vistas desde esa altura. Me pregunto si no se cansara en alguna ocasión de estar todo el día al teléfono, de la responsabilidad de tener bajo sus decisiones la gran cantidad de trabajadores que están empleados en sus diferentes empresas o cómo es posible que tenga tiempo libre, siempre rodeado de papeles y de su personal. A lo lejos, veo que se está acercando una tormenta, las nubes se mueven a gran velocidad.

—Soporífera reunión, dices... ¿verdad?—me dice sobresaltándose.

—Créame, que han sido unas palabras mal elegidas para describir la reunión de su equipo—le digo intentando solucionar la metedura de pata.

—Tessa, conozco a Van der Velve. Es una descripción muy amable de cómo son sus reuniones, las cifras le vuelven loco. Anda vamos—dice agarrando la chaqueta, colocándose y estirándose un poco las mangas.

—¿Dónde vamos?—le pregunto levantándose rápidamente del sillón.

—A almorzar, tengo hambre—me dice con una mueca dejándose pasar junto a la puerta—Y así me pones al corriente de lo dicho en la reunión.

Bajamos hasta el garaje donde se encuentra unos de sus coches, que nos llevará a comer. Allí nos espera Nikolái junto al chofer que nos saluda con un gesto de cabeza.

—¿No iremos a Zhurkov, verdad?—le pregunto subiendo al coche.

—¿Tienes algo en contra de mi restaurante?—me pregunta extrañado levantando una ceja.

—No, no. Es que no estoy acostumbrada a comer cada día comida tan sofisticada. Olga es una cocinera excepcional—le digo rápida.

—No, confía en mí. He reservado en un sitio que te encantara en Beeklaan—me dice con una dulce sonrisa.

Mientras vamos de camino, me pregunta y vamos comentando la reunión a la que he asistido esa misma mañana. Le expongo los temas tratados y él me escucha con total atención, estamos en un monumental atasco en el centro. Debatimos sobre la inutilidad de utilizar el vehículo para circular por el centro de La Haya. Él no tiene horarios de entrada y de salida de la oficina, pero para un trabajador, con los enormes atascos que se forman, sería imposible llegar a la hora y más los días de lluvia. Voy detallando los beneficios de la utilización de la bicicleta y por qué la gran mayoría de los habitantes de la ciudad la utilizan, así como los beneficios para el planeta y para la no contaminación del mismo. El coche avanza lentamente mientras seguimos conversando, hasta que se detiene. Miro el local para después mirarlo a él de nuevo. No puedo creerlo.

—¿Me estás diciendo que vamos a comer aquí? ¿En serio?—alucino al ver uno de los mejores restaurantes de comida vegetariana de la ciudad—¿Estás seguro?

—Con quién mejor para que me explique los ingredientes de cada plato. ¿Lo conoces?—me dice con una sonrisa abriendo la puerta.

—Sí, he venido una vez. Para una ocasión especial—le digo algo cohibida.

—Entonces hagamos de ésta, también, una ocasión especial—me dice Alexandr ayudándome a salir del vehículo sujetando mi mano.

Entramos en el local donde nos reciben con una sencilla y cariñosa sonrisa. No es muy grande o lujoso, pero la voz risueña de la dueña que nos conduce hasta nuestra mesa, lo hace de lo más acogedor. El local está, vacío y solo nuestra mesa está preparada para el servicio. Sigo extrañada de que esté abierto a la hora del almuerzo, solo abren para las cenas. Y cuando estoy mirando la carta me lo confirma, su horario de apertura es de cinco a once de la noche de miércoles a sábado y hoy estamos a lunes y es hora de almorzar.

—Alexandr ¿cómo has conseguido que hoy almorcemos aquí?—le pregunto sorprendida.

—Estás ante un distinguido, apuesto, desenvuelto y gentil hombre al que no se le resiste nada—me dice con una amplia sonrisa—Disfrutemos del almuerzo. ¿Qué me aconsejas?

—Que poco presuntuoso y petulante eres—digo riéndome.

Continuamos hablando del trabajo durante un rato y sin darnos cuenta estamos ambos saboreando el delicioso menú que nos han preparado. Con el postre, acabamos hablando de lo que cada uno de nosotros considera los pequeños placeres de la vida. Me sorprende que Alexandr tenga gustos tan sencillos. Aunque la semana se nos presenta muy movida. Los viajes a París y Berlín ya están preparados y estoy deseando conocer ambas ciudades. Sé que no tendré mucho tiempo para hacer turismo por la siempre ajustada agenda de Alexandr, pero no pierdo la esperanza.

Capítulo 17

Los días se van sucediendo y mi relación con Alexandr es cada vez mejor. Ya no es la misma persona que creí arrogante y pretenciosa. Los porteros del edificio donde vivo ya le conocen y le saludan alguno de esos días que lo ven llegar y aparcar en segunda fila esperando a que salga. Una vez dentro del coche, nos sincronizamos a la perfección. Hemos adoptado pequeñas costumbres. Él lee la sección de economía y a mí me cede las páginas de sociedad y cultura mientras, desayunamos camino del trabajo, él un té y yo mi café de la mañana. Casi todo el trabajo se ha ido trasladando a las oficinas de Zhurkov. Sé que en esta decisión, una de las personas que más ha insistido es su jefe de seguridad. Con el paso de los días y, tras verme cargar siempre con papeles, Alexandr solicita sin previo aviso que me preparen un pequeño despacho en la planta 37. Al principio, cuando me lo dice, no estoy de acuerdo, pero tiene razón. Si el setenta por cien del tiempo estoy allí debería tener un sitio para poder dejar cosas. Es un despacho individual, sencillo y elegante, recientemente reformado que da también a un gran ventanal, al que nunca me acerco por mi pavor a las alturas. Se compone de una mesa de despacho con un ordenador y otra de trabajo donde rápidamente dejo caer todo el papeleo que llevo siempre de un sitio a otro. En una de las paredes puedo disfrutar de un gran corcho donde voy colgando información clave del proyecto.

Me siento en mi nuevo sillón frente al escritorio y giro, nunca pensé que mi primer despacho, aunque sea provisional, fuera en esta empresa, en edificio o en esta planta. Voy abriendo los cajones del escritorio y voy guardando útiles. Tocan a la puerta y es un mensajero interno del edificio, alguien ha mandado un cuidado ramo de flores a mi despacho. Lleva una pequeña nota en la que Alexandr me desea que me sienta como en casa. Saco mi móvil y le envío un escueto mensaje, simplemente con la palabra “Gracias” en él. No me da mucho tiempo a acomodarme en mi mesa. Katia tiene su despacho al final de ese pasillo y no duda en venir a cerciorarse de que me encuentre cómoda en mi nuevo espacio de trabajo. Me lleva con ella y vamos pasando por varios despachos de ese pasillo mientras me presenta a sus ocupantes. La gran mayoría están cerrados. Sus ocupantes trabajan sin descanso. Llegamos hasta una pequeña salita donde hay un pequeño *office* equipado con todo tipo de pequeños electrodomésticos. Nos encontramos a una mujer alta y rubia moviendo una pequeña cucharilla en una taza de café, perfectamente vestida con un ajustado traje gris y unos bonitos zapatos de tacón a juego. Mira hacia nosotras y casi nos escanea con la mirada cuando ve que entramos en la sala. Tiene unos bonitos ojos, de un color verde intenso. Katia se acerca a ella y me la presenta.

—Tessa, creo que todavía no os conocéis. Te presento a la señorita Leillet, la secretaria personal del señor Zhurkov—dice muy profesional.

—Buenos días señorita García—me dice alargando su mano derecha—Espero que se encuentre cómoda en su nuevo despacho y todo sea de su agrado—me dice con una pequeña sonrisa en su rostro que no encuentro sincera.

—Buenos días. Sí, tengo que organizarlo todo esta mañana entre reunión y reunión—le digo estrechándole la mano—Por favor, llámeme Tessa.

—Un placer conocerla—sonríe, se gira y se marcha de la sala—Ya nos iremos viendo por aquí.

Mientras nos tomamos un café juntas, Katia me cuenta que no la he conocido antes por que ha estado de vacaciones y que es una mujer muy estricta y celosa de su trabajo con Alexandr. Mira el reloj, se disculpa y se marcha a una reunión que tiene en la planta 34. Recojo mi taza y decido ir a mi oficina a organizar todo el papeleo. Me paso la mayor parte del tiempo colgando informes y adjuntando datos. Al cabo de unas horas acabo sentada en el suelo, rodeada de varias pilas de papeles. Suena mi móvil y hace que me distraiga. Es el personal y con tanto papel me cuesta dar con él. Es un mensaje de Hans. Ha estado por negocios fuera y esta tarde entrenaremos juntos. Contesto a varios mensajes que me han entrado y sigo con mi tarea. Me llaman desde centralita y corto la línea en dos ocasiones. Tengo que pedirle a Katia unas clases prácticas urgentes del funcionamiento del teléfono.

Se oye el suave golpeteo de nudillos en la puerta y digo sin darle mayor importancia desde el suelo.

—¡Adelante!

—¡Vaya! ¡Vaya! ¿Es que no te han traído sillas?—exclama burlón Alexandr desde el quicio de la puerta—¿Qué haces por los suelos?

—¿Tenía alguna reunión contigo?

—No, no te preocupes. Solo me he pasado por aquí para ver qué tal va todo—me dice alargando una de sus manos hacia mí para ayudarme a levantarme del suelo. Me apoyo en su mano y me enderezo en el centro de mi pequeño caos de papeles—He tenido una reunión y Olga te envía esto—me dice alargando una pequeña bolsa.

Me pongo rápidamente los zapatos que tenía tirados a un lado y le pido a Alexandr que tome asiento en una silla que hay junto a mi nueva mesa. Miro en la bolsa y hay una descomunal porción de “*Syrok v Shokolade*”. Trago con dificultad, el dulce olor que sale del recipiente hace que empiece a tener hambre.

—¿Tomas un té conmigo?—pregunto alegremente.

—Me parece una gran idea—dice cruzando una de sus piernas y apoyando sus manos en ella.

—Iré a por té y unos platitos. No te muevas, regreso enseguida—digo cruzando el despacho alegremente.

—Espera, iré contigo—me dice levantándose de la silla.

Alexandr y yo recorremos el pasillo hasta llegar a la sala que Katia me ha mostrado, donde tomar café. El pasillo está en silencio y la moqueta amortigua el sonido de mis tacones. Caminamos uno al lado del otro y llega hasta mí el olor de su perfume. Recuerdo cuando ese simple hecho me ponía nerviosa. Después de estas semanas hemos ganado mucha confianza. Sé que mi trabajo no será siempre así, pero acudo con ilusión cada día y una de los principales motivos es coincidir con él. Abrimos la puerta de la sala y nos encontramos a dos personas que apenas conozco. Me saludan amablemente y se quedan sorprendidos al ver que la persona que ha acudido conmigo a la sala es Alexandr. Nos informan de dónde podemos conseguir dos pequeños platos y algún cubierto junto con las tazas para el té y dejan rápidamente la sala. Alexandr me ayuda con las tazas mientras yo abro la puerta para volver a mi despacho. Cuando vamos a mitad de camino, nos tropezamos con la señorita Leillet que se sorprende aún más de ver a su jefe sirviéndose un té él mismo.

—Señor, Zhurkov. Yo puedo llevarle un té si le apetece—dice algo sofocada—No es necesario que vaya usted.

—Está bien, señorita Leillet. Hoy tomare el té con la señorita García en su nuevo despacho

—comenta cordial mientras continuamos por el pasillo tras un pequeño saludo por mi parte.

Llegamos a la puerta de mi oficina y me doy cuenta de que no puedo abrirla. Alexandr me mira impaciente sin saber por qué no la abro para poder pasar.

—¿Qué sucede?—pregunta con una pequeña mueca.

—Es que he salido tan alegremente que me he dejado mi identificación sobre la mesa—contesto algo avergonzada—Y no sé qué hacer.

—Sujétame una taza—dice sacando su móvil del bolsillo interior de la chaqueta y marcando un número—Sí, necesito que me abras la oficina de la señorita García en la planta 37. Perfecto, gracias, Niko—dice justo en el momento que se oye un ruido eléctrico en la cerradura.

—¡Madre mía! Qué cabeza, discúlpame—comento abriendo la puerta y dejándolo pasar. Alexandr entra riendo.

—Tranquila, es el primer día. Mañana, Nikolái te hará escribir en un folio, “Siempre debo llevar mi identificación conmigo”, doscientas veces.

—Tú me has distraído trayéndome “*Syrok v Shokolade*” para merendar—le digo cerrando la puerta y le informo—Esta mañana he conocido a la señorita Leillet.

—Lo sé, me lo ha comentado—contesta resuelto abriendo el envase donde Olga ha colocado la porción para la merienda.

—¿Y qué te ha dicho?—pregunto intentando fingir poco interés.

—Que eras una joven muy guapa—dice Alexandr riendo.

—Qué profundidad de comentario—digo algo molesta, empezando a comer de mi plato.

—Tessa, no seas infantil. La señorita Leillet no te conoce y no podría hacer un justo análisis de ti—comenta bebiendo de su té y sin pensar añade—¿Cenas esta noche conmigo?

—No, no puedo—le contesto intentando que no se note la decepción en mi voz—Y no solo porque seas mi segundo jefe. He quedado para entrenar. Llevo muchos días faltando y aunque no sea una imagen muy glamurosa, tengo que correr y sudar. Últimamente como demasiado por tu culpa.

—Otra vez será—dice un poco decepcionado por mi negativa terminándose su porción de dulce y, levantándose indica la pila de papeles y sonriendo comenta—Te veo mañana y...utilizas las sillas.

Las horas pasan rápido. Cierro mi oficina y cuando voy caminando por el pasillo no se ve a mucha gente. Voy hacia el despacho de Katia pero ya se ha marchado. Retrocedo de nuevo por el pasillo y cuando me encamino a la recepción de la planta, me tropiezo con Anderson.

—Buenas noches, señorita García. El señor Zhurkov me pidió que la acompañara al vestíbulo—dice educadamente—¿Se marcha ya a casa? ¿Necesita usted un coche?

—Sí, Anderson, muchas gracias, ya me marchó a casa—digo con una sonrisa nerviosa—Hoy he traído mi bicicleta, no se moleste.

Sigo teniendo pavor a bajar o subir yo sola en ese inmenso ascensor desde la planta 37. Pero Alexandr siempre me acompaña o deja recado para que alguno de sus hombres lo haga, lo cual ha hecho, que los vaya conociendo bastante bien. No es que con ellos se me olvide. Es que con esos hombres que son casi de dos metros de altura, me siento más segura. Saco el móvil del bolso y simplemente le escribo “*Gracias*”, lo vuelvo a bloquear y cuando estoy guardándolo en el bolso, suena para indicarme que acaba de entrar un mensaje.

“Después de no haber querido acompañarme en la cena, había pensado no pedirle a Anderson que te acompañara. Así habrías tenido que bajar los 37 pisos andando, y podrías haber entrenado y sudado. Pero me ha parecido cruel, con los bonitos zapatos que llevabas hoy”

Salgo corriendo del edificio y me subo a mi bicicleta que la tengo aparcada en un lateral del garaje. Pedaleo lo más rápido que mis piernas me lo permiten y en menos de diez minutos estoy en casa. Me cambio, me pongo mi ropa de entrenar y busco música que me active para empezar a correr en dirección al bosque de Clingendael. Ya es noche cerrada y el suave rugir del viento hace que los árboles totalmente deshojados muevan sus ramas tétricamente. El aire provoca que la sensación térmica del momento sea más baja. Voy serpenteando por los caminos hasta que llego a un claro. Hans todavía no ha llegado. Decido esperarlo haciendo unos estiramientos.

—Hans ¿estás loco? Suéltame—digo sobresaltada cuando alguien me agarra por detrás y pone unos de sus brazos sobre mi cuello sin permitirme el movimiento.

—Estas bajando la guardia, Tessa—dice soltándome algo enfadado—No puedes adentrarte en el bosque y no estar atenta a los ruidos.

—No digas tonterías, te he olido. Parece que te hayas puesto medio litro de perfume. No me toques las narices—digo llevándome una de mis manos a la garganta—El día menos pensado voy a responder a tus ataques y te vas a llevar una sorpresa.

—Hace días que no venias a correr—dice estirando los músculos de su pantorrilla.

—He ido liada con Zhurkov, ahora estoy dentro del edificio de sus oficinas—le contesto todavía algo malhumorada—Pero en ningún momento he bajado la guardia. Hans, Alexandr no es como lo describen sobre el papel. Es diferente.

—Recuerda que es solo trabajo—dice áspero—Y cuando termine, no existen muchas posibilidades que puedas volver a estar con él. No quiero que te hagas daño.

—Hans, lo sé y lo entiendo.

—¿Solucionaste el tema con Borovik?—pregunta directo.

—Estoy en ello. Pronto cerraré todo y podré olvidarme de esa familia—contesto algo cansada.

—Lo estás haciendo muy bien, Tessa. Están siendo unos meses estresantes. Has luchado mucho para estar donde estas y todo terminara pronto—me dice acercándose a mí y sujetándome con sus fuertes manos mis hombros.

—Ese es el problema. Ahora no quiero que acabe—le digo confusa.

—Cielo, intenta no enamorarte de él—contesta más amablemente.

Continuamos durante unos cinco minutos más poniéndonos al día de nuestro trabajo. Quedamos para desayunar el próximo domingo y nos despedimos con un cariñoso abrazo. Vuelvo a casa algo más despacio, pero inquieta. Salgo del bosque caminando y me voy a casa pensativa.

Al día siguiente madrugo bastante. Quiero pasar a saludar a Marcel y poder tomar un café con Jane. Así que tras comprar unas bonitas flores de color anaranjado en el puesto de Marcel, compro dos cafés para llevar y me dirijo a la galería, donde ya se encuentra Jane. Se sorprende al verme llegar tan temprano y nos fundimos en un cálido abrazo. Hemos pasado de trabajar mesa con mesa cada día a saber de nosotras a través de la agenda de nuestros teléfonos.

—Te echo de menos—me dice con una mueca ñoña—Los días son eternos sin ti haciendo tonterías por la oficina.

—Yo también te echo de menos—digo imitando su mueca.

Hablamos reanimadas por el delicioso cappuccino y nos ponemos al día, no solo de los asuntos del trabajo, sino también de nuestras vidas. Miramos nuestras agendas y quedamos para comer esa misma semana. Tras saludar al señor Van Doorn me siento en mi mesa y decido llamar a Sergei. Le sorprende y altera mi llamada, pero consigo apaciguar la conversación.

Terminamos la llamada concretando una reunión en su despacho para final de la semana.

Ya más tranquila me marchó en dirección a las oficinas de Zhurkov, no sin antes aprovechar el paseo para comprar mi almuerzo. Hoy comeré en la oficina. Entro con mi pequeña bolsa del almuerzo en la mano por las enormes puertas giratorias y me dirijo a la zona de seguridad. Todavía recuerdo el día que me miraban desconfiados cuando pasé los bloques de arcilla. Ahora todo es distinto y me reciben con una amplia sonrisa. Hoy he cambiado de horario y sé que me tocará subir sola en el ascensor. Pero tengo un plan, pararé en la planta veinte y subiré el resto andando. Cuando llego a la planta 37 me siento en el último tramo para volver a ponerme los zapatos de tacón. Experimento una pequeña opresión en el pecho y respiro fatigosa. Respiro profundamente, me levanto del escalón alisando mi estrecha falda y entro en la recepción de la planta. Paso por la seguridad y cuando voy por el pasillo en dirección a mi oficina me tropiezo con Katia cargada de dossiers. Tiene una presentación de última hora en el despacho de Alexandr. Le deseo suerte y me encamino a mi despacho. Una vez dentro de mi nuevo despacho, cierro la puerta y tras sacarme la chaqueta y los tacones, vuelvo a sentarme en el suelo donde estoy haciendo una selección de las mejores obras que estoy analizando para el proyecto. Después de dos horas trabajando estoy totalmente rodeada de láminas y papeles, pero sé que con este sistema tendré todo controlado. Me distraen unos pequeños golpes en la puerta y suponiendo que es Katia que viene para avisarme para ir juntas a comer digo sin girarme.

—¡Adelante!—digo, y oigo que la puerta se abre pero no el estallido de discurso de Katia tras ella, así que me giro y veo a Alexandr al lado de la puerta.

—Veo que sigues prefiriendo el suelo a las mesas y sillas—me dice guiñándome un ojo y pregunta—¿Podemos pasar?

—¡Oh! Disculpa, así me es más sencillo clasificar los artistas y todas sus obras. ¿Teníamos alguna reunión?—le pregunto levantándome rápida del suelo.

A su lado veo una señora mayor, muy elegante en sus vestimentas, perfectamente maquillada y peinada. Tiene el color de los ojos del mismísimo color azul cielo que Alexandr. Busco con la mirada mis zapatos y me dirijo hacia ellos sin perder el tiempo.

—Discúlpeme señor Zhurkov, no esperaba visita. Recogeré todo esto enseguida—le digo avergonzada.

—Tessa, no te preocupes. Te presento a mi abuela Sophia Zhurkov—dice con una pequeña sonrisa.

—Señora Zhurkov, es un placer conocerla—le digo alargando la mano para estrechar la suya.

—Era obligado conocerla después de tantas cosas que he oído de usted. El placer es mío. Llámeme Sophia, por favor. Señora Zhurkov me hace parecer mayor—dice con una sonrisa—Es una lástima que ayer no pudiera cenar con nosotros.

Miro extrañada a Alexandr que ríe abiertamente, mientras yo quito los papeles de las sillas junto a mi mesa.

—Vamos, Tessa, no me mires con esa cara. Si te hubiera dicho que me acompañaras a una cena con mi abuela, hubiera tenido muy pocas posibilidades de que accedieras.

—Este nieto mío no aprenderá nunca—dice sentándose en una silla y depositando su bolso sobre la mesa—Me ha estado comentando que tienes muy buenas ideas.

—Y...ha exigido conocerte—comenta burlón Alexandr.

—No crea, todo es la combinación de un fantástico equipo—digo tímidamente—¿Quieren que les traiga un té?

—Un té sería lo apropiado—dice elegantemente.

—Enseguida se lo traigo—digo cogiendo mi identificador.

—Tessa, espera—dice Alexandr marcando una extensión desde el teléfono que hay sobre la mesa—Sí, señorita Leillet. Por favor, mándenos té al despacho de la señorita García. Gracias.

—¿No me digas que mi nieto no te ha puesto una secretaria con todo el trabajo que tienes?—pregunta distraída.

—No, señora. Pero por ahora no la necesito—le aclaro rápida.

Desenrollo un plano sobre mi mesa donde le voy mostrando a la señora Zhurkov donde irían colocándose las salas, la utilización de las mismas y como se distribuirían algunas obras. Está embelesada por cómo Alexandr y yo se lo vamos mostrando y explicando. Hay momentos en los que nos terminamos las frases el uno al otro. La señorita Leillet toca a la puerta y entra con una bandeja con una tetera y varios servicios. Alexandr la ayuda con la bandeja y le da las gracias. Cuando se da la vuelta para volver a su puesto de trabajo, borra la sonrisa afable de su rostro y me mira con animadversión. Decididamente con ella me va a pasar como con Nikolái, me va a llevar más tiempo que confíen en mí.

—Jovencita, ha sido un placer atender a sus explicaciones. Espero verla de nuevo—dice estrechando mi mano cuando deciden que deben salir hacia el aeropuerto.

—El placer ha sido mío, señora Zhurkov.

—Y pídale a mi nieto una secretaria para usted, la señorita Leillet lo llevará mejor—me dice guiñándome un ojo con el mismo gesto que muchas veces hace su nieto.

Alexandr ríe, parece que hoy tiene un buen día. Se despide de mí y sale junto a su abuela, no sin antes avisarme que luego me llamará. Una vez pasan cinco minutos y me calmo, decido volver a sacarme los zapatos y enfrascarme en el trabajo. Mi móvil suena anunciándome un nuevo mensaje.

“Ya puedes volver a tirarte en el suelo a trabajar. Te llamo luego”

Leo el mensaje y no puedo más que sonreír como una tonta, parece que sabe en cada momento qué es lo siguiente que voy a hacer. No se puede decir que trabaje mucho hasta que Katia me llama y decidimos comer juntas en mi oficina. Hablamos de la visita de la señora Zhurkov y lo amable, elegante y cercana que es. Ambas coincidimos en que tiene un carácter parecido al de Alexandr. Cuando llegamos al tema de Leillet, me comenta que lleve cuidado con ella. Katia la sustituyó mientras no estaba durante unas semanas. Pero que Tatiana Leillet se toma su trabajo muy en serio. Tan en serio que en la oficina intenta controlar a Alexandr como si fuera una esposa celosa. Me deja claro que no soy yo, que se lo hace a cualquier trabajador mujer que se acerque y que siempre está en guardia. Me asombra conocer que incluso en la planta 37 del edificio Zhurkov corren los cotilleos como en todas partes. Pasamos la tarde analizando y deliberando sobre el proyecto. Cada día está más avanzado.

A lo largo de la semana Alexandr y yo volvemos a coincidir en diferentes reuniones y se acerca la fecha en la que acudiremos a distintas ciudades para completar el proyecto. Un jueves por la tarde recibo una llamada de Alexandr.

—¿Qué planes tienes para esta tarde?—pregunta directo.

—Tengo una reunión de departamento—le digo algo aburrida ante la idea.

—¿Es importante?

—Pues no te voy a decir que sí, ni que no, pero la ha organizado Van der Velve—le digo apoyando los codos en la mesa.

—Tu voz parece aburrida—puedo sentir la sonrisa en su rostro. A lo largo de todas estas

semanas hemos congeniado cada vez más—¿Quieres que te rescate?

—¿Estaría mal decir que sí? Estoy deseando salir de estas cuatro paredes—le digo jugando con el ratón y revisando el email del ordenador.

—Dame cinco minutos y ven a para mi despacho—dice colgando el teléfono sin darme tiempo a contestar.

No pasan dos minutos de las cuatro cuando la alarma de la agenda de mi móvil pita y miro encantada, observando que mi asistencia para la reunión con Van der Velve ha sido revocada y que tengo el resto de la tarde libre. Aviso a Katia que no me espere y que saldré antes. Apago el ordenador, ordeno los papeles que tengo sobre la mesa y empiezo a ponerme la chaqueta mientras cierro apagando las luces de mi oficina. Dirijo mis pasos hacia el pasillo que me lleva hasta la antesala del despacho de Alexandr y allí me tropiezo con la señorita Leillet que me observa de arriba a abajo.

—Buenas tardes—le digo con una pequeña sonrisa educadamente—¿Puedo pasar?

—El señor Zhurkov está muy ocupado y no veo en su agenda que tenga una reunión contigo—dice desdeñosa.

—Me ha llamado y solicitado que pasara por su despacho, ¿podría comprobarlo, por favor?—pregunto respirando profundamente.

—Como te he comentado, no puedo estar distrayéndolo a cada minuto—contesta con una enorme sonrisa en la que me enseña su blanquísima dentadura.

No sé cómo actuar ante estos casos y en cierto modo tiene razón, así que decido mandarle un mensaje al móvil.

“Estoy frente a la mesa de tu guardiana. No me deja pasar. ¿Podrías hacerme el enorme favor de inscribirme en tu agenda?”

“¿Acabas de llamar a la señorita Leillet, guardiana?” contesta casi al instante y se oye una carcajada a través de la puerta, pasos y el movimiento de la manivela.

Alexandr se asoma abriendo la puerta, me mira y sonríe.

—Discúlpeme, señorita Leillet, se me pasó actualizar la agenda—informa a su secretaria—Señorita García pase, la estaba esperando.

Entramos en su despacho y me pide que espere mientras termina de enviar un email. Me siento en un sillón frente a su mesa y deposito mi abrigo y mi bolso en el asiento contiguo. Todavía recuerdo la primera vez que estuve sentada frente a él en ese despacho. No sabía dónde mirar. Pero desde hace unas cuantas visitas he decidido observar el increíble Monet que tiene colgado a su espalda. Le pregunto si le importa que lo mire más de cerca mientras él termina. Me levanto y pasé alrededor de la mesa acercándome a su espalda. Los colores, vistos tan de cerca, tienen un gran equilibrio. Giro mi cabeza y veo que Alexandr está adjuntando diferentes informes al email que está enviando, tiene la pantalla llena de ellos. Permanezco a su espalda y le comento la extraña combinación que hace el coche del taller de arcilla con los elegantes muebles de su despacho. “Es mi primera obra de arte” me dice riendo. Me gustan los recuerdos que me trae a la mente y parece que a él le sucede lo mismo. Veinte minutos más tarde salimos por la puerta de su despacho en dirección al ascensor con dos de sus hombres a nuestro lado. Ya me he acostumbrado a que siempre lleve gente a su alrededor, aunque no tanto a subir y bajar en el acelerado ascensor.

Decidimos ir a tomar una copa juntos, con la excusa de preparar las visitas de la próxima semana, aunque ambos sabemos que es una simple excusa para estar juntos.

Los días se suceden y los dos subimos y bajamos del avión como parte de nuestro día a día.

Tenemos reuniones en Berlín, París, Florencia y aunque en ocasiones no pueda evitar tener un sentimiento de abatimiento por no poder visitar las ciudades, Alexandr y su equipo hacen todo lo posible para que disfrute de cortas visitas a los sitios más representativos de ellas. Me he convertido en la niña mimada de su equipo y siempre están pendientes de mí cuando Alexandr está ocupado con otros asuntos o llamadas telefónicas. Las mañanas se hacen más tempranas y las noches más intempestivas, las reuniones se alargan y los vuelos más cansados. Visitamos los hoteles y restaurantes más lujosos en las ciudades que visitamos y Alexandr siempre tiene la fórmula para que el día sea excepcional con sus pequeños detalles.

Se acerca el día de Sinterklaas¹⁵ y decido quedar para ir a hacer compras con Jane por el centro esa misma tarde.

—¿Qué tal os va?—pregunta directa.

—¿A qué te refieres?—contesto intentando esquivar la pregunta.

—Tu sabes a qué me refiero—dice Jane burlona.

—Bien, muy bien. Con pena de que todo termine pronto—digo melancólica intentando que no se percate de mi mirada.

—Ya veo.

Juntas compramos todo tipo de detalles para los amigos, incluidos *pepernoten*¹⁶ y letras de chocolate, perfectamente decoradas con diferentes tipos de *garnache*. El centro de la ciudad está invadida por personas como nosotras que van de una tienda a otra, cargadas de sus adornadas bolsas buscando los pequeños detalles para ese día. Según avanza la tarde voy adquiriendo regalos y voy tachando nombres de mi pequeña lista. Cuando decidimos hacer un alto en el camino en la fría tarde de diciembre junto a una humeante taza de hierbabuena y un gran trozo de pastel de manzana, compruebo que solo me quedan dos personas en mi lista.

—¿Qué le regalas a un hombre que lo tiene todo?—pregunto desesperada.

—Pues no sé, nunca me he planteado esa cuestión—contesta saboreando su tarta de manzana—¿Qué regalos te quedan por comprar?

—Alexandr—le digo haciendo una mueca contrariada.

—Vayamos a la sección de caballero del Bijenkorf¹⁷, seguro que encontramos algo—resuelve terminándose su porción de tarta.

Salimos a la calle agarrándonos del brazo para intentar olvidar el frío que sentimos en ese instante. Decididas, vamos a comprar los regalos que nos faltan y tachar los últimos nombres de nuestras listas.

Capítulo 18

Estoy concentrada en la pantalla del ordenador, cuando tocan a la puerta.

—Adelante—digo sin apartar la mirada de la pantalla.

—Hola, te traigo un café—dice Alexandr entrando en mi despacho—¿Estás ocupada?

—¡Oh! Gracias, lo necesitaba—digo alargando la mano y cogiendo el vaso de café de mi cafetería favorita—¿En qué puedo ayudarte?

—¿Cómo llevas lo de París?—pregunta tras titubear unos instantes.

—Hecho, lo he entregado esta mañana—contesto moviendo la pantalla del ordenador para que no pueda ver lo que estoy haciendo desde la posición donde se encuentra.

—¿Qué es lo que ocultas?—me dice con una sonrisita señalando con un dedo hacia la pantalla.

—¿Yo?—pregunto intentando parecer inocente.

—Sí, tú. Acabas de girar la pantalla para que no la vea—dice burlón—Vamos, ¡desembucha! ¿No estarás viendo páginas con contenido para adultos en tus horas de oficina, verdad?

—Anda, no seas entrometido. No es nada malo—le digo entre risas, casi escupiendo el café por su ocurrencia.

—Eso lo decidiré yo cuando lo vea—dice levantándose de la silla—Recuérdame que solicite que te cambien estas sillas por algo más cómodo—se queja.

—No, no te levantes—digo apretando el botón para apagar de la pantalla—No lo puedes ver hasta que esté terminado. Y no es necesario que cambies las sillas, tú eres el único que viene a mi despacho y yo me iré en pocos días—comento pesarosa.

—¿Tiene algo que ver con Sinterklaas?—pregunta haciendo el payaso moviendo las cejas.

—Sí, no seas cotilla—digo sujetándolo por los hombros y apartándolo de mi pantalla riendo—Es una sorpresa.

—Adoro las sorpresas—comenta con una mueca infantil.

—¿El sábado, estás ocupado?—pregunto sonriendo.

—No. ¿Qué quieres hacer?—pregunta intrigado.

—Es una soorpresa—digo riendo alargando las letras—Hablaré con Nikolái pero, no le preguntes, ¿de acuerdo?

—De acuerdo—contesta levantando las manos a modo de inocencia y en señal de que se da por vencido ante mi negativa a mostrarle lo que estoy tramando.

No me hago a la idea que en breve tenga que dejar las instalaciones de Zhurkov. Mi trabajo habrá finalizado y volveré a mi simple mesa de la galería. Sé que me va a costar acostumbrarme a no verlo llegar por la tarde con el café en las manos, para comentar cualquier cosa trivial que nos derive a otra conversación más atrayente y acabemos hablando de todo menos de trabajo. Me costará acostumbrarme a no ver su coche esperando en mi portal y que cuando Nikolái abra la puerta, su sonrisa no esté preparada para desearme los buenos días. Compartir el periódico en el trayecto a la oficina o al aeropuerto o ver cómo, cuando se relaja, afloja un poco su corbata y cruza su pierna izquierda acomodándose en la silla como hace en estos momentos.

Mi despertador suena temprano. Aunque los amigos vayamos a cenar juntos mañana, que oficialmente es Sinterklaas, quiero dejar mis regalos en la galería para Jane, Petra y el señor Van Doorn. Entro por la puerta lateral y desactivo la alarma. Presurosa me encamino hacia las escaleras y subo hasta la oficina. Todavía no ha amanecido y camino guiada por las luces de emergencia. Es extraño no ver a Jane por allí, pero pronto descubro que se fue la última. Sobre mi mesa hay un paquete cuadrado perfectamente envuelto en papel infantil de regalo junto a diferentes dulces de chocolate con forma de Sinterklaas y su ayudante Zwarte Piet. Rápidamente dejo mis paquetes cada uno en su mesa correspondiente y escribo una nota para Jane que pego en la pantalla de su ordenador. Me lanzo a la carrera por las escaleras con los zapatos en la mano para ir más rápido y cuando llego al último tramo me sobresalto al toparme con Jane, que sube.

—¡Maldita sea! Tessa ¿qué haces aquí a oscuras? ¿Quieres matarme de un infarto? ¿Por qué no enciendes la luz?—grita asustada.

—Y, ¿por qué no la enciendes tú?—le digo ayudando a recoger lo que se le ha caído al suelo por el sobresalto—Te he traído un pequeño regalo, ya he visto el tuyo. Gracias—le digo dándole un gran abrazo.

—Yo siempre vengo la primera y es mi costumbre—dice molesta—¿Dónde vas tan temprano? Anda tomate un café conmigo.

Miro la pantalla del teléfono móvil. Es temprano y no tengo ninguna reunión programada hasta más tarde, así que vuelvo a subir las escaleras junto a Jane y me siento frente a su mesa. Hablamos sobre la cena que celebraremos en su casa mañana por la noche para festejar nuestro especial Sinterklaas. No lo celebramos exactamente como lo hacen los holandeses, pero como personas extranjeras, acogidas por el país, intentamos que se asemeje bastante. Cocinamos platos de las diferentes nacionalidades y los llevamos a la cena, pasando una agradable velada junto a otras personas que tienen también a sus familiares lejos. Cuando se acerca el final de la celebración, intercambiamos los regalos.

Llego a las oficinas de Zhurkov pasadas las diez. He mandado un mensaje a Katia para que nos veamos en la cafetería de la planta veinte. Cuando entro por la puerta, la veo sentada en una mesa del fondo distraída mirando su teléfono móvil.

—Tessa, no voy a poder asistir a la cena de mañana—dice triste y alargando su mano me tiende un fino paquete—Te he traído esto.

—¡Que ilusión! Toma, aquí está el tuyo—le digo sacando un paquete de mi bolso.

Me tomo otro café con ella y decidimos volver al trabajo. Cuando entro a mi despacho, veo sobre mi mesa un paquete con una carta de felicitación de Sinterklaas, agradeciéndome en nombre de la empresa el trabajo desarrollado durante este año para ellos y una gran letra de chocolate que es mi inicial perfectamente esculpida y decorada en una caja. Durante toda la semana, en las recepciones, tanto del vestíbulo como de cada planta, hemos podido disfrutar de los dulces y gominolas típicas de la fecha. Me siento en mi mesa y tras revisar el email y ver que no tengo nada urgente, decido ir a hacer una visita a Nikolái a su despacho. Voy caminando decidida por el pasillo. El golpeteo de mis tacones es el único sonido que se puede escuchar en esos momentos en la planta. Paso cerca de la recepción del despacho de Alexandr y oigo a la señorita Leillet hablar por teléfono a lo lejos. Una vez delante de la puerta de Nikolái, toco suavemente con los nudillos. Levanto la mirada y saludo a la cámara de seguridad que hay sobre ella. Un suave sonido eléctrico me indica que la puerta está abierta y ya puedo pasar. Nikolái está concentrado tras su mesa revisando papeles y pantallas.

—Señorita García, ¿en qué puedo ayudarla?—pregunta sin mirarme muy serio.

—Venía para ver si había tenido tiempo de confirmar lo que le expliqué hace unos días— digo cargándome de paciencia.

—Me temo que no es viable—dice hosco—¿Puedo ayudarle en algo más?

—¡Vamos Nikolái!, ¿qué necesita para que podamos hacerlo?—digo obstinada.

—Está bien, necesitamos saber, horario, recorrido y donde comerán, todo antes de las doce. Y nadie debe saber dónde irán—dice levantando por primera vez la mirada de los papeles—Si tengo todo eso y un contrato de confidencialidad firmado antes de esa hora, lo estudiaré.

Una amplia sonrisa se instala en mi rostro iluminándolo. Le doy las gracias y salgo de allí casi a la carrera hacia mi oficina, tropezando ligeramente con Pyort que entra en esos momentos. Suena mi teléfono y miro la pantalla, es Alexandr.

“¿Estas libre para tomar un café?”

“Voy liada, tengo que presentar un proyecto... ¿Esta tarde?” Escribo rápidamente.

Me siento en mi mesa y empiezo a trabajar con Google trazando el recorrido. Llamo al restaurante. No hay problema en reservar una mesa para almorzar mañana. Paso toda la mañana atendiendo llamadas y realizando un informe totalmente profesional para que Nikolái me dé su aprobación. No sé si he hecho bien, todo esto se corresponde a, podríamos dudar entre, una falta de imaginación o exceso de ella. ¿Qué le regalas a un hombre que puede tener lo que quiera? Con los días que he trabajado con Alexandr me he dado cuenta que le encanta poder disfrutar de todas las cosas que el dinero le puede ofrecer, pero a la vez tiene deseos y aficiones de lo más comunes que le cuesta más poder llevarlas a cabo. He mirado la página del tiempo y durante la mayor parte del día podremos disfrutar de un tiempo frío pero despejado. Por lo menos hasta mitad de la tarde. A algunas personas les parecerá extraño mirar la página del tiempo, pero es algo a lo que rápidamente te acostumbras cuando llegas a este país. Lo más lógico es creas que siempre va a llover, pero el tiempo en Holanda nos tiene acostumbrados a cambios. Puede deleitarte con sol, lluvia, nieve y aire, en un lapso muy reducido de tiempo.

Imprimo un pequeño mapa y marco con un rotulador el recorrido a seguir, tiempos y paradas. Miro el reloj, son las doce menos cinco minutos, lo ordeno todo en una carpeta de la empresa y salgo deprisa de mi despacho de nuevo hacia el despacho de Nikolái. No me detengo a hablar con nadie en mi recorrido. Sé que si se lo entrego tarde, tendrá la excusa perfecta para no querer aprobarlo. Llego hasta su puerta y vuelvo a tocar suavemente con los nudillos, espero unos instantes y al ver que no me abre, vuelvo a insistir mirando a la cámara. Oigo el sonido que me informa que ha abierto y entro decidida.

—Pensé que desistiría—dice ceñudo.

—¡Pues no me conoce bien! Nikolái, aquí está todo. Gracias por tú apoyo y tu tiempo—digo con una sonrisa.

—Todavía no lo he aprobado.

—Pero sé que lo harás. Necesito alguna noticia antes de las cinco, por favor, Nikolái, no pasara nada—le digo testaruda.

—Sabrás algo antes de esa hora—dice instándome a que abandone su oficina, llena de pantallas con imágenes de las cámaras que hay por todo el edificio.

He perdido toda la mañana con el regalo de Alexandr y tengo emails que contestar, así que decido bajar a la estación central y traer un sándwich, para comer en la oficina mientras adelanto trabajo. Me acompaña Pyort en todo momento. Últimamente se ha convertido en mi sombra siempre que tengo que salir de la oficina. Salgo por la puerta principal poniéndome el gorro y los guantes de lana. Se ha levantado aire, empieza a caer una suave llovizna y el frío se te mete en el

cuerpo. Avanzo entre la multitud en la línea de caja con un sándwich y unas patatas de bolsa, esperando mi turno para pedir un café bien caliente. Pyort continua a mi lado pero no pide nada, nunca pide nada, no obstante se acerca solícito a ayudarme con la bolsa. La lluvia ha empezado a caer con más fuerza y volvemos al edificio Zhurkov con un paso más acelerado. Me dirijo a mi despacho, me siento y voy comiendo mientras voy adelantando trabajo y atendiendo llamadas. Me distraigo enumerando en mi cabeza, todas las cosas que tengo que hacer este fin de semana. Este año Sinterklaas cae en fin de semana y aunque el primer año no lo celebré, con el tiempo me he ido amoldando a las costumbres del país. Todo lo que es importante para la gente de este país, lo es para mí, sobre todo si son fiestas que celebrar.

Oigo un ligero pero firme ruido en la puerta.

—¡Adelante!—digo desde mi mesa. Pero aunque vea la manivela moverse, la puerta no se abre.

La manivela sigue moviéndose pero sin abrir la puerta. Decido ir y ver qué pasa. Abro con decisión y me encuentro a Alexandr en la puerta cargado con dos cafés y una pequeña bandeja.

—¿Se puede saber qué haces?—le pregunto con una sonrisa.

—Anda, ayúdame, que esto quema—me dice con una mueca de dolor pasando a mi despacho—¿Tienes tiempo para tomar un café?

—Eres el jefe, así que siempre debería tener tiempo para ti, si quiero conservar mi puesto de trabajo—le digo con una sonrisa y le pregunto—¿Qué huele tan bien?

—Toma, Pruébalo. Es una bebida caliente especial para estas fechas de calabaza y especias con especulas—comenta extendiendo uno de los humeantes vasos en mi dirección—Y para rematar, un trozo de pastel de calabaza caliente y uno de zanahoria, no sabía cuál te gustaría más.

—Definitivamente, trabajar contigo va a hacer que engorde—le digo con una enorme sonrisa al ver los dos grandes pedazos de tarta que ha dejado al descubierto encima de mi mesa. Saca dos cucharillas de postre del bolsillo interior de su chaqueta y se acomoda en una de las sillas que hay frente a mi mesa—Cuéntame ¿qué tal tu día?

—Reuniones, llamadas, documentos...—dice con una mueca—Ya sabes, tengo que poder pagarte a final de mes.

—Sí, claro, como que mi sueldo tendrá mucho que ver en el conglomerado de todas tus empresas—le digo riendo.

Mientras vamos degustando nuestra bebida caliente que siento muy bien en estos fríos y oscuros días que nos envuelven indicándonos que el invierno ha llegado, hablamos animadamente. Me gusta observar como entra con paso decidido a mi despacho y se sienta en una de las sillas desabrochándose el botón de su chaqueta. Como, cuando hablo, ladea un poco la cabeza a la derecha y fija su intensa mirada azul en lo que le estoy comentando con pequeñas sonrisas que atisban a su rostro con mis innumerables despistes de las profusas normas suscritas a trabajar para él. No concibo como podré acostumbrarme a vivir sin sus incontables normas de trabajo y estos peculiares y excepcionales momentos.

Vuelvo a mirar el reloj del ordenador disimuladamente, aunque no lo suficiente para hacer que Alexandr no se dé cuenta de ello.

—¿Suced algo?—pregunta amablemente dejando el vaso delicadamente sobre una servilleta de papel reciclado que hay en mi mesa.

—¡Oh!, no, no, es que estoy esperando una llamada—le digo retorciéndome las manos algo nerviosa.

—¿Es del trabajo? ¿Puedo ayudarte?—pregunta servicial cruzando las piernas y depositando

sus masculinas y fuertes manos sobre su regazo entrelazando sus dedos esperando una respuesta.

Dudo en decirle de quién espero la llamada, y apoyando mi espalda sobre el respaldo del confortable sillón de mi pequeño despacho, lo miro a los ojos tanteando la situación.

—Si quieres podemos pasarnos toda la tarde aquí mirándonos el uno al otro fijamente, o puedes decirme que es lo que te inquieta para que pueda solucionarlo—resuelve mirándome con toda la intensidad del azul de sus ojos.

—Es tu regalo de Sinterklaas—le confieso tras dudar mucho.

—Vaya, esto se pone interesante—reconoce incorporándose un poco en su silla.

—No te emociones tanto—le digo riendo—Tenía que aprobarlo Nikolái y creo que no lo va a hacer.

Saca el teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta y marca un número sonriendo.

—Niko, sí, por favor. Necesito que hagas todo lo posible para que lo solicitado por la señorita García salga adelante. De acuerdo. Entonces ¿en unos minutos la llamas para decírselo? Perfecto entonces. Gracias Niko—habla de manera sencilla con él. Cuelga y guarda su teléfono guiñándome un ojo y añade—En unos minutos te llamara para darte el visto bueno. Ahora desembucha, bellaca ¿cuál es mi regalo?

—No te emociones, que es algo muy normal—le digo sacando un sobre de debajo de mi teclado—Me he vuelto loca pensando que regalar a alguien que lo puede tener todo. Y comentaste que mañana que es Sinterklaas, estarías libre.

—Sí, me pediste que te lo reservara para mi regalo—dice ansioso agarrando el sobre en el mismo momento que suena mi teléfono y Nikolái me anuncia que mañana podremos realizar la excursión que había previsto. Mientras Alexandr abre el sobre con sumo cuidado seducido por la sorpresa de un regalo y con una sonrisa anuncia emocionado tras terminar de leer su regalo—Estoy deseando que llegue el momento. Tu regalo lo tendrás mañana.

—Espero que te guste.

Se levanta de la silla agarrando su sobre en una de las manos con una sonrisa. Sé que tiene una reunión y ya llega tarde. Su eficiente secretaria lo ha llamado al teléfono para recordárselo. Se despidе con una amplia sonrisa y cierra la puerta tras de sí. Ya no lo veré hasta mañana.

Duermo inquieta toda la noche. Sé que Hans no está de acuerdo con todo lo que estoy haciendo. Cuando suena el despertador, llevo más de dos horas mirando al techo pensando. Ayer solucione con Nikolái todos los problemas de seguridad que le llegaban a la mente. Es la persona más concienzuda con su trabajo que he conocido nunca.

Es sábado y finalmente, es la fiesta de Sinterklaas. Como tengo bastante tiempo decido mandarle un mensaje a Hans y vernos para un café rápido cerca de la playa, no sin antes hacerle una visita a Marcel que está abriendo su puesto de flores en el momento que llego. Me aconseja un pequeño arreglo floral con mucho verde y unas graciosas flores rosadas con forma de campanillas que caen graciosas en el ramo. El café con Hans es corto y me deja bien clara su postura respecto a que siga acercándome tanto a Alexandr y aunque, juicioso con mi decisión, la respeta, me advierte prudente. La vuelta a casa la hago rápido. En menos de treinta minutos he quedado con Alexandr en la entrada de su casa. Hoy realizaremos una pequeña excursión en bicicleta por los más bellos paisajes que conozco de la zona e iremos a comer a un pequeño restaurante perdido por una bonita ruta en mitad de los bosques. En uno de nuestros tantos cafés me confeso, cuando yo le contaba una de mis excursiones en bicicleta, que todavía no había tenido la ocasión de realizar ningún paseo en bicicleta tranquilamente por la zona. Así que ante la nostalgia que vi en sus ojos, decidí organizar esta salida. Sé que no es una época muy apropiada

para las salidas en bicicleta. Amanece tarde y oscurece pronto, hace frío, viento y las probabilidades de que tengamos nieve esta tarde es del ochenta por ciento a partir de las seis de la tarde. El día ha amanecido frío, si bien, está despejado de nubes. Pongo las flores en un jarrón de cristal que deposito en la mesita junto a la televisión y antes de salir reviso que llevo todo lo necesario.

Mando un mensaje a Alexandr cuando llego a la puerta de su casa. Nunca me había fijado en lo imponente que es cuando estas frente a la valla. Una pequeña puerta lateral se abre y me acerco a ella andando mientras arrastro mi bicicleta. Veo a Mijaíl acercándose a la entrada, saluda a los dos guardias que están en la garita de seguridad y me ayuda con la bicicleta a pasar la doble puerta de entrada. Hoy no va con su oscuro traje al que nos tiene acostumbrado. Lleva pantalones vaqueros, una amplia parka azul marina y guantes.

—El señor Zhurkov está atendiendo una llamada—me dice andando a mi lado dirigiendo mi bicicleta por el camino—Enseguida nos pondremos en marcha, según lo planificado.

—Perfecto—le contesto con una sonrisa nerviosa en los labios.

—No este nerviosa, le gustara—me dice muy bajito acercándose a mi cuando llegamos a la puerta principal de la casa.

Abre la puerta principal y me cede el paso mientras apoya la bicicleta en la pared junto a la entrada. Me informa que puedo esperar a Alexandr en el salón y que si necesito cualquier cosa estará en la cocina. Le comento que iré antes al baño y cuando va a acompañarme, le indico que se dónde se encuentra. Por el pasillo veo la puerta de la biblioteca entreabierta y oigo a Alexandr hablar en tono más alto de lo normal en ruso, no parece que esté de buen humor. Intento afinar el oído justo en el momento en el que se abre una puerta y aparece frente a mi Nikolái.

—Señorita García, el señor Zhurkov saldrá enseguida—me dice serio.

—Sí, sí. Me lo ha comentado Mijaíl, solo quería ir al baño antes de emprender la marcha—le informo cohibida.

Nikolái desaparece de nuevo tras otra puerta. Como Mijaíl, hoy tampoco lleva traje. Va vestido de sport, aunque sigue llevando un intercomunicador en la oreja y sin una chaqueta que le cubra, deja al descubierto la correa que sujeta su arma en el costado izquierdo.

Espero que Alexandr no esté de mal humor hoy después de la llamada. La biblioteca vuelve a estar en silencio, así que continúo por el pasillo hasta oír un murmullo de voces en la cocina, donde ahora se encuentran reunidos. Alexandr está sentado en uno de los taburetes de la barra con un té en la mano y hablando con tres de sus hombres de algo que no llego a escuchar. Va con vaqueros y un grueso jersey azul oscuro de cuello vuelto que le da un toque resuelto y muy elegante. Se gira hacia mi cuando se percata de mi presencia, cortando la conversación que tenían.

—Buenos días, Tessa—dice depositando la taza en el mármol y dirigiéndose hacia mí—Feliz día de Sinterklaas.

—Buenos días—le contesto dándole tres besos poniéndome un poco de puntillas para poderlo alcanzar. Hoy no llevo tacones altos—¿Preparado señor Zhurkov?—le digo con una sonrisa.

—Preparado—me dice guiñándome levemente un ojo.

Salimos por una puerta lateral que hay en la cocina. Mi bicicleta ya está allí junto a las demás. Nos acercamos cada uno a nuestra bicicleta y me doy cuenta que las suyas son completamente nuevas. Las empujamos andando por un pequeño sendero de piedras, hasta una puerta trasera que se esconde tras unos frondosos árboles. Hace más frío del que creía y antes de

emprender la marcha me ajusto la bufanda y el gorro de lana para que me cubra las orejas, que debo tener completamente rojas del frío. Mientras me pongo los guantes, Alexandr se acerca a mí y me dice riendo.

—¡El timbre de tu bicicleta tan sumamente serio y clásico me tiene totalmente hechizado!— dice haciéndolo sonar.

—¿Te gusta, verdad?—le digo con una sonrisa mirándolo. El timbre de mi bicicleta es redondo, más bien infantil, con un bonito color rosa de fondo con pequeñas florecillas azules y verdes—Lo compré antes que la bicicleta.

—Resulta extraño que digas eso. Tú bicicleta parece que ha sobrevivido a dos guerras mundiales.

—No seas tiquismiquis, seguro que corre más que la tuya. La compre hace años de segunda mano cuando llegue a La Haya.

Empezamos la marcha y Alexandr se coloca, cuando el espacio y el tráfico se lo permite, a mi lado. Me doy cuenta de la enorme discreción que tiene su equipo, más bien parecemos un grupo de amigos que va paseando en bicicleta. Incluso hay momentos en que se apartan de nosotros y nos dejan algo de intimidad. Pasamos junto a un precioso campo de golf donde ya se encuentran varias personas disfrutando de un día sin lluvia. Adelantamos a un grupo de personas que va dando un paseo subidos a unos bonitos caballos. Vamos dejando atrás todas las majestuosas casas que se encuentran en esa zona de Wassenaar, con sus elegantes jardines y costosos coches aparcados en los caminos de acceso. Tenemos que llevar cuidado de no resbalar por las hojas de los árboles que en algunas partes del trayecto han caído y se han acumulado en el carril de bicicleta debido al fuerte viento que sufrimos la pasada noche. Mientras voy haciendo eses con el manillar de la bicicleta esquivando obstáculos, le cuento a Alexandr cómo es la vida de un expatriado en Holanda y cómo celebramos la fiesta de Sinterklaas. A media conversación, pongo los ojos en blanco, lo he olvidado. Freno la bicicleta y haciéndome a un lado, bajo de ella. En esta época del año, solo vamos nosotros de excursión por ese camino, miro atrás y veo que Nikolái habla hacia la manga de su chaqueta observando lo que hacemos. Alexandr también ha parado un poco más adelante. Mi frenazo le ha pillado desprevenido y regresa a donde yo he parado.

—¿Suced algo?—pregunta Alexandr algo alarmado por mi frenazo.

—Lo he olvidado, menuda cabeza—le digo llevándome la mano derecha a la frente.

—¿Qué es eso tan importante que has olvidado para frenar así?—pregunta sorprendido.

—Hoy es el Santo de Nikolái—le digo apoyando mi bici en un árbol y rebuscando en una de las alforjas traseras de mi bici. Nikolái llega hasta donde hemos parado, después de que Alexandr le haga un gesto con su mano derecha para que se acerque y, bajando de su bicicleta, le pregunta a Alexandr si estamos bien.

—Sí, no te preocupes. De todas formas es buen momento para estirar un poco los músculos. Tessa tiene algo que decirte—le comunica con una sonrisa haciendo que rápidamente la cara de Nikolái adquiera la seriedad y desconfianza a la que nos tiene acostumbrados.

—Nikolái, disculpa mi cabeza. Hoy es tu Santo, felicidades. Esto es para ti—le digo acercándome a él y pillándolo desprevenido cuando le doy un pequeño beso en su serio rostro.

Nikolái se queda perplejo ante mi beso y me da las gracias por el pequeño regalo que le he tendido. Alexandr le alienta a que lo abra, provocando que, por primera vez desde que lo conozco, se sienta cohibido. Desgarra bruscamente el papel de regalo y aparece una delicada caja de chocolates belgas. Los mira con detenimiento, abriendo la caja y dándome las gracias por el

detalle. Nos ofrece amablemente a Alexandr y a mí. Cogemos uno cada uno y nos lo metemos en la boca rápidamente. Los tres permanecemos unos instantes en silencio mientras lo degustamos. Francamente, están deliciosos. Tras este pequeño descanso volvemos a emprender la marcha en nuestras bicicletas. Todavía nos quedan unos cuatro kilómetros para llegar a la primera zona donde le comente a Nikolái que íbamos a efectuar una pequeña parada. Miro a Alexandr que va absorto en el paisaje de plena naturaleza y hablando tranquilamente de cosas banales. Nunca lo había visto tan concentrado mirando al horizonte. Sé que ir en bicicleta es la actividad más sencilla que se puede realizar en Holanda y allí estamos los dos, en un casi desapacible día de otoño, disfrutando de un paseo por mitad de la naturaleza. Una fuerte corriente de aire hace que mi bufanda se eleve y se acomode sobre mi cara lo que provoca que haga un rápido giro con el manillar y esté a punto de chocar contra uno de los grandes árboles que hay a lo largo del sendero que estamos siguiendo. Tras recuperar el equilibrio observo que el rostro de Alexandr está pálido. Me insta a que coja el manillar con las dos manos y no haga tonterías, y es cuando le demuestro mis habilidades en la conducción de ese medio de transporte. Pedaleo rápidamente adelantándolo y soltando el manillar y levantando mis manos al cielo, grito.

—¡Mira, sin manos!

—Tessa, sujeta el manillar. No me apetece que mi regalo de Sinterklaas sea otra visita a urgencias y tú sonriendo sin dientes—indica muy serio.

—Vamos, no seas carca. Todo el mundo lo hace. ¿Y si tienes que revisar el móvil?—le digo ya pedaleando a su lado y sacando el móvil del bolsillo.

—Puede que la gente lo haga, pero no es seguro hacerlo con una bicicleta que chirría, no lleva frenos y tiene alrededor de 103 años—frunce el ceño mientras me reprende.

—Está bien, está bien—digo soltando una carcajada—Pero sí que llevo frenos, el portero me la reviso hace un par de meses.

—Eso hace que me quede más tranquilo—dice curvando los labios formando una sonrisa forzada.

Llegamos donde le indique al equipo de Alexandr que quería hacer una parada. Hay un pequeño montículo en el sendero y le indico a Alexandr que no mire hacia el sur. Bajo rápidamente de mi bicicleta y la apoyo en el tronco de uno de los árboles que estratégicamente se encuentra en la parte elevada. Me giro y apoyo también la bicicleta de Alexandr junto a la mía. Me acerco a él, que está de espaldas y le pregunto.

—¿Te fías de mí?—pregunto sonriendo.

—No—me dice serio aunque al instante sonrío y dice—Pero sé que si me haces algo, Nikolái te pegara un tiro.

Suelto una risotada que no puedo controlar y sacándome el guante le extiendo mi mano para guiárla. Siento una pequeña descarga en mi cuerpo cuando su cálida mano roza la mía entrelazando sus dedos con los míos hasta que se sitúa donde quiero que se ponga. Cuando ya está, le doy un pequeño apretón de mano y le indico que puede abrir los ojos. Cuando lo hace se queda embelesado mirando el horizonte.

—¿Te gusta?—le pregunto ansiosa.

—Es magnífico—dice admirando lo que tiene ante él.

Nos acercamos a la pequeña valla metálica de protección y contemplamos como, tras las grandes extensiones de verdes prados se aprecia el inigualable perfil de La Haya rompiendo el horizonte con sus altos edificios. Hoy hemos tenido suerte. El cielo está despejado y divisamos la ciudad con claridad, a pesar de los kilómetros que nos separan hasta el centro. Hemos recorrido

la mitad del camino. En total son 7,8 kilómetros que supuestamente se pueden realizar en veinticinco minutos, pero hice bien al indicar a Nikolái que tardaríamos una hora. Tenía presente que el ritmo no sería muy acelerado si íbamos hablando y disfrutando del camino. Me subo a la valla, sentándome, y él me imita en silencio percibiendo el esplendor de las vistas en el horizonte. Tras unos minutos en los cuales el silencio es absoluto, decidimos hacernos un *selfie* con nuestras bicicletas y el skyline de La Haya de fondo. Alexandr saca su móvil del bolsillo de su pantalón y alargando su brazo derecho y con el izquierdo pasándomelo delicadamente por la espalda, me avisa para que sonría. Sonrió, pero no porque él me lo indique, llevo toda la mañana haciéndolo. Estar a su lado me transmite una mezcla de serenidad y nervios que se me meten en el estómago y que no puedo controlar. Ambos perdemos el equilibrio y estamos a punto de caer al canal haciendo que tenga un ataque de risa. Miro detenidamente la foto que Alexandr me muestra en su móvil y estoy sorprendida de lo bonita que ha quedado y lo alegres que salimos ambos. Es nuestra primera foto juntos y ha quedado preciosa con los dos ataviados con nuestras prendas de abrigo en mitad de la naturaleza y unas tiernas y simpáticas sonrisas en nuestros rostros.

Reanudamos la marcha y pronto llegamos a la ruta Midden en Voorschoten que nos llevara a la nacional 447. A nuestra derecha le indico que puede divisar entre los arboles el bonito castillo de Duivenvoorde pero que no podremos visitarlo, ya que solo abre sus puertas de abril a octubre. Vamos bordeando los jardines repletos de árboles del castillo hasta llegar a la N447 que nos llevara hasta el restaurante donde comeremos. Es una carretera con bastante tráfico, aunque circulamos tranquilamente por el camino diseñado solo para el tránsito de bicicletas.

Dejamos nuestras bicicletas atadas una con la otra en la verja que rodea el recinto en mitad de verdes campos de pasto.

—Te empeñas en asegurar perfectamente tu bicicleta junto a la mía cuando sabes que nadie en su sano juicio querría llevarse tu destartalada bicicleta—me indica Alexandr cuando compruebo que mi bici está segura junto a la suya—Creo que debería subirte el sueldo para que compres una más segura.

—Deja ya de meterte con mi bicicleta. Es muy segura y sobre todo, me gusta—le digo sonriendo sacando y colocándome mi pequeño bolso cruzado que llevo en una de las alforjas laterales—Vamos, hoy almorzaras comida típica holandesa.

Me cede el paso y entramos al recinto pasando por una quebradiza puerta de hierro al principio de un pequeño puente de cemento, que nos permite sortear un canal que lo rodea. Justo en ese momento pasan por debajo dos patos que se encargan de que notemos su presencia, alborotando con escandalosos cloqueos. Es un pequeño restaurante que consta de un bonito edificio de madera banca con grandes ventanas, una extensa terraza que en verano siempre está llena y a la derecha se encuentra un pequeño corral con cabras, conejos y algunas gallinas que campan a sus anchas por el establecimiento. Nikolái se adelanta a nosotros y nos informa que se ocupa de todo. Mientras nosotros nos distraemos con los pequeños animales que se acercan curiosos por nuestra presencia, un joven camarero se acerca solícito a nosotros y nos indica que podemos elegir mesa donde sentarnos. Decidimos que preferimos almorzar en la terraza y nos acomodamos en una destartalada mesa de madera blanca que hay junto a unas rusticas cuerdas que hacen de verja que separa la terraza del verde y extenso prado. El camarero toma nota de nuestras bebidas y desaparece dejando sobre la mesa dos cartas.

—Definitivamente tengo que subirte el sueldo—me dice Alexandr guiñándome un ojo y mirando la estropeada carta.

—No seas “*snob*”—digo riendo y abriendo yo también la carta – Te he traído a uno de los mejores sitios donde hacen los auténticos pannekoeken¹⁸ para que empieces a disfrutar de la gastronomía del país en el que te encuentras. Encima con unas maravillosas vistas.

—Es cierto. ¿Qué me recomiendas?—pregunta divertido y sin dar tregua continúa—¡No me extraña que Nikolái se lo pensara tanto para acceder a tu regalo!

Empieza a reír y no puedo evitarlo. Me muerdo el labio inferior para aguantarme, pero finalmente le lanzo mi carta a la cabeza. Con un rápido movimiento de su brazo al aire, desvía la carta hacia otro lado riendo.

—¿Podrías hacer el favor de no ser tan bruta? Soy tu jefe.

—¡Vaya! Con que esas tenemos ¿ahora eres mi jefe?—le pregunto levantando una ceja sorprendida—Pensaba que hoy nos comportaríamos de forma diferente. Disculpe el atrevimiento, señor Zhurkov. Vamos a ver—digo recogiendo la carta del suelo—¿Qué le apetece almorzar al señor?

—¿Qué me recomiendas?—repite cerrando la carta y depositándola en la mesa.

—Yo tomaría unas patatas fritas y un pannekoeken, así dejamos hueco para el postre. El mío que lleve champiñón, cebolla y pimiento—le informo con una sonrisa.

—¿Cebolla? Hoy no pensarás tener ninguna cita—dice sonriendo—El mío de queso, beicon y tomate natural.

—No salgo con nadie, así que comeré toda la cebolla que me apetezca. No tengo que besar a nadie—Sonrío y levantándome de mi sillón añado—Si me disculpas, voy al servicio a lavarme las manos.

Nikolái me sigue con la mirada y aprovecha que yo me ausento para ir junto a Alexandr. En el interior, camino de los servicios, me percató de las numerosas miradas que me echan los camareros a mi paso. Creo que ya han reconocido a Alexandr.

Regreso a la mesa despacio al ver que Nikolái sigue hablando con Alexandr, ambos hablan con voz muy baja en ruso y no alcanzo a escuchar la conversación.

—¿Algún problema?—pregunto inocentemente sentándome en mi sillón.

—No—corta rápidamente Alexandr—Han traído las bebidas y ya he pedido. Nunca había estado en un sitio como este. Gracias por mi regalo—Guiña un ojo con su fantástica sonrisa y provoca que se me acelere el corazón.

—Un placer. Pensé en traerte hace un tiempo. Verás como la comida es muy buena.

Me mira fijamente a los ojos y decido sacar cualquier tema de conversación. Me pone nerviosa cuando me examina con la mirada. Pero antes de que diga nada, pregunta con una sonrisita prepotente.

—¿Te pongo nerviosa? Pensaba que contigo no tenía ese efecto.

—Vaya, acabas de liberar al arrogante y engreído que pensé que tenías dominado—digo con una medio sonrisa.

—¿Siempre tienes una contestación preparada para darme?—pregunta socarrón y justo en ese momento nos sirven el apetitivo—¡Perfecto! Salvado por las patatas.

Mientras vamos comiendo las patatas fritas y unos palitos de queso con sus respectivas salsas, vamos hablando de trabajo. Creo que es nuestro principal tema para ir introduciendo el resto. A pesar de tener dos estufas a nuestro lado siento un poco de frío en las piernas y me echo sobre ellas una cálida manta que hay en cada uno de los sillones de la terraza.

Hablamos de todo en general. Ambos nos sentimos cómodos el uno con el otro. Le pido que

venga esa misma noche a celebrar con nosotros Sinterklaas con la cena informal que vamos a preparar entre todos. Le comento que ellos son mi familia y que desde hace años celebramos la mayoría de las fiestas juntos. Mi infancia no fue memorable, fueron tiempos difíciles, pero a través de los estudios conseguí una beca y pude continuar formándome y venir a vivir aquí. Sé que me entenderá ya que todo el mundo sabe que también perdió a su familia siendo muy joven y se crío con sus abuelos. Ambos nos miramos sintiéndonos comprendidos e intentamos cambiar con premura el cauce de nuestra conversación.

—¿Sales con alguien?—me pregunta muy directo haciendo que esté a punto de escupir el vino de mi copa.

—Nooo. Ya he dicho que puedo comer cebolla—le digo riendo sorprendida por la pregunta—¿Y tú?

—No—contesta cortante y sigue preguntando—¿Qué hay de Borovik, no tenéis una relación?

—Sí, claro, pero solo de trabajo.

—¿Nada sentimental? No debes fiarte de los Borovik. Dañan a las personas que están a su alrededor.

—Nada sentimental. Sé cómo son y cuando termine con el trabajo que tengo con él, sé que no volveré a ver a Sergei—digo muy seria mirando el horizonte.

—¿Van Doesburgh? ¿Milavanov?—decide interrogarme.

Hemos terminado de comer y nos han tomado nota de los postres, Alexandr está decidido a hacer todo tipo de preguntas personales.

—Esto bien merece un cigarro. Y, no. Te he comentado que no salgo con nadie en estos momentos—digo sacando de mi bolso el paquete de tabaco y encendiéndome un cigarro.

—¿En serio que vas a fumar ahora?—pregunta algo molesto—Esa mierda te matará.

—Lo sé, pero de algo hay que morir—le digo decidida aunque en todo momento intento que no llegue un ápice de humo de mi cigarro hasta él—¿Qué hay de Potapova? ¿Es cierto que estáis pensando en casaros?

—Nooo—dice recomponiéndose, esta vez le ha tocado atragantarse con el vino a él—Es la hermana de un buen amigo.

—Eso decía la prensa...—le dejo caer.

—No creas todo lo que dice la prensa.

—¿Leillet?

—No estoy con nadie. Solo contigo en estos momentos disfrutando de mi regalo.

Ambos volvemos a reír con nuestra conversación. Realmente hace frío y me caliento las manos con la infusión de menta fresca que nos han traído. Es fácil mantener una conversación interesante y coherente con Alexandr. Al principio nunca lo habría imaginado, pero a estas alturas hasta me parece un hombre con gran sentido del humor. Me quedo descaradamente embobada mientras se disculpa y contesta una llamada. Tiene los ojos más bonitos que nunca he visto y el pelo castaño claro, casi rubio. Revuelto y desarreglado, le cae sobre la frente hasta que levantando la mirada hacia mí, se pasa su mano libre y se peina con los dedos el pelo hacia atrás. Me ofrece una media sonrisa y yo vuelvo a respirar. Es injusto ser tan guapo, no puedo evitar contemplarlo sin ningún disimulo. Vuelvo a hurgar en mi bolso volviendo a sacar un cigarro y me lo llevo a los labios. Cuando levanto la mirada, me mira con expresión de sorpresa y la mandíbula tensa. Con esa mirada, sé que va a empezar de nuevo a darme la charla de lo malo que es el tabaco. Pero en lugar de apagarlo y guardar el paquete de cigarrillos, lo cojo con una mano

y levantándolo le ofrezco como si fuera de lo más natural. Me observa con las cejas enarcadas y la mirada fija en mí. Le aguanto la mirada y sin poder remediarlo mis labios dibujan una amplia sonrisa. Tras unos segundos suspira exasperado y resignado, se despidе y cuelga la llamada.

—¿Qué?—pregunto con una sonrisa en los labios.

—¿Otro?—me pregunta inclinándose lentamente sobre la mesa. Creo que va a besarme. Me tiene exactamente donde quería. Sonríe socarrón y cuando creo que finalmente va a decidirse a besarme, no lo hace. Alarga su mano, me quita el cigarro y lo apaga en el cenicero—No me gusta esta mierda, ya te lo he dicho.

Suspiro de manera exagerada entornando la mirada y ladeo ligeramente la cabeza. Frunzo los labios tratando de disimular una sonrisa.

—Me debes cuarenta céntimos—le susurro aguantándole la mirada.

—No te pases—me advierte con una pequeña sonrisa.

No me doy cuenta de que son las tres hasta que miro el reloj de su muñeca. La camarera deja la cuenta frente a él en una bonita bandeja de madera, y le sonrío abiertamente. No me sorprende, tiene ese efecto en las mujeres. Aprovechando el momento, me incorporo en mi sillón y agarro la cuenta. Alexandr resopla y me fulmina con la mirada.

—Tessa, dame la cuenta—protesta con la mandíbula tensa—Hablo en serio.

—No quiero tener siempre la misma conversación—le digo muy seria—Siempre permito que me lo pagues todo, pero esta excursión con comida incluida, es t́ regalo de Sinterklaas. Sé que tienes infinitamente más dinero que yo. Eres lo que se dice un millonario en exceso, pero llevo unos meses trabajando para un hombre que pasa el día ceñudo y malhumorado. Y lo mejor, es que es asquerosamente rico, ya sabes, trajes de marca, relojes caros, coches exclusivos, pura ostentación. Y gracias a él, he podido ahorrar algo de dinero.

Me mira desafiante por encima de su taza, para finalizar entrecerrando sus ojos, juntando las manos y entrelazando sus dedos. Quiero auto convencerme de que me he salido con la mía, cuando lanza un hondo suspiro con una sonrisita en su rostro.

—Eres una cabezota—dice fijando su increíble mirada en la mía—Pero solo lo hago porque es de mal gusto rechazar los regalos de Sinterklaas, ¿no es así? Y, te molestaría e incluso te enfadaría, si rechazara tu regalo.

—Efectivamente, veo que has captado la idea—le digo orgullosa de haberle convencido esta vez tan pronto y salirme con la mía.

Finalmente y a regañadientes acepta y pago la cuenta. Nos levantamos y pasamos entre la gente que se encuentra disfrutando de su almuerzo. Nos observan con gran disimulo y respeto. En todo momento me cede el paso delante de él. Cuando ya estamos fuera del local, nos vamos acercamos a nuestras bicicletas para regresar a casa y dar por finalizada la excursión. Antes de que pueda alcanzar mi bicicleta, se acerca por detrás y haciéndome cosquillas en el costado, me dice susurrando que soy una testaruda. Suelto un grito que hace que los hombres de Alexandr se pongan en alerta. Forcejeo y pataleo para que Alexandr me suelte, pero él no lo hace por miedo a que caiga al suelo y me mantiene perfectamente sujeta, lo que me provoca más cosquillas. No puedo parar de reír, mi respiración es acelerada haciendo que la situación sea algo caótica.

—Que poco aguante tienes, querida—dice con una amplia sonrisa, intentando depositarme en el suelo para que no siga retorciéndome contra él. Pone ambas manos en las caderas y me reprende divertido—¿Se puede saber qué haces en el suelo?

—¡Tengo cosquillas!—exclamo—¡No vuelvas a hacerlo!

—Yo no he hecho nada—dice levantando ambas manos en señal de inocencia—Venga,

levántate del suelo y volvamos.

Alarga su mano derecha para ayudarme a levantarme del suelo. Estoy hecha un gurrño en el suelo y no me fío de él. Fija su mirada en la mía y me hace un pequeño gesto para que le dé la mano, que yo miro desconfiada. Con una facilidad pasmosa me ayuda a levantarme y cuando estoy alisándome la ropa y adecentándome, vuelve a la carga y alargando sus brazos me vuelve a hacer cosquillas en los costados. Vuelvo a caer estrepitosamente en el suelo rumiando entre dientes cosas inteligibles que mejor que no entienda. Adoro a ese tirano gruñón que hay delante de mí, su mirada y su risa me seduce, pero no puedo soportar las cosquillas y temo hacerle daño con mis patadas. Él sonríe encantado y resopla divertido.

—¿Qué haces de nuevo en el suelo?

Alzo las cejas sorprendida rechazando su ayuda. Me levanto del suelo llevándome una mano al trasero, que me he golpeado al caer. Tras él, puedo ver a Nikolái con una leve sonrisa en su rostro. ¡Vaya! si este ruso sabe sonreír, pienso. Alexandr me dedica una sonrisita y yo, aunque intento permanecer ofendida unos minutos más, no puedo y termino sonriendo también. Nos subimos a la bicicleta y emprendemos el camino de regreso. Vamos el uno al lado del otro, riendo y mirando el verde paisaje. Me siento radiante a pesar de que a lo lejos, se intuyen grandes nubarrones grises que amenazan lluvia, tal vez nieve. De nuestras bocas sale vaho. Ambos sonreímos sin razón aparente por cualquier tontería. Le vuelvo a insistir en que debería descansar hoy y acompañarme a la informal cena de Sinterklaas que hemos organizado. Pero me doy cuenta, que no se puede conseguir lograr el éxito en los negocios como él tiene, con un simple horario de oficina de ocho a cinco de la tarde y descansando los fines de semana. No puedo evitar quedarme embobada mirando su rostro mientras me cuenta anécdotas de su vida, lo que provoca que pierda el equilibrio en dos ocasiones y esté a punto de caer. Hoy he tenido que contenerme para no besarle y no dejo de repetirme que solo es una relación de amistad de un jefe con una de sus empleadas. Llevo días haciéndome esta afirmación, pero mi maquiavélica mente femenina me sitúa entre sus brazos, hundiendo mi nariz en su cuello para impregnarme de su aroma, ese delicado olor a jabón mezclado con su perfume con toques de madera y besándole apasionadamente.

Capítulo 19

Llegamos a mi edificio, exhaustos de tanto reír y pedalear. Los primeros truenos han empezado a sonar sobre nuestras cabezas hace un kilómetro más o menos y ahora, ya en la puerta lateral del edificio donde se encuentra mi minúsculo apartamento, empiezan a caer sobre nuestras cabezas enormes gotas de lluvia. Rebusco la llave en mi bolso pero antes de que las encuentre, Marc, el portero que esta de turno ese día, me ve a través del cristal de su garita y acciona el mecanismo de apertura de la puerta para vehículos para que entremos sin ningún problema, empujando nuestras bicicletas. Alexandr mira a Nikolái y le indica con un leve, casi inapreciable gesto de cabeza que espere unos instantes. Marc se ofrece solícito a bajar nuestras bicicletas al pequeño garaje comunitario donde aparco la bicicleta cada día. Se lo agradezco cediéndole mi bicicleta, pero Alexandr le indica que él no permanecerá mucho tiempo y la apoyamos junto a su garita. Alexandr acciona el mecanismo de la puerta de entrada al pasillo que lleva a mi apartamento y nuestras manos se rozan. Siento una vertiginosa corriente eléctrica que me invade súbitamente de pies a cabeza. Llegamos a la quinta planta y cuando estamos frente a la puerta de mi apartamento, ya me invade ese halo de puro magnetismo masculino que siempre le rodea, que me tiene hechizada y que provoca que mi corazón se acelere. Siento innumerables mariposas en la boca del estómago, lo que me provoca un aterrador vértigo por lo que siento. Mi sentido común está rozando el límite y temo perder mi controlada compostura. Introduzco la llave en la cerradura y antes de abrir me sujeta del brazo y me da las gracias por su regalo de Sinterklaas. Creo que para ambos ha sido un bonito día.

—Hoy estas preciosa—me dice algo cortado y una media sonrisa.

Maldita sea, creo que esto se le da bastante bien. Su forma de decir esas simples palabras me hacen sentir inquieta.

—Tú hoy, tampoco estas mal—le digo con una tímida sonrisa.

Se inclina levemente hacia mí y casi rozando la comisura de mis labios me da un beso de despedida deseando que pase buena noche. Mis rodillas tiemblan al sentirlo tan cerca. Temo que escuche el fuerte sonido de los nerviosos latidos de mi corazón. Finalmente, dando un paso atrás con un gracioso mohín en sus labios, me indica que en una hora tendré en la puerta mi regalo de Sinterklaas. Intento sonsacarle algún tipo de información, pero se cierra en banda. Guiñándome un ojo se despide y gira sobre sus talones para alejarse de mí hacia el ascensor.

—Me marchó. Si no lo hago ahora, no podré hacerlo—dice alejándose.

—¿Alexandr?...—se me quiebra algo la voz al llamarlo—Tengo que cocinar, pero si quieres una copa de vino, té o agua...

—Por muy bien que suene, voy a tener que rechazar la invitación—dice tensando su mandíbula—Me lo estas poniendo muy complicado.

Retrocedo un paso agarrando la puerta. Abro y cerrándola tras de mí, apoyo bruscamente mi espalda en ella respirando aceleradamente. Esto no puede continuar así, murmuro haciendo que mi espalda resbale por la superficie de la puerta y me siente en el suelo apoyando mis codos en las rodillas y llevándome las manos a la cabeza. Debo controlar mejor mis sentimientos, esto es solo trabajo. No sé cuánto tiempo paso sentada en el suelo, hasta que oigo un golpeteo de

nudillos en la puerta. Asustada por la interrupción de mis pensamientos, me levanto pesadamente y abro pensando que será Marc o cualquier vecina que me ha visto llegar.

Los músculos de mi cuerpo reaccionan con una dolorosa tensión, abro sorprendida los ojos y me quedo sin aliento. Su mirada es intensa, como si el azul de sus ojos me atravesara. Me remuevo sujetando todavía la puerta y allí está Alexandr en la puerta de mi apartamento esbozando la mejor de sus sonrisas. Me atrapa y siento una corriente eléctrica que me invade de pies a cabeza.

Sin decir palabra, cubre la distancia que nos separa con un solo paso decidido y firme. Pasa su mano derecha por mi nuca y me atrae hacia sus perfectos labios con un beso apasionado. Alexandr me envuelve con su brazo libre y me lleva hacia su cuerpo, mientras me hace caminar de espaldas hacia el sofá. Entre caricias y besos, cierra la puerta con el pie. No me esperaba ese embiste de deseo, aunque mentalmente lo había vivido varios cientos de veces. Me dejo llevar, desabrocha los botones de mi cárdigan y, tras él, continúa sacándome por la cabeza el jersey de cuello alto negro que llevo. Me hace levantar los brazos para poder deshacerse de él. Mientras yo he desabrochado su chaqueta y la he dejado caer subiendo mis manos hasta sus hombros. Se aparta un paso de mí y dice con una enorme sonrisa.

—¿Se puede saber cuántas capas de ropa llevas? Pareces una cebolla.

Me quedo momentáneamente aturdida por su observación, con todos mis sentidos todavía intensamente excitados tras el ardiente y apasionado momento que acabo de vivir. ¿Cómo se atreve a besarme así y hacerme desearlo con tanta intensidad y acto seguido decir esas cosas? No puedo evitar contemplarlo consternada sin ningún disimulo directamente a los ojos. Con las cejas enarcadas me mira y sonrío abiertamente y mientras no puedo evitar una tremenda carcajada.

—Cuanto romanticismo...

—Vamos, no seas gruñona, sabes que lo digo en broma. Pero la próxima vez no te pongas tanta ropa—me dice con una abierta sonrisa en sus labios.

—¿Quién te ha dicho que vaya a haber una segunda vez?—le pregunto frenándolo.

—¡Venga! Sigamos, me encanta lo que estábamos haciendo—dice con una leve sonrisita acercándose de nuevo a mis labios—¡Al fin!

Reímos mientras su mano baja despacio acariciándome el cuello y el costado hasta llegar a mi cadera. Nuestras miradas se vuelven por momentos más brillantes y oscurecidas. A medio vestir, me iza en sus fuertes brazos obligándome a rodear su cadera con mis piernas deleitándome con un profundo beso apasionado. Dejo escapar un suave gemido de mis labios cuando se separa apenas unos centímetros de mi boca. Llevo meses deseando que esto pasara.

—¡Alexandr!—exclamo, intentando recuperar el aliento—No podemos hacer esto. ¡Eres mi jefe!

Alexandr emite un profundo suspiro de resignación y tras unos segundos en los que permanece con el ceño fruncido, me mira con una media sonrisa y sin dejarme en el suelo, me dice.

—De acuerdo, tú lo has querido. Estás despedida con efecto inmediato.

Guía su boca por mi cuello y me premia con un reguero de húmedos y ardientes besos. Me vuelve a besar en los labios, más profundamente. Nos dirige hasta mi habitación, sin dejar de besarnos. Con cuidado nos deja caer cuando nota el borde de la cama y no puedo evitar mirarle a sus preciosos e intensos ojos con una enorme sonrisa hechizada por sus besos. Sin desunir nuestras miradas, nuestras manos se afanan en deshacerse de la ropa que todavía se encuentra entre nosotros.

Pasamos parte de la tarde enredados entre las sabanas de mi cama, nos besamos, nos acariciamos y hablamos. Su rostro esta relajado y no deja de acariciarme el pelo con una de sus manos mientras yo permanezco acurrucada junto a su pecho. Definitivamente, esto se nos da muy, muy bien juntos. Entrelaza sus dedos con los míos y acerca el dorso de mi mano a sus labios. Su móvil empieza a vibrar en el suelo y cuando me levanto para acercárselo, veo la hora. Se deshace rápido de la llamada. Me ve que mi total relajación ha pasado a convertirse en nerviosismo. Se sorprende y me pregunta a qué es debido.

—¡Madre mía!, todavía tengo que cocinar, ducharme, arreglarme y llegar hasta casa de Jane. La cena de Sinterklaas empieza en una hora—le digo poniendo los ojos en blanco intentando incorporarme deshaciéndome de su abrazo.

Echo las mantas a un lado y saco mis piernas de la cama cuando me doy cuenta que voy desnuda y tiro de una de las sabanas para cubrirme. Me precipito fuera de ella torpemente enrollándome en ella, cuando un pie se me engancha en el edredón. Estoy a punto de perder el equilibrio y casi me estampo contra la colorida alfombra de mi habitación.

—Espera, espera—me dice tranquilo—¿Todavía quieres que vaya contigo?

—¡Claro que quiero que vengas!—exclamo—Así te despejaras y no pasarás esta bonita noche encerrado tú solo en casa, atestado de trabajo.

Alexandr sonríe, agarra uno de mis brazos y me atrae de nuevo hacia la cama. Me estrecha más fuerte entre sus brazos, me da un delicado beso en la frente y me acaricia tiernamente la espalda y el hombro con una de sus manos. Su corazón late rítmico bajo la palma de mi mano que la tengo apoyada en su torso desnudo.

Marca un número de teléfono. No sé a quien llama, pero habla en ruso. Pide que, junto, con el regalo que tienen que entregar en mi apartamento, le traigan una muda completa. Necesitará el coche en menos de cuarenta y cinco minutos. Su voz es un auténtico delirio. Cuelga y seguidamente, marca otro número de teléfono. Se gira hacia mí y tapando el auricular del teléfono, me pregunta para cuantas personas necesitaba cocinar. Pide apetitivos para diez personas, solicitando que algunos de ellos sean vegetarianos y, algo de postre, pero este último que por favor lleve chocolate. Les indica que es urgente y cuelga.

Me mira con una sonrisa orgullosa.

—Solucionado, ve a arreglarte y no te preocupes por nada—me dice cariñoso y con voz apremiante, dándome un empujoncito con el hombro.

—¡Vaya! Eres toda una fábrica de deseos—le digo con una mueca divertida. Él sonríe encantado.

Busco en el armario qué ponerme y voy hacia la ducha. Me arreglo rápido, solo me detengo cuando creo oír a alguien tocando en la puerta de la entrada del apartamento. Me pongo un bonito vestido de lana verde con medias negras tupidas. Me seco el pelo, me lo recojo en una cola alta y me maquillo sutilmente. Preparo toallas limpias que dejo a un lado para que las pueda utilizar Alexandr y salgo descalza buscando mis botas altas.

Abro la puerta, casi tropezando con él. Mi apartamento no es especialmente amplio. Alexandr me indica que ya le han traído sus cosas y se mete al cuarto de baño. Cojo mis botas altas de tacón y me dirijo al sofá para ponérmelas más cómodamente, cuando veo un enorme paquete envuelto en un infantil papel de Sinterklaas y un enorme lazo azul sobre el sofá.

—¡Alexandr!—berreo sin recato abriendo la puerta del cuarto de baño—¿Es mi regalo?

En ese momento veo a Alexandr dentro de la ducha enjabonándose el pelo. ¡Madre mía! Me giro rápidamente disculpándome. Alexandr ríe y hace una mueca indicándome que no hay nada

nuevo que no haya visto ya. Se enjuaga y sale de la ducha rápido colocándose una mullida toalla blanca alrededor de su cintura.

—Vamos, vayamos a abrirlo antes de irnos. Espero que te guste.

Estoy bastante nerviosa, ¿qué puede ser tan grande? Le pido que me ayude justo en el momento que está dando pequeños saltitos para ajustarse bien la cintura de su pantalón y abrochándose la camisa. Se acerca al sofá y rasga totalmente el lateral, dejando al descubierto un marco embalado con papel de burbujas.

—¿Es lo que creo que es?

—No lo sé—dice con una mueca divertida—Todavía no he aprendido a leer la mente.

—Es el cuadro “Azul” de Andrei—digo sentándome en la moqueta del suelo del salón llevándome las manos a la cara y los ojos se me empañan de lágrimas—Le perdí la pista, no sabía quién lo había adquirido y no pude contemplarlo por última vez.

—Pues ahora ya sabes dónde está, en tu salón—me dice guiñándome un ojo—¿Te gusta? Ahora podrás mirarlo cada vez que quieras que te aporte paz con la luz que transmiten las diferentes tonalidades de color.

—¿Recuerdas lo que siento por este cuadro?—pregunto pugnando para no derramar una sola lágrima.

—Cielo—me dice agachándose en el suelo sobre sus talones y acercando una de sus manos acariciándome la mejilla con su pulgar—¡Recuerdo cada instante que he pasado contigo!

Me tengo que dominar para no volver a lanzarme y besarlo, pero el sentido común vuelve a mi persona y le digo muy seria.

—Alexandr, realmente me encanta. Es el mejor regalo que nadie se ha molestado en hacerme en la vida pero,...no puedo aceptarlo.

—¿Cómo que no puedes aceptarlo? ¿Qué tiene de malo mi regalo?—pregunta apremiante y una expresión intensa.

—No puedo aceptarlo, es extremadamente caro.

—Tú misma has dicho hace unas horas que un regalo de Sinterklaas es irrechazable—su enfado va creciendo y me fulmina con la mirada—¿Quieres dejar de pensar en el dinero? No sé cuánto vale el puto cuadro, sólo lo compre porque te escuché hablar de él y supe que nadie podría apreciarlo tanto como tú.

—¿No entiendes mucho de arte, verdad?—le pregunto prendada de la línea que dibuja su mandíbula cuando está enfadado.

—No, nada en absoluto. Pero lo adoro cuando lo veo a través de tus ojos. ¿Algo más que preguntar?—dice alargando su mano para ayudarme a levantarme del suelo.

—¿La verdad? Nada reseñable después de todo lo que has dicho tú—le digo con una sonrisa tímida alargando mi mano y ayudándome con la suya a levantarme—Gracias. Es un súper detalle de tu parte. En definitiva, contigo el sentido de lo caro adquiere un sentido absolutamente diferente al resto de los mortales.

—De nada. Vamos, el coche está esperando fuera.

Salimos de nuevo a la calle mucho más elegantes que esta mañana. Alexandr lleva un traje de corte clásico gris marengo que le queda perfecto, seguro que es hecho a medida, con una inmaculada camisa blanca y una corbata gris de un tono más claro. En tan poco tiempo va increíblemente atractivo. Caminamos despacio y callados. El suelo está húmedo. Me pasa un brazo por la cintura, estoy cansada pero feliz. Junto a la entrada nos espera el coche.

El vehículo nos lleva hasta el Zhurkov donde Mijaíl baja y regresa con varias bandejas que

deposita en la parte del maletero. Mientras esperamos bien resguardados en el coche, veo que el puesto de Oliebollen¹⁹ que hay en la plaza del Ayuntamiento permanece abierto y decido bajar a comprar.

—Dime qué es lo que te apetece y Mijaíl irá a por ello—dice Alexandr haciéndole un gesto a sus hombres.

—Lo que quiero es bajar y elegir yo los diferentes tipos de Oliebollen. ¿Vienes?—le pregunto tentándolo.

Mijaíl baja enseguida a abrirme la puerta en el momento que Alexandr les hace una señal. Nos acercamos los tres al puesto, que destaca por su iluminación excesiva y nos atienden amablemente. Nos explican todos los sabores que tienen, de manzana, de plátano, pasas con ron, normales...Decidimos comprar un pequeño surtido para llevar a la cena. Y en una bolsita de papel nos añaden cuatro, que le entrego a Mijaíl girándome.

—¡Feliz Sinterklaas!—le digo con una amplia sonrisa.

Hace ya bastante tiempo que me gané a Mijaíl y a casi todo el equipo de Alexandr, aunque con Nikolái es totalmente diferente. Noto en la mirada cómo me observa a cada movimiento y todavía desconfía de mí.

El coche nos deja en la puerta de casa de Jane. A través del enorme ventanal que hay en su salón, vemos que los asistentes a la cena ya han llegado. Nos encaminamos hacia la puerta de entrada a través del estrecho camino de piedras que hay en su diminuto jardín. Alexandr lleva dos bolsas y una bandeja en una de sus manos, la otra la entrelaza con mi mano en un gesto cariñoso.

—¿Pero qué haces?—le digo sobresaltándome y desuniendo nuestras manos—¿Qué van a pensar? Trabajo para ti. ¿Quieres matar de un infarto a Jane?

—Estas llena de prejuicios, querida—dice fingidamente consternado ladeando la cabeza, con esa actitud de “hago lo que me da la gana” que adopta de vez en cuando. Ríe y dice burlón—¡No seas gruñona! Y recuerda,...estás despedida.

Jane se queda petrificada cuando abre la puerta de su casa. Lo mira a él y me mira a mí, tratando de fingir que esta situación es real y que Zhurkov está en la puerta de su casa.

—Buenas noches, Jane—le digo intentando que cierre la boca por el asombro.

—Señor Zhurkov—dice ceremonial y soltando una sonrisita mirándome añade—Tessa no me dijo en el mensaje que la otra persona era usted.

—Espero que no le importe. Por favor, estamos fuera del trabajo. Llámeme Alexandr.

—Para mí es un honor. Mi fiesta a pesar de que las sillas no hacen juego, va a ser la más *cool* de la ciudad con su presencia—dice resuelta—Pasad, que ya estamos todos.

Pasamos al salón donde ya ha dispuesto una mesa próxima a la pared donde depositará los diferentes manjares que hemos llevado para degustar. Hay decoración relacionada con la fiesta por todas partes. Los platos, las servilletas y los vasos de plástico llevan motivos de Sinterklaas, solo se libran los cubiertos. Banderines, globos,...la casa está perfectamente decorada.

—¡Eeeeh! Chicos, un poco de silencio, os presento al señor Zhurkov, hoy Alexandr. Alexandr, estos son todos, chicos decid hola.

—Hola—contestan todos obedeciéndola.

El marido de Jane se dispone a servir una copa a Alexandr cuando nosotras le libramos de todo lo que lleva cargado y lo depositamos en la cocina. Jane cierra la puerta de un puntapié. Se gira y grita levantando sus brazos al cielo. En menos de dos segundos Alexandr y el marido de

Jane entran de forma atropellada en la cocina para ver qué sucede y ella, al percatarse de su poca discreción, dice alegremente.

—¡Oh! Lo siento. Adoro estos pastelitos que has traído—dice levantando uno de ellos y metiéndoselo a la boca.

Salen de la cocina y Jane aprovecha el momento para ejercer un tercer grado. Hablamos de lo sucedido y cuando pide más detalles le digo que el lunes almorzaremos juntas y que debemos salir para no ser descortesas con el resto de invitados.

—¡Me importan tres pimientos el resto de invitados!—exclama impaciente—Tú solo dime si es tan fantástico como mi mente puede llegar a imaginar.

—Mucho más, créeme. Mucho más—le digo con una amplia sonrisa—Vamos con el resto de invitados.

—¡Aaagr! Tessa, en estos momentos te odio—dice agarrando las bandejas para sacarlas y llevarlas al salón donde nos esperan todos.

Cuando salgo hacia el salón, me encuentro con la mirada de Alexandr, que sostiene una cerveza en la mano y habla con uno de los asistentes. Me sonrío sin apartar sus ojos de mí. En menos de un cuarto de hora ya se ha metido en el bolsillo a todos los asistentes a la cena con su encanto y personalidad. La velada transcurre entre charlas y risas de todos los asistentes. La comida es extraordinaria y cada una de las personas comenta los platos típicos de su país que ha cocinado.

Llega la hora de la lectura de los poemas y la entrega de regalos y todos van situándose en una zona de sofás cerca de la chimenea. Regreso de buscar mi regalo que he dejado en la entrada junto con los demás. También he traído un pequeño regalo que compré para Alexandr, que tenía en casa. Así no será el único que no tenga regalo esta noche.

Miro a mi alrededor y veo que todos los asientos están ocupados. Alexandr me mira con una sonrisita en su cara, no tengo dónde sentarme. Con sus cuidadas maneras me hace un pequeño gesto tendiéndome una mano para que me acerque donde está sentado y que no caiga enredada por todas las cosas que hay por el salón. Mueve sus piernas dejándome un hueco en su sillón. Me acomodo tímidamente en ese espacio con su ayuda. Con uno de sus brazos me rodea la cintura y me pide que apoye mi espalda. Entrelaza una de sus manos con mis dedos en un gesto totalmente íntimo y más cuando siento los latidos de su corazón y percibo el calor de su aliento acariciándome el cuello con su nariz. Sonrió sin poder evitarlo y siento la mirada sobre nosotros de gran parte del grupo, aunque a él parece no importarle.

Se van entregando los regalos unos a otros y todos vamos abriéndolos sin demora. En mitad de la confusión le entrego a Alexandr uno y él sorprendido por no esperarlo me atrapa con su mirada.

—No te sorprendas. Sabía que finalmente te decidirías a venir y no te iba a dejar sin regalo—le digo entregándoselo.

—¿Tan previsible soy?—pregunta haciendo una pequeña mueca infantil.

—No, pero corría el riesgo de que lloviera y tenía que tener un plan B para regalarte—digo guiñándole un ojo.

Todos estamos encantados con nuestros regalos. Yo descubro que el suave pañuelo que me han regalado es obra de Jane. Todos son pequeños detalles que tenemos unos con otros.

—¿Te gusta?—pregunto a Alexandr cuando abre el suyo.

—Me gusta mucho—dice con una sonrisa acercando sus labios a mi mejilla para besarla—Es muy bonita.

—Pensé que regalándote una corbata no fallaría. Es algo que utilizas cada día.

Bebemos un licor tremendamente fuerte que un compañero griego del marido de Jane, ha traído de su país, mientras charlamos animadamente alrededor de una mesita de té repleta de pastas, oliebollen y otros postres.

El tiempo transcurre y cuando son más de las doce decidimos ir dando por finalizada la reunión. En la calle ha empezado a caer pequeños copos de nieve. Nos despedimos de las personas que quedan y nos disponemos a marcharnos. Los anfitriones nos acompañan hasta la puerta principal y nos despedimos de forma cariñosa con ellos.

—Señor, ha sido increíble que haya venido a mi fiesta. Nos vemos el lunes—dice Jane mientras se le traba la lengua debido a la gran ingesta de alcohol—¡Tened cuidado!

Alexandr me envuelve con sus brazos y me lleva hacia su cuerpo cuando salimos a la fría noche. Su coche misteriosamente llega en ese momento y estaciona junto a nosotros.

—Señor—dice educadamente Mijaíl bajando del coche y abriendo la puerta trasera.

Nos acomodamos rápidamente en la parte trasera del vehículo, dejando atrás el aire frío de la noche. Alexandr coge mi mano y entrelaza sus dedos con los míos y con un pequeño gesto indica a sus hombres que pueden empezar la marcha. Apoyo mi cabeza sobre su hombro y me dejo abrazar por él.

Paso dos días de ensueño entre las sábanas y los almohadones más delicados y suaves que he tenido el gusto de abrazar en mi vida. Dos noches y dos días alucinantes de ternura, sexo pervertido y divertido. Con cuidado apoyo la cabeza sobre la almohada y lo observo. Guapo, divertido y encantador. El hombre que cualquier mujer podría querer. Tengo que empezar a dejar de mirarle y marcharme de aquí. Me levanto de la cama y tras coger mi vestido voy hasta el baño. Allí me lavo los dientes, la cara y termino de vestirme. Salgo del baño silenciosamente para no despertarlo, aun deseando acariciar de nuevo su pelo rubio y revuelto, o rozar su incipiente barba que asoma en su mandíbula.

Una vez en el pasillo miro a mi alrededor. La casa está en un silencio y oscuridad absoluta. Bajo por las escaleras y llego al salón donde encuentro mi bolso. Me recojo el pelo en una coleta alta mientras me dirijo hacia la cocina para salir por la puerta lateral. Al girar una esquina pego un grito dejando caer mis zapatos estrepitosamente en el suelo.

—¡Madre mía! ¡Qué susto me has dado!—exclamo llevándome una mano al corazón.

Alexandr termina de bajar los escalones y espeta.

—¿Se puede saber qué haces despierta tan temprano?

—No puedo dormir y tengo que marcharme—le contesto agobiada.

—¿A hurtadillas en mitad de la noche? ¿A dónde vas a estas horas?

—No quería molestar y que te despertaras.

—Pues ya lo estoy, ven aquí. Cuéntame ¿qué te pasa?—dice alargando su mano para que me acerque de nuevo a él.

—Alexandr, necesito ir a casa—le digo en un suspiro mirando hacia mis manos que retuerzo nerviosa—Necesito mi ropa y tengo una reunión a primera hora.

—¿Y por qué no lo dijiste anoche? No es necesario que te escabullas sin decir nada. Mravinsky te llevará a casa. Dame veinte minutos. No quiero que te marches de esta casa como si fueras un vulgar ladrón en mitad de la noche.

Llevo dos días sin pasar a ver a Marcel y he faltado a una cita con Hans, sé que estará preocupado. Llego a casa me ducho y mando un mensaje a Hans. Salgo temprano de casa y me dirijo al puesto de flores de Marcel, el cual me prepara un precioso ramo de flores blancas que

meto en la cesta de mi bicicleta. El fin de semana ha seguido nevando y tengo que llevar cuidado de no resbalar con el hielo que se ha formado en la calzada. Compro dos cafés para llevar y me dirijo hacia la galería. Sé que Jane ya estará allí. Dejo mi bicicleta en un lateral y me encamino a la puerta de servicio. Todavía tengo cuarenta y cinco minutos para hablar con ella antes de la reunión que tengo en el edificio Zhurkov. Cuando Jane me ve llegar, me recibe con una amplia sonrisa recostándose en su silla.

—Deseosa de tomar el café contigo.

—No hay mucho que contar—le contesto alargando mi brazo y dejando su café sobre la mesa.

—¿Estáis juntos?—pregunta directa mirándome fijamente.

—No.

—¿Cómo que no estáis juntos? El sábado estabais juntos—dice incorporándose de su silla —¡Madre mía! Pero si las miradas que te echaba el sábado eran de pura pasión.

—Los dos somos adultos y he pasado el fin de semana más increíble que haya disfrutado nunca, pero soy realista y sé que eso no me llevara a nada. Debo volver al trabajo y olvidarme de lo sucedido. Venimos de sitios muy diferentes.

—No puedo llegar a entender lo que estás diciendo. Alexandr no solo es sencillo, natural, amable, humilde, extremadamente atractivo, guapo y desquiciantemente rico—dice elevando los brazos al cielo—Y no solo eso, sus miradas hacia ti están cargadas de amor. ¿Qué más quieres?

—Jane, no continúes. Todo eso que estás diciendo yo ya lo sé. Pero no es posible y rotundamente me niego a enamorarme de un hombre así—digo casi en un suspiro intentando auto convencerme a mí misma y tras mirar mi reloj me levanto para marcharme.

—Tessa, siento decirte que para eso ya llegas tarde. Estas enamorada de ese hombre desde el primer día que lo viste, aunque insistas en negarlo. Y cada vez que estáis en la misma sala saltan chispas a vuestro alrededor—dice fijando su mirada en la pantalla de su ordenador.

Capítulo 20

Entro decidida en el edificio Zhurkov y comprobando mi móvil veo que la reunión no ha sufrido ningún cambio. Subo al ascensor para acudir a la planta doce rodeada de ejecutivos. Creo que es lo único que no voy a echar de menos, subir en los claustrofóbicos ascensores de este gigantesco edificio de cristal. Al principio temo tropezarme con Alexandr, pero él no ha acudido nunca a este tipo de reunión. Dado que ya son las ocho y media, él ya estará sentado en su oficina delante de su ordenador, desde hace tiempo.

Llego a la sala de conferencias de la planta doce con la reunión a punto de comenzar. Los ejecutivos todavía están hablando y sosteniendo tazas de café cerca de la puerta de entrada. Entro y me siento en uno de los laterales de la mesa, es extraño que Katia todavía no haya llegado. Le estoy mandando un mensaje con mi vista clavada en la pantalla cuando oigo un pequeño revuelo y a los ejecutivos sentarse rápidamente en sus sitios. Pasos acelerados se acercan a la sala de conferencias junto al repiqueo de unos tacones. Levanto la mirada y allí me encuentro con la de Alexandr. Tras él, Katia llega casi exhausta, cargada con todos los dossieres de la reunión. Se sienta tranquilo en el sillón de la cabecera de la mesa y pide que comience la reunión. Alexandr se limita a observar y a escuchar atentamente. Nuestras miradas se encuentran en más de una ocasión y no puedo evitar que una pequeña sonrisita aflore en mi cara cuando nada más empezar me doy cuenta que hoy se ha puesto su nueva corbata. En público siempre se muestra reservado y distante. En la reunión se debate como enfocar algunas ideas y no participo muy activamente. Estoy intentando mantener mis pensamientos a raya al estar Alexandr en la reunión. Pienso en el fin de semana y en cómo voy a justificar la huida de esta mañana.

Tras dos horas se da por finalizada la reunión. Alexandr ha estado revisando su móvil en varias ocasiones. Pero antes de que todos abandonen sus sillas, Alexandr habla por segunda vez y con autoridad, y me pide que por favor lo acompañe a su despacho porque necesita hablar conmigo. Todos se miran entre ellos ante el tono serio utilizado.

—Tengo una reunión en diez minutos en la galería—digo sin pensar—¿No puede esperar?

Los ejecutivos se miran entre ellos ante la contestación y se oyen algunos cuchicheos mientras van abandonando la sala. Tanto Alexandr como yo continuamos sentados en nuestro sitio. A estas alturas la gran mayoría se han percatado de que soy un poco la consentida del jefe. Katia me fulmina con la mirada y me indica que me calle.

—Yo me encargaré de retrasar la reunión—dice apremiando al resto para que salga de la sala.

Sale la última y delicadamente cierra la puerta. Alexandr se pasa cansado la mano por el pelo y se encoge hombros. Los ojos se le oscurecen. No puedo llegar a distinguir si verdaderamente esta cabreado o preocupado. Me observa sin decir una palabra y cuando ve que no contesto pone las manos sobre la mesa y levanta una de sus cejas animándome a que hable. Con su mirada de ese intenso azul domina toda la sala, incluso a mí. Sin apartar mi mirada de la suya, me asusto al darme cuenta de lo enamorada que estoy de él y que esté perdiendo el sentido común.

—Me gusta tu corbata—le digo seria sin saber qué decir ni saber el humor que trae esta mañana.

—Gracias—contesta muy tajante y me indica con el tono usado que no es de la corbata precisamente de lo que quiere preguntarme—¿Qué ha sucedido esta mañana?

—Tenía mucho trabajo pendiente—le informo sin saber qué responder para justificar mi huida.

—Oye, Tessa ¿A qué estás jugando?—pregunta sorprendido ante mi simple respuesta.

—A nada—respondo seca.

—¿A nada?—pregunta extrañado en un susurro y vuelve a preguntar—¿Qué estás haciendo? ¿Dónde está la Tessa de este fin de semana?

—¿Acaso importa?—le digo manteniéndole la mirada.

—Sí, importa. Al menos a mí me importa—dice levantándose de su sillón volviendo a pasarse las manos por el pelo.

—¿Y qué vas a hacer?—le digo impacientándolo.

—Mira, Tessa. La mayor parte del tiempo eres encantadora y amable. Fascinante. Dices lo que piensas, haces lo que quieres...yo te envidio ¿sabes? Puedes hacer lo que quieras y de repente te vuelves así, dejas de ser tu misma, te vuelves una persona...fría. Te asustas de cualquier cosa que te pueda importar... Había planeado toda esta estupidez, yo solo quería hablar y estar contigo. Que nos conociéramos...mira como tú dices, ya ni siquiera importa.

—¿Lo habías planeado?—pregunto sorprendida levantando la mirada.

—Más o menos.

—¿Por qué?—pregunto asombrada al escuchar sus palabras.

—Porque tú,...tú—dice mirándome a los ojos en un susurro—Me gustas.

—Tú no lo entiendes. No saldría bien. No quiero ser la comidilla de los demás siendo la fresca que se acuesta con el jefe—contesto cabreada. Pero no con él, estoy cabreada conmigo misma.

—¿Quieres dejar de imaginar en qué piensan los demás? Puede que piensen que yo soy el depravado que se tira a la nueva—dice aflojando la tensión en su mirada, y dándose la vuelta para recoger su móvil musita—Vamos, si te acercan en coche, todavía podrás llegar a esa reunión

—¿Desde cuándo?—le pregunto todavía sentada en mi silla.

—¿Desde cuándo, qué?—responde apoyándose en la mesa.

—¿Desde cuándo lo tenías planeado?—No salgo de mi asombro con lo que ha dicho.

—Desde el preciso instante que te lanzaste sobre mi coche—creo que empiezo a perder la razón con cada una de las palabras que está diciendo—Cualquiera en su sano juicio se habría prendado de ti en ese mismo y preciso instante.

No sé qué contestar, no sé qué hacer. La cabeza me da vueltas y no consigo moverme de la silla. Alexandr se dirige a la puerta y sale casi sin hacer ruido. No se cuánto tiempo pasa hasta que me doy cuenta de que sigo allí sentada, sola. Finalmente me pongo en pie, me aliso la falda, guardo el dossier de la reunión en mi bolso y me encamino hacia las escaleras. Me saco los tacones y sujetándolos en mi mano libre, empiezo a subir hacia la planta 37. Voy despacio, no acelero el ritmo. Mi cabeza no deja de pensar. Salgo a la recepción de la planta y me encamino hacia mi oficina, pero cuando me doy cuenta, todavía con el bolso en mi mano, estoy delante de la mesa de la señorita Leillet.

—Buenos días. ¿Podría ver un momento con el señor Zhurkov?

—No estás en la agenda y el señor Zhurkov está muy ocupado esta mañana—contesta muy eficiente.

—Por favor, ¿podrías al menos...?

—No—me corta sin dejar duda a la posibilidad de ver a Alexandr.

Pero lo dice justo en el momento en el que la puerta del despacho de Alexandr se abre. Sale junto a Nikolái hablando y se para, extrañado al verme allí junto a la señorita Leillet.

—¿Señorita García?—pregunta sorprendido.

—Señor Zhurkov. ¿Podría hablar un momento con usted?—digo ante la atenta mirada de la señorita Leillet y Nikolái.

—Me dirijo a una reunión. ¿Puede esperar?

—Sí, no se preocupe. No tiene importancia—digo arrepintiéndome de haber ido a su despacho sin haberlo avisado.

La señorita Leillet sonríe triunfante y cuando voy a salir por la puerta Alexandr me pide que espere.

—Señorita Leillet, cancele mi comida de la una. Señorita García, hablaremos por el camino —dice haciéndome un gesto con su mano para que pase delante de ellos y observando lo cargada que voy comenta— Veo que todavía no ha pasado por su oficina. Señorita Leillet, por favor, que lleven esto a la oficina de la señorita García.

—Yo no me abalancé sobre tu coche—le digo con una pequeña sonrisa cuando ya vamos por el pasillo.

—¿Segura?—me dice guiñándome un ojo y una leve sonrisa mientras esperamos al ascensor. Su mirada es de lo más intensa, como si pudiera atravesarme con ella—¿Te vienes conmigo?

Bajamos hasta el sótano y subimos a su coche. Me dejo arrastrar hasta el asiento trasero del coche. Durante un rato ambos permanecemos en silencio, sumidos en nuestros pensamientos. El vehículo ha estacionado en la entrada del Zhurkov y Mijaíl me sujeta la puerta abierta para que descienda de él.

Subimos al reservado en la planta superior. Por el trayecto Alexandr se acerca a mí y delicadamente roza sus dedos con mi mano. Finalmente me la sujeta entrelazando sus dedos. Posteriormente y puede que por los succulentos platos que nos sirven, volvemos a hablar animadamente.

Tras esas confidencias llegan muchas más. Sonríó al sentir que todo está bien. En un gesto protector, él me toca con cariño la mano que tengo sobre la mesa y habla en un susurro. Cierro un instante los ojos. Me encanta ese acento con el que habla.

Esa tarde Alexandr tiene que acudir a varias reuniones y decide que él acudirá a recogerme, cuando éstas finalicen. Paso la tarde entre papeleo y concretando las últimas reuniones que tenemos para la semana siguiente. El deseo que ambos tenemos el uno del otro es indomable y permanente. Ese día es el primero de una semana colmada de encuentros al caer la noche. Intento hablar con Hans en varias ocasiones pero está fuera del país por trabajo y su secretaria me confirma que posiblemente regrese para el fin de semana. Intento no estar en las nubes durante las horas del trabajo, aunque ambos acudimos juntos a las oficinas, para luego, separarnos para nuestras respectivas reuniones y papeleo hasta la hora del té. Siempre intentamos tomarlo juntos y cada vez que entro al despacho de Alexandr intentando ocultar una pequeña sonrisa de felicidad, me he dado cuenta que la señorita Leillet me mira con animadversión.

Cuando llega el viernes, tras una increíble noche de pasión, nos levantamos y bajamos a tomar el café en la cocina sin dejar de hacernos arrumacos.

—Hoy tengo que volver a entrenar e ir a casa a por mi ropa. Y mañana tengo un taller en la

galería.

Alexandr me agarra de la cintura y me sienta en la encimera sin esfuerzo y murmura sin dejar de besarme el cuello colocándose entre mis piernas muy cerca de mí.

—¿Sabes? No necesitas salir a correr. Aquí tienes un completo gimnasio y una piscina cubierta. Y estoy seguro que si se lo pides el señor Van Doorn te permitirá no acudir al taller.

—Lo sé y te lo agradezco, pero no puedo estar encerrada en estas cuatro paredes eternamente. Necesito ropa y regresar un poco a mi vida. Y tú podrás adelantar trabajo—le digo con una amplia sonrisa en la cara.

Tras desayunar juntos, Pyort me deja en casa y le indico que no se preocupe, acudiré en bicicleta. Tengo varios recados que hacer y no voy a necesitar que hoy me acompañe. Voy a casa y preparo una pequeña bolsa con todo lo necesario para pasar el fin de semana fuera. Monto con cuidado sobre mi bici y salgo al exterior volviendo a sentir el cortante soplo de aire frío que hace en esta época del año. Llego al puesto de Marcel que me mira extrañado.

—Tessa—dice en un susurro—Que sorpresa tan agradable. Estaba empezando a inquietarme por la ausencia de sus visitas.

—Querido Marcel, discúlpeme, ha sido una semana muy ocupada.

Nos fumamos juntos un cigarro y cuando voy a marcharme le dejo el paquete con el último de los cigarros. Me dirijo a la galería cuando comienza a nevar. Miro al cielo y, mientras dejo que los copos caigan sobre mi rostro, una amplia sonrisa aflora en mis labios. Jane me ve llegar a través del enorme ventanal de la primera planta y baja a recibirme. Entro rápidamente a la recepción y me sacudo el hielo depositado sobre mi ropa. Me dirijo con Jane a la sala de reuniones para ponernos al día del proyecto. Más que de ello, hablamos de nuestra semana y las ganas que tenemos que lleguen los próximos días en los que yo permanezca en la galería hasta después de Navidad. Hemos finalizado la primera fase del proyecto y satisfechos estamos deseando continuar.

En un momento dado Jane se levanta y va al pequeño *office* para traer más té y el señor Van Doorn aparece muy sonriente.

—Buenos días, Tessa. Hacía tiempo que no te veíamos una mañana por aquí.

—Buenos días, señor Van Doorn. Debe volver a acostumbrarse. Estas dos semanas antes de Navidad me vera por aquí. Le veo muy sonriente ¿ocurre algo?

—No.

—¿Seguro?—le pregunto con una mueca divertida insistiendo.

Jane entra cargada con las dos tazas de té y le hace la misma observación al señor Van Doorn, pero vuelve a negar que suceda algo. La galería ha ganado afluencia y ventas tras toda la publicidad de la exposición de Andrei y a él se le ve mucho más relajado.

Cuando se acerca la hora de almorzar, percibo un pequeño cambio en la cara de Jane, quien está mirando hacia la puerta. En ese instante, Alexandr toca en el marco. Me giro en mi silla sin poder evitar sorprenderme. Él se acerca a Jane y ésta le sorprende saludándolo con tres besos, mientras yo continúo sentada ordenando todos los informes en los que hemos trabajado juntas esa mañana. Se acerca por detrás y sorprendiéndome a mí más que a nadie, deposita sus labios en los míos y me da un corto beso. Parece que su secretaria debería haberme avisado para comer, pero en mi móvil no he recibido nada.

Para variar un poco, decidimos ir los tres a una *Brasserie* que hay frente al Parlamento, algo que no recibe con agrado su equipo. Se encargan de que nos dispongan una mesa en el lugar que ellos consideran apropiada y todo es hecho con absoluta celeridad. Es sorprendente lo fácil que

les resulta conseguir una mesa en el local y que sea la adecuada según las normas de seguridad de sus hombres. Almorzamos sin prisas, degustando los diferentes aperitivos típicos holandeses que sirven en el local. La *Brasserie* es el centro de encuentro para muchos de los expatriados que se encuentran en la ciudad. No solo es famosa por su ambiente internacional sino por la decoración, la comida y las succulentas y variadas tartas, que solemos acompañar con té o chocolate caliente en esta época del año. El camarero, confuso y algo apurado nos atiende muy profesionalmente. Solo es al final de la comida cuando nos pide que nos hagamos un *selfie* con él. Llevo casi tres años viniendo casi cada domingo y jamás me lo había pedido, así que con el consentimiento de Alexandr le hacemos la foto solo con él junto a varios de sus compañeros que en ese momento están trabajando en el comedor. Pedimos una porción para llevar de su exquisita tarta de manzana y abandonamos el local. Jane se sorprende de la cantidad de miradas furtivas que recibimos hasta la salida.

Llegamos tarde a la oficina. La señorita Leillet ya ha abandonado su puesto de trabajo, lo cual me sorprende, pero no digo nada. Desde el despacho de Alexandr marco la extensión de Katia, quien contesta muy ceremonial al teléfono. Ambas estallamos en risas cuando se da cuenta que soy yo y hace el juramento de que ésta me la devolverá. Alexandr enseguida se ocupa con llamadas y yo decido ir a llevarle su porción de tarta a Katia a la sala de descanso antes de que se marche. Hablamos durante más de una hora. No trabajaremos juntas de nuevo hasta después del parón de Navidad y ambas sabemos que nos vamos a echar de menos. Katia ha sido la persona en la que me he apoyado durante mi estancia en este enorme edificio y todo lo que ello conllevaba. Personal, reuniones, informes...Estamos fundiéndonos en un sincero abrazo cuando se abre la puerta y aparece Alexandr algo contrariado.

—Tessa, ¿por qué no llevas el teléfono encima?—pregunta más serio de lo normal esperando una respuesta.

—Dejé mis cosas en mi oficina. ¿Suced algo?—respondo apartándome de Katia.

—En 10 minutos el coche estará aquí. Estate preparada—dice algo hosco.

Cuando se marcha me fijo que Anderson va con él, es muy extraño. Por esta planta nunca lo había visto con ninguno de sus hombres. Me despido de Katia no sin antes concretar un día para comer juntas después de las vacaciones y acudo apresurada a mi oficina para coger mis cosas y acudir sin dilación al despacho de Alexandr. Nos tropezamos en el pasillo y nos dirigimos al ascensor. Algo pasa por su mente porque está muy callado.

—¿Suced algo?—le pregunto confundida por su silencio.

—No. Nada de lo que te debas preocupar. El coche ha sufrido un pequeño percance—se da cuenta de lo serio que parece y esboza una forzada sonrisa que no le llega a la mirada—¿Preparada para pasar el fin de semana juntos?

—Más preparada que nunca—le contesto con una amplia sonrisa, abrazándolo.

Llegamos al vestíbulo, que ya está despejado de ejecutivos corriendo hacia los ascensores. Solo queda el personal de seguridad y de limpieza.

Caminamos hacia la puerta giratoria cuando Anderson nos indica que el coche se acerca. Alexandr me coge de la mano y salimos juntos al exterior. Un manto de estrellas brilla en el despejado cielo. Alexandr me susurra al oído cogido a mi cintura cuando la frase se rompe en mitad de la noche. A escasos centímetros de nosotros, el cristal trasero de un coche salta hecho añicos. Anderson se abalanza sobre nosotros y nos pide que nos agachemos tras el coche. Sin incorporarse saca su pistola de la funda y le quita el seguro preparándose para disparar. Alexandr al verme completamente pálida y temblorosa me rodea con uno de sus brazos y me sujeta

firmermente cubriéndome con su cuerpo. Oigo ruidos confusos detrás de nosotros. En esos momentos estamos atrapados tras el coche que nos protege. Tras un fuerte estruendo, se vuelve a oír una lluvia de cristales destrozados caer sobre el asfalto. Anderson responde cuando el coche conducido por el equipo de seguridad golpea el que nos protegía. Nikolái dispara, saltando al exterior, hasta vaciar el cargador, resguardándose con la parte delantera. Alexandr me agarra fuertemente del brazo y tira de él, para que entre en el coche, arrastrándome, agachados y protegiéndome con su cuerpo. Oigo voces y gritos en ruso antes de meterme totalmente en el coche. Aún agachada en el interior veo que el equipo de seguridad de Alexandr corre tras una sombra que se arrastra rápida hacia la oscuridad de los frondosos árboles. Solo entonces me atrevo a mirar a Alexandr. El coche ha dado un acelerón y se ha puesto en marcha. Nos dirigimos en sentido opuesto hacia donde corren. Me miro instintivamente las manos y me toco el pecho sacudiéndome los cristales muy callada. Estoy un poco en estado de shock. Alexandr me toma el rostro entre las manos al ver mi nerviosismo y cariñosamente, con uno de sus pulgares limpia un rastro de sangre que cae por mi rostro.

—Cariño, ¿te encuentras bien?—dice mirándome fijamente a los ojos—¿Estás herida?

—Sí, estoy bien—le digo con voz casi inaudible—¿Es mía la sangre?—le pregunto sorprendida.

—No, tranquila, es mía. Me he hecho un pequeño corte—dice anudándose un pañuelo a la mano magullada.

Alexandr se gira cuando se cerciora que no llevo ningún rasguño y se dirige a sus hombres de nuevo en ruso. El coche circula rápido y llegamos enseguida a su casa donde ya está la enorme puerta de metal abierta para que no paremos. El conductor se detiene en la puerta principal y bajamos rápidos hasta entrar en la casa. En la entrada me ayuda a sacarme el abrigo, me frota los brazos con sus manos y vuelve a preguntarme si estoy bien, mientras me dirige a la cocina para tomar un té que me tranquilice.

Dos de los hombres de Zhurkov aparecen por la puerta y él con la mirada les hace un gesto para que esperen.

—Estaré un momento en el despacho ¿de acuerdo?—dice dulce poniendo sus manos en mi rostro y levantándose la cabeza—Vuelvo en seguida. Tranquila, aquí estas a salvo.

Se marcha tras sus hombres y tras cerrar la puerta de su despacho, oigo como levanta la voz. Siempre hablan en ruso. No se explica cómo ha podido haber un fallo tan grande en la seguridad. Tras oír varios minutos su discusión decido mirar en mi móvil las noticias. Descubro que la prensa ya se ha hecho eco de lo sucedido y mando varios mensajes para comunicar que estoy bien.

Pasa más de una hora y como Alexandr no sale de su despacho decido ir a su encuentro. Doy unos pequeños golpes en la puerta y los integrantes de la reunión que está teniendo lugar en su interior callan de inmediato. Abren la puerta y salen del despacho, Alexandr está en su mesa con las manos apoyadas en la cabeza. No sabía que Nikolái había regresado, pero allí está, junto a él.

—Perdona—digo en casi un susurro—No quería interrumpir.

—Tranquila, no interrumpes nada—dice forzando una pequeña sonrisa—La policía esta de camino para realizar el informe y quieren hablar con nosotros.

—Estoy muy cansada y debería irme a casa.

—Esta noche te quedaras aquí—dice muy serio.

—No. Quiero que todo esto acabe. No sé qué ha pasado pero, simplemente quiero irme a mi

casa. Hablaré con la policía si es lo que quieres, pero quiero ir a mi casa.

—Ve olvidándote de irte hasta que no sepamos que ha pasado—ordena levantándose de su sillón.

—Yo quiero marcharme a casa—insisto cruzando mis brazos bajo el pecho.

—No, por ahora—su voz es ronca y amenazante acercándose a mí e intentando hacerme entrar en razón.

—Oh, ¿no? Y que vas a hacer para impedírmelo ¿secuestrarme y atarme a una silla?

—No me des ideas—contesta tensando al límite la mandíbula—Por ahora no te moverás de aquí.

—¡Ooooooh, Dios mío!—casi grito llevándome las manos a la cabeza—No me puedes tener aquí encerrada.

La policía llega a los pocos minutos y amablemente hablan con Alexandr, con su equipo y finalmente conmigo. Son muy amables y yo realmente no les puedo aportar mucho, estaba distraída con los susurros de Alexandr y realmente no vi nada. Cuando oímos caer los cristales tras el disparo nos agachamos hasta que llega el coche y subimos a la parte trasera. Me preguntan por posibles atacantes y en esos momentos no se me ocurre quién quisiera hacerme daño, es más, todavía no se sabe si realmente querían hacerle daño a Alexandr o a mí. En total, del agresor solo oí tres disparos. Por ahora no tienen ninguna pista de quien era el atacante, pero ya se han puesto manos a la obra con las cámaras de seguridad de las calles de la zona y tranquilizándome amablemente me comunican que este calmada, que creen que ha sido un hecho aislado y que pronto detendrán al atacante.

Cuando se marchan insisto en marcharme y Alexandr, ofendido, se niega. Decide que tenemos que cenar algo antes de irnos a la cama. En la cocina ya hay una mesa elegantemente decorada con la cena y nos sentamos en silencio. Al coger mi copa de vino Alexandr se percata del leve temblor que me queda en el cuerpo.

—¿Tienes frío? Estas temblando—pregunta preocupado.

—Disculpa, todavía tengo el susto en el cuerpo—le digo dejando de nuevo la copa en la mesa.

—Tessa, no tienes que disculparte por ello. ¿Quieres algún tranquilizante? No te preocupes, es la adrenalina, pronto pasara. No estas acostumbrada a que alguien te dispare—dice intentando suavizar el ambiente con un guiño.

—Es cierto y tú, ¿sí que estás acostumbrado?—pregunto perpleja.

—Bueno, por algo tengo el equipo de seguridad—dice con una mueca.

—¡Oh! Pues hoy han estado a punto de volarnos la cabeza con equipo de seguridad y todo.

Malhumorada, continúo con la cena. No soy de las personas a las que, cuando están nerviosas, se les cierra el estómago. Yo como sin medida, sobre todo chocolate. Así que cuando llega el postre y me sirven un abundante trozo de pastel de chocolate, no dejo la cuchara hasta que como la última migaja. Tras la comida nos traen un té y decido echarle cuatro cucharadas colmadas de azúcar. Alexandr me observa curioso.

Se excusa en el momento que entra Nikolái y reclama su atención. Me dejan sola en la enorme cocina junto a la señora Cherkesov. No sé qué hacer en esa enorme casa yo sola, así que decido ir a buscar mi bolso y salir a la terraza que hay junto a la cocina, con mi té extra dulce, y mi paquete de cigarros. En el exterior hace frío, pero sin pensar en ello me siento en uno de los helados escalones de piedra que dan al jardín. Me caliento las manos con la taza, mientras voy disminuyendo mis provisiones de cigarrillos. Oigo a lo lejos parte de la conversación que están

teniendo en el despacho de Alexandr. No parece que esté muy contento con su equipo. Pasan los minutos y yo sigo mirando al cielo. Un mínimo ruido hace que gire la cabeza y vea a Mijaíl a mi espalda.

—Señorita García, la estaba buscando. No debería estar usted aquí fuera—dice muy formal.

—Hola, Mijaíl. ¿Corro algún peligro aquí fuera?—pregunto sorprendida y algo cabreada—Necesitaba fumar, pero ya he acabado con todos mis suministros, así que pronto entraré en la casa otra vez.

—No esté usted nerviosa. Aquí estará a salvo.

Se da la vuelta y me deja allí sola, con la oscura y húmeda noche. No pasan ni cinco minutos cuando vuelve a salir y tendiéndome una manta por los hombros, alarga su mano derecha con un paquete de tabaco sin abrir.

—Tenga. Pero por favor, no se lo diga al señor Zhurkov. No le gusta que la gente fume.

Me quedo asombrada ante ese gesto de camaradería entre fumadores en los feudos de Zhurkov. Con una amplia sonrisa, le doy las gracias y le doy mi palabra de que no diré nada del asunto. Pasan los minutos y las horas. No hay señal de Alexandr y decido recoger mi pequeño campamento al aire libre y marcharme a dormir. Sé que no podré hacerlo, tengo muchas cosas en la cabeza, pero al menos estaré más cómoda en el interior que al cielo raso.

Subo las escaleras con paso cansado. No me tropiezo con nadie. He decidido no interrumpir la reunión que tienen que parece no tener fin. Ya he prestado atención a todo lo que tenía que escuchar. He dormido varias noches esta semana en esa habitación y se dónde guarda los pijamas en el vestidor. Voy al baño y me preparo para irme a la cama con la parte de arriba de uno de sus pijamas. Pongo el móvil en silencio, apago la lamparilla de la mesita y me meto entre las suaves y cálidas sabanas. Creo que no voy a poder dormir por el bullicio de pensamientos que pasan sin cesar por mi mente, pero sin darme cuenta caigo rendida en un alterado sueño.

Me despierto de súbito con el corazón alterado. Todo me agobia, las suaves sabanas ahora me asfixian y tengo calor, mucho calor. Despierto sin querer a Alexandr que está durmiendo a mi lado, siento su cariñoso abrazo como un pesado amarre que no me deja dormir. Me siento atrapada y de sopetón intento salir de la cama. Me falta el aire y no puedo respirar. Sentado en la cama, algo adormilado, Alexandr me agarra del brazo intentando que le explique qué me sucede. No puedo decir una sola palabra y le pido que me suelte, tengo que ir al baño. Corro hacia la puerta y cierro tras encender la luz. Me echo agua fría en la cara con ambas manos y sobre la nuca. Despacio, me dejo caer sobre el suelo del baño, apoyo la espalda en la fría pared y me llevo las manos a la cara. Mi cabeza no me deja libre ni un solo segundo, yo no quería que esto llegara a donde ha llegado.

Oigo un pequeño golpeteo en la puerta del baño y la puerta se abre suavemente.

—Cariño ¿estás bien?—pregunta preocupado Alexandr, sentándose sobre sus talones—¿Qué sucede? ¿Has tenido un mal sueño?

—No lo sé—contesto sin mirarlo a los ojos—Me sentí atrapada por un momento. Necesitaba respirar.

Se sienta a mi lado, incluso con cara de sueño y el pelo revuelto está guapo. Agarra una de mis manos, se la lleva a sus labios y la enlaza con la suya. Le da pequeños besos. Va vestido solo con el pantalón del pijama que yo llevo puesto y se estremece cuando su espalda se apoya en el frío mármol de la pared. Me asegura que no volverá a suceder y pide disculpas por lo sucedido. Piensa que lo ocurrido ha sido por él y que yo no tendría que haberme visto envuelta. Se siente culpable y cede a dejarme ir mañana al taller, si accedo a que doble mi seguridad. Aunque es lo

que menos deseo, accedo y decide que es hora de volver a la cama cuando mi respiración vuelve a ser regular. Alexandr me lleva de nuevo a la cama agarrado a mi mano y cuando estoy tumbada, se acomoda a mi lado dibujando perfectamente mi silueta con su cuerpo y abrazándome. Me acerca más a su cálido cuerpo. Noto el latir de su corazón y poco a poco nuestras respiraciones se van acompasando y vuelvo a quedarme profundamente dormida en sus brazos.

Capítulo 21

A la mañana siguiente, cuando me despierto me levanto con la sensación de haber dormido más de diez horas, aunque en realidad han sido muchas menos. Veo que estoy sola en su enorme cama, aunque las sabanas aún huelen a él. Miro el reloj, todavía no son las siete y desearía poder seguir durmiendo todo el día. Sobre una de las sillas de la habitación está mi bolsa. Alguno de sus hombres ha debido de ir a mi apartamento y ha traído la bolsa que tenía preparada para pasar el fin de semana. Me ducho y bajo a buscarlo.

Lo encuentro en la mesa de la cocina, leyendo el periódico de la mañana y una taza de té en la mano. Se ha duchado, afeitado y arreglado. Y está como cada día, preparado para salir a la calle. La señora Cherkosov se acerca a mí con una humeante taza de café y una tímida sonrisa en su rostro. Alexandr deja el periódico a un lado y se levanta presuroso.

—Buenos días—Atentamente separa una de las sillas a su lado para que me pueda sentar.

—Buenos días—contesto distraída.

—¿Te encuentras mejor?—pregunta expectante.

—Sí, me encuentro mejor.

Me sirvo dos cruasanes y me pongo mermelada. También me acerco unas tortitas y sobre ellas dejo caer una gran cantidad de chocolate caliente. Nikolái entra y tras darme los buenos días, nos anuncia que en cinco minutos el coche estará preparado. Sus miradas de reojo siguen todos mis movimientos. Creo que están impresionados con la gran cantidad de comida que tengo en mi plato. Mientras me sirven más zumo de naranja, decido atacar de nuevo.

—Alexandr, no es necesario. Puedo ir en mi bici y cuando finalice el taller volveré directa aquí. No me puede pasar nada, nunca me ha pasado nada.

—Te he dicho que te acompañaran mis hombres. No pienso transigir en eso—Su tono de voz es dominante e imperativo. Me sobrecoge su frialdad—Hasta que no sepamos qué ha pasado te he dicho que dos personas de mi equipo irán contigo.

—Como ya te dije hace tiempo, tú no eres mi padre y yo soy lo suficiente mayorcita para saber cuidarme—contesto testaruda.

—¡He dicho que no!—brama y cuando se da cuenta de mi sorpresa ante su rudeza, añade más amable—Pasaras aquí el fin de semana. Aquí tienes todo lo que puedas necesitar. Si quieres podemos nadar, o ver una película.

—¿Puedo fumar?—Interrumpo avivando su mala leche.

—Sabes que no me gusta que fumes—contesta soltando el aire de sus pulmones.

—Entonces no puedo hacer todo eso que dices—espeto malhumorada.

—De acuerdo, de acuerdo. Fuma si es lo que quieres—dice dejando escapar un profundo suspiro—Pero antes téminate el desayuno.

Alexandr y Nikolái esperan pacientes a que termine mi desayuno. No disimulan cruzándose miradas cuando decido llevarme dos enormes *muffins* de arándanos para el camino.

—¿Por algún motivo en especial crees que no vas a poder comer durante el resto del día?—pregunta sorprendido Alexandr levantando una ceja.

—Cuando estoy en tensión, me da por comer—digo con una mueca infantil.

—¿Sabes que hay otras formas de aplacar la tensión, verdad?

—Sí, claro. Y también hay maneras de no llegar a esta situación—le digo cogiendo mi bolso y saliendo por la puerta junto a Nikolái.

El coche está en la puerta principal y Pyort abre solícito la puerta trasera. Antes de que suba, Alexandr tira de mi mano y me acerca a él, pasando sus brazos por mi cintura.

—¿No estarás enfadada, verdad?—me dice casi al oído.

—Un poco.

—Entiende que no quiero que te pase nada malo. Te prometo que cuando vuelvas haremos lo que tú quieras.

—Trato hecho—le digo alargando una mano para estrechársela y cerrar el trato. Me doy cuenta de que por mucho que me queje no me librare de sus hombres en toda la mañana.

Acerca sus labios y deposita un cálido beso en los míos que hace que todo mi cuerpo se estremezca. Cuando me acomodo en la parte trasera del coche, Alexandr se gira y vuelve a entrar en la casa.

Llego a la galería, Nikolái me pide que espere un momento hasta que estén seguros de que no corro ningún peligro y solo entonces, es cuando me permiten bajar. Jane sale a mi encuentro preocupada. Le ofrezco una de las *muffin* y subimos juntas a la oficina de la tercera planta. Le cuento todo lo sucedido y ella me escucha pálida. Pido que me ayude con el taller. Le comento que he olvidado terminar un pequeño informe para el lunes y decido ponerme a ello antes de que empiecen a llegar los asistentes al taller. No tardo mucho, sin embargo Jane me mira con curiosidad por haber utilizado un viejo ordenador que tenemos en el sótano que no tiene conexión a internet. Guardo la información en un minúsculo USB y le pido un último favor. Necesito hacer una llamada y que no sea rastreada por el equipo de Zhurkov, así que me deja su teléfono privado para poder realizarla en una de los descansos del taller. Marco el número de teléfono y tras dos tonos, descuelgan.

—Diga—contesta una voz tranquila.

—¿Se puede saber que cojones está pasando? Casi me matan—susurro con toda mi rabia contenida.

—Estamos consultando a todas las agencias. Pero todavía no tenemos nada.

—Hice todo lo que se me pidió que hiciera.

—Parece que es algo que esta fuera de nuestro alcance y no estaba planeado. Nadie tiene nada...

—No pienso esperar sentada a que me vuelen la cabeza. Necesito saber de dónde salen las amenazas—digo exasperada sin dejarle acabar la frase.

—Termina tu trabajo con Borovik y todo habrá finalizado—contesta exigente y déspota.

—¿Eso es lo único que importa, verdad?

—Son órdenes y, en todo momento sabías cuál era el trabajo.

—Si me vuelvo a acercar a Borovik perderé a Zhurkov.

—Simplemente haz lo que se te ha ordenado. Prepara un encuentro antes del martes.

Tras esa frase me doy cuenta que ha colgado. Suspiro y me llevo la mano derecha a la parte alta del estómago. Creo que voy a vomitar.

La mañana pasa rápido y antes de que me dé cuenta ya estoy de nuevo subida en la parte trasera del coche de Alexandr. Le pido a Nikolái que pare en el puesto de flores. Al principio se niega, pero insisto y tras prometerle que será muy rápido, nos dirigimos hacia allí. Marcel me mira extrañado, hoy no tenía reservado nada para mí. Mientras me acerco a él, enciendo un

cigarro. Me mira impasible ante la proximidad de Nikolái. Prepara un bonito ramo con flores blancas.

—¿Blancas?—pregunto sorprendida.

—Sí. Estas flores simbolizan tranquilidad—responde rápidamente.

Cuando voy a pagar, Nikolái aparece raudo y saca un billete de su bolsillo. Ante mi sorpresa, reacciono y saco con rapidez el mechero del casi paquete vacío de tabaco y lo deposito en el mostrador, antes de marcharme junto a Nikolái, camino del coche. Marcel agradece ese último cigarro que le dejo y rápido lo guarda en el bolsillo de su bata de trabajo. Informo a los hombres de Alexandr de que antes de regresar, tengo que pasar por casa y por el supermercado. Vuelven a intentar que desista en la idea, pero ante mi insistencia me acompañan a comprar. En la tienda ecológica, mientras Nikolái va sujetando mi cesta de la compra, me recuerda que en casa hay comida, pero yo voy por los pasillos comprando todo lo que se me antoja en esos momentos. Nos abastecemos de filetes de tofu, queso vegano, helado, galletas y chips variados. Una hora más tarde entramos por la puerta principal cargados con todas mis compras. Alexandr, que ha salido a recibirme, mira sorprendido a Pyort cargado de bolsas y éste, haciendo una pequeña elevación de hombros, le comenta que son cosas que he insistido que necesitaba para el fin de semana.

—Cariño, no tienes por qué comprar nada. Hay suficiente comida en casa para que comas durante más de un mes—dice acercándose a mi besándome con ternura.

—Lo sé, pero son cosas que me apetecía comer—le digo metiéndome en la boca uno de los chips que he abierto en el coche.

—¿Se puede saber que estás comiendo?

—Brócoli—le digo acercando uno a su boca.

—No gracias—dice girando su cabeza—¿Tienes hambre?

Vamos juntos a la cocina donde vemos a la señora Cherkessov, afanada en guardar las bolsas que Pyort le ha dejado en la cocina. Ya nos tiene preparado un apetitoso almuerzo compuesto por pastel de espinacas con setas para mí y pastel de pollo y bacón para Alexandr, junto a una deleitable ensalada de brotes con nueces y semillas. Comemos cómodamente en la barra de la cocina mientras planeamos que haremos durante el fin de semana. Me doy cuenta que tenemos muchas opciones. Tras el almuerzo, Alexandr tiene que terminar unas cosas del trabajo y yo voy al salón a relajarme delante de la chimenea con una buena taza de té caliente y una revista que he comprado en el supermercado. Al cabo de unos minutos los párpados empiezan a pesarme y me quedo dormida rápidamente acurrucada en el cómodo sillón. No sé cuánto tiempo he dormido cuando me despierta el sonido de un teclado cerca de mí. Bostezando, me giro y veo a Alexandr sentado en el sillón contiguo.

—Esto se está convirtiendo en una costumbre—digo estirando las piernas.

—Me gusta—anota cerrando el portátil—¿Quieres que nos demos un baño?

—¿Baño, de qué tipo?

—Me refería a la piscina, pero no hay problema si lo quieres de espuma—dice con una medio sonrisita en sus labios.

—Prefiero el de espuma—le digo levantándome y acercándome a él.

Alexandr me pasa sus brazos bajo mi cuerpo y me levanta en volandas con una facilidad tan asombrosa y rápida, que no me da tiempo a reaccionar. Sube las escaleras y me agarro a su cuello. Sentir el tacto de su piel es perturbador, no puedo separarme de él. Mueve el pomo de la puerta y abre la puerta de la habitación de un puntapié. Llega hasta la cama y me lanza contra los

mullidos cojines. No puedo evitar reír.

—¡Eres todo un romántico!—le digo irónicamente.

Me quedo en mitad de la cama, con el corazón desbocado. Retrocede y cierra la puerta con cuidado. Expectante alargo una mano para que se acerque, no puedo esperar más. Lentamente empieza a desabrocharse la camisa y se acerca a la cama donde yo me he arrodillado, para recibirle con un apasionado beso. Nuestras respiraciones se aceleran y sus susurros se vuelven sugestivos y seductores. Comienza a desnudarme rápido mientras nuestras bocas se besan con desesperación. Acerco la nariz a su cuello, me hipnotiza con su olor. Su respiración se agita cada vez más, no podemos dejar de tocarnos. Sus manos se deslizan por mi cuerpo desnudo, excitándome hasta límites insospechados. Rodeo su cintura con mis piernas acoplando nuestros cuerpos. Nos dejamos llevar hasta estallar en un profundo placer. Con sus besos, sus caricias y su cuerpo, olvido todo lo que hay fuera de estas cuatro paredes, solo estamos él y yo. No hay trabajo, prejuicios o discusiones. Cuando conseguimos recuperar el resuello, nos damos cuenta del revoltijo que hemos hecho. Una carcajada sale de su garganta que me contagia cuando vemos toda la ropa de cama por el suelo. Aprieta su cuerpo contra el mío y apartándome una mecha del pelo de la cara, clava sus intensos ojos azules en los míos y reparte pequeños besos por todo mi rostro.

—¿Te parece el baño de espuma ahora?—pregunta con una gran sonrisa.

Alexandr desaparece tras la puerta del baño y yo permanezco relajada en la cama. Cuando vuelve a abrir la puerta, un suave aroma a rosas sale del cuarto de baño. Se acerca a la cama y tras un corto beso, le sigo. Entramos en su enorme bañera y me ayuda a sentarme cómodamente apoyando mi cabeza sobre su pecho. Me abraza por la cintura y aprieta mi cuerpo contra el suyo. Sus manos se enredan entre mis dedos y jugamos con la espuma que rodea nuestros cuerpos. Nos acariciamos, besamos, hablamos y reímos, olvidándonos de los últimos acontecimientos. Tras el largo baño, nos distraemos viendo una película abrazados en el sofá. Nos dedicamos a comer todo tipo de aperitivos que he comprado esta mañana y quemamos nubes de azúcar en la chimenea. Cuando nos damos cuenta, estamos de nuevo en la cama, hasta quedar dormidos abrazados.

Oigo la lluvia golpear la puerta acristalada del balcón de la habitación, lo que hace que salga de mi ensoñación despertándome. Vuelvo a estar sola en la cama y decido ponerme la bata e ir en su busca. Voy a la planta baja, la cocina esta desierta, parece ser que la señora Cherkessov libra los domingos, así que decido ir a su despacho. La puerta esta entreabierta por la cual se escapan los rayos de luz de la lámpara de su escritorio. Me acerco despacio y lo escucho hablar en ruso con alguien. Esta vez su tono de voz no es frío ni dominante como el noventa y cinco por ciento de sus llamadas. Toco suavemente con los nudillos a la puerta. ¡Adelante! Oigo decir tras la puerta a Alexandr y cuando fija su mirada en mí, aparece una dulce sonrisa.

—Buenos días, cariño—me acerco a él y mientras le beso, me siento en su regazo.

—Buenos días. ¿Qué haces despierto tan temprano?

—Tenía que hablar con Moscú y ellos ya llevan un tiempo despiertos—me explica abrazándome.

—¿Todo bien?—pregunto curiosa.

—Nada de que preocuparse—dice acariciando mi espalda—¿Tienes hambre?

—Sí, pero...me encantaría disfrutar de esa maravillosa piscina climatizada que tienes. ¿Te importa que desayunemos más tarde?

—De acuerdo, vamos a por los trajes de baño—dice levantándose de sus piernas.

El día fuera es totalmente desapacible. Los nubarrones negros copan todo el cielo, los relámpagos rompen en mitad de la oscuridad y el aire brama entre las ramas de los árboles cercanos. La piscina de Alexandr es más grande que todo mi apartamento, bueno, creo que casi todas las estancias de esta casa son más grandes que mi apartamento. Me encanta bañarme, aunque desde que vivo en Holanda no lo hago muy a menudo. El mar del Norte que baña Scheveningen²⁰ no es, lo que digamos, cálido y en él me he bañado en contadas ocasiones. Alexandr entra en el agua con estilo y maneras cuidadas. Se gira y me alienta a entrar en el agua. No me lo pienso y me tiro al agua con mucha menos clase que él. Cuando llego al borde, salto en el aire y abrazándome las rodillas contra el pecho, me tiro en plan bomba. Vuelvo a salir a la superficie y veo una mezcla de extrañeza y diversión en la mirada de Alexandr, que en dos grandes brazadas se encuentra a mi lado.

—Lo siento, no he podido evitarlo. Estaba deseando hacerlo—le digo riendo.

Pasamos el resto del día plácidamente haciéndonos carantoñas, viendo la televisión, leyendo e incluso trabajando. Pero cuando me levanto el lunes y volvemos a la realidad, vuelve el Alexandr Zhurkov iracundo y cabezón.

—No seas cromañón.

—Tessa, no seas obstinada. No pasa nada porque te pidas unos días libres en el trabajo.

—¡Ah! Por supuesto, se supone que yo no me puedo mover de esta jaula de lujo y tú te vas a trabajar—casi le grito.

—¡Yo tengo que trabajar!

—¡Y yo también! Y si es necesario saltare esa gigantesca valla que tienes fuera—le digo cabreada ante su insistencia.

—¿Se puede saber que tienes que hacer tan importante hoy en el trabajo?—pregunta exasperado llevándose una de sus manos a la nuca.

—Tengo cosas que finalizar en la galería. Necesito cerrar ciertos tratos con clientes.

—¿Tan importante es?—dice cruzándose una significativa mirada con Nikolái que acaba de entrar y ha escuchado parte de nuestra discusión.

—¡Sí!—digo casi gritando de nuevo cogiendo mi bolso que esta colgado en una de las sillas de la cocina.

—De acuerdo. Mravinsky estará contigo, pero desayuna antes. Hoy no pararáis en la cafetería.

La señora Cherkessov ya me está preparando una taza para llevar con café y yo empaqueto un sándwich, *muffins* y fruta en una bolsa de papel.

—¿Todavía sigues en tensión?—pregunta sorprendido levantando las cejas.

—Tú. Tú eres el que me crea tensión—le digo sin poder evitar una sonrisa, girando la cabeza para que no la vea.

—Vamos. El coche está esperando.

Cuando salimos a la calle veo dos coches. Pyort va en el primero pero se marcha solo y yo subo en el segundo junto con Alexandr.

—¿Te das cuenta de lo contaminante que es esto para el planeta?

—Solo será un par de días—dice alargando su mano y acercándola a la mía. La acaricia durante todo el camino, aunque no hablamos.

Cuando llegamos a la galería se inclina, me besa, me susurra que más tarde me llamara y me desea un feliz día. Cuando ve que ya no estoy enfadada, se marcha con una pequeña sonrisa

en los labios. Subo a la oficina y me pongo frente al ordenador. Hace días que no me pongo al día con muchas de las cosas de la galería. Reviso la agenda y cancelo todo lo que tengo programado para mañana martes. En un pequeño descanso, salgo a la terraza donde me enciendo un cigarro y dejo que todos los pensamientos fluyan y discurran en la dirección correcta. Queda poco para que concluya el trabajo y no quiero dejar cabos sueltos. Tras el primer cigarro, llega otro y cuando estoy terminando el tercero decido llamar a Sergei. Tiene las llamadas desviadas y su secretaria me informa que está reunido, así que le dejo el recado. Necesito hablar con él antes de mañana.

A la hora de almorzar, cuando Jane y yo nos disponemos a salir, Pyort se interpone entre la puerta y nosotras haciendo que paremos en seco a dos metros de la puerta principal.

—No debes dejar el edificio, aquí estás segura.

—¿En serio?—le pregunto perpleja.

—Lo siento Tessa, cumplo órdenes y solo estoy haciendo mi trabajo. Dime que necesitas y te lo proporcionaremos.

—¿Un poco de libertad?—le pregunto irónica y, ante la confusa cara de Pyort añado—Sí, lo sé. Solo cumples con tu trabajo, a mí tampoco me gustaría recibir un sermón de Alexandr. Da igual, no tengo hambre.

Jane me mira asombrada, creo que nunca me ha visto dejar pasar un almuerzo sin estar terriblemente ocupada. Decido volver a mi mesa mientras Jane sale a por su comida. Sé que Alexandr llamara a Pyort y esté se lo comunicará. Con ello intento que baje la opresión con la seguridad y mañana pueda moverme un poco.

Estoy ocupada con informes para la nueva exposición de fotografía cuando suena el teléfono de mi mesa.

—Tessa. No esperaba tú llamada—se oye satisfecho a Sergei—¿Qué puedo hacer por ti?

Está de lo más animado con mi llamada. Comenta que está cerrando un gran trato. No puede quedar conmigo. Insisto en que sea al día siguiente, sé que tiene un almuerzo con Carlos Almeida. Le embauco para que pueda acompañarlo, le digo que tengo ganas de verlo y la última vez que nos vimos la cosa no fue bien. Después de tanto tiempo, no quiero que las cosas terminen así y tiene que firmarme el fin del contrato con nosotros. Su voz parece vacilar al otro lado de la línea, pero finalmente se alegra que podamos solucionarlo. Ahora solo tengo que librarme de Pyort mañana a la hora del almuerzo.

Como era de esperar, mientras Jane almuerza y yo me tomo una taza de té, suena mi móvil.

—¿Se puede saber qué te pasa ahora? ¿Por qué no vas a almorzar?—pregunta molesto Alexandr.

—Vaya, veo que tu fiel informador ya te ha llamado—contesto irónica.

—No me ha llamado, le he llamado yo.

—Me estáis ahogando, yo no estoy acostumbrada a vivir así—mascullo bajando la voz.

—No vas a vivir así. Solo será un par de días hasta que sepamos qué ha pasado. Ten un poco de paciencia, esta noche hablaremos en la cena. Echo de menos no tenerte en la misma planta. Deberías trasladarte definitivamente aquí—dice intentando cambiar de tema—Te veo esta tarde en casa.

Espero que en estos momentos esté hablando con Nikolái. Necesito que bajen un poco la guardia. La tarde pasa rápido por la gran cantidad de trabajo que he ido dejando de lado para poder llegar a los plazos en las entregas con el proyecto de Alexandr. Parece que fue ayer cuando empezamos. No encontrábamos la forma de afrontarlo y ya está casi finalizado. No ha sido solo

el proyecto, mi vida ha dado un giro inesperado, en el que se han mezclado corazón y trabajo aunándolo en uno. No pensé que podría acercarme tanto a él hasta llegar a enamorarme. A las seis en punto oigo que se abren las puertas del ascensor y unos pasos se dirigen hacia mi mesa. Me giro en mi silla cuando Jane, con una sonrisita me anuncia quien es nuestro inesperado visitante. Ahí está impecable como cuando esta mañana se subió al coche.

—Vaya, ya te paseas por esta oficina como si fueras el dueño—le digo haciéndole reír.

—Te sorprenderías—dice dándome un pequeño ramo de simpáticas flores que lleva en la mano y acercando sus labios a los míos en un inocente beso—¿Tienes hambre?

—Me muero de hambre—contesto poniendo cara de desvalida.

—¿Y por qué no has comido nada en todo el día?—pregunta sorprendido—Dime a dónde te apetece ir, e iremos. Jane, ¿te apuntas?

—¡Oh! No, no. Yo me voy a cenar a casa. Pero muchas gracias—contesta con una amplia sonrisa—Y vosotros seguro que tenéis que hablar.

—¿Decido yo?—pregunto dando saltitos, sorprendida—¿Y sin carabinas?

—Decides tú, pero ellos vienen con nosotros—dice levantando la mirada hasta donde se encuentran, bastante separados Nikolái con Pyort.

—De acuerdo. Déjame pensar un momento. ¡Quiero *frites*²¹!—exclamo dejándolos boquiabiertos.

—Cariño, podemos ir donde quieras. ¿No quieres algo más sano?—pregunta sorprendido por mi elección.

—No, me apetecen *frites*. Con salsa *saté* y cebolla—digo con una amplia sonrisa.

—Que sean *frites*, entonces—dice dando una pequeña palmada al aire ante la sorpresa y desaprobación de Nikolái.

El sitio al que decido ir a por la cena, es una zona cerrada para los vehículos, así que decidimos dejar el coche en el Zhurkov e ir andando hacia una de las calles peatonales más céntricas de La Haya. Hacemos cola pacientemente hasta que es nuestro turno. A esa hora de la tarde hay gran afluencia de personas que esperan para llevarse sus raciones de patatas. Alexandr enumera todo lo que le he pedido.

—Dos raciones de *frites* grandes, con salsa *saté*, cebolla y ketchup. Una de palitos de queso y otra de *bitterballen*. ¿Qué te apetece para beber?—pregunta dirigiéndose de nuevo hacia mí.

—Cola light—contesto con una amplia sonrisa.

—Entonces una cola light y un botellín de agua sin gas—dice dirigiéndose al personal en la barra.

El joven dependiente cobra algo nervioso y sorprendido el pedido a Alexandr, que saca de su cartera un billete y se lo entrega dejándole una abultada propina. Entonces empieza a preparar nuestra cena. Cuando nos la entregan nos dirigimos de nuevo al Zhurkov comiendo patatas bañadas en las diferentes salsas, con un pequeño tenedor como dos habitantes más de la ciudad. Es la primera vez que Alexandr toma *frites* para cenar por las calles de la ciudad y es una experiencia que no le desagrada, aunque dudo que lo vuelva a repetir. Para él, la cena se sirve en la mesa y se come con cubiertos.

Hablamos de nuestro día, nuestra pequeña costumbre que habíamos adquirido cuando yo trabajaba en el despacho de sus oficinas. Antes de volver a casa, entramos y saludo a Olga mientras, Alexandr se queda hablando con alguien en la entrada del Zhurkov. Se siente algo ofendida porque hayamos preferido comer unas patatas fritas a algunos de los succulentos platos

que ella cocina, pero tras convencerla que volveré pronto a verla y darle un abrazo desiste en su regañina.

Cuando llegamos a casa, Alexandr se reúne con su equipo en su despacho y yo me dirijo directamente a la habitación. Estoy bastante cansada y mañana debo estar atenta y cuidadosa. No recuerdo haberlo oído acostarse, pero cuando suena el despertador sé que ha dormido por las sabanas arrugadas en su parte de la cama. Es extraño el día entre semana, que me despierte y él esté todavía en la cama. Suelo encontrarlo en su despacho o delante de una humeante taza de té con el periódico en la mano.

—Buenos días—dice pasmado, mirándome de arriba abajo cuando entro por la puerta de la cocina. Se levanta para apartarme una silla, soltando un pequeño silbido—¿Tienes alguna reunión importante esta mañana? Yo te diría a todo que sí, con ese modelito.

Volvemos a salir con los dos coches. Anoche oí hablar a Alexandr con Nikolái para que me rebajaran la presión con la seguridad en la galería, así me será más fácil escabullirme sin que Pyort se dé cuenta a la hora del almuerzo. Mi reunión con Sergei será breve y sé que si lo tengo distraído con el modelito que me he puesto, bajará la guardia. No espero que se extienda mucho, así no tendré que darle explicaciones a Alexandr. La mañana pasa rápido y sobre las once bajo adonde se encuentra Pyort y le ofrezco un café y una de las deliciosas *muffins* que hace la señora Cherkosov. La toma con agrado y la come con gusto charlando. Tras estar unos veinte minutos distraídos me despido, le digo que tengo mucho trabajo que terminar y que hoy me apetece volver pronto a casa. Subo las escaleras de dos en dos y tras lavarme los dientes y arreglarme el maquillaje, informo a Jane que debo salir un momento y salgo por la puerta lateral. Si me doy prisa llegare a tiempo.

Llego solo cinco minutos tarde al Marslow, un pequeño restaurante con ambiente muy oscuro y no muy reconocida cocina. Muchos saben de los tratos que se cierran en él. Sergei y Carlos están bebiendo y comiendo animados en una apartada esquina del local. Me acerco a ellos quienes se animan al verme llegar y me dan la bienvenida. Pido una pequeña ensalada y me uno a su conversación. Sergei, alegre por la cantidad de alcohol ya ingerido, me acaricia el muslo bajo la mesa en varias ocasiones. Poco a poco se van descuidando celebrando el gran negocio entre ambos, que quedara cerrado mañana a esas horas. Cuando ya estamos en el postre le comunico a Sergei que muy a mi pesar tengo otra reunión y que debo marcharme, pero antes tiene que firmarme la clausura del contrato que tiene con la galería. Cuando finalmente lo firma se abalanza sobre mí, agarrándome con fuerza de la cintura y poniendo violentamente sus labios sobre los míos. Intento zafarme de la presión y del beso haciéndole ver que no estamos solos en ese momento. Sergei me aparta bastante brusco y con una horrible carcajada vuelve a hablar en ruso con Carlos. Se han pasado la comida cambiando de idioma al hablar, para que yo no me enterara de los detalles de sus negocios. Que equivocados que están. Me despido educadamente de ellos, que deciden que tenemos que celebrarlo por todo lo alto. Yo accedo a todo lo que proponen, intentando librarme de las garras de Sergei. Cuando salgo por la puerta del Marslow está lloviendo, pero una vez en el exterior respiro hondo mirando al cielo y permitiendo que las frías gotas de lluvia arrastren con ellas el olor y los rastros que queden de Borovik. El trabajo ha terminado.

Vuelvo corriendo agazapándome bajo los edificios, cubriéndome todo lo que puedo de la lluvia y esquivando viandantes que intentan cobijarse de la lluvia helada. El cielo se ha puesto oscuro y sombrío con los enormes nubarrones cargados, vaticinando una gran tormenta para la tarde. Entro por la puerta lateral intentando no tropezarme con nadie, subo los escalones de dos

en dos y me resguardo en el baño intentando recomponer mi ropa y el pelo totalmente mojado por la intensa lluvia que cae fuera en esos momentos. Me quito la chaqueta rápida y me hago una cola alta para recogerla en un moño. Vuelvo a sacar los tacones altos del bolso, alisándome la falda y salgo de nuevo hacia mi mesa. Jane me mira atónita.

—¿Se puede saber dónde te has metido?—pregunta, bajando la voz.

—Lo siento, no pensaba tardar tanto y olvide mi móvil—saco mi móvil y veo las llamadas perdidas de Alexandr, Pyort y Jane.

—Pyort está que se sube por las paredes y Alexandr ha llamado dos veces. Ve pensando en cómo calmarlo. Creí que estabais bien.

Miro el teléfono casi con miedo y mando dos mensajes. Uno a Pyort y otro a Alexandr. En menos de dos minutos veo a Pyort aparecer por la puerta casi sin aliento. Se acerca ceñudo a mi mesa y casi cuando va a abrir su boca, suena mi teléfono anunciándome una nueva llamada. Lo miro como si fuera una amenaza.

—¿Dónde coño estabas?—oigo al otro lado de la línea.

—Alexandr, yo...no me hables así—le espeto sin saber que contestarle. Le oigo maldecir en su idioma natal.

—¿Estás bien?—pregunta tras un silencio interminable y dos profundos suspiros.

—Sí—contesto algo incomoda—No pensé que estaba haciendo nada malo Alexandr, yo...

—Hablaremos esta noche en casa—dice interrumpiéndome y cuelga el teléfono dejándome con la palabra en la boca.

Tras oír mi breve conversación por teléfono, Pyort da por finalizada la bronca y se gira para irse de allí.

—Pyort, lo siento. No pensé que te supondría un problema. Yo cargaré con todo—le digo de corazón. Siempre ha sido muy comprensivo y atento conmigo y no pensé en ello cuando planeé mi salida.

Continuo trabajando en los diferentes proyectos y talleres que tengo pendientes, paso la tarde inquieta y las horas pasan lentas. A mitad de la tarde no puedo más y le pido a Pyort si me puede acercar al puesto de Marcel. Me indica que pasaremos de camino a casa. Alexandr lo llamó hace un tiempo y le indicó que nos esperaba en casa. Pyort para en segunda fila junto al puesto de Marcel que, cuando me ve, pronto se da cuenta del desánimo que refleja mi rostro. Como ya es costumbre, nos fumamos un cigarro juntos mientras prepara un alegre ramo de flores. Hoy no consiente que le pague y con una amplia sonrisa me las ofrece. No puedo evitarlo y le abrazo por sus palabras de ánimo que, durante meses, me han dado consuelo, y sin que nadie nos vea dejo caer mi paquete de tabaco en uno de sus bolsillos. Se ha desencadenado una lluvia furiosa y el viento ruge moviendo las copas de los centenarios árboles que hay camino de casa de Zhurkov. Pyort va en el más absoluto de los silencios, no se ha ofrecido ni a poner algo de música y parece que mis pensamientos pueden oírse. Me mantengo encogida en el asiento trasero. Cherkesov abre la puerta a mi llegada y se encarga de mi abrigo. No he andado ni tres pasos cuando veo que Mijaíl sale a mi encuentro y me pide que lo acompañe. El señor Zhurkov me está esperando en su despacho. Reparo en su seriedad a la hora de dirigirse a mí y le sigo en silencio. Toca a la puerta del despacho de Alexandr y cuando nos contesta desde el interior, Mijaíl abre la puerta y me cede el paso cerrando tras de mí. Alexandr mira al exterior por el enorme ventanal que hay en un lateral de su despacho con ambas manos en los bolsillos.

—Hola—digo azorada.

—¿Dónde has estado?—pregunta huraño sin girarse hacia donde estoy.

—Tenía que cerrar un contrato—He decidido no mentirle o todo se derrumbara como un castillo de naipes.

—¿Y tan difícil era para ti pedirle a Mravinsky que te acompañara?—se pasa una mano por el pelo y girándose hacia donde permanezco de pie intenta suavizar la expresión.

— Tu no entiendes mi trabajo—Vuelvo a susurrar—Tenía que conseguir la firma de Sergei para cancelar el contrato.

—¿Quééé?—vocifera intimidándome con sus ojos azules—¿Has ido tu sola a ver a ese energúmeno después de lo que paso? No puedo creer que seas tan inconsciente—masculla tensando la mandíbula, aún más furioso.

Su voz se va volviendo más ronca mientras sale de su boca cada una de las palabras de amenaza para que deje de trabajar con Borovik, intimidándome desde la posición que ha adquirido tras su mesa.

—¿Eres la única que no sabe todas las mierdas en las que está metido? ¿Cuándo te vas a dar cuenta que es peligroso, muy peligroso? Y desde que se ha juntado con Almeida es aún peor. Está metido en negocios violentos e ilegales. ¿No lo entiendes?—casi grita. Me observa cuando me levanto despacio de la silla que hay frente a él y su expresión se endurece aún más—¿Dónde vas? Todavía no he terminado.

—Oh, sí. Sí que has terminado—le digo rabiosa—No vuelvas jamás a gritarme así.

—Pues deja de comportarte como una cría que no sabe con qué mierda se junta de una puta vez.

No se da cuenta de cómo me ha estado hablando hasta que me ve salir corriendo de su despacho y subir las escaleras de dos en dos. Nunca en mi vida he corrido tanto y cuando llego me encierro en el cuarto de baño, antes de que Alexandr consiga llegar hasta mí.

—Tessa, abre la puta puerta—dice golpeándola mientras yo me alejo de ella—Terminemos la conversación.

—¡No! Esto no es una conversación. No te lo dije porque sabía cómo reaccionarias. Exactamente como lo estás haciendo, gritando y de una manera irracional.

—No es irracional, maldita sea—lo oigo dar pasos en el cuarto cerca de la puerta—Solo intento que no te arrastren con ellos. No tienes ni idea de cómo son. Y nunca haces caso,... nunca, Tessa.

—Sé cuidarme yo sola. Siempre lo he hecho—grito tras la puerta.

—Bajemos a cenar—dice tras permanecer unos minutos en silencio. Parece mucho más calmado.

—No tengo hambre—informo en un susurro—Y mañana quiero irme a casa.

—Venga, Tessa. Sal a cenar y mañana hablaremos de eso.

—Tú no hablas, gritas descontroladamente—contesto casi en un sollozo.

Decirle que quiero volver a casa sé que le ha dolido, aunque no sé si tanto como a mí. Si me marcho no podré verlo en días, al no estar trabajando ya en sus oficinas. Mi alma se encoje y lamenta las palabras dichas en el transcurso de la discusión. Tras unos minutos le oigo marcharse escaleras abajo y salgo del cuarto de baño para cobijarme en las sabanas de su cama. Sus gritos y falta de tacto me han quitado totalmente el apetito. Cuando despierto Alexandr no está en la cama, no le oí regresar al cuarto. Pero mi sorpresa es mayor cuando bajo las escaleras y me dirijo a la cocina y no lo veo tras la prensa diaria, como cada día. La señora Cherkesov se acerca a mí y con una taza de café recién hecha me indica que el señor Zhurkov salió pronto esta mañana hacia la oficina. Eso me paraliza, nunca lo ha hecho, por mucho trabajo que haya tenido durante estos

últimos días. Informo a Pyort que estaré preparada en menos de veinte minutos. Subo al cuarto y recojo con furia mis cosas, metiéndolas sin orden en mi bolsa de viaje. Le pido que me deje en casa, pero insiste en que su trabajo es acompañarme. Le digo irónicamente que no sé si tendrá que volver a hacerlo tras lo sucedido. Pero él, con una leve sonrisa, me dice que Alexandr solo está preocupado porque no me pase nada y que pronto estaremos bien. Cuando vamos camino a la galería decido mandarle un mensaje.

“*Hola*” le escribo y espero a ver si lo lee.

“*Hola*” contesta en menos de un minuto

“*¿Podemos hablar esta mañana?*” No quiero perderlo, llevamos una hora separados y ya duele.

“*Tengo una reunión*”

Y así es como acaba nuestro intercambio de mensajes. Le pido a Pyort que por favor pare en la cafetería y no solo pido el *cappuccino* y la *muffin* de cada día. Pido también un *bagel* con mermelada y un trozo de pastel de zanahoria. No me conformo con eso durante la mañana. Sobre las once, le comunico a Pyort que debo salir a una pequeña tienda que hay a la vuelta de la esquina y me abastezco de patatas fritas, chocolates y galletitas saladas. Continúo trabajando, tratando de concentrarme, cuando el teléfono suena. Lo miro como algo hostil, no me apetece hablar con nadie, solo con Alexandr y él, parece que no quiere hablar conmigo. Sin embargo, después del almuerzo decido volver al ataque.

“*Te echo de menos*” digo en un intento por acercar posiciones. Espero, espero y espero. Finalmente veo que está escribiendo.

“*Ayer a estas horas no lo hacías*” contesta haciendo que un escalofrío recorra todo mi cuerpo.

A eso no sé qué contestar, hasta que llega un nuevo mensaje.

“*Te esperé en la mesa para la cena*”

“*Yo te he echado de menos esta mañana cuando no estabas y te habías marchado sin despedirte*”

Veo que a través de mensajes no estamos solucionando nada y decido llamarlo. La sorpresa es mayúscula cuando me contesta Katia. Ha desviado mis llamadas, pienso sorprendida, aunque tiene el teléfono cerca.

“*¿Has desviado mis llamadas?*”

“*Estoy en una reunión importante*”

“*Nunca tus reuniones habían sido tan importantes como para desviar mis llamadas*”

“*Hay quien deja directamente el móvil en el cajón cuando tiene reuniones*” noto el resentimiento en sus palabras. Pasa más de una hora cuando vuelvo a recibir un mensaje de Alexandr.

“*¿Te has llevado tus cosas de casa?*”

“*Si*”

“*Veo que has cumplido tu amenaza*”

Ya no puedo más y empiezan a rodarme desde los ojos las lágrimas que he estado conteniendo durante toda la tarde y me encierro en el baño a escribirle.

“*Perdóname, no puedo decir más. Sabía que te molestaría, por eso no te hablé de la reunión. Desde que os conozco no os podéis ni ver y no quería que nos afectara. Solo fui a que firmara la rescisión del contrato que tenía con la galería. No volverá a pasar. Te echo de menos*”

Espero, pero no recibo contestación. Intento calmarme de la impotencia, rabia y angustia que llevo en el alma, pero no lo consigo. Paso más de treinta minutos en el baño hasta que me calmo y salgo en busca de Pyort, que me recoge con el coche en la puerta principal.

—Pyort, ¿sabe si el señor Zhurkov se ha marchado ya para casa?—le pregunto abatida sentada en el asiento trasero, mientras él inicia la marcha.

—Señorita, el señor ha tenido que marcharse a una reunión y no volverá hasta mañana—contesta sorprendido de que no esté al corriente.

—Pyort, por favor llévame a mi apartamento.

—Pero señorita, el señor Zhurkov ordenó...

—Me importa un rábano a estas alturas lo que ordenó su señor. Llévame a mi apartamento o saltaré del coche en marcha.

Siento un fuerte dolor en el pecho y me cuesta respirar, Alexandr se ha marchado. Se ha marchado y no me ha dicho nada. ¿Cómo es posible que sea tan orgulloso y testarudo? Le he pedido perdón, pero ya no sé qué hacer. Pyort aparca en la puerta principal del edificio. Veo que los porteros ya se han encargado de decorar el majestuoso árbol de navidad que colocan cada año por estas fechas. Me despido y le manifiesto mi intención de acudir mañana al trabajo en mi propio medio de transporte. Después del desplante de Alexandr, iré en mi bicicleta al trabajo, pienso. Recorro abatida los largos pasillos enmoquetados que llevan hasta mi apartamento. Intento relajarme con un baño y calmar la algarabía de mis pensamientos. No lo consigo y tras permanecer despierta mirando el techo más de tres horas, consigo sosegar mi mente y dormir un par de horas. Suena el despertador y vuelvo a la realidad. Hacía dos semanas que no dormía en casa. Me arreglo acorde a mi estado de ánimo; pantalones, botas y un jersey de cuello vuelto negro. Marc, el portero, se sorprende al verme tan enérgica al subir la bicicleta desde el garaje. Tras saludarlo, me abre la puerta principal y salgo decidida a la calle. Allí esta Pyort. No se acerca a mí, simplemente me hace un pequeño gesto con su mano derecha acercándola a su frente y cuando salgo a la carretera me sigue en la distancia. Necesito sentir el aire frío en mi cara, necesito respirar los olores de la ciudad, para poder volver a sentir la libertad. Pedalear deprisa para sentir que el corazón responde y no se ha desquebrajado del todo. Anoche leyó el mensaje, pero no obtuve ninguna respuesta por su parte. Jane me está esperando con una amplia sonrisa y un café. Ve mi rostro sombrío y unas enormes ojeras que predominan en él y me empuja al cuarto de baño. Me siento ridícula y no puedo evitar que de nuevo las lágrimas afloren en mis ojos. No puedo entender cómo alguien puede sentir tal agravio por algo tan simple. Me distraigo de esos pensamientos cargándome de trabajo, no paro a almorzar y deambulo por la oficina cargada de papeles ordenando aquí y allá. Son las cinco de la tarde y ya no puedo más. Veo las miradas de Jane. Intenta distraerme continuamente. Ha pasado de pensar que Alexandr es un prepotente egocéntrico, a que estará ocupado en alguna reunión y que cuando regrese todo se solucionará. Decido marcharme a casa y por el camino paro en el supermercado. Compró algo para cenar, ya que mi nevera está totalmente vacía o con productos pasados de fecha. Paseo por los transitados pasillos sin ver lo que estoy mirando. En uno de los pasillos creo ver a Pyort, pero finalmente desecho la idea de que me haya seguido hasta allí. Supongo que Alexandr ya habrá dado orden para que me dejen continuar con mi vida. No dejo de pensar cómo ha cambiado todo en tan pocas horas. Compró un zumo de frutas natural y tabaco. Salgo de nuevo a la calle, respirando el aire fresco que inunda mis pulmones. No sé si debería volver a escribirle. Sé que todavía esta fuera y no quiero molestar. Anoche ya le escribí y no ha contestado en todo el día. Me meto en la cama tras fumarme más de medio paquete de tabaco entre lágrimas y tragos de

zumos. Cuando ya me he bebido media botella, decido mejorar sus cualidades naturales con una generosa cantidad de vodka. Puede que no solucione mis problemas, pero al menos caeré rendida y podré dormir. Antes de cerrar los ojos vuelvo a mirar los mensajes. Está conectado y me quedo completamente atraída por “en línea”. Tiene el teléfono en sus manos y no es capaz de responder. ¿Qué hora será allí? Las diez. No puedo evitar que mi sentido común se volatilice y mis dedos fluyen sobre el teclado del teléfono.

“Te quiero”

No sé si será el momento o la forma de hacerlo. Nunca pensé en que la primera vez que le dijera te quiero a una persona, fuera tras una discusión y a través de un mensaje. Intentando aferrarme a la idea de que él también siente lo mismo. Vuelve a estar en línea, pero no contesta.

“Lo siento, de verdad que lo siento. No creí que fuera tan grave como para destruir el cariño que nos teníamos. Solo quería terminar con el contrato, para que no pasara lo que justamente está sucediendo”

Me hago un ovillo bajo el edredón al ver que vuelve a conectarse y no contesta. Se desconecta de nuevo y siento que el corazón se me cierra. Lloro como nunca he llorado, jamás pensé que me afectarían este tipo de situaciones, pero aquí estoy yo, con intensos hipidos que salen de mi garganta intentando contener unas lágrimas que no cesan.

Me despierto de golpe y desorientada de nuevo. Al volver a salir por la puerta con mi bicicleta, veo a Pyort que está aguardando mi salida desde el coche aparcado en la cara de enfrente. Hoy decido acercarme a él. Le pido amablemente que hable con su jefe, ya no es necesario que me siga a todas partes. Sabré cuidarme bien sola, como siempre lo he hecho. No dice nada y cuando me ve dirigirme al trabajo paladeando en mi adorada bicicleta, me sigue. No sé quién gana en cabezonería, si él o su jefe.

No he recibido contestación de Alexandr y he decidido no volver a escribirle más. Jane me recibe nerviosa, con su amable sonrisa y me invita a una enorme taza de café para poder despejarme. A los pocos minutos llama Katia, quiere saber cómo me encuentro y decidimos quedar para tomar una copa cuando termine nuestra jornada laboral. Me vendrá bien hablar con ellas. No dejo de mirar el teléfono, pero no recibo lo que mi corazón espera, una simple contestación. Como no me puedo concentrar decido leerme la prensa diaria por internet.

Está en todas partes, todos los periódicos tienen en sus portadas la misma noticia. Tras una elaborada y espectacular operación encubierta, se ha detenido a uno de los traficantes de armas más importantes, impidiendo que una gran cantidad de armas, que han sido confiscadas, acaben en la calle. Hay numerosos detenidos, aunque no descartan más detenciones a lo largo del día. También se está estudiando su vinculación al tráfico de drogas y de mujeres en Europa. Carlos Almeida aparece claramente en una foto a media página con las esposas puestas, cercado por cuatro agentes que ocultan su rostro, fuertemente armados. Leo atentamente toda la información que recopila cada uno de los artículos. Voy leyendo cada noticia que se actualiza. Salto de una página a otra.

De pronto,...mi cuerpo se tensa. No puedo creer lo que estoy viendo. He ido a parar a las noticias de sociedad donde la foto de uno de los empresarios internacionales más importantes por su titánico holding empresarial y dueño de uno de los equipos de fútbol de la principal liga holandesa, se divierte en las frías noches moscovitas junto a la joven *socialité*, Elena Potapova. Clic en la foto para ampliarla y los veo a ambos posando para la foto. No puedo respirar y saco rápidamente el teléfono de mi bolso. La foto está tomada a las diez, a la salida de una gala, busco el mensaje, no puede ser. Calculo el cambio horario y la foto está hecha en el momento en el que

yo, por primera vez, abría mi corazón. No puedo despegar los ojos de la foto. La presión en el pecho va en aumento. Mi pecho sube y baja acelerado intentando coger el aire que me falta. Ya no es tristeza, es rabia y vergüenza. No lo pienso dos veces y abro un documento Word. No puedo más. Necesito salir de todo esto o me volveré loca. Escribo dos renunciaciones. Una la envío al departamento de RRHH de Zhurkov con copia a Katia Perminova y la otra la imprimo y tras firmarla me dirijo al despacho de Johan Van Doorn.

—Pero Teresa María, ¿se puede saber qué ha ocurrido?—pregunta sorprendido—No puedes hacer esto ahora.

—El proyecto con Zhurkov está terminado, el contrato con Borovik está cerrado—contesto alterada—Necesito irme. Necesito salir de aquí.

Jane entra por la puerta acelerada, no entiende la llamada de Van Doorn. Llega a conmoverse por mi mirada y el aspecto de profundo abatimiento en mi rostro.

—Lo siento. Ya no puedo más. Tengo muchos días de vacaciones acumulados. Sé que no es lo correcto, pero hoy será mi último día—digo saliendo por la puerta.

—Espera Teresa María. No puedo firmarte esta carta—dice apenado al ver mi abatimiento—Ya no soy el socio mayoritario de la galería.

La noticia nos deja con la boca abierta a Jane y a mí.

—Sé que usted hará, todo lo que pueda para resolver esta situación—Salgo por la puerta de su despacho tras darle un cariñoso abrazo y disculparme por la forma en la que dejo la galería.

Me dirijo a mi mesa y tras conseguir una pequeña caja, empiezo a meter las pocas pertenencias que tengo en mi escritorio. Al mover el ratón sin darme cuenta, vuelve a aparecer la foto en el centro de la pantalla de mi ordenador.

—Tessa, por favor. No te precipites—dice Jane acercándose a mí y quitando la foto de la pantalla de mi ordenador—Seguro que hay una explicación, seguro.

La miro con ojos agobiados y tras un emotivo abrazo, salgo cabizbaja de la galería. Pyort me vigila desde el coche. No esperaba verme tan pronto y observa atentamente lo que sujeto e intento colocar en la pequeña cesta de mi bicicleta. Se acerca solícito. Ha sido un gran apoyo durante el tiempo trabajado con Zhurkov. Intenta ayudarme, pero me niego. Se da cuenta del desconsuelo que llevo en mi alma y quitándose la caja de las manos me pide que hable con él. No como uno de los hombres de Zhurkov, sino como un amigo que me escucha. Le informo que ya no nos veremos más y sorprendiéndole, me abalanzo y le doy un largo abrazo. Al principio no sabe cómo reaccionar y son mis brazos los que rodean parte de su cuerpo. Pasados unos segundos, él hace lo mismo y me acaricia suavemente la espalda. Todo saldrá bien, repite varias veces.

—Gracias por cuidarme como lo has hecho, Pyort. Te echaré de menos.

Dicho esto y tras darle un cariñoso beso en la mejilla que le paraliza al no esperarlo, me monto en mi bicicleta y saltándome un semáforo y metiéndome por dirección prohibida, para que no me pueda seguir, desaparezco por las calles de la ciudad entre una lluvia intensa.

Capítulo 22

Arreglada con un bonito y provocador vestido color plata que me he comprado esta misma mañana, me miro en el espejo de la entrada. Mientras, me coloco mis zapatos de tacón alto. Me he hecho un moño bajo que me da un aire increíblemente *chic*. El cielo ha despejado y se ha cubierto de estrellas, alejando los terribles relámpagos que caían hace unas horas. Mi teléfono suena, he recibido un inesperado mensaje de Alexandr. Parece bastante cabreado.

“¿Se puede saber qué pretendes? Permite de una puta vez que Pyort haga su trabajo y tú continua con el tuyo. No vuelvas a comportarte como una cría de cinco años”

Decido ignorarlo borrando el mensaje sin contestar. Llamo a Jane y le aviso que ya estoy preparada. De fondo oigo a Katia que ya ha llegado y se me encoge el corazón por todo lo que ella me recuerda. Diez minutos después entramos en la discoteca de la mano. Durante una hora hablamos y hablamos de lo sucedido, mientras disfruto de una copa tras otra. Katia debería estar de vacaciones, pero han sido canceladas ante la ausencia de la señorita Leillet por un repentino problema personal. Suena mi móvil y cuando veo quién es la persona que llama, se lo enseño a las chicas. Ya no me interesan sus llamadas. Para mí es el momento de olvidarle.

Las horas pasan y cada vez estoy más borracha. Sobre las diez de la noche tengo que ir al baño. Miro el móvil y tengo unas cincuenta llamadas perdidas de Alexandr. No sé qué mosca le ha picado. Yo ya he tomado una decisión.

Antes de que pueda entrar al baño, un fuerte brazo me agarra por la espalda y me empuja violentamente hacia los lavabos. Hace que caiga sobre ellos. Sergei bloquea la puerta y a grandes zancadas se acerca a mí amenazante.

—¡Putas! ¿Qué has hecho?—grita agarrándome del cuello con una mano y haciendo que mi cuerpo casi no toque el suelo—¡No eres más que una puta! ¡Nos has vendido!

No puedo respirar y lucho con mis brazos, golpeándole para que me suelte. Tras lanzarme con violencia al suelo, vuelve a levantarme encolerizado, agarrándome de los hombros y estampándome contra la pared. Me propina un fuerte puñetazo en el estómago, que hace que todo mi cuerpo se doble de dolor. Me hace presa con su cuerpo contra la pared y abofetea repetidas veces mi cara. Noto caer la sangre por la nariz y el labio. Intento protegerme encogiéndome y dando al aire todas las patadas que puedo, hasta alcanzarle en una de sus piernas. No deja de gritar y tras una nueva patada que le da de lleno en la rodilla, logra agarrarme del pelo. Me arrastra por el baño golpeándome contra la pared. Siento un fuerte latigazo en mi cabeza, la golpea repetidas veces contra los azulejos. Sus ojos, inyectados en sangre, parecen que van a salirse de las cuencas. No debería haber bebido tanto, ahora no me tendría atrapada sin poder defenderme. Esta idea pasa por mi cabeza y me paraliza. Saco fuerzas que no sé que tengo, ni dónde y acerco rápidamente mis pulgares a sus ojos apretándolos con fuerza. Su grito es espeluznante y me deja caer violentamente al suelo, llevándose las manos a los ojos. No deja de gritar y yo no consigo mantenerme en pie. Intento apartarme de él tambaleándome por el destrozado cuarto de baño, pero en el último momento me agarra del pelo y me zarandea contra una pared. El sabor metálico de la sangre discurre por mi boca.

Oigo golpes en la puerta. Un primer golpe muy fuerte precede a un segundo, todavía más violento que provoca que la puerta ceda y se abra, reventándola contra la pared. La imagen de

alguien entrando y soltándome de las garras de Sergei traspasa la espesa oscuridad que aparece por momentos en mi mente. No puedo comprender qué está pasando. Me quedo unos instantes tirada en el frío suelo del cuarto de baño sin moverme. Me cuesta respirar. Pierdo por momentos la conciencia.

Sergei recibe un raudal de golpes en las costillas que no puede soportar, junto con números golpes en la cabeza, que lo dejan tendido en el suelo. Siento que alguien me pasa sus brazos por mi cuerpo magullado. Es Pyort, no le había visto desde que me despedí de él. Se saca su chaqueta a la vez que habla al intercomunicador que lleva en la manga. Me acaricia el pelo mientras me susurra dulces palabras e intenta tranquilizarme. Ya ha pasado todo. No puedo evitar irrumpir en un terrible llanto, que provoca que todo el alcohol ingerido salga de mi cuerpo vomitando con unas violentas arcadas. Ya no puedo más y me desplomo en sus brazos. Me cubre el vestido con su chaqueta negra. Está totalmente desgarrado. Me alza en sus brazos y no puedo evitar manchar con mi cara ensangrentada su impoluta camisa blanca. Sergei permanece totalmente inconsciente en el suelo del cuarto de baño y Pyort, conmigo en brazos antes de salir, se cerciora de ello propinándole una escalofriante patada.

Una vez hemos salido del local, Pyort me mete con sumo cuidado en la parte trasera del coche. Me dice que enseguida estaremos en el hospital. Le pido que por favor no me lleve al hospital, que estoy bien, solo son golpes que curaran con el tiempo. Lo veo a través del espejo retrovisor, no sabe qué hacer. Su cara refleja el dolor que yo siento en todo mi cuerpo. Pierdo el conocimiento y cuando vuelvo a despertarme lo oigo hablando, creo que es con Nikolái. Deciden hacer lo que le he pedido y Pyort se dirige con el coche a mi apartamento. No sé cómo llego hasta el salón. Pero allí estoy, sentada en el sofá, apoyada entre cojines. Otra punzada de dolor me recorre el cuerpo. La nariz no deja de sangrarme y estoy manchando la moqueta del salón. Pyort entra en el baño y humedece con agua fría una pequeña toalla que va pasando por mi rostro, intentando limpiar toda la sangre que puede. Nunca pensé que alguien como Pyort pudiera ser tan atento y sensible como lo está siendo en estos momentos.

—Pyort. ¿Cómo sabías dónde estaba?—le susurro en un hilo de voz—¿Cómo me has encontrado?

—Tu teléfono, lleva un localizador—confiesa sin rodeos.

Es cierto, no lo recordaba, por eso lo dejé en el cajón cuando fui a almorzar con Almeida y Borovik. Miro a mi alrededor y lo veo en la mesita frente a mí.

—Tessa ¿qué haces? No te muevas, dime qué necesitas—Me arrastro hasta cogerlo con fuertes gruñidos por el dolor y, sorprendiendo a Pyort, lo meto en el jarrón lleno de agua junto a unas bonitas flores blancas.

—No quiero que le digas nada a Zhurkov—le digo intentando no perder la conciencia—Él no puede saber nada de esto. No quiero que sepa nada, prométemelo. Pyort, márchate. Yo podré arreglármelas sola.

—Lo siento, Tessa. Deje el intercomunicador abierto y lo han escuchado todo. Están de camino.

Alexandr entra como un huracán en mi apartamento seguido de Nikolái y Mijaíl. Se quedan paralizados en la entrada cuando me giro y me miran con una mezcla de horror y lastima. ¿De dónde ha salido? ¿No estaba de viaje? ¿Cómo ha llegado tan pronto? Siguen agarrotados en la entrada. Mi aspecto debe ser horrible. La nariz ha dejado de sangrar hace unos minutos, pero siento fuertes palpitaciones en un ojo. Lo tengo bastante nublado y no lo puedo abrir. No quiero que esté aquí. No quiero verle, ni que me vea así, derrotada y más herida de lo que me dejó él

con sus silencios.

Intento levantarme, no quiero estar allí y quiero que se vayan todos de mi apartamento. Pyort me ayuda a levantarme en el preciso instante que Alexandr con unas rápidas zancadas llega hasta mí. Me sujeta con sumo cuidado. Me revuelvo en sus brazos, pero él me mantiene totalmente sujeta. Me acerca a su pecho dándome un suave abrazo, pero con mi respiración acelerada lo intento apartar empujándolo lejos de mí. No quiero que me toque, no quiero escucharlo, no quiero que esté aquí. Ya no puedo controlar la fiereza de mis palabras.

—No puedo más. Te odio. Te odio desde lo más profundo de mi corazón. ¡Suéltame y vete! —estallo en unos sonoros sollozos y las lágrimas caen sin freno por mis mejillas. No soy capaz de soltarme de sus brazos y dándome por vencida me dejo caer al suelo sin importarme la presencia de sus hombres—¡Aléjate de mí!

—Tessa, joder. Escúchame—susurra agachándose a mi lado—Joder, Tessa. Escúchame...

Permanezco en el suelo hecha un ovillo tratando de dejar de llorar. No puedo, me duele todo el cuerpo y las lágrimas no dejan de brotar de mis ojos acompañadas por el ritmo acelerado de mi respiración.

En el momento en que vuelvo a recuperar la conciencia, hay junto a mi cama un médico y una enfermera. Tratan con sumo cuidado de limpiar los restos de mis heridas. Parece ser que no tengo nada roto, aunque sí, fuertes contusiones y moretones por todo el cuerpo, un fuerte golpe en la cabeza y algún que otro corte. Me ponen una especie de ungüento frío en la mandíbula y parte del rostro. Antes de marcharse y dejarme con la enfermera, el médico me pone una inyección que provoca que en segundos me cubra una relajación profunda.

Paso varias horas sumidas en un profundo sueño hasta despertar en una total oscuridad. Me encojo abrigándome bajo las sábanas, solo quiero que esto pase, despertar mañana y no sentir las heridas, no solo de mi cuerpo porque, las que más me duelen son las del corazón. Reparo que no estoy sola en la habitación. Alexandr está allí, a los pies de mi cama observándome.

—¿Te encuentras mejor?—me pregunta casi en un susurro, preocupado.

Asiento en silencio con un leve movimiento de mi cabeza y vuelvo a acurrucarme bajo las sábanas blancas, dándole la espalda. A los dos días, me despierto bañada en sudor y gritando tras una terrible pesadilla. Alexandr continua en mi pequeño sillón de la habitación, me estrecha suavemente entre sus brazos depositando un cariñoso beso en mi frente.

—Ssssh...ya ha pasado todo. Intenta volver a dormir—me estrecha en sus brazos hasta que mi cuerpo deja de estremecerse por el miedo.

Al tercer día despierto sintiéndome mejor. En el sillón ya no está Alexandr, sino Jane leyendo una revista. Levanta la mirada cuando me ve despierta y se acerca a uno de los lados de la cama.

—Tessa ¿cómo te encuentras? ¿Te duele mucho?—dice con gran aflicción en su voz.

—Me duele todo el cuerpo—empiezo a decir, pero cuando veo su rostro preocupado, añado —Pero mejor, mucho mejor. ¿Qué haces aquí?

—Es domingo y quería relevar a Alexandr.

—¿Ha estado aquí?—pregunto sorprendida.

—Lleva aquí desde el mismo jueves. No se ha movido de tu lado en estos tres días. Esta fuera con Pyort y la enfermera, ¿quieres que le llame?

—No. No... ¡no quiero verle!—exclamo cansada.

—Pero, no sabes lo preocupado que está.

—Me da igual la preocupación que tenga, mientras yo le confesaba mis sentimientos, él

estaba con Elena y no tuvo ni cinco segundos para contestarme.

—Estas equivocada, Tessa. No está con ella. Al día siguiente su jefe de prensa mando un comunicado negando cualquier tipo de relación sentimental con Elena y, ya sabes que él nunca emite comunicados y menos de su vida privada. Mira, léelo. Ha salido en todas partes—dice mostrándome un periódico abierto—Cuando aterrizo en Róterdam, Pyort le aviso de lo que acababa de ocurrir y lo coordinó todo con Hans y la policía. Se encargó de todo, está destrozado y no se perdona no haberte protegido mejor. Como te negabas a ir a un hospital, trajo a uno de los mejores médicos y ha contratado a una enfermera.

—No quiero verle. Yo ya no soy quien él cree que soy y no puedo volver a esa mentira—digo revisando la nota de prensa.

Tal como le he pedido, Jane sale y avisa que estoy despierta. A los pocos segundos, aparece por la puerta de mi cuarto una mujer de mediana edad que me comunica que es mi enfermera y que está allí para todo lo que necesite. Mientras me cambia un apósito que llevo en la frente y otro en la barbilla, oigo a Jane en el salón hablar con Alexandr. Quiere entrar, pero Jane se lo prohíbe. Es lo bueno de vivir en un apartamento tan pequeño, se oye todo. La enfermera continúa con su tarea y me extiende crema por un gran hematoma que tengo en una de las piernas y el estomago, sin dejar de sonreír. En el salón oigo pasos que se retiran y luego la puerta que se cierra con brusquedad.

—Ya está. Es lo que querías y así lo he hecho. Aunque discrepe de lo que estás haciendo—comenta Jane entrando en el cuarto.

Pasamos parte de la tarde hablando de cosas sin importancia. Suena el timbre de casa y aparece Katia con un bonito ramo de flores y bombones. Me mira, me mira y me vuelve a mirar. Cruza una mirada con Jane y me pregunta si realmente estoy bien. Me cuesta respirar y no puedo seguir el ritmo que ellas llevan al hablar. He estado tres días semiinconsciente y lo que más les preocupa es el golpe de la cabeza. Les asombra que no tenga nada roto y la gran cantidad de sangre que he perdido, me ha debilitado mucho. Intento levantarme e ir al cuarto de baño, quiero ver mi rostro, después de las miradas que me echa Katia. Jane y ella se intercambian una mirada cuando me pasan un espejo que llevan en el bolso. Me avisan que lo más importante es saber que el médico ha dicho que toda la hinchazón bajará y que no quedara ninguna cicatriz, por muy difícil de creer que sea en estos momentos.

¡Dios mío! Literalmente tengo la cara destrozada. Totalmente hinchada y con unos enormes surcos bajo los ojos que van desde el morado al verde violeta. No puedo evitar asustarme y le pido a Jane que abra el segundo cajón de mi cómoda y me pase unas gafas de sol. Me niego a mostrar mi cara en estos momentos. Ellas intentan tranquilizarme, pero mi aspecto es funesto.

Había preparado una pequeña lista de preguntas para hacerles antes de enfrentarme a Alexandr, que ya ha amenazado con regresar esa misma tarde. Todavía tengo preguntas sin respuestas, pero pueden esperar. Mientras las escucho hablar, me rindo en un inquieto sueño. Ver mi siniestro aspecto me ha dejado agotada.

Una conversación que se produce en el salón de la casa hace que se rompa el silencio que permitía mi descanso. Estoy de espaldas a la puerta cuando siento que ha vuelto. Cada vez que está cerca le percibo, no es necesario que me gire.

—¿Alexandr?—susurro.

—¿Te encuentras mejor?—pregunta nervioso—No sabes cuanto siento que estés pasando por esto. Fue un error...

—Alexandr, fue mi culpa. Yo fui la que bajo la guardia—le digo interrumpiéndole—Quiero

que te vayas. No quiero que me veas así.

—Tessa, no seas infantil. Ya te he visto la cara y es algo que no me va a apartar de ti. Recuerda que llegue aquí a los cinco minutos de que Pyort te trajera.

—Puede que mi cara no te aparte de mí, pero yo sí que lo haré—le digo serena—Yo, yo... me encariñe contigo. Te quise, pero eso no te bastó. Yo, fui ingenua al pensar que lo entenderías. No fue así y en estos momentos solo quiero que mi corazón te olvide y callar este dolor. Has sido un error. Yo solo fui tu diversión y no permitiré que tú ni nadie vuelva a afectarme de esta forma. Ha llegado el momento, aléjate porque ya no sé qué quieres de mí. Yo ya no soy quien tú creías que era.

Un silencio desolador que me da a entender Alexandr se ha sorprendido con mis palabras y que ha comprendido todo lo que acabo de declararle.

—Te esperaré. Y aunque ello consuma toda mi vida, sé que en tu corazón todavía sientes algo por mí y yo estaré ahí. Aunque hayamos peleado, sé que algún día volverás y me encontraras. Cuando estés preparada, yo estaré ahí.

Se acerca a mí, me da un beso en la frente, sus manos se alejan de mi cuerpo, se gira y se marcha en silencio. Me hundo en la cama rota de dolor y las lágrimas empiezan a recorrer mis mejillas.

Capítulo 23

Transcurridos ocho días desde el incidente con Borovik, ya me encuentro recuperada. Todos a mi alrededor intentan evitar el tema. El caso de Carlos Almeida y su socio Sergei Borovik, detenido con posterioridad, seguían ocupando las primeras páginas en todo el mundo. Periodistas de todas partes han acudido al país intentando seguir la historia y descubrir la trama que los había llevado a caer tan estrepitosamente. Saliendo a la luz todos sus negocios ilegales.

Hoy es el primer día que salgo de casa y todos los moretones y cicatrices quedan ocultos en el momento que me abrigo y protejo del frío. A su vez, me coloco unas amplias gafas de sol oscuras. No es el tiempo de llevarlas, el cielo está nublado, pero oculta en gran medida el fuerte golpe que llevo en mi ojo izquierdo. La Navidad está a la vuelta de la esquina y tengo que comprar algún regalo. Voy con las chicas al centro, que está totalmente saturado de personas que van de un sitio para otro cargadas todo tipo de bolsas. Milagrosamente ambas han conseguido tener el día libre. Es anómalo no encontrar a nadie del equipo de Zhurkov cerca controlándolo todo. Me encuentro cansada, casi mareada. Está resultando bastante difícil encontrar un sitio donde sentarse para almorzar. Sin darnos cuenta, entrando y saliendo de las tiendas, nos acercamos al Zhurkov. Paso por la puerta y mi cuerpo se pone en tensión. Nadie entiende por qué hice lo que hice y lo mucho que me está costando.

—Señorita García—oigo a mi espalda.

—Mravinsky—contesto con una amplia sonrisa ante la sorpresa de tropezármelo.

—Nunca me acostumbraré a que me llame así ¿Viene usted a almorzar?—pregunta abriendo la puerta del restaurante—Esta muy guapa. Veo que ya vuelve a ser la de siempre.

—Pyort...—Se me forma un nudo en la garganta al recordar lo sucedido—Gracias.

—No hay de qué, señorita. Lo volvería a hacer, una y mil veces si hiciera falta. Me entregaron su carta. Todos la echamos de menos, no solo el señor Zhurkov—dice con una medio sonrisita—Usted nos daba vida. Era la luz que rompía la monotonía.

Pyort hace que me sienta mucho mejor de lo que me he sentido desde hace días. Yo también los he echado de menos. Últimamente parece que la vida se me está desplomando encima.

Ha llegado el día veintitrés de diciembre, Katia se ha marchado con su familia y esta misma tarde Jane se marchará a pasar la navidad con su familia política. No quieren dejarme sola. Su marido y ella insisten para que vaya con ellos. Se lo agradezco, pero no acepto. Acabo de recuperar una especie de libertad que quiero disfrutar. No he vuelto al trabajo, aunque sé, que ya hemos cobrado una importante cantidad de las comisiones del trabajo hecho para Zhurkov. El señor Van Doorn insiste en que no puede tramitar mi renuncia y me pide que me tome unos días de merecido descanso, los que necesite. Tampoco he recibido noticias de Alexandr. Está respetando todo lo que le dije. No negaré que muero por verlo y saber de él. Una vez fuera del trabajo, no hay muchos sitios donde podamos coincidir.

El día de Nochebuena intento modificar un poco mi rutina. Me levanto temprano. Tras arreglarme como se merece el día, voy hasta el centro dando un largo paseo por las adoquinadas aceras de la ciudad. Me paro en los diferentes escaparates y me regalo todo tipo de caprichos que no necesito. Recuerdo el sobresalto que me dio cuando vi la cantidad cobrada este último mes.

Así que he decidido invertir un poco en regalos. Hay cosas que no he cambiado y entro a desayunar mi delicioso *cappuccino* con una *muffin* de arándanos. No hay mucha gente a esas horas de la mañana y me entretengo leyendo la prensa en una mesa del fondo del local. Hoy no tengo nada de prisa. Nadie me espera para la señalada cena de esta noche. Van pasando las horas y las bolsas que cargo con pequeños detalles se incrementan. Cuando me acerco para entrar por una de las puertas laterales de uno de los lujosos grandes almacenes del centro, veo a Alexandr a través de los cristales en la puerta giratoria. Sus ojos al verme cogen vida y se iluminan, el azul de sus ojos resplandece. Mis piernas pierden fuerza y el corazón se me acelera. Esto es lo más duro, verlo. Me hace un gesto con la cabeza y yo empujo la puerta con poca fuerza, girando lentamente hasta detenerme frente a él. Mi cuerpo y mi mente están paralizados y es él el que se acerca a mí y deposita un suave beso en la mejilla saludándome.

—No creo que esté bien que finjamos que no nos conocemos—susurra muy cerca de mi cuello—¡Veo que te has levantado con ganas de terminar con la crisis económica!—exclama con una pequeña sonrisa señalando mis bolsas.

—No pensé que pasarías aquí la Navidad—digo sin moverme.

—Estabas equivocada. Hemos terminado hace unos minutos una reunión—tras sus palabras se hace un incómodo silencio —¿No vas a quitarte las gafas de sol?—pregunta extrañado.

—No—contesto escueta—¿Has venido a por algún regalo de última hora?

—No, no. La cafetera se ha roto y la señora Cherkosov tiene unos días libres y yo pensé en venir y comprar otra. ¿Y tú, que haces por aquí? Me alegra verte recuperada.

—Gracias—le digo sonrojándome y bajando la mirada—No tengo quien me espere, así que he decidido tener una Navidad diferente. Siempre había querido salir de compras en un día como hoy. Y cuando tenía tiempo, no tenía dinero. Este año tengo ambas cosas, así que estoy aprovechando el momento.

—¿Te apetecería tomar un café conmigo? Compadécete de mí, no tengo cafetera en casa—dice con una mueca. A continuación agarra mis bolsas y se las cede a Mijaíl que las coge con una sonrisita.

—Tú no tomas café—contesto seca.

—Sí, ahora sí. Lo hago para no echarte tanto de menos por las mañanas—dice seguro apoyando una de sus manos en mi espalda haciendo que tiemble.

Subimos a la última planta, donde se encuentra la cafetería. Nikolái nos indica cual es el mejor sitio para sentarnos y así lo hacemos. Alexandr nota mi nerviosismo al estar tan cerca de nuevo. Apoya una mano en mi rodilla y aplaca los nervios que en ella empezaban a aflorar.

—Tranquila, Tessa. Espero que algún día me perdones el haber sido tan duro aquella noche. Como ves, todo lo que dice la prensa no es cierto y por salir en ella no me libro de cometer errores.

Mis sentimientos hacia él son bastante contradictorios y ello llega a impacientarme y confundirme. Sabe cómo dominar el momento y lo hace. Al principio la situación es bastante incómoda, pero se relaja con sus bromas y comentarios. Me mima y está pendiente de todo lo que yo pueda querer o necesitar.

—¿Me harías el enorme favor de ayudarme a elegir una cafetera?—dice cuando nos estamos levantando.

—Yo no entiendo de cafeteras—le contesto abriendo los ojos con una sonrisa sorprendida por su petición.

—Pero eres una apasionada del café y ello ayuda bastante.

Nos dirigimos al departamento de cafeteras de la cuarta planta. Cuando nos ve llegar uno de los dependientes, se le abren los ojos. Creo que ve el cielo abierto y la mañana resuelta. Nos muestra todo tipo de cafeteras. Todas relucientemente expuestas. Hasta que llegamos a “la cafetera”. No solo cumple todas las necesidades que un cliente pueda necesitar, también es perfecta en el diseño.

—No pensé que tú te encargaras de comprar cosas así—le digo mientras el dependiente se afana en envolverla.

—Así es. No pisaba uno de estos almacenes desde hace unos diez años—comenta con una graciosa mueca—Sin contar con Londres.

—Sin contar Londres—repito cuando me viene a la mente ese maravilloso viaje—¿Recuerdas...?

—¿Lo que me dijiste en el pasillo del hotel?—me interrumpe—Estaba deseándolo, pero te deje tu espacio, hasta que te dieras cuenta de lo que querías.

—¿Como haces ahora?—le pregunto riendo.

—Exactamente—dice apoyando una de sus manos en la parte baja de mi espalda para darme paso. Siempre tan correcto y caballeroso. Veo que se lleva la mano al bolsillo de la chaqueta y dirigiéndose a mí pide—Necesito atender esta llamada. ¿Me esperas cinco minutos?

—Claro, sin problema—le digo apartándome e indicándole con mi mano que estoy en la sección de señoras, en el departamento de al lado.

Me distraigo rápidamente con los asombrosos y pomposos vestidos de gala de las grandes marcas que hay expuestos. Una alegre y cultivada dependienta, al verme, se acerca rápidamente. Me giro y veo a Alexandr sumido en su conversación telefónica, está más guapo que nunca y me mira con toda la intensidad de sus ojos. Sin percatarme de que me he quedado encandilada, me muerdo el labio inferior y se perfila una sonrisa en mis labios. Al darse cuenta, me guiña un ojo con ese gesto característico de él que me deja sin aliento.

La dependienta, aprovechando mi flaqueza, me distrae mostrándome varios vestidos. Son increíbles, los diseños, las telas e incluso los más imperceptibles detalles. Sitúo varios de ellos con sus perchas sobre los hombros, son preciosos, pero hay uno que llama mi atención. Tiene un encanto clásico y elegante con tela dorada, sin mangas, falda abullonada hasta la rodilla y un fabuloso cinturón negro con brocado. Muy estilo Audrey Hepburn con las gafas de sol puestas. Insiste en que me lo pruebe a pesar de que le advierto que no lo voy a comprar. He visto la etiqueta y no puedo gastarme el alquiler de cinco meses de mi apartamento en un elegante vestido. Lanzo una mirada a Alexandr, que esta distraído con la llamada y con un gesto le indico a Mijaíl, que se encuentra cerca, que entro al probador y que enseguida salgo. La dependienta se entusiasma y me acerca unos bonitos zapatos de color negro con un altísimo tacón. He abierto la cortina del probador y mientras me recojo el pelo en un fingido moño en la nuca, veo la imagen de Mijaíl mirándome impresionado y con sus brazos cruzados hace el gesto de aprobación con el pulgar hacia arriba. Me vuelvo a mirar en el espejo, es extraordinariamente bonito, yo diría que mágico. Sonrió a la dependienta y le doy las gracias por darme la oportunidad de sentirlo en mi cuerpo.

Cuando Alexandr termina su llamada, bajamos las escaleras automáticas y estamos a punto de salir por la puerta, pero se para junto a mí. Sin darnos cuenta ha llegado la hora del almuerzo.

—No puedes volver con todas esas bolsas a casa. Mijaíl se encargara de dejártelas en casa. ¿Has quedado con alguien para almorzar?

—No—dijo sorprendida por su pregunta.

—Perfecto, vamos. Te invito a almorzar—me dice tomándome una mano y tirando de ella con suavidad.

—No, pero,...es que yo hoy...—Me mira expectante esperando saber cuál es el problema—Yo, había pensado comer en un sitio diferente.

—De acuerdo. ¿Dónde tenías pensado?

—En el oriental—le digo levantando los hombros—Hace frío y me encanta su sopa de miso.

—Pues vayamos a degustar esa sopa de...—Creo que no se acuerda de qué he dicho que es la sopa.

—Miso—Termino yo la frase—¿Estás seguro? No es muy típico tuyo, ¿sabes? Y las mesas son comunes.

—Parece interesante—dice con cara de resignación—Y lo que verdaderamente me entusiasma es la compañía.

Andamos por las calles principales del centro atestadas de peatones y doblando por una paralela, llegamos al local. Es un local donde tienen comida para llevar y algunas mesas comunes donde te puedes comer lo que compras. No es lujoso, ni medianamente. Veo dudar a Alexandr y cruzar una mirada con sus hombres. Están extrañados que su jefe coma en un sitio de esas características. Nos ponemos en la larga cola. Le voy explicando a Alexandr de qué se componen los menús y mis recomendaciones para pedir. Más de un cliente se nos queda mirando, creyendo que está viendo visiones. Llega el momento de alcanzar la caja y pido dos menús con sopa de miso y arroz. Insiste en pagar él y la señora entrada en años que nos cobra, nos mira con una amplia sonrisa al vernos discutir y reír para pagar.

—Te comportas como un hombre del Cromañón—le digo ante su sorpresa.

—No voy a permitir que pagues tú. Me llames como me llames.

—¡Anticuado!—le digo sacándole la lengua.

—A las mujeres no hay quien os entienda—dice con una carcajada.

Con el ticket de la compra en la mano nos dirigimos a una de las mesas que hay junto a la pared, donde hay dos huecos para sentarnos. La mesa está relativamente limpia y las sillas son muy simples. Le explico que el sitio puede confundir, pero la comida es muy rica y está hecha al momento. Avisan de nuestro número de pedido y se levanta a por el almuerzo, mientras yo aguardo en la mesa para no perder el sitio. Comemos con deleite la sopa y el plato de arroz. En el transcurso de la comida decidimos ir a ver una película al cine, con la esperanza de que podamos entrar a una película que nos interese a los dos. Alexandr confiesa que no recuerda la última vez que fue al cine. Le advierto que ahora es una maravilla la calidad de sonido, los sillones y sobre todo el 3D. Me mira con una mueca.

—Bueno, sí. Ya sé que tú, todo eso lo tienes en casa. Pero el ritual de venir al cine es especial—digo con una sonrisa lanzando un suspiro.

Cuando subimos a la primera planta de los cines, veo que Alexandr se encamina hacia la segunda y le freno.

—Y...esta es una de las partes más apasionantes. ¡La compra de palomitas!—sonrío indicándole el espacio de la cafetería.

—¡Pero, si acabamos de comer!—exclama sorprendido.

—¡Oh! Ya, pero esto es como un postre—le digo encaminándome al mostrador.

Pedimos palomitas saladas y otras con chocolate blanco para combinarlas, una barrita de chocolate y caramelo y dos botellas de agua. Alexandr se encarga de llevar todo, exceptuando la

barrita de chocolate que ya la he abierto. Nos acomodamos en nuestras butacas y colocamos las palomitas entre ambos. Alexandr, que lleva las botellas de agua en cada uno de los bolsillos de su chaqueta, abre una de ellas y la coloca en mi butaca. Todavía quedan cinco minutos para que empiece la película y empezamos a tontear y jugar con las gafas 3D. Me mira y veo el cambio en sus ojos.

—¿Te duele?—pregunta preocupado.

—No. Ya no me duele—le contesto algo incomoda por su afligida mirada, dejándome las gafas puestas para ver la película.

—No sé qué hubiera hecho si te llega a pasar algo por no haberte protegido lo suficiente.

—Fue un descuido mío. Olvídalo—susurro mirando a la pantalla.

Para alegría del equipo de Alexandr, la sala está desierta. Disfrutamos de la película sin interrupciones. Durante la proyección nuestros dedos se rozan en varias ocasiones, cuando acercamos nuestras manos al bote de palomitas. Vemos la película con emoción y la comentamos a la salida. Alexandr deposita los restos de nuestro tentempié en la basura y bajamos por las escaleras mecánicas. Andamos hasta la calle y antes de despedirnos.

—Tessa,...ninguno de los dos tiene planes para esta noche y es una pena que en una fecha tan señalada para ti cenes sola—Ante la duda de mi cara, levanta ambas manos en señal de inocencia y añade—Nada lujoso, a no ser que tú lo quieras. Y prometo no intentar traspasar los muros que has levantado. Lo prometo. Podemos cenar en casa. Así, podrán tener algo de libertad—dice mirando a sus hombres.

—¿Cocinaremos nosotros?—pregunto tras vacilar unos segundos y recordar que la señora Cherkosov no está.

—Si es lo que tú quieres, cocinaremos—Sentencia decidido.

—Ninguno de los dos sabe cocinar—le digo sonriendo.

—Sé valiente y arriégate entonces—dice levantando sus cejas en un gracioso gesto.

Dudo, dudo y vuelvo a dudar. Alexandr espera mi respuesta. Ya no trabajamos juntos y el problema con Borovik ya no existe. Por irreflexivo que fuera, pidió públicamente que se le dejara de relacionar con Elena Potapova.

—¿Qué quieres que lleve?—pregunto provocando que sus ojos se iluminen.

—No te preocupes por nada. Yo me encargo de todo. ¿Te parece bien a las siete?

—Perfecto—le digo mirando el reloj.

—Entonces, no se hable más. Pyort te llevara al apartamento y esta noche te recogerá a las 18:30—se inclina sonriente y recibo un beso muy cerca de la comisura de los labios—¡Nos vemos esta noche!

—¿Por qué siempre que acepto contigo, desapareces tan rápido?—le pregunto sorprendida.

—Para que no te dé tiempo a pensártelo dos veces y rompas lo acordado—dice guiñándome un ojo y sonriendo.

Allí, plantada en mitad de la calle, me percaté de que Pyort ha aparecido y me indica pomposo que él me acercara al apartamento. Todas las bolsas que llevaba esta mañana están ya en el coche. Pyort circula con tranquilidad hasta casa y con una pequeña sonrisa en su rostro. Insiste en acompañarme hasta la puerta cargando mis compras y una vez dentro las deposita sobre la mesa y me indica que más tarde pasara a por mí. Lo dice orgulloso y alegre. Me doy cuenta de cómo ha cambiado su forma de hablar conmigo desde el primer día que lo conocí o, puede que la que haya cambiado haya sido yo.

Miro el reloj y decido que todavía tengo tiempo de sobra para revisar todo lo que he

comprado y darme una larga ducha relajante. Salgo y me pongo el albornoz mientras me siento en el sofá y pongo en marcha la televisión. Vagueando, voy cambiando de canal sin decidirme dónde dejarlo. Tocan suavemente a la puerta. ¿Quién será a estas horas? No espero a nadie y todavía faltan cuarenta minutos para que venga el coche a por mí. Tras la puerta Marc espera a que le abra la puerta cargado con tres paquetes, uno de ellos de tamaño importante.

—Buenos tardes, señorita García. Acaba de llegar esto para usted. Yo ya me iba y no quería que se quedara en la portería.

—Hola, Marc. Muchas gracias—le digo invitándolo a pasar—Puede dejarlo en la mesa. Gracias.

—Que pase usted una agradable noche—Me desea educadamente.

—Marc, espere. Ya que esta aquí...—le digo abriendo una bolsa que tengo junto al sofá—Esto es para usted.

—Gracias—dice sorprendido.

—Que pase unos agradables días usted también con su familia—le digo despidiéndome de él.

Siempre he tenido claro que los holandeses son personas encantadoras, muy educadas y atentas. Tuve suerte al encontrar este pequeño apartamento al poco tiempo de llegar a Holanda. Las instalaciones eran muy buenas y el servicio exquisito.

Miro los tres paquetes depositados en la mesa por orden de tamaño. Cada uno lleva un gracioso número en el papel. El más pequeño es el primero. Abro el envoltorio emocionada y veo un teléfono móvil completamente nuevo y preparado para ser usado. Una pequeña nota en su interior me lo confirma.

“Tu antiguo teléfono quedo inservible tras agonizar en el fondo del jarrón. Antes de que lo rechaces, recuerda mi deber de reponértelo tras precipitarte sobre mi coche el primer día que te conocí”

Lo dejo a un lado y voy a por la caja número dos. La más grande. Es una enorme caja plateada con un bonito lazo dorado. Cojo la tarjeta, mientras retiro con delicadeza el suave papel de seda con el que está envuelto su interior.

“Estabas preciosa con él puesto y nadie jamás podría lucirlo como lo has hecho tú”

Aparto el papel y veo el maravilloso vestido dorado que esta mañana me he probado en el centro, mientras él hablaba por teléfono. En ningún momento he reparado que Alexandr me había visto probándome el vestido. Es precioso, espectacular y tan delicado que lo acaricio con mimo. Me decido a terminar abriendo el paquete número tres.

“Un par de zapatos dicen que pueden cambiarte el día y si tienes alguna duda pregúntale a Cenicienta”

Los zapatos que la dependienta me había facilitado para combinar con el vestido están aquí, dentro de la pequeña caja. Preparados para lucirlos. Sé que en el momento en el que nos encontramos los dos no debería aceptar los regalos, pero tras estos meses que he pasado a su lado, también sé que sería inútil discutir con Alexandr de lo generoso de su gesto y de sus regalos. Desecho la idea del vestido que tenía en mente para esta noche. Fuera está nevando, pero eso no me va a impedir vestirme y calzarme esos impresionantes zapatos de tacón. Treinta minutos más tarde, me doy un último repaso en el espejo de la entrada principal y bajo las escaleras que dan a la calle. Pyort, cuando me ve llegar, al principio se queda boquiabierto mirándome, pero dura solo dos segundos hasta que reacciona y se acerca solicitando a mí. Me ofrece su mano hasta el coche.

—Lo sé, Pyort. Sé que no es el calzado idóneo para un día de nieve—le digo a través del espejo con una sonrisa.

—¿A quién le importa? Esta usted que quita el sentido—dice alegremente.

A la hora convenida entramos por la puerta principal con el coche. Pyort estaciona en la puerta y baja para abrirme la puerta. Alexandr aparece en ese momento en la puerta principal para recibirme. Todavía no he detectado cómo lo hacen para parecer una composición perfecta de movimientos que nunca falla. Va todavía con el cabello húmedo hacia atrás, recién afeitado y vestido con un elegante esmoquin negro de chaqueta de un solo botón, una immaculada camisa de hilo blanco y pajarita. Se acerca a mí y me ayuda a desprenderme del abrigo quedando al descubierto el increíble escote de mi vestido dorado con pequeños bordados. Parece una autentica obra maestra que me envuelve en una magia de ensueño, como si de un cuento de hadas se tratara.

—¡Guau!—exclama dándome la mano y haciendo que gire sobre mi misma para verme desde todos los ángulos. Me da un beso en la mejilla y me agarra de una de las manos—No tengo palabras.

—Gracias—contesto sonrojándome—Es el vestido más bonito que me han regalado en la vida. ¿No era algo informal?—pregunto señalando su esmoquin.

—No quería desentonar contigo—dice con una sonrisa—Adelante. Espero que te guste lo que he preparado.

Me conduce de la mano por la planta baja hasta llegar a la cocina. Allí lo tiene todo dispuesto y una tenue música inunda la estancia. Me brindo a ayudarlo, pero rechaza con un gesto decidido. Mientras, me sirve una copa de vino y me ofrece el mando de la música. Soy su invitada. Me siento cruzando las piernas en uno de los taburetes de la isla y lo veo moverse por la cocina de un modo bastante torpe aunque, nadie podría moverse con más estilo por una cocina con su impecable esmoquin. Pasan menos de cinco minutos cuando Alexandr, poniéndose de nuevo la chaqueta, me pide que me siente en la mesa y, acompañándome del brazo, me aparta una de las sillas como tantas veces ha hecho. Coge mi servilleta, la despliega al aire y la pone sobre mis rodillas. La mesa está decorada con tonos rojos y dorados. Muy elegante con motivos navideños, velas y una vajilla blanca ribeteada con un borde dorado. Ha dispuesto copas y cubiertos perfectamente alineados, aunque sin ninguna ostentación. Lo miro divertida cuando se acerca con dos platos en sus manos. Deposita uno sobre mi bajo plato y otro sobre el suyo.

—Señorita, espero que disfrute de su cena—dice con una actitud solemne— Hamburguesa de setas y nueces con lecho de brotes tiernos en pan de semillas y patatas condimentadas al horno con mostaza de Dijon.

—Tiene una pinta deliciosa—digo riendo.

—Y...es lo único que sabía cocinar—dice con una media sonrisa.

Disfrutamos de una cena distendida, en la que finalmente no utilizamos los cubiertos hasta llegar al postre. Todo es sencillo pero delicioso. Hablamos y reímos como hace unas semanas, cuando teníamos una conexión especial. Preparamos café juntos, con su nueva cafetera y lo llevamos al salón donde en minutos enciende un hogareño fuego. Por uno de los ventanales vemos que ha vuelto a empezar a nevar y miramos cómo los copos van cayendo depositándose delicadamente sobre la superficie.

—Has puesto un árbol de Navidad—digo sorprendida admirando el majestuoso árbol perfectamente decorado en uno de los laterales del salón.

—Sí, pensé que te gustaría. La decoradora ha trabajado a contra reloj durante media tarde

mientras nosotros disfrutábamos de la película en el cine—confiesa alegremente—¿Quieres bailar?—pregunta sorprendiéndome.

—Nunca he bailado esta música—le confieso algo cohibida—No sé bailar.

—¡Perfecto!—exclama, acercándose a mí, y llevando una de mis manos a su hombro dice con una sonrisa—Yo tampoco.

Ha mentido descaradamente, baila seguro y con elegancia. Guiándome en los pasos y obligándome a hacer algún que otro giro pomposo.

—¿Sabes?—pregunta en un susurro cerca de mi oído.

—Dime—le digo con la cabeza totalmente apoyada en su hombro siguiendo sus pasos al ritmo de la música.

—Era la excusa perfecta para poder volver a abrazarte.

Terminamos de bailar y nos sentamos entre cojines en la cómoda y mullida alfombra como hemos hecho en alguna ocasión. Hablamos de las costumbres navideñas de los españoles, los rusos y como no, de los holandeses. Hablamos de trabajo y hablamos de la cena, pero en ningún momento hablamos de nuestros sentimientos. El cansancio me vence a altas horas de la noche y apoyo mi cabeza en uno de los cojines, donde, tras unas sonrisas, me quedo dormida.

Abro los ojos y ahí está de nuevo su mirada. Una mirada sincera, apasionada y enamorada. Roza con una de sus manos una mecha de pelo que cae sobre mi rostro.

—¿No has dormido en toda la noche?—le pregunto bostezando y tapándome la cara con una de mis manos avergonzada.

—Ya sabes. Nunca puedo dormir con tus ensordecedores ronquidos—contesta alegremente. Cojo un cojín a uno de mis lados y se lo arrojo contra la cabeza. No lleva la chaqueta y durante la noche se ha desanudado la pajarita. Está realmente guapo, y añade con una atractiva sonrisa—Y adoro verte dormir tranquila entre mis brazos.

—Deberías haberme despertado—le digo sentándome en el suelo y buscando mis zapatos.

—No quería que te marcharas—dice con una pequeña mueca.

Se inclina hacia mí, todavía sentados frente al fuego de la chimenea sobre la mullida alfombra. Acerca sus labios a los míos en silencio, solo roto por el crepitar de la leña en el fuego y el sonido de nuestros corazones acelerados. Sentir la caricia de sus labios es mágico. Hace que me olvide del resto del mundo. Poco a poco nuestro beso se va convirtiendo más apasionado, sus caricias me enloquecen. Se recuesta en el suelo girándome con él, abrazándome con ternura contra su cuerpo.

—Alexandr...debo marcharme—digo colocando mis manos sobre su pecho intentando apartarlo ligeramente de mí.

—Quédate...—dice intentado volver a besar mis labios.

Nos levantamos del suelo con desgana. Alexandr me observa y me acerca los zapatos que están en un lateral del sofá.

—¿Puedo saber qué es lo que te impide estar a mi lado?—me mira con el ceño fruncido.

—Hay muchas cosas que nos separan.

—¿Que nos separan o que tú haces que nos separen?—pregunta con desdén.

—Podrías tener a quien quisieras. Alguien que sepa actuar como tú quieres que lo haga. Que se sepa comportar en tus galas.

—¿Por que sigues teniendo tantos prejuicios?

—Ambos tenemos vidas muy distintas. Hay cosas que nos separarían—intento explicarle agitada por lo que acaba de pasar.

—Pues hálame, haz que lo entienda. Quiero que estés a mi lado, pero no preocupado de que te vayas, sin pensar, una mañana. Quiero que estés conmigo, yo no dejo de intentarlo y cuando creo que estamos bien, encuentras un motivo para correr lejos. No quiero que te alejes de mí, aunque hayan dos mil razones para hacerlo. Habla de esas razones conmigo, haz que las entienda—dice contrariado—Me encantaría saber qué debe pasar para que te quedes aquí, conmigo—Su gesto no es tranquilo y se pasa ambas manos por el pelo hasta que comenta dando un profundo suspiro—No te voy a mentir, pero si hoy decides despedirte, ya no hay marcha atrás. Yo no puedo vivir así.

—¿Es un ultimátum?

—Tómatelo como quieras, vete y soluciona lo que tengas que hacer. Yo estaré aquí, tengo trabajo—dice saliendo por la puerta del salón tras darme un rápido beso en la mejilla—Pyort te llevara a tú apartamento o a donde quieras ir.

Llego a casa con la cabeza llena de pensamientos. Pasa uno tras otro y no dejan de atormentarme. Hoy como con Hans y su familia, es una tradición que tenemos desde el primer año que nos conocimos. Cuando pasa a recogerme a mi apartamento, sentada en el asiento del acompañante, se percata que algo ha cambiado.

—¿Quieres hablar antes de llegar a casa de mis padres?

—Hay algo de lo debemos hablar.

—¿Te has enamorado?—pregunta tenaz.

—Perdidamente—le confieso algo avergonzada.

—¿No has podido evitarlo?—pregunta mirando al semáforo que en esos momentos a cambiado a verde.

—No, lo he intentado todo.

—¿Para estar con él?

—No, para alejarme de él—confieso algo agobiada. Hans me mira a los ojos y estalla en una carcajada.

—¿Qué voy a hacer contigo?—dice riendo negando con la cabeza—Es algo a lo que nos arriesgamos. Hay veces que no siempre es trabajo. ¿Quieres estar con él? Bien, pero si lo vas a hacer, no puedes hacerlo sobre una mentira. Vas a tener que hablar con él. Puedes tener muy claro lo que quieres y deseas, pero todo eso puede cambiar de la noche a la mañana. En un solo instante, y él merece saberlo.

La comida con la familia de Hans me relaja y disfruto de la compañía. Mi cabeza de vez en cuando vuelve a sus pensamientos. Voy a ser sincera con él. Sé que al principio se enfadara, si bien sé, que cuando lo entienda, razonara. Lo he decidido. He intentado separarme de él, pero cuando vuelvo a verle y escucho su voz se detiene todo lo que me rodea, no me importa nada más que él.

Llego a casa y tras mantener una conversación de lo más trascendental con Jane, preparo una pequeña bolsa con algo de ropa y cosas que pueda necesitar. Ha dejado de nevar y el paisaje de la ciudad es hermoso con la nieve depositada en las copas de los árboles y los tejados de las casas. Saco mi bici del garaje y una vez en la calle doy una fuerte bocanada de aire que me llena los pulmones. Voy a jugármelo todo y espero que sea al ganador. Fijo la bolsa en mi cesta delantera, me cruzo mi pequeño bolso por el hombro y enciendo un cigarro. Estoy dispuesta a disfrutar del paseo hasta casa de Alexandr. Pedaleo risueña y entretenida circulando por el carril de las bicicletas. Voy admirando el bello paisaje según me voy alejando de las casas adosadas de mi barrio. Estoy a unos cinco metros de la gigantesca puerta de hierro de Zhurkov y no veo una

pequeña placa de hielo que se ha formado en el asfalto. La rueda patina girando el manillar sin control, hasta que mi cuerpo se precipita al suelo en un aparatoso movimiento. Sentada en el suelo y tras llevarme una mano al hombro, no puedo evitar sonreír. El primer año que vi nevar, me pareció el momento más maravilloso nunca visto, pero tras dos días pisando placas de hielo, mi admiración por las nevadas decayó de manera considerable. A mi espalda oigo la puerta que se abre y pasos que se dirigen hacia mí.

—Señorita García ¿se encuentra usted bien?—pregunta alguien del personal de Zhurkov, ayudándome a levantar mi bicicleta del suelo.

—¡Oh! Si, gracias. Solo ha sido una caída tonta—contesto riendo.

Insiste en ayudarme a entrar la bicicleta hasta el interior, que apoya en uno de los laterales de la entrada. Ellos se encargaran de ella. Cojo la bolsa y decidida me dirijo hacia la entrada principal. Es Nikolái quien abre la puerta recibéndome con la seriedad que le caracteriza.

—No debería circular en bicicleta hasta que las placas de hielo se fundan—dice haciéndome pasar—Yo me encargaré de la bolsa.

—No, gracias. Nikolái, no es necesario—Trato de insistir.

—Sí, sí que lo es—dice cargándola—El señor está en su despacho. ¿Se encuentra bien?—pregunta en el momento exacto que Alexandr aparece vestido totalmente informal con unos vaqueros y una camisa azul.

—¿Qué ha pasado?—pregunta preocupado Alexandr, acercándose a nosotros.

—Me he caído con una placa de hielo—digo con un puchero infantil.

—De acuerdo, aunque no quieras, aparcarás ese maldito trasto que llamas bicicleta y Pyort te llevará a donde necesites—ordena serio. Nikolái ha desaparecido con mi bolsa elegantemente.

—De acuerdo—acepto sorprendiéndolo. Levanta las cejas con sus manos todavía en los bolsillos de su pantalón y permite que una amplia sonrisa ilumine su rostro—Pero solo hasta la primavera, porque adoro sentir el olor de la primavera y en este país es algo asombroso.

—Ya hablaremos de ello. ¿Te quedas a cenar?—pregunta pasándome sus manos por la cintura.

—Más bien pensaba en el desayuno—contesto sorprendiéndolo.

—Eso revela que te has traído el pijama—dice en un susurro acercando mi cuerpo al suyo.

—Noooo—contesto con una breve sonrisa.

—¿No?—pregunta extrañado.

—Creí que preferirías que me arrancara la ropa interior para correr desnuda hacia tu cama—sonrío besando sus labios recordando lo que dijo en el hotel de Londres

—Bien pensado.

—Pero antes debo hablarte de una cosa...—le digo borrando la sonrisa de mi rostro—Hay algo que debes saber.

—Yo también debo contarte algo. ¿Tenias algo con Borovik estando conmigo?

—Nooo—contesto sorprendida por su pregunta.

—Entonces hablemos de ello mañana. Hoy, hagamos como si solo importáramos tú y yo.

—Alexandr, es importante...puede que no lo comprendas—le digo preocupada por lo que suceda cuando lo sepa.

—Más razón para aplazarlo hasta mañana—dice atrapándome en sus brazos.

Acompaño a Alexandr a la cocina adonde sirve una copa de vino. Sonríe, se le ve feliz. Me sorprende cómo es capaz de intimidar tanto a la gente. Si lo conocieran como yo le conozco, se quedarían todavía más prendados de él.

—No sabes lo que significas para mí...si te marcharas no sabría qué hacer. Yo cuidare de ti, te protegeré y nada malo te volverá a suceder.

—No sucederá nada. Alexandr...—besando sus labios me viene a la mente que ayer traje su regalo pero no se lo entregué—¿Recuerdas que ayer traje una bolsa?

—Sí, la dejaste en la entrada.

—Espérame aquí, entonces—le digo bajando del taburete de la cocina.

Salgo a la entrada principal. Junto al elegante sillón de la entrada, veo la bolsa. La abro y miro que está intacta. Nadie la ha abierto.

—Ayer no te di tu regalo de Navidad—le digo tendiéndole la bolsa.

—¿Tienes un regalo de Navidad para mí?—pregunta con una sonrisa abriendo la bolsa y sacando dos paquetes pesados—Vas a hacer que me acostumbre a que me regalen cosas. Pero... ¿cuándo fuiste a comprarlo?

—A mí también me gusta regalar cosas—le digo abrazándolo—Lo tenía desde hace días en casa. Espero que te gusten.

Siempre he pensado que si vives en un país extranjero, debes aprender sobre él y, mientras acompañaba a Jane una tarde a comprar unos libros para su suegra, vi dos elegantes libros sobre la historia de Países Bajos, con una majestuosa encuadernación y bonitas ilustraciones. Alexandr pasa las hojas maravillado por la calidad del contenido mientras yo le voy comentando sitios que podríamos visitar juntos al observar las ilustraciones. Deposita el libro en el taburete que hay a su lado y me abraza con más fuerza.

—Me encanta. Y tú eres adorable—dice besando mis labios en un arrebato de pasión—Estoy deseando descubrir este maravilloso país contigo.

Capítulo 24

Los dos días que paso con Alexandr después de Navidad los disfruto como nunca he disfrutado de la vida. Los dedicamos a pasar un tiempo especial y maravilloso juntos. Cuando suena el despertador la mañana del tercer día, cuando tiene que reincorporarse al trabajo, me sorprende verle todavía en la cama abrazado a mi cintura. Se le ve tan calmado y tranquilo que no puedo evitar observar su respiración. Entramos juntos a la ducha y cuando nos estamos vistiendo, Alexandr se sorprende de mi elección.

—¿Vas a ir al trabajo vestida en vaqueros?—pregunta, ajustándose el nudo de la corbata.

—Recuerda que ya no tengo trabajo—digo con un gesto elevando los hombros.

—De eso tenemos que hablar—dice apretando la mandíbula mirándome fijamente—
Recuerda que esta mañana debes pasarle a Nikolái tu agenda, para organizar la seguridad.

—Yo no necesito seguridad—le digo poniendo los ojos en blanco—Y yo no planeo lo que me apetece hacer cada día y menos, cuando no tengo trabajo.

—Esa respuesta no le va a gustar a Nikolái—dice pasándose una mano por la nuca.

—A Nikolái no le gusta nada de lo que hago. Siempre pulula serio, observándome. Y desapueba todo lo que hago—digo haciendo una pequeña mueca.

—Su trabajo es desconfiar y observar. Es el mejor en su trabajo—dice serio—Intenta no ponerle muchos impedimentos. ¿Me harás ese favor?—pregunta acercándose a mí y abrazándome.

—De acuerdo. Intentare hablar con él después de nuestra charla.

—Estará encantado—dice con una sonrisa.

—Lo dudo—digo provocando una carcajada en Alexandr—Recuerda que es importante que hablemos hoy. Sin demora. No faltes a nuestra cita después de tu reunión—le digo más seria.

—Cariño, no lo olvido. Hoy sin demora—confirma volviéndome a besar repitiendo mis palabras.

Subimos al mismo coche, Pyort va en el de delante para luego acompañarme por la ciudad. Me llega un inesperado mensaje al teléfono móvil. Es Jane, me indica que Marcel ha estado en la galería y ha intentado localizarme con desesperación. Es extraño, siempre soy yo la que va a por las flores. Me comunica también, que ha dejado un ramo muy bonito con flores negras para mí y que ha insistido en que se me avisara urgentemente de que las flores necesitan una atención especial. Me inclino hacia Alexandr y empiezo a intentar que regresemos a casa con la excusa de que he olvidado algo. Nuestra conversación es interrumpida por un descomunal y cegador resplandor de luz blanca delante del coche, junto al estallido de una enorme explosión que hace que nuestro coche se eleve del suelo y vuelva a caer violentamente sobre el asfalto. La fuerte vibración provocada tras la explosión hace que nuestros cuerpos se hundan involuntariamente en los asientos. Tras un instante de silencio, me llevo una mano a los oídos, no dejan de pitarme. Se oye el agudo sonido de la alarma de algún coche aparcado cerca de la explosión. Nos miramos unos a otros y tras empezar a desaparecer el intenso humo negro, vemos el coche conducido por Pyort volcado sobre un enorme cráter en el suelo. Todo pasa como a cámara lenta. Alexandr me agarra preguntando si estoy bien. Mira hacia mi frente, que me palpita fuertemente y tras rozarla

y mirarme la mano, veo que estoy sangrando. Solo es eso, un pequeño golpe. Nikolái se gira rápido y saca una pistola de la cartuchera cerciorándose que nos encontramos bien a pesar de la fuerte sacudida. Pide que se nos traslade urgentemente hacia el hospital, que es el sitio más seguro y cercano de donde nos encontramos. Abre la guantera, saca dos cargadores y bajo el asiento saca un subfusil ametrallador. No se ve movimiento en el coche volcado y Nikolái no puede conectar con Pyort. Lo intenta en repetidas ocasiones pero no obtiene respuesta. La fuerte explosión ha cortado sus intercomunicadores. Abre su puerta y baja resguardándose en el coche en el momento en el que una ráfaga de proyectiles explosionan contra el coche. Nos agachamos rápidamente en el suelo de los asientos de la parte trasera. Alexandr intenta protegerme. No dejo de pensar en Pyort. La deflagración ha sido muy fuerte y a pasar de qué va en un coche blindado, éste se ha dado la vuelta por la brutalidad de la explosión. Rápida, antes de que Mijaíl deje de cubrir a Nikolái, suelto mi mano de la de Alexandr y en un susurro le digo que lo siento. Sus ojos me transmiten desconcierto. Antes de que pueda contestarme o reaccionar, abro la puerta trasera con el coche en marcha y bajo cubriéndome con el chasis del coche hasta llegar al coche donde se ve el cuerpo atrapado de Pyort.

Sigue cayendo una especie de lluvia con ramas y trozos de escombros. La onda expansiva ha sido terrible y ha fundido la nieve depositada en las aceras. El olor a explosivo y madera quemada de los árboles que bordean la zona impregnan la calle. Ante la confusión de Nikolái por mi presencia me agacho e intento romper una ventanilla, pero es imposible. No la han reventado con la terrible explosión y no podré romperla a patadas. Le pido a gritos a Pyort que intente llegar al botón del cierre de puertas. No dejo de golpear la ventanilla, no sé si puede oírme pero antes de que pierda la esperanza, se oye un ligero clic que hace que el seguro de las puertas se desactive. Tiro con dificultad de la puerta hasta dejar el hueco suficiente para arrastrarme en el interior. En el asiento del conductor, aturdido y semiinconsciente se encuentra Pyort, atrapado por el cinturón. Intento liberarlo para poder sacarlo pero me es imposible. Necesito algo que pueda utilizar para cortarlo. Mientras doy un golpe a la guantera y saco una automática de 9mm y un cargador que me meto en la cinturilla del pantalón. Vuelvo a salir al exterior, donde Nikolái se afana disparando. Junto a él y ante su asombro, cubriéndome con el coche realizo tres disparos alcanzando a dos de los atacantes que se encuentran a cubierto en el jardín de una casa cercana.

—Pyort está bien. Pero no puedo soltar el cinturón de seguridad. Necesito algo que pueda utilizar para cortarlo—le informo volviendo a disparar.

—Bajo la alfombrilla del asiento delantero del acompañante hay una trampilla. Hay un cuchillo.

—De acuerdo—le digo agachándome apoyando mi espalda en el coche junto a él a la espera que cese una nueva ráfaga de proyectiles contra nosotros—El coche va a explotar. Huele a gasolina—le confirmo.

Me vuelvo a arrastrar hasta el interior del coche, donde Pyort trata con desesperación de desencajar el cinturón de seguridad. Con rapidez abro la pequeña trampilla y saco el cuchillo que me ha indicado Nikolái. Me afano en cortar el cinturón y ante la confusión de Pyort le digo.

—No preguntes Pyort. Ahora lo importante es sacarte de aquí. Antes de que nos vuelen la cabeza o salgamos volando con la gasolina que está perdiendo el coche—digo apresurada.

Intento ir lo más rápido posible. Oigo una fuerte detonación muy cerca de nosotros y a través del cristal veo caer a Nikolái junto al coche llevándose una mano al costado. Le pido a Pyort que continúe cortando. Salgo del coche deslizándome lo más silenciosamente posible. Nikolái está en el suelo intentando cargar su arma y una sombra se acerca peligrosamente a él empuñando y

apuntando con el dedo en el gatillo a punto de disparar. Nikolái se percató de la presencia y rueda por el suelo, haciendo que la bala no le llegue a impactar. Sí lo hace una segunda en el muslo derecho. Me arrastro fuera del coche en la oscuridad y me abalanzo con gran ímpetu en ese momento hacia el hombre que dispara contra Nikolái. Tras enzarzarnos en una lucha encarnizada de golpes, finalmente consigo que pierda el equilibrio. En la caída que nos lleva al suelo suelta el arma que cae a varios metros de distancia. Trato de llegar arrastrándome hasta ella, pero me es imposible, está fuera de mi alcance y me sujeta por una de mis piernas. Soltándole una fuerte patada con mi pierna libre consigo escapar de sus garras y me incorporo veloz antes que él, que en esos momentos permanece de rodillas intentando localizar su arma. Lanzo mi pierna derecha con toda la fuerza que reúno en esos momentos, golpeando su esternón y provocándole que varias de sus costillas se rompan. Su cuerpo se tambalea y sus ojos inquietos me miran con un extraño miedo en ellos justo en el instante en el que lanzo otra patada hacia su entrepierna, provocando que su cuerpo se doble gimiendo de dolor. Antes de que se recupere, con un enérgico golpe, muy brusco, descargo toda mi fuerza y golpeo su nariz con mi puño. Se oye el crujir de la colisión rompiéndole la nariz y hundiéndole el hueso. Ocasionalmente que se desmorone inerte sobre la nieve en un charco de sangre que no deja de crecer.

El asfalto está invadido de pequeños trozos de carrocería y vidrio. Se oye el sonido a poca distancia de las sirenas que anuncian la llegada de los equipos de rescate y de la policía.

Me levanto sujetándome la mano. En el último puñetazo me he herido y la llevo ensangrentada. Corro hacia el cuerpo inerte de Nikolái. La herida del muslo no deja de sangrar. Me quito el pañuelo que llevo al cuello y le vendo el muslo con fuerza para intentar detener la hemorragia. Acerco mis dedos a su yugular y le tomo el pulso. Cada vez es más débil. Está perdiendo mucha sangre.

—Eres tú, sabía que eras tú—me dice adoptando una expresión aún más sorprendida—Tú eres el topo. Eres quien se infiltró e hizo caer a Borovik y a Almeida.

No sé qué contestar. Me he descubierto, pero sé que siempre sospecho de mí. Me observaba y controlaba mis movimientos desde el primer momento. Pyort aparece arrastrándose fuera del coche. Cuando analiza la situación y ve el estado de Nikolái, decide no esperar a los posibles equipos médicos que se dirigen hacia la zona. Se acerca a uno de los coches que hay aparcados y con la culata de la pistola rompe la ventanilla del conductor. Se agacha y lo arranca haciendo un puente. Me ayuda a arrastrar a Nikolái hasta el asiento trasero del coche. No opone ninguna resistencia e intenta ayudar. Se queda unos instantes tumbado, tan quieto que temo que muera antes de llegar al hospital. Me saco la chaqueta y la doblo sobre la herida del costado presionando. Creo que no respira y me alarmo. Le levanto la cabeza y abre los ojos.

—Nikolái, despierta. No te duermas, no me hagas esto, no te mueras. Llegamos enseguida a un hospital—le digo dándole pequeños golpecitos en una de sus mejillas mientras las lágrimas pugnan por rodar por mi rostro—Por favor, aguanta.

Pyort aprieta con fuerza el acelerador poniendo el coche a mucha más velocidad de la permitida. Agacho mi cabeza cuando una última ráfaga de balas hace añicos la luna trasera del vehículo tras la fuerte explosión del coche que conducía Pyort. Cubro con mi cuerpo la lluvia de cristales que caen sobre nosotros. Una moto nos sigue y tras otra ráfaga de disparos y con Pyort pisando a fondo el acelerador, me pide que me agarre adonde pueda. Pisa el freno con todas sus fuerzas, provocando que la moto se estrelle contra la parte trasera del coche y que el cuerpo salga despedido hacia el techo del vehículo, rebotando y resbalando hasta llegar al frío asfalto. Tras varios giros acelerados por las calles adyacentes, entra por el corto camino que lleva a urgencias

del hospital. Atraviesa el viejo coche en la entrada derrapando violentamente. Está a escasos centímetros de chocar contra el terraplén de la entrada. Tras el ruido de las ruedas, nos invade un silencio sepulcral solo roto por los gritos de auxilio de Pyort en la puerta de urgencias.

Varios médicos salen a nuestro encuentro. Nikolái ha perdido el conocimiento y entre los médicos y Pyort lo colocan en la camilla que meten sin demora. Me quedo paralizada junto al coche. Las grandes puertas de cristal se abren y puedo ver la figura de Alexandr que mira hacia fuera sorprendido. Nuestras miradas se encuentran. No decimos nada, el silencio es la respuesta a nuestra perplejidad durante unos segundos. Las puertas de urgencias vuelven a cerrarse y yo rápidamente aprovecho para perderme en la oscuridad de la noche. Detrás de mí, unos instantes después, oigo que las puertas vuelven a abrirse y a Alexandr llamarme con preocupación.

Tras llegar a casa, me acerco al armario de mi habitación y subiéndome a una silla, golpeo el lateral de la parte de arriba. La madera que antes lo cubría cae y deja al descubierto una bolsa de plástico que contiene una peluca, dinero, documentación, diferentes pasaportes y un teléfono móvil que conecto y donde tecleo un mensaje.

“Expuesto. Solicito extracción urgente e inmediata”

Nunca pensé que fuera tan difícil no poder despedirme de nadie. Tengo que salir de aquí. Podría poner a la gente que quiero en un gran riesgo y tampoco puedo dar ninguna explicación. En la oscuridad de la fría noche, subo al maletero de un coche y permanezco muy quieta acurrucada. Es la primera vez que siento miedo. Un miedo que me hace temblar, un miedo a no saber si podré volver a vivir sin las personas a las que he querido. No puedo evitar un silencioso llanto. Me duele, me duele alejarme de él. Lloro por Jane y por todos los momentos vividos. Por Alexandr, por las noches perdidas y las palabras no dichas. Porque con él empecé a vivir.

Por mi mente no dejan de bullir todo tipo de pensamientos. Espero que Nikolái se recupere. Puede que Alexandr haya acudido a mi apartamento a buscarme, pero no me encontrará. La persona que él busca ya no existe.

Aferrado al marco del cuadro que hay en la pared, sobre el sofá de mi apartamento, una única despedida.

“Por favor perdóname, intenté explicártelo. Te quiero. Tessa”

AGRADECIMIENTOS

Este libro no podría haberlo escrito sin la paciencia de la gente que me rodea, en especial de mi hermana mayor, que ha invertido parte de su tiempo en mi ilusión durante muchas horas. Me apoyas, me aconsejas y crees en mi cuando yo dejo de hacerlo. A mi madre, por estar siempre cerca. A mi hermana pequeña, tu entusiasmo me enloquece, gracias por ser mi compañera de locuras y a mi hermano por todo el apoyo en todas mis aventuras.

También agradezco el tiempo a esos amigos y amigas que escuchaban como se iba desarrollando la historia hasta hacerse realidad y que han contribuido de alguna manera con sus comentarios y observaciones para que este libro finalmente pueda llegar a las manos de otros lectores. Gracias a los amigos de verdad, por ayudarme a dejar atrás el miedo y perseguir mis sueños. Especialmente a Merce por todas las charlas por Skype, correcciones y por el cariño que siempre me has dado al guiarme en esta aventura. A María, por empujarme a creer en mi desde la primera vez que escucho la historia, por leerla antes que nadie y darme sus sabios consejos animándome a seguir. A Ana por esos interminables cafés desgranando capítulo a capítulo intentando sacarme información anticipada. A Joselyn, por sus consejos, por ser tan sabia, divertida y por ser mi *twin*, gracias. A Rachel, por su amistad, su alegría y su entusiasmo depurando cada uno de los personaje con nuestras risas sin sentido frente a un enorme café. Ellas que fueron las primeras personas que leyeron esta historia o parte de ella y no dejaron de animarme a continuar y mejorar.

Mención también especial a Alex, Vicente y Alexandr maestros de los detalles, por ayudarme en algunos tecnicismos y a documentarme. Por esas charlas interminables a cualquier hora a miles de kilómetros que me hacían seguir adelante.

Por supuesto agradecer a la ciudad de La Haya y a toda su gente, por acogerme en su maravillosa ciudad y hacerme sentir un hogar. Poder recorrer los escenarios descritos en este libro y sentir que he estado allí también con los personajes, hace todavía más especiales sus lugares.

Por último a todos aquellos que estén leyendo este libro, que han llegado hasta aquí y han hecho que estos personajes puedan vivir fuera de mí. Sin vosotros ellos no habrían cobrado vida.

Ojalá hayas disfrutado de su lectura tanto como lo hice yo escribiéndola.

Para saber más en
Twitter: @C_G_DeLaCruz
Facebook : C.G. De La Cruz

[1.](#) Nombre del conjunto de edificios de la ciudad de la Haya, que, desde 1446, ha sido lugar de reunión del Parlamento Holandés.

[2.](#) Pequeños aperitivos fríos o calientes, suelen ser variados, tradicionales de la cocina rusa

[3.](#) Pequeña porción de masa dulce hecha con requesón y cubierta con chocolate

[4.](#) Uno de los brindis más populares rusos

[5.](#) Abreviatura al hablar, para indicar la estación central de trenes y autobuses de La Haya

[6.](#) Plaza en el centro de La Haya con gran cantidad de restaurantes y terrazas para tomar copas y cenar.

[7.](#) Ensalada conocida en España como “Ensaladilla Rusa” pero la original rusa no contiene ni atún ni olivas.

[8.](#) Pan negro, muy típico ruso, de harina de centeno.

[9.](#) Torta redonda hecha con requesón dulce.

[10.](#) Snack holandés de queso fundido en el interior de una masa fina que se ha empanado y se come frito.

[11.](#) Snack tradicional de la cocina holandesa de forma redonda hecha de carne picada y especias

[12.](#) La Tapenade es una pasta hecha de aceitunas machacadas con alcaparras, anchoas y aceite de oliva.

[13.](#) Los scones son pequeños panecillos redondeados, originarios de Escocia y que se degustan en todo Reino Unido. Son perfectos para el desayuno o la merienda, y se pueden comer solos o untados con mantequilla o mermelada.

[14.](#) Crema típica inglesa a medio camino entre la nata y la mantequilla sedosa al paladar. Acompaña habitualmente los scones en el “tea time”

[15.](#) Fiesta de San Nicolás, se celebra la víspera de San Nicolás y el día de San Nicolás. Según la tradición, Sinterklaas viene de España en un barco a vapor y trae regalos a los niños el día de la fiesta.

[16.](#) Especie de galletas con sabor a caramelo que se sirven tradicionalmente en las celebraciones de Sinterklaas.

[17.](#) Grandes almacenes holandeses

[18.](#) Especie de crepe gigante con diferentes rellenos, pueden ser tanto saldos como dulces que es un plato típico holandés.

[19.](#) Especie de buñuelo típico holandés que se come en otoño y para despedir el Año. Se suele comprar en puestos ambulantes que ponen por todo la ciudad.

[20.](#) Localidad turística, famosa por su extensa playa y paseo turístico con gran cantidad de atracciones, que compone uno de los ocho distritos de la ciudad de La Haya

[21.](#) Patatas fritas que se sirven normalmente en un cucurucho de papel, casi siempre servidas para llevar y que se suelen coronar con todo tipo de salsas.